AQUEL VIAJE A PARÍS

BEATRIZ FIORE

BILOGIA REENCUENTROS 2

Aquel viaje a París

Aquel viaje a París

Beatriz Fiore

Título: Aquel viaje a París
©2024, Beatriz Fiore
Edición: 2024, Beatriz Fiore
Maquetación: 2024, David Lorenzo García
Corrección: 2024, Lydia Chas
Diseño de la cubierta: 2024, David Lorenzo García
Imagen de cubierta: Shutterstock
ISBN: 978-84-09-60538-5
Registrado en: Safe creative

1ª edición: mayo, 2024

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

La corrección se realizó siguiendo los parámetros establecidos en la última edición de la Ortografía de la lengua española (2010)

All rights reserved / Todos los derechos reservados.

A Mónica, la tía de la artista.
Gracias por tu amor incondicional y
ese sofá rosa lleno de carcajadas, pipas y sostén.

1

Volver

El trayecto en avión Tenerife – Málaga me resultó tremendamente lento. Tamborileaba con los dedos de la mano derecha sobre el reposabrazos mientras mi mirada se perdía entre las nubes densas que atravesábamos como si fueran mantequilla. Los nervios trepaban desde mi bajo vientre hasta aporrear el estómago con virulencia. Regresaba a La Alpujarra, a mi pueblo, cincuenta años después. ¿Cómo me recibirían esas calles repletas de casas blancas? ¿Me reconocerían las que fueron mis vecinas? Buscaba un discurso que me fortaleciera ante cualquier pregunta indiscreta, aunque eso significara mentir.

Cuando Matilde me llamó, dos semanas más tarde de nuestro reencuentro familiar en Garachico, y me propuso que la acompañara en su aventura, me pareció una idea extravagante pero divertida. ¿Qué era lo peor que nos podría pasar a dos mujeres de setenta años en una ciudad como París? ¿Perdernos? ¿Desenvolvernos mal con el idioma? ¿Que nos robaran? Acepté con la inocencia de reunirnos en el aeropuerto de Málaga. Tierra neutral, sin recuerdos. Dos segundos después de ese «sí», una bola de culpa me agujereó la piel. ¿Cómo me marchaba a París sin disfrutar de mi hermano Paco, más allá de un abrazo rápido en la entrada de esa ciudad de cristal?

Mientras continuaba al teléfono, cerré los ojos; las imágenes se atropellaban a tal velocidad que apenas distinguía destellos de colores. La voz de Matilde se redujo a un lejano silbido. ¿Me había embriagado la prisa por no perderme ni un segundo más de mi familia? Hasta esa propuesta no me había planteado que en algún momento debería volver al pueblo; había asumido que las llamadas y sus visitas a Garachico serían el pegamento suficiente. Durante unos minutos, aún con los ojos cerrados, sopesé cada movimiento, incluso que Matilde y Paco me visitaran unos días en la isla y, desde ahí, viajar a la ciudad de la luz. ¿Tenía sentido la madeja de vuelos con tal de que yo no pisara Atizas? Posé la mano libre sobre la frente. Suspiré.

Cuando despegué los párpados, el reloj de cuerda de la vitrina marcaba las doce y cuarto, llevaba al menos diez minutos calibrando las consecuencias de mi entusiasmo con París. Antes de concentrarme en la conversación, que había monopolizado la alegría desmedida de Matilde, le pregunté si me aceptaba durante unos días en su casa, al menos no era la de mis padres: en ella vivía Sebastián.

Sebastián. La silla tiznada de la familia.

Quería que mantuviéramos una conversación y, al mismo tiempo, me aterraba que el rencor convirtiera una oportunidad de curar el pasado en una afrenta que hiriera más. Mi alma se rasgó cuando Matilde me confesó que se había adueñado de mi primer hogar y que, además, era el causante, gracias a su tozudez y cierre de miras, de los cincuenta años que había vivido separada de Paco.

Cincuenta años.

Ni uno, ni dos, cincuenta años como guardián de unas cartas que sumaron dolor a cada parte. ¿Cómo pudo desquebrajar nuestra familia? ¿Cómo durmió sabiendo que un pedazo de su hermana alcanzaba el buzón casi cada mes? Necesitaba respuestas. Me prometí que no flaquearía por mucho que Sebastián me desquiciara. No me atemorizaría como cuando fui una niña a la que se le pelaron las rodillas en el juego del escondite. Ya no lo era. Las desventuras que había soportado a lo largo de los años me habían curtido y regalado una mirada más amable con las decisiones ajenas. Quise aferrarme a esa comprensión, con la que había desmenuzado viejos fantasmas, cuando me enfrentase a los ojos de mi hermano mayor. Escuchar sin juicios. Apelar a la calma, al menos eso me dije desde la distancia.

Había recuperado a Paco y hubiera bastado, pero cada mañana pesaba más la certeza de que si no afrontaba esa conversación pendiente con Sebastián, no sería totalmente libre. Una parte de mí estaba aterrada; otra, más egoísta, exigía que se solucionara de una maldita vez. ¿Acaso tendría otros cincuenta años? Procuré guardarme los chillidos alegres de Matilde al otro lado del teléfono, coser su energía arrolladora a la suela de mis zapatos. Si en esa llamada me asedió una oleada tras otra, la bravura de los impactos durante el vuelo a Málaga me machacó los huesos: poco más de dos horas y pisaría Atizas. Poco más de dos horas y aquella vida ya no sería un reflejo.

Desperté de mi ensimismamiento cuando unos aplausos confirmaron que habíamos aterrizado en suelo malagueño. Parpadeé varias veces con rapidez, como si mis ojos escudriñasen la realidad y no la ristra de recuerdos y pensamientos que había esparcido por las nubes. Un muchacho de la edad de mis sobrinas, con acento alemán y una sonrisa relajada, me ayudó —aunque podía sola— a bajar la maleta de mano del compartimiento. Le devolví la sonrisa, apreté la empuñadura y di pequeños pasos decididos hacia la salida. En plena terminal, una idea me cruzó la mente con el tronar de mis zapatos: un ruido idéntico al de los tambores que avisan de la batalla. Esa estampa tan ridícula me destensó los hombros unos milímetros.

Tras atravesar las puertas correderas de la zona de llegadas, me topé con una treintena de personas que estiraban el cuello en busca de esos seres queridos de los que anhelaban un abrazo. Me quedé inmóvil, ningún rostro me resultaba familiar. ¿A dónde me dirigía? El miedo a un nuevo abandono me quemó la garganta. Me temblaban las manos. Una gota de sudor me perló los labios. Antes de que mi respiración se asemejara a la de una flauta oxidada, percibí el murmullo de mi nombre a la derecha. Cuando distinguí a mi sobrina, me desinflé.

—¡Ana! ¿Qué haces aquí? Me recogía Conchita.

La abracé con la misma fuerza que al lazo de un globo que se escapa. Su fragancia aterciopelada me refrescó la nariz.

—Ha surgido un imprevisto con unos papeles, tenía que resolverlo hoy. —Me acarició el hombro—. Tranquila, nada grave. Cosas de trabajo.

—¿Tú no deberías estar en Madrid? Es martes, ¿verdad? Los niños tendrán instituto.

—Imagino por tu cara que mi madre no te lo ha contado. Está tan entusiasmada con vuestro viaje a París que igual ni es consciente. —Se le escapó una risa juguetona, su mirada jovial me contagió su ánimo. Una fina capa de maquillaje, el pelo castaño en un moño sencillo y el rubor de su camisa le restaban edad y le sumaban vida—. He pedido una excedencia de un año. Tras una larga charla con Pablo, mi exmarido, los niños y yo nos hemos mudado al pueblo.

La sorpresa se delató en la apertura de mis ojos, en el doblez de mis labios, ¿por qué regresaba a Atizas con Madrid a sus pies? Busqué las palabras correctas, se atascaron en un limbo entre mi mente y las cuerdas vocales.

—Dame la maleta y nos ponemos al día en el coche; no quiero que nos retrasemos o mi madre fundirá el teléfono. No se lo menciones, está muy nerviosa por lo que pueda ocurrir en el viaje.

Asentí como única respuesta y salimos, por fin, a la calle. El frescor de principios de octubre consiguió que un escalofrío me sacudiera. El sol, que se había despertado durante el vuelo, gritaba con un baño de reflejos dorados que rebotaban contra las vidrieras del aeropuerto. El viernes retornaría a esa ciudad inventada, antes intentaría ordenar el pasado.

Lo que no imaginé en ese instante, mientras Ana le confirmaba a Matilde que íbamos de camino, es que la experiencia que me aflojaría las rodillas no sería frente a Sebastián, sino en pleno corazón de París; en la esquina en la que confluyen las calles rue de la Bucherie y rue Saint Julien le Pauvre, junto a la famosa librería Shakespeare and Company. Allí, en esa lengua de piedra con Notre Dame como férrea guardiana, el mundo en el que me encontraba cómoda se derrumbaría.

2

Una foto en blanco y negro

Eran las 9:34 cuando Ana me avisó que había recogido a María y que en hora y media llegaban al pueblo. ¡Hora y media! Y yo en bata y la casa sin pulir. ¿Qué diría mi cuñada cuando apareciese por la puerta? ¡Madre mía, madre mía! Paco entró en la cocina con una parsimonia que me desquició; para remate, había arrugado la camisa verdosa, a juego con las gafas nuevas, que le dejé planchada sobre el comodín a las seis de la mañana. Me acarició la mano con la que limpiaba la encimera y se dirigió, con esa calma, a la cafetera italiana que reposaba en la vitrocerámica. Se sirvió un café generoso y se sentó en la silla que presidía la mesa.

—¿Otra vez limpiando? ¿Pretendes encontrar los cimientos?

—¿Y quién lo va a hacer? ¿Tú?, ¿tus nietos?

Cuando la encimera brilló, enjuagué el trapo en un cubo con agua y lejía, y comencé a repasar las juntas de los azulejos, por tercera vez, con la punta del cuchillo. Aguanté diez segundos, sus sorbitos me mataban.

—Chiquillo, muévete y haz algo. Tanto café, tanto café. ¿Te crees que seguimos de vacaciones? Que hay una casa que alistar y estos niños del demonio han invadido hasta el último rincón. Yo los quiero con locura y me alegro de que pasen una temporada aquí, pero ¿te han confirmado si la visita se alargará más de un año? Conmigo Ana no suelta prenda. —Me paseaba de un lado a otro de la cocina con los movimientos de manos de un agente de tráfico—. Y, además, ¿un año en Atizas para qué? ¿Quién cambia la gran ciudad en la que lo tienes todo por el pueblo? Esta muchacha ha perdido el sentido, Paco, te lo digo yo que la miro y no la reconozco.

—Por favor, relájate. Mi hermana no es inspectora de Sanidad y, en cuanto a tu hija, no la he visto sonreír así desde antes del divorcio. Tienes una idea equivocada de lo que significa vivir en Madrid. ¡Esto es el paraíso! Mira la de extranjeros que se han afincado. Con la de calle que habrá recorrido esa gente, si deciden venirse a estas montañas por algo será.

—No, si la rara soy yo. —Resoplé—. ¡Termínate el dichoso café, que lave la taza! Señor, dame aguante estos días y no los lance por el balcón.

Paco bebió un sorbo largo, se incorporó con la tranquilidad con la que había entrado en la cocina y enjuagó la taza. Lo observé desde la otra esquina todavía con el cuchillo y el trapo en la mano. A veces pienso que este hombre ha nacido con el ritmo de un marqués y siento la tentación de pincharle el culo para que espabile, como ese martes de octubre, pero en lugar de agujerearlo, apreté el mango del cuchillo y me clavé los dedos en las caderas. «Aguanta, Matilde, aguanta. La que viene a casa no es tu madre para sacarle puntada a cada mota de polvo, es María, solo María y bastante impacto le supondrá caminar por estas calles cincuenta años después. Es un poco pronto, pero es de vida o muerte, sírvete una copita de anís, sin que te vea

nadie, y templa esos nervios».

—¿Por qué no compras pan y un par de tortas de azúcar? Así paso la fregona y no pisoteas cada loseta; menudo cuadro han preparado tus nietos esta mañana, con lo *curiosico* que dejé el cuarto de baño antes de acostarme…

—¿Para qué queremos tortas de azúcar si has encargado docena y media de pasteles, una bandeja de pestiños y ayer preparaste un barreño de roscos? —Señaló un balde de plástico azul tapado con un paño—. ¿A cuánta gente has invitado a comer?

—No tienes la mollera más dura porque no entrenas. ¿Te recuerdo que viene tu hermana…? —A mitad de la frase, miré el reloj de la pared. El estruendo de esas diminutas agujas me atravesó—. ¡Dios mío, en una hora y cuarto! ¡En una hora y cuarto! —le grité y empujé, apuntándole con el cuchillo—. Corre a por los pasteles, las tortas y lo que te dé la gana, pero lárgate de una vez.

Cuando escuché el crujido de la puerta me permití respirar. Saqué la botella de anís del armario central, bajo el fregadero, el mismo en el que encontré la misteriosa caja verde. Elegí una pequeña copa rechoncha y la rellené tres veces, por si con una me quedaba corta para tanta tensión. Con el ánimo más repuesto, un escalofrío me sacudió los hombros y la cabeza. «Ale, ya pueden echarme a los leones, esta tía va preparada».

Encendí la radio, que me había acompañado desde que nos casamos, agarré el mocho tarareando una de las rancheras de la Dúrcal y me planté en el salón a dar el último repaso. El buen ánimo me duró los segundos que tardé en ver la foto en blanco y negro junto a mi padre, en la repisa sobre el televisor. Nos la sacó Juan, el único hijo del dueño de la finca en la que trabajé desde que, con doce años, nos mudamos a Atizas y me negué a volver a la escuela. Quería un sueldo. Independencia. Soñaba con ahorrar lo suficiente para salir de Sierra Nevada y explorar mundo.

Juan era cuatro años mayor que yo, se pasaba las horas pegado a esa maldita cámara. Odiaba a su padre y la forma de organizarle el futuro. Se convirtió en mi mejor amigo. Él también quería marcharse de estas montañas, trabajar como reportero. Me hablaba de países y selvas que no supe señalar en un mapa hasta que Ana los estudió en el instituto. Los ojos nos hervían ante la idea de fugarnos. La noche del San Juan siguiente casi lo conseguimos. Diez años después conocí a Paco, para entonces, me había convertido en otra. Ni siquiera le había confesado en cuarenta y siete años de matrimonio que, una vez, me atreví a largarme de Atizas como María.

Suspiré. No sé si me rechinó más la foto o el recuerdo del fracaso de nuestra huida. De lo que pudo ser y no fue. De todo lo que perdimos esa noche. Me pregunté para qué diantres la mantenía ahí, en un altar junto al resto de retratos de la familia. Quizá tradición o quizá miedo a las represalias de los muertos.

Cogí el portarretrato. Mi padre mantenía una sonrisa enorme y el brazo derecho sobre mis hombros. Un abrazo o una soga, según se mire. Mis labios, de una joven de quince años, simulaban una curva. Preparábamos los suelos para la aceituna, ese día necesitábamos un par de manos extras, por eso me acompañó. Qué distinta era la temperatura de entonces a los otoños de ahora, en especial, la de ese año. Hizo tanto frío y la tierra estaba tan húmeda que las manos se me cuartearon. Todo me valía si pasaba tiempo con mi padre, aunque fuese de rodillas quitando las hierbas de los bordes de la finca que no arrancaba con la azada. Hasta esa mañana más helada de lo normal. Ahí la imagen cálida, que atesoraba de ese hombre, se rompió. Fui una niña dulce con la cabeza repleta de cuentos. Me parecía mucho a María o, al menos, a la que conocí en las cartas. Cada una de las que leímos mientras la buscábamos, me recordaron a esa chiquilla que

intentaba hablar sin acento para que no se notase que se había criado entre olivos y rosales. Mi madre me reñía por ser demasiado tierna. No se le secaba la boca cuando me gritaba que me faltaba callo en la vida.

Tierna.

Para tierna mi carne con tomate. Con lo que soporté, era imposible ser ni tierna, ni blanda, ni floja. No me cruzaron la espalda con una correa, pero me desangré igual y, encima, en silencio. Ese día fue la primera vez que me partieron el corazón, tampoco sería el último. Juan ya se encargó de la puntilla. Durante los siguientes meses me recompuse con la sonrisa de chicle y el sarcasmo con el que pregonaba mi señora madre. Si mi padre la escuchaba con sus aleluyas y comentarios con doble rasero, quizá funcionara conmigo. Había practicado tanto que no sabía comportarme de otra manera. Me sentía tan atrapada en mi cuerpo, en el pueblo… hasta que la búsqueda de María calentó esos sueños. También ayudó que creyera que me quedaban cuatro años mal contados de buena salud, pero ¿cómo recuperaba a esa chiquilla inocente?

Me había convertido en una vieja que lanzaba pullas, a la que sus hijas le respondían: eres una exagerada o qué cosas tienes, mamá; y a la que no prestaban atención. ¿Para qué me iban a escuchar si no les decía que estaba orgullosa de ellas? Intentaba arrancarme a esa Matilde de lengua afilada, temía morir siendo una vieja insufrible, que mis hijas me odiaran…

—Papá, ¿has salido de estas montañas? —dije al tiempo que arrancaba las ortigas del rincón junto a la valla.

—Qué tonterías dices, Matilde, esta es nuestra casa. Ya se encargan otros de traer lo que aquí no crece.

—Había pensado que… me gustaría trabajar en Granada o en Málaga. —Desmenuzaba las ortigas entre las manos, me picaba la piel—. Mamá me ha enseñado a bordar, podría colocarme en un taller.

—Matilde, las películas para indios y vaqueros. ¿Qué dirá la gente si te marchas sin marido ni familia? Ni hablar. No serás la comidilla. ¿No tienes suficiente libertad aquí con los Fernández? Vas y vienes cada día del pueblo sola. ¿Qué quieres más?

—Pero, papá…

—Nadie te ha pedido opinión. Recógete esas lágrimas y compórtate como una mujer. Te estoy salvando, Matilde, no lo ves, pero lo hago.

¿De qué me salvó? ¿De cuatro vecinas cotillas? ¿De poder elegir? Abandoné la foto en su sitio. Me limpié las lágrimas como esa mañana, me atusé el pelo y me concentré en el movimiento de la fregona. «No es momento de hurgar en el pasado. ¿Qué quieres, que María te vea como una pánfila a moco tendido? Apechuga con lo que hay. Te has agarrado a la ironía y al nadie me hace daño, sí. Te quedaste con las ganas de descubrir qué vida hubieras tenido más allá de estas montañas, por supuesto. Óyeme bien. Te vas a París. Espabila y deja el pasado y los muertos donde están o te estallarán en la cara y ni a los franceses ni a María les interesa lo que cargas en la maleta, mucho menos a Paco».

3

Un viaje al pasado

Ana tomó la salida de La Alpujarra subrayada en marrón, cuya imagen resaltaba frente a otros destinos a los que guiaba esa carretera, después de una hora de autovía. La ligera presión que se había acentuado desde aquella llamada de Matilde me resultó, en ese segundo, tan pesada como las montañas que se extendían ante nosotras. Con las primeras curvas, Ana descendió la velocidad; nos fundimos en un suave bamboleo. Tarareaba una canción en inglés que nunca había escuchado. Su piel azucarada resplandecía igual que su sonrisa. Se le notaba más serena que cuando la conocí.

—Todo irá bien. —Soltó la mano del volante, me acarició la rodilla.

—No estoy preocupada, de verdad. Los nervios típicos de cualquier viaje.

—Las dos sabemos que no lo es. Sé que no nos conocemos mucho, pero no necesitas disimular conmigo. —Aspiró una bocanada que se escurrió en un tímido susurro—. En esta familia nos hemos convertido en grandes expertos en ocultar lo que sentimos y queremos. En algún punto debe terminar.

—Pensaba que erais una piña: fuertes y unidos.

—Y lo somos, cada uno desde el papel en el que se siente cómodo. Tus cartas nos revolucionaron, no solo a mi padre. Te prometo que ninguno hemos sido los mismos desde entonces. —Redujo a tercera, un monovolumen negro nos adelantó al borde de una curva. Se me paró el corazón unos segundos, Ana no se inmutó—. He rumiado unas palabras que dijo mi padre en Madrid: «prometedme que no vais a dejar que las diferencias os separen, no quiero que seáis tan estúpidas como yo, que por no ver quién era en realidad mi hermana, la perdí».

—¿Por eso has vuelto al pueblo? ¿Para estar más unida a ella? —Me giré unos centímetros. Sostenía con delicadeza el volante, su cuerpo se había amoldado al sillón de cuero negro como si flotara.

—Sí y no. Necesito distanciarme de mi vida y, al mismo tiempo, descubrir cómo sería vivir aquí. —Exhaló con fuerza—. Desde pequeña supe que no me quedaría en el pueblo. Mi madre nos insistió en estudiar fuera, en perseguir las mejores oportunidades, ser mujeres de mundo. Independientes. Nunca hubo un resquicio de duda. Me convertiría en esa supermujer que puede con todo y a la que no mangonea nadie.

—Demasiado peso para un cuerpo.

—Pues sí, y el mío está agotado. Cuando me marché a Madrid, pensé que mi hermana se conformaba. Después de las peripecias para encontrarte, me planteé que nunca me había preguntado qué quería yo. Había seguido la estela que nos inculcó mi madre: buscar fuera. ¿Y si ahora me apetece crear esas oportunidades aquí?, ¿y si no quiero ser esa supermujer? Por eso solicité la excedencia. Hace unos años tuve una idea, veremos si es lo que me grita el cuerpo o

solo la crisis de los cuarenta y cinco.

—Eres una mujer increíble, tu hermana también, estoy convencida de que, antes o después, encontrarás esas respuestas. ¿Sabes por qué? —Negó con la cabeza sin despegar los labios—. Porque sigues buscando.

Guardamos silencio durante el resto del trayecto. Clavé los ojos en ese paisaje que no había visto en cincuenta años, pero que recordaba tan nítido como si hubieran transcurrido cinco segundos desde mi marcha. Agradecí que ese trazado de curvas obligara a que Ana condujese despacio, así colocaba cada recuerdo en su caja, amortiguaba el impacto.

Sierra de Lújar lucía un verde apagado con salpicaduras de tonos ocres. La garganta que descendía hasta el río Guadalfeo mantenía la sensación de vértigo. De frente, Sierra Nevada desierta de polvo blanco, solo las casas encaladas de los pueblos altos de La Alpujarra moteaban su tierra. Tras un par de curvas, en una zona en la que el arcén se ensanchaba, vi a una familia de cabras monteses. La madre limpiaba con lametones suaves y rítmicos la cabeza de la más pequeña. Me transportó a la última mañana junto a la mía.

Desayunábamos entre cafés de puchero y pan tostado en los rescoldos de la lumbre. Se dirigían a Valencia, unos primos habían emigrado allí quince años antes; yo apenas guardaba recuerdos de ellos. Un reencuentro fue la excusa para cambiar calles empedradas por grandes avenidas. Era su primer viaje fuera de la comarca, la luna no había destilado miel. Se mojó el índice con saliva y lo pasó con delicadeza sobre la flor de café que se había formado en mi barbilla.

—Ten paciencia con tus hermanos, no tardaremos en volver.

—Lo sé, mamá. —Le acaricié la palma y acuné mi mejilla sobre ella. Olía a limón y rosas—. Hay días en los que Sebastián me sobrepasa. Ni papá es tan obtuso.

—Es un buen chico, quizá demasiado brusco, pero nos quiere; le cuesta mostrarlo. Además, en un par de años vivirás en tu propia casa, tendrás tu familia y Sebastián aprenderá a verte. —No respondí a ese ciclo de cambiar el techo de mi padre por el de un marido, preferí aspirar unos segundos más su aroma a campo—. ¿Qué quieres que te traigamos de Valencia?

—No sé, algo que, cuando lo veas, pienses que lo crearon para mí.

—Entonces será precioso. —El amor que calentó esa sonrisa me cobijó durante los peores inviernos—. Te lo prometo, no te va a dar tiempo a echarnos de menos.

No cumplieron su promesa, ni siquiera llegaron a Valencia. Faltaban ochenta y dos kilómetros cuando el autobús perdió el control. Me ovillé hacia la ventana, un torrente de lágrimas densas fluyó como ese río que discurría a cientos de metros de nosotras. Los refranes mienten, el tiempo apenas cura nada.

Veinte minutos más tarde, con los ojos secos y la piel cargada de sal, entramos en Atizas. El único cambio que aprecié a simple vista fue una rotonda con suelo de césped artificial, sobre ella, gruesas letras de mármol blanco con el nombre del pueblo. La hilera de eucaliptos, que trenzaba un pasillo al borde de la carretera desde esa rotonda hasta la plaza del Ayuntamiento, permanecía intacta. Las hojas bailaban, un aroma sutil se coló en el coche. El trajín de vecinos y vehículos se movía ajeno a mi llegada. Me obligué a respirar.

—Ana, ¿te importa si me quedo por aquí? —dije al entrar en la plaza—. Me apetece un paseo sola.

—Claro, lo que necesites. —Se detuvo en doble fila, no respondió a aquellos que le empujaban a través del claxon—. ¿Sabrás encontrar la casa?

—Podría dibujarte el mapa de este pueblo de memoria. —Sonreí y oculté el auténtico hervidero de emociones—. Además, tu madre me explicó de maravilla dónde está. Diles que no

tardaré, ¿de acuerdo? Que no se preocupen. Necesito estirar las piernas. —Y el pasado, aunque ese detalle no lo mencioné.

En cuanto puse un pie en el suelo de adoquines, los recuerdos continuaron su marcha. Aquella plaza cuadrada, rodeada por el Ayuntamiento y casas de distintas alturas con tejados de pizarra, había sido testigo de centenares de tardes de juegos, del fin de ellas.

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno… el que no se haya escondido tiempo ha tenido —proclamó Tomás, el hijo mayor de la pescadera—. ¡Pillado! ¡Pillado! ¡Pillado!

Escuché que repetía esa frase una y otra vez mientras alcanzaba al resto de niños ocultos por la plaza. Justo en la tercera ronda del escondite vi a mi madre. Se sentó con sus amigas en las sillas, que habían sacado a la puerta de la casa de una de ellas para vigilarnos, mientras se relamían con uno de sus pocos lujos: un chocolate con churros casero. Me acerqué guiada por el olor a azúcar, evité que su fuerza me atrapase, tampoco lo conseguiría Tomás. Tenía siete años y un cuerpo escuálido con el que era capaz de recluirme en el espacio más insólito. Y eso hice. Me acurruqué bajo la silla de mi madre y le pedí que colocase su abrigo en el respaldo. Esa tela de paño negro, que casi rozaba el suelo, y sus delgadísimas piernas, me escudaron.

—María, qué ocurrencias tienes.

—Shhh, mamá, no digas mi nombre.

Cada pocos segundos levantaba unos centímetros la tela para vislumbrar la posición de Tomás. Cuando intuí que se había alejado lo suficiente de la pared que hacía las veces de fortaleza, me escabullí como una serpiente y corrí con todas mis fuerzas.

—¡Eh, María! ¡Quieta ahí!

Apreté las zancadas, la boca me sabía a hierro. Tomás no se saldría con la suya. Antes de rozar la pared blanca, me giré un segundo. Estaba a menos de veinte centímetros. Estiró el brazo. Movió la mano como si a pellizcos detuviera mi impulso. Trastabillé con los adoquines de piedra gris, estampé ambas palmas contra la pared y caí al suelo con un fuerte golpe.

—¡Gané, gané, gané! —gritaba eufórica a pesar del dolor en las muñecas y de la sangre que empapaba los leotardos blancos a la altura de las rodillas.

—¡No! ¡Eres una tramposa! —Me acusó con sus palabras y mirada de odio. Ni siquiera me ayudó a incorporarme—. Dijimos que no se salía de la plaza.

—¡Y no lo he hecho! —grité con más ímpetu—. ¡Estaba debajo de aquella silla! —Apunté con el índice. Mi cuerpo llameaba. Quise levantarme, pero cada vez que lo intentaba el dolor me tiraba al suelo—. ¡No sabes buscar!

—¡Las niñas no ganan y punto!

—¿Y eso quién lo dice? —La euforia por la victoria se tornó en rabia. Cerré los puños, fruncí el ceño. Quería pegarle hasta que reconociera mi triunfo.

—¿No escuchas a tu padre?

—¡Eso es mentira! —No aguanté más. Me incorporé y, a pesar de la cojera y el dolor, me abalancé sobre él—. ¡He ganado, he ganado! —Le propiné un puñetazo de refilón en el labio—. ¡Tramposo de mierda!

Nos envolvimos en un madeja de golpes y tirones de pelo hasta que me separaron con un fuerte apretón de orejas. Era mi madre.

—María, ¡a casa!

—¡Ha empezado él! —Las lágrimas de impotencia me humedecieron el cuello del jersey.

—¡Ahora!

Esa tarde Tomás no recibió ningún castigo, además, tuve que pedirle perdón. Bajar la cabeza, no montar escándalos, no sobresalir ni siquiera en el escondite. Fue la última vez que

jugué en la plaza. Mi madre sentenció que me había dado demasiada libertad. Sustituí adoquines, carreras y gritos por costura, recetas y flores. Tampoco me libré del yugo de Sebastián, del miedo que me infundía su mirada.

—María, ¿qué eres, una salvaje? ¿Te gusta ser el hazmerreír de esta familia? Hazle caso a tu madre. La próxima sacaré el cinturón. ¿Me has oído? —Me zarandeó—. ¿Que si me has oído?

Cuando volví en mí, me percaté de que me había apoyado contra la misma pared y me estrujaba las manos. Sosegué el ritmo de mis inhalaciones y, una vez me recompuse del recuerdo, caminé. Salí de la plaza por la esquina superior derecha, el gorgoteo de vecinos cargados con bolsas verdosas de las que sobresalían hojas de acelgas, zanahorias o puerros, no afectó mi paso lento y mirada curiosa. Observaba cada rincón como si fuera nuevo, al mismo tiempo, como si nunca me hubiera marchado. Conforme me alejé del ruido de la plaza y sus calles aledañas, el sonido de las acequias, que aún resistían en el interior del pueblo, me acompañó.

Deambulé entre macetas de colores, casas blancas y el olor a puchero que desprendían algunas cocinas. El cuerpo tenso y encogido con el que había entrado en Atizas, poco a poco se soltó, igual que mi melena plateada, mi gesto rebelde favorito. Al desviarme en calle Rosas, con el cuerpo en el pueblo del presente, pero con la mente brincando de un recuerdo a otro, me choqué con una mujer a la que, del impacto, se le escapó la bolsa y los tomates rodaron por la calle.

—Perdone. —Me agaché a recoger su compra.

—Nada, mujer, cosas peores pasan todos los días.

El cacareo de su risa y la pronunciación tan particular de las eses, como si bailaran entre sus labios, me pellizcó el estómago. Ella también se había agachado, la espié de reojo. Vestía de negro, el pelo teñido en cobre con el rizo de la permanente muy marcado. Varios anillos de oro le cubrían los dedos. ¿Cuántas mujeres tendrían esa cicatriz en el dorso de la mano? Sin duda, era ella.

—¿Sonsoles?

Mientras sujetaba el último tomate, elevó el rostro agrietado por el sol. Sus ojos marchitos se encontraron con los míos. Arrugó el entrecejo.

—¿Te conozco? Me suena tu cara, pero no caigo. Voy a perder la cabeza un día de estos.

—Soy María.

—¿Qué María? —Abrió más los ojos mientras nos incorporábamos.

—María, la de los Manzano. —Se le escapó otra vez la bolsa, los tomates.

—¿María? ¿Eres tú? —Se llevó una mano al pecho—. Es verdad lo que dicen, has vuelto.

Nos miramos unos segundos. ¿La abrazaba o esperaba a que ella moviera algún músculo? Siempre había agradecido aquel empujón con el que me marché a Madrid. Sonsoles no solo me entregó una dirección en un papel, que escondí en la cinturilla de la falda, la última tarde que merendamos juntas; me regaló la primera llave hacia la libertad que tanto deseaba. No podía creer que la tuviera delante. Llevaba casi los mismos años sin hablar con ella que con mis hermanos. Al principio, sí respondió a mis cartas en las que le endulzaba mis días en la casa de aquella señorona o cómo me convertí en amiga de su prima Isabel. En cuanto me mudé a casa de Ricardo y Mercedes, esas cartas cesaron. Nunca supe por qué, intuí que sintió mi cambio como una traición hacia ella, hacia su prima.

—Me alegro de verte, ¿cómo estás? —balbuceé.

—Bien, bien. —Aguardó unos segundos, me escaneó—. No te hubiera reconocido nunca.

No te imaginaba… así. Tan… moderna.

—Han pasado muchos años. He sabido quién eras por la cicatriz de la mano, menuda tarde.

—Quién iba a pensar que unos malditos chumbos serían tan traicioneros. —Estiró los labios. Enmudecimos unos segundos—. Te vas a París con Matilde, ¿no?

—El viernes. He venido un par de días de visita.

—No se habla de otra cosa, que te encontraron y que ahora agarráis maleta las dos solas.

—Me puedo imaginar. —Encogí los hombros, resignada—. ¿Cómo te ha ido? ¿Qué tal con Jacinto? Siento mucho no haber asistido a la boda.

—Nada, no te preocupes. Eran otros tiempos, una no cogía billete así como así. —Colocó los brazos en jarras, los cruzó—. Mi vida… supongo que con menos emoción que la tuya, yo no voy a París. Como mucho a Granada y a los cuatro viajes del Imserso, bastante faena me dan mis nietos.

—No creas todo lo que dicen, ya sabes que a veces las historias se exageran. —Preferí agarrarme al flotador que me lanzó antes de sumergirme en si mi vida rezumaba tanto glamur como se rumoreaba—. ¿Cuántos nietos tienes?

—Siete. El mayor ha entrado en la universidad. Es el primero de la familia. —Ensanchó el pecho.

—Y más que orgullosos, cómo me alegro. Debe ser un buen chico, tiene una abuela extraordinaria.

Aquellas palabras ocultas me escocían. Ninguna habíamos vuelto a recoger los tomates, la gente los miraba extrañada hasta que un chico, con acento inglés, se los entregó. Sonsoles prefirió regalárselos. La interrupción de ese muchacho me brindó unos segundos de oxígeno, contaba con dos opciones: alargar unos minutos más esa conversación con temor a pisar una mina o atreverme y preguntar a bocajarro. Cuando decidí regresar a Atizas supe que no me libraría de un viaje al pasado. Si la cobardía, en pocas ocasiones, había sido mi segundo apellido, frente a la que fue mi mejor amiga y guardó todos mis secretos, no sería el bautizo definitivo.

—Perdona que sea tan directa y más después de tanto tiempo. —Tomé carrerilla y lo verbalicé con los ojos entrecerrados—. ¿Por qué dejaste de escribirme? ¿Qué hice mal? —Se estiró el jersey y miró al cielo apenas cubierto por un par de nubes casi transparentes.

—Supuse que, si los rumores eran ciertos, quizá tendríamos esta conversación. Por mucho que una se imagine las cosas, los nervios aprietan igual. —Exhaló con fuerza—. ¿Te apetece un café?

4

Tres tartazos y medio

El sonido de las llaves traicionó a Ana. Me quité el delantal con las manos temblorosas y giré sobre mí misma intentando ubicarme en mi propia casa. Lo escondí en el primer cajón que encontré. Tampoco me daba tiempo a otra copita ni a revisar si mis ojos delataban la escena de la foto con mi padre. Por suerte, el maquillaje no era lo mío, de lo contrario, en vez de cara de repollo, la hubiera recibido como un payaso de circo barato. Sacudí los hombros y me atusé el pelo. Estaba lista. Abrí la sonrisa y los brazos al compás que lo hacía la puerta. El tartazo me sorprendió de pleno.

—¿Y María? ¿Dónde está María? Ay, Ana. —Me santigüé, aunque mi relación con Dios fuese de pega—. No me digas que le ha pasado algo. No me digas que me has mentido y ese cacharro volante no ha tocado tierra. —Me apoyé sobre la pared, se me escurrían las piernas. Las imágenes que aparecieron en mi cabeza me erizaron hasta el vello del bigote—. En la radio no han mencionado ningún accidente. Maldita mi estampa, ahora que la hemos encontrado y para una vez que salgo de este pueblo, pum, ¡muerta!

—¡Mamá! —gritó entre risas—. ¿Cuántos cafés te has bebido?

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? Y dice tu padre que no estás rara, ¿cuándo te has reído tú de una tragedia? ¿Cuándo?

—La pena es que con las películas que montas no seas directora de cine. Anda, mamá, ven y dame un abrazo. La tía vendrá en un rato, necesitaba un paseo.

—¿Y la maleta? —Me desprendí de su carantoña y le clavé los dedos como garras—. ¿No te habrás atrevido a que se pasee con ella por todo el pueblo? ¿Quieres que con el ruido de las ruedas pregone su regreso? Ya, si lo prefieres, sacamos el confeti por si queda alguien sin su ración de cotilleo, maldita la hora en la que le conté a Virtudes lo del viaje a París…

—Tranquila —recalcó cada sílaba—. La he dejado en el coche. Se me olvidó preguntarle y tampoco quiero que se ofenda por tocar sus cosas. Además, he tenido que aparcar al lado del cementerio viejo.

—¿En la otra punta? Lo que yo diga, sobra gente.

—O falta aparcamiento. No importa, después del almuerzo intento acercar el coche y traigo la maleta.

Entramos en la cocina. Vivíamos más alrededor de esa mesa, que estrenaba mantel, que en el resto de la casa. Que María no hubiera atravesado ya esa puerta me cortó la digestión del anís y los dos roscos, que me había comido a pellizcos entre friega y friega; al menos, me brindaba más margen para su llegada. Vi el trapo sobre la encimera, me acerqué a él; no lo toqué. Me dolían las manos, los huesos se me clavaban. Me tiré rendida sobre una de las sillas y cerré los ojos unos segundos.

—Mamá, ¿quieres una valeriana, una tila, una menta poleo? —Ella se sirvió el resto del café frío.

—¿Desde cuándo bebo hierbajos? —Tamborileé sobre la mesa—. ¿Y sabrá venir? En cincuenta años se le ha podido olvidar hasta dónde está su casa y, la verdad, para las indicaciones no soy la más fina.

—No te preocupes, antes de que nos demos cuenta llamará al timbre. —Un sonido metálico me sobrecogió como si me atracaran a medianoche.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —grité—. Chiquilla, la mencionas y, boom, aparece. ¡Qué barbaridad!

Ana esperó apoyada en la encimera con su café, yo salí tan sobrecogida que, al pasar por el recibidor, me clavé el pico del mueble en la cadera. El dolor me rajó, pero me mordí el labio y tragué saliva. No quería que María me escuchara aullar al otro lado. Tomé aire y noté un ligero regusto a sangre. No lo dilaté más.

—Vaya… —Otro tartazo—. Eres tú.

—¡Oh! Gracias, mamá, yo también me alegro de verte. —Conchita me dio un beso ligero y se coló en la cocina. Me quedé unos segundos allí, plantada con la puerta abierta.

—¡Hola! ¿Todo bien? —escuché a Ana.

—Sí, sí, nada de lo que preocuparse. Después me invitas a un café y te cuento.

—¿Y de qué tenéis que hablar? —Acababa de regresar a la cocina cuando me percaté de que Conchita escondía una carpeta azul detrás del frutero—. Me encanta que estéis cada día más unidas, pero no hay quién os entienda. Antes de que apareciera María ni os llamabais, y ahora no solo es que tu hermana se haya mudado un año al pueblo, es que encima os pasáis el día de secretitos. O yo me he perdido un capítulo de esta familia y nadie me lo cuenta o me tomáis por tonta, una de dos.

—Qué cosas tienes, mamá —respondió Conchita con la frase—. Su historia nos ha cambiado a todos, nada más. Por cierto, ¿dónde está?

—¡Eso quisiera saber! Tu hermana dice que necesitaba un paseo, ¡un paseo! Con esta ansiedad no aterrizo en París. Entre unos y otros me volvéis loca, ¡loca!

—Mamá, tranquila, vais a disfrutar tantísimo... Es una ciudad segura, como mucho que os lieis un poco con el idioma. ¿Qué otra cosa podría pasar? Nada —insistió Ana—. Todo saldrá bien.

—Eso si aparece, verás si no se arrepiente después del paseo. —Sonó el timbre—. ¡Ya está aquí, ya está aquí!

Salí espantada hacia la puerta, apenas vi sus miradas cómplices, las sonrisas ilusionadas. Sería en París, mientras paseaba por el Sena, cuando descubriese qué era lo que tramaban esas dos.

—¿No tienes llaves? —grité arañándome la cara.

—¿Cómo pretendes que las saque del bolsillo con la cantidad de pasteles y dulces que traigo?

—Tienes respuesta para todo. —Se los quité y los guardé en la nevera.

—¿Y mi hermana?

—Paseando, quería un momento a solas. No debe ser fácil, cuántos recuerdos… —contestó Ana.

—¡Mierda! ¿Y si se topa con Sebastián en plena calle? —Ese medio tartazo terminó de emborronarme—. ¿Nadie ha pensado en eso? ¡La madre que os parió! ¡Tanto paseo, tanto paseo! —Los latidos me atravesaban la piel. Un leve mareo me nubló la vista—. ¡Paco, corre! ¡Vamos a

buscarla! A saber de lo que es capaz el bruto de Sebastián. Lo que le falta a esta familia para la medalla del chisme del año es que se peleen a la luz del día. ¡Corre, hombre, corre!

—Matilde. —Me sujetó por los hombros. El cuerpo que ellos veían se detuvo, por dentro no había brazos que me sostuvieran. Necesitaba terminar con esa angustia, marcharnos a París. Ya no me parecía tan buena idea que María hubiera vuelto a Atizas—. Mi hermano no se ha comportado como debía, pero tampoco es tonto y no montará ningún escándalo. Quédate aquí con las niñas.

—Pero, Paco…

—Por favor, no necesito que me empujes.

Una mezcla agria me sacudió el cuerpo. Me asfixiaba con la espera, temía que la visita se torciese y María no me acompañara a París. «¿Y qué hago yo sola en una ciudad tan grande? ¿Y si no sé ni salir del aeropuerto? ¿Y si me paso cinco días allí metida? Qué desperdicio de tiempo. Para colmo, a Paco le da un arranque de valentía, ¿será porque me voy a París con su hermana y no con él? ¿Y si no le entusiasma esta aventura?». Los pensamientos se atropellaban. Me costaba respirar, sentía que mi vida se podía triturar en cuestión de segundos y todo por el santo capricho de recorrer mundo. ¿Me había convertido en una egoísta? ¿Y si anulaba el viaje? ¿Y si le pedía a Ana que comprara otro billete para él?

En cuanto se fue, me senté en el sofá. Escuchaba el cuchicheo de mis hijas, me encontraba tan golpeada que me dio igual. Cerré los ojos. Respiré. Se entremezclaron tantos recuerdos y posibles escenarios terroríficos que se me revolvieron las tripas. Una maraña de lágrimas me empapó la cara, había perdido el control. Destapé a Pandora el día que encontré esa misteriosa caja verde, lo que no imaginé entonces es que solo podría cerrarla si me enfrentaba a lo que había escondido en ella.

Y eso sucedería en París.

5

Un sorbo de verdad

Ese café con Sonsoles me ilusionó y una sonrisa sincera se me dibujó en el rostro mientras la seguía hasta el primer bar que encontramos dos calles más adelante, junto al antiguo lavadero común. El murmullo del agua, que discurría por esas pilas de piedra desgastada, ablandó el silencio. Nos acomodamos en la mesa de la terraza en la que acariciaba el sol, agradecí que esa conversación la mantuviéramos al aire libre, aunque eso supusiera miradas de soslayo de quienes pasaban por allí. También me percaté del escrutinio, aún menos discreto, de los que entraban y salían de aquel bar con olor a vino añejo. No me importó. Si estiraba los flecos que se habían enredado en el pasado, valdría la pena cualquier crítica.

Hablamos de trivialidades hasta que nos sirvieron dos cafés con leche muy caliente, tanto, que me pelé la lengua en el primer sorbo. En eso no aprendía, los nervios diluidos en tazas de café me extirpaban las papilas gustativas. Madrid y El Médano daban fe de ello, en ese momento, Atizas también. Me ruboricé con esa idea. Sonsoles parecía incómoda. Se revolvía en la silla, mareaba su alianza.

—Si no te apetece, nos vemos en otra ocasión, no hay prisa —mentí.

—No, no es eso. Ahora mismo tengo tantos sentimientos que no sé cómo ordenarlos. —Asentí en silencio, el siguiente sorbo de café me regaló un regusto a óxido—. Es increíble verte después de tantísimos años. La última vez éramos dos niñas y, míranos, convertidas en abuelas; porque tienes nietos, ¿no?

—No, nunca me he casado. Trabajé en Madrid con tu prima y de ahí me mudé con otra familia, como ya sabes. Pocos años después, volé a Tenerife. Solo he trabajado y levantado un negocio, me quedé sin margen para el amor.

—Lo siento. Yo he trabajado también como una mula entre mi casa y la huerta para cobrar una mierda de pensión, porque reza que no he movido un dedo en mi vida. Si hablaran los huesos y no los papeles… —Se acarició las manos—. Eso sí, no cambio a mi familia por toda la libertad del mundo.

—Claro. —Busqué sacar el amor y la vida familiar de la conversación, dirigirla hacia lo que me escamaba: qué había pasado entre nosotras—. ¿Qué tal tu prima?

—Sigue en Madrid, sirvió en la casa donde la conociste hasta que la dueña murió. Los hijos no tardaron en vender el piso y echarla a la calle. Otra a la que tampoco habían asegurado. —Golpeó la mesa—. La vecina del primero le ofreció trabajo, pero no como interna. Se casó poco después y tres soles que tuvo. Desde que se jubiló, pasa algunos días de vacaciones aquí. No la has pillado de casualidad. Volvió a Madrid hará una semana, cuando se acabó la feria.

—Cómo me alegro de que le haya ido bien, se lo merecía; fue un gran apoyo. —Abrió la boca, la cerró sin sonido alguno. Nos miramos con miles de palabras en los ojos. La taza apenas

guardaba dos dedos de café—. Sonsoles, voy a ir al grano o necesitaremos demasiados cafés y me esperan, ¿por eso no respondiste a mis cartas, porque tu prima se quedó sola en esa casa del infierno?

—A ver —resopló y sorbió los últimos restos de su manchada—. No te voy a negar que al principio me enfadé bastante. Mi prima te ayudó a salir del pueblo y a la primera que conocías a otra chica, adiós muy buenas.

—Eso no fue así.

—Déjame terminar. —Sacó el aire de una vez, se le cayeron los hombros contra el respaldo de la silla—. Lo que intento decir es que eso era lo que pensaba. Con los meses, mi prima me contó la verdad. —Sacudió la cabeza—. Leches, María, tú también la maquillabas en tus cartas y adivina no soy. ¡Si me arrepentí de no irme yo!

Se detuvo. Aproveché que el camarero recogía otra mesa y le pedí un vaso de agua con el que tragarme el nudo de la garganta. Cuando el muchacho greñudo regresó a la barra, Sonsoles prosiguió.

—Me enteré de que esa casa no era tan idílica, de cómo esa señorona casi la larga y tú le cubriste.

—Y lo haría de nuevo. ¿Quién nos iba a proteger? Estábamos solas. —Me incliné sobre la mesa, coloqué mi melena hacia el lado contrario de la taza.

—Supongo que ya pagaste con ese gesto.

—Sonsoles. —No me aguanté más. Apoyé los antebrazos sobre la mesa, tomé impulso—. Yo siempre os he estado inmensamente agradecida a las dos, ¿me oyes? A las dos. Sin vuestra ayuda quién sabe cómo hubiera sido mi vida. Animé a tu prima a que saliera de allí, vivir con el miedo en el cuerpo no es vida. Y en esa casa no había quien respirara.

—Lo sé, tarde, pero lo sé. —Agachó la cabeza.

—Entonces, ¿por qué no me escribiste?

—¡Porque no tenía dónde hacerlo! —Abrió los brazos desarmada. Elevó la vista vidriosa —. Ya te lo he dicho, pasaron meses hasta que mi prima me contó la verdad, como que a los pocos días de que te mudaras, la señorona, en uno de sus ataques de ira, porque no encontraba a otra tonta que la aguantara, le lanzó un jarrón a la cabeza. Y ella, de impotencia, rompió el papel con tu dirección, ni la había leído. Y yo… —Volvió a toquetear los anillos—. Tiraba cada carta hasta que no recibí más y pensé que nos hacías un favor. Poco después de la última, mi prima me confesó la cara oculta de Madrid; para entonces, ninguna guardábamos tu dirección. —Cogió mi vaso de agua, se bebió lo que quedaba—. ¿Cómo te íbamos a encontrar? Estuve tentada a hablar con tus hermanos, por si también les habías escrito desde la nueva casa; no me atreví. Cuando te marchaste esperé que ellos me dijeran algo, sabían que éramos amigas. Nunca piaron, ni siquiera cuando me casé. Supongo que si no se menciona a alguien es como si no existiera. Y, de alguna manera, cada uno transformó el silencio en su capa.

Un fogonazo de rabia me abofeteó, se me encendieron las mejillas, me raspaba la garganta. ¿Por qué tenía que demostrar el doble para que me escucharan y, no digamos, creerme? Primero mis hermanos, después Sonsoles y su prima. La lista era bastante más extensa, sin embargo, a punto de repasar el resto de los nombres que la engrosaban, golpeé la taza y el culo de café se derramó sobre la mesa. Quizá un intento de mi mente por ocultar a esos fantasmas que había encerrado y a los que no me atrevía a despertar. Quizá el susto que me dio la voz de pito que habló a mi espalda.

—¡*Cucha*, Mariquilla! Si los rumores son ciertos.

Intenté girarme para descubrir qué persona tenía un tono tan desagradable, se adelantó a

mi movimiento y amagó sentarse en la silla libre. Agradecí que Sonsoles colocase ahí el bolso y el resto de la compra que había sobrevivido a nuestro reencuentro.

—Hola, sí, eso parece. —Atiné a contestar mientras agarraba un par de servilletas ásperas que esparcían el café en vez de absorberlo. Sonsoles adivinó mi desconcierto.

—Es Paqui, la de los Vázquez. Su madre fue nuestra maestra, ¿te acuerdas?

—¡Ah, cierto! Tantos años... Un placer —mentí.

—Chiquilla, quién te ha visto y quién te ve. Con esas ropas tan coloridas y el pelo sin tinte, pero me he dicho: «¿Con qué forastera toma café la Sonsoles?». Y he caído en que en el pescado comentaban que han visto a Paco cargadito de pasteles y, claro, blanco y en botella. ¿Quién iba a ser si no? —Cambió el peso de una pierna a la otra. Se acomodó el bolso—. Pensaba que ya no teníais relación, la señora no ha abierto el pico por mucho que se le ha preguntado.

—Paqui, te gustan demasiado los chismes y yo soy más de callar.

—Chismes, chismes, qué palabra tan fea. Solo es información. Una tiene derecho a saber lo que pasa en su pueblo. María, te ha ido bien la vida, ¿no? Dicen que eres dueña de un hotel en Tenerife. Chica, ¡qué nivel! —Me empujó dos veces el hombro—. Tus hermanos han estado muy solos, esos sí que han sido tumbas estos años, sobre todo Sebastián. El pobre es un alma en pena desde que el resto te buscó, que ya han tardado. —Volvió a darme un toque en el hombro —. ¿Y él por qué no fue? El campo está fatal y qué decir de las pensiones, pero para buscar a una hermana merece la pena vaciar la cuenta…

Me mareé con la incontinencia verbal de esa mujer con la que había cruzado palabra en tres ocasiones y ninguna buena. Gracias a su boca, sobraban las tardes en las que su madre castigaba a alguna de las niñas de la clase. Aún sentía el escozor en los antebrazos cuando doña Trini nos golpeaba sin piedad con la regla de madera. La piel no olvida, aunque las heridas no se aprecien.

—¿Lo has visto ya?

—¿Cómo? —Me había centrado en el café derramado y no en el veneno que escupía por la boca. ¿Para qué servían esas malditas servilletas que no secaban?

—Ay, pobre, estará con el *yelac* ese que dicen que te da cuando viajas. ¡A Sebastián! ¿Que si lo has visto? Me lo he cruzado en la puerta de Dieguito. Creo que se ha comprado una camisa nueva con esto de que volvías, porque, vamos, la primera vez en años que no se le ve un lamparón en mitad del pecho. —Otro empujón en el hombro. Me mordí el labio por no sujetarle la mano mientras continuaba con su perorata—. Lastimita, tan solo y sin mujer, cómo se iba a apañar. En confianza y no porque me guste comentar la vida de nadie, Matilde ha hecho bien poco por él.

—Sobrevivir, como todos, con una mano y después con la otra —cortó Sonsoles—. ¡María! Fíjate qué hora. Te invitaríamos a un café, pero, como estás tan bien informada, sabrás que la esperan. —Cruzamos una mirada cómplice, reconocí que las dos nos reíamos por dentro. Hurgué en mi bolso—. Quieta, quieta, invito yo. —Puso un par de euros sobre la mesa—. Ya si eso nos vemos en otro momento y cuida esa lengua, mujer, un día te la vas a pillar con la puerta.

Sonsoles se enganchó a mi brazo y caminamos en dirección a la plaza del trigo. Antes de doblar la esquina, me giré y observé cómo Paqui, incandescente, se atragantaba con las palabras sin pronunciar.

La mención a Sebastián me sacudió. No había reparado en ese detalle cuando decidí que un paseo a solas suavizaría el sabor de la vuelta. No quería encontrármelo de sopetón en plena calle y no saber qué decir, o peor, que el revolcón emocional me provocara un llanto absurdo. No

iba a llorar. No por él, ni por lo que fue. De poco habían servido esas lágrimas durante los años. Llorar me había secado, no me había devuelto a mis hermanos, mucho menos al amor. Sal en el rostro y soledad en las paredes. Si lloraba que fuese de felicidad, igual que cuando irrumpieron en el hotel. Lágrimas dulces como si el cuerpo cambiara esa sal por azúcar.

—¿Estás bien? —Me apretó el brazo por el que nos habíamos entrelazado—. No le hagas caso, la rutina es una losa y cualquier chispazo que te saque de ella parece un salvavidas.

—No me preocupa lo que piense. —Acentué la negativa con la cabeza. Tragué saliva.

—Es por Matilde, ¿verdad? —Aguardó unos segundos—. Olvídate de lo que ha dicho, si no fuera por ella, ese hombre no hubiera comido caliente. La de mediodías que la he visto hacia su casa con la olla humeante. —Suspiró—. Cuántas faenas no le habrá hecho sin que el resto nos enteremos; ahí donde la ves, tan echada para delante, es la más hermética de este pueblo.

—Matilde es un regalo del cielo.

—Entonces, ¿qué te preocupa? Te ha cambiado el color de la cara.

—No he visto a Sebastián. —Saboreé un regusto amargo. Me desenganché del brazo. De pronto, el cuerpo me quemaba. Necesitaba aire—. Desde que le prometí a Matilde que la acompañaría a París, me he preparado para el reencuentro con él, pero el pellizco no me suelta.

—Todo a su tiempo.

—Sonsoles. —Me detuve, la miré a los ojos—. No sabes cómo te agradezco este café. Siento mucho si en algún momento has pensado que me aproveché de tu prima o de ti. Debí ser más clara en mis cartas, pero sentía tanta vergüenza, tanto miedo a que mi atrevimiento con Madrid fuese un fraude y me viera obligada a reconocer que me había equivocado, que nunca debí irme…

—Más lo siento yo. Por cabezona te perdí. No imaginas lo que te extrañé.

Nos abrazamos como si en aquel intercambio de piel nuestras almas se reconocieran y arrancaran los hierbajos que habían brotado desde entonces. Como si volviéramos a ser esas dos jóvenes cargadas de ilusión y harina con la que amasar un futuro más esponjoso y dulce.

A pesar de todo, seguía siendo mi amiga.

6

La lista de París

Hacía veinte minutos que Paco había salido. La casa se me quedaba pequeña. La angustia devoraba cada esquina. Cuando no aguanté más sentada en el sofá —y cómo tampoco quería beberme otro sorbito de anís hasta que Ana y Conchita abandonaran la cocina— me escondí en el dormitorio. Qué harta estaba de sus cuchicheos y risas quinceañeras. Tarde o temprano sabría que tramaban, pocos secretos se ocultan en el pueblo. Me senté sobre la cama y saqué del primer cajón de la mesita la lista de París. Leerla me relajaba. Ese papelucho, con las marcas clavadas, de lo que lo había abierto y doblado, era la gran prueba. Yo, que no había salido del pueblo más que para buscar a María, iba a pisar las mismísimas calles que había visto en las películas. ¡Yo!

El inventor de la lista fue mi Nachete. ¡Y qué lista, madre mía! Se le ocurrió la tarde que vino de excursión de La Alhambra. Era su segunda semana en el instituto de Atizas. Imagino que tanta belleza le llenó la cabeza de ideas, aunque también es cierto que él necesita poca coba para hablarnos de planes y mapas.

—Abuela, ¿ya sabes qué quieres visitar en París?

—¿Cuántas veces te tengo que decir que no tires la mochila en el sofá? Chiquillo, ¿tanto te cuesta dejarla en tu cuarto? —grité a la par que subía el volumen de la telenovela.

—Vale. Tú ganas. Pero sigues sin responderme.

—No lo sé. —Agité las manos con tal fuerza que el mando se estampó contra la pared. La telenovela enmudeció—. ¡París, eso vamos a ver! ¿De qué te ríes tanto? —Recogió el mando y me lo devolvió con una sonrisa demasiado traviesa.

—¡Abuela! ¡París es enorme! Espera.

Llevó la mochila a la habitación, todavía escuchaba su risita adolescente. Dos minutos más tarde, regresó con el ordenador y se sentó a mi lado. Lo colocó en su regazo e inclinó la pantalla: París nos saludaba. En dos semanas, las que sonreirían en las fotos seríamos nosotras.

—París cuenta con más de dos millones de habitantes en el municipio, en general, ¡tiene más de once! —Me asustó más la garra con la que lo dijo que el número. Mi mutismo le debió dar una pista—. Abuela, imagínate lo grande que es para que viva tanta gente y no mueran aplastados. Sin un plan, mal empezáis el viaje.

—Nacho —carraspeé—, visitaremos lo típico. La Torre Eiffel, el museo de la chica siniestra, esa que dicen en la tele que te sigue con los ojos. Dios mío, nunca me acuerdo del dichoso nombre…

—La Mona Lisa.

—Eso, aunque mona, mona... ¿Qué más? ¡Ah, sí! Pasaremos por el arco de las bicis que le gustan a tu abuelo, nos comeremos unos cruasanes. Lo de toda la vida. Además, María es muy

espabilada, por muy grande que sea París, no nos vamos a perder. —Arrugó los labios hasta que no pudo más y explotó—. ¡Deja de reírte de mí!

—Vas pegadísima. Tranquila, tengo una pedazo de idea. Será el viaje más increíble de tu vida.

Y a esa cabeza brillante de mi Nachete no se le ocurrió otra cosa que convocar al resto de la familia, como si aquello fueran las elecciones, para que cada uno propusiera dos lugares o actividades. Que, ya que no iban ellos, que al menos aportaran algo y así, de paso, no nos quedábamos cinco días en el mismo barrio. ¡La madre que lo parió! Aunque, siendo sincera, me ilusionó que toda la familia se preocupara de que disfrutara del viaje. Eso era que me querían, o era lo que me gustaba pensar, y no que me iba a gastar un dineral sin ellos.

Revisé otra vez la lista y una sonrisa nerviosa me crujió los mofletes. De todas las propuestas, las de Nacho eran las mayores de las fechorías. ¿Tendría alguna vez ese niño una idea normal?

María no conocía la lista. Necesitaba que añadiese lo que a ella le apeteciera, porque, por mucho que me acompañara a cumplir un sueño, algo tendría que opinar. No quería que se convirtiese en un pasmarote y encima le costase el dinero. Por eso estaba frita por verla. Había intentado explicársela varias veces, pero mi lengua se enredaba por otros derroteros y nunca encontraba el momento preciso. Temía que se echara para atrás cuando supiese las actividades de Nacho.

De repente, una madeja de pensamientos, en los que no había caído antes, me sacudió las costillas. «¿Y si otro papel separa a esta familia? ¿Y si la lista ofende a María? ¿Y si piensa que soy una mentirosa por ocultársela, me abandona y un grupo de atracadores me roba hasta las bragas?». Me levanté de un salto. Mi respiración sonaba como si centrifugase. Cogí el móvil, que descansaba en la mesita. Paco me colgó tres veces. A María ni me atreví a llamarla.

7

No se puede huir del destino

Cuando nos separamos de ese abrazo, en el que sentí que se tejían las hebras rotas casi cincuenta años atrás, vislumbré a la espalda de Sonsoles una cadencia en el andar que conocía demasiado bien. Me quedé rígida, clavada al suelo y con la boca medio abierta. Esos pasos torpes avanzaban en sentido opuesto al nuestro, si no emitía algún sonido no se percataría de mi presencia. Ni una brizna de aire acompañó una sílaba. A pesar de ser principios de octubre y encontrarnos en pleno corazón de La Alpujarra, vestía una camisa celeste de cuadros remangada más alta por un brazo que por otro, la barriga abultaba bastante más de lo que imaginé. La intensidad del vaquero azul también declaraba su estreno. Caminaba cabizbajo, no le vi los ojos. Observé cómo proseguía mientras mi mente se marchaba muy lejos.

Con cinco años coger los huevos de las gallinas era un juego de vida o muerte. Me aterraban sus picos, más aún sus ojos. Si existía un animal que reflejara al demonio en la tierra, para mí eran las gallinas. El primer día que mi madre me encomendó recoger los huevos del diminuto corral de detrás de casa, fue como si me dijese que me aborrecía. ¿Cómo se atrevía a enviarme sola ante esas bestias inmundas?

Llevaba diez minutos pasmada frente a la puerta del corral. Sujetaba la cesta de mimbre con las dos manos, apretaba y retorcía los puños alrededor del asa. Quería ser tan fuerte como mis hermanos, no temer a esos bichos, pero las gallinas desprendían una energía que me paralizaba. Ni las palomas, ni las arañas, ni siquiera las serpientes. Eran las gallinas. Sebastián apareció poco después. Creí que me ayudaría.

—María, ¿qué haces ahí? ¿No quieres que comamos hoy? ¡Espabila, tenemos que volver al campo!

—Es que... me van a picar. Lo dicen sus ojos.

—No eres más tonta porque no naciste antes. Las gallinas no pican. —Abrió la puertecita de metal mellado, me empujó dentro y pasó el cerrojo.

—¡Sebastián, Sebastián, ábreme, por favor, por favor, ábreme! —Me sorbía los mocos, las lágrimas me emborronaban la vista.

—No te pasará nada, os haréis amigas. En un rato vengo; como hayas roto algún huevo, duermes con ellas el resto de la semana.

Imploré hasta la afonía. A las gallinas tampoco les satisfacía mi intrusión. Revoloteaban de un lado a otro del ínfimo corral. Cacareaban cada vez más alto. Las plumas del ala de una de ellas me rozaron los tobillos, me oriné encima. No sé cuánto tiempo había transcurrido cuando Paco me encontró en cuclillas en un rincón, con la cesta a modo de casco y las uñas ensangrentadas. Ese día empecé a temer a Sebastián.

—¿Estás bien? Te has puesto más blanca que la fachada de mi casa, ni que hubieras visto

un fantasma. ¿María?, ¿María? —Sonsoles me sujetó por los hombros trayéndome a la realidad, él ya se había perdido al fondo de la calle—. Déjate de tonterías que me estás asustando. ¿Tienes azúcar, la tensión baja, llamo a un médico?

Moví un par de veces la cabeza, un reflujo nauseabundo me subió a la garganta. Cerré los ojos unas décimas de segundo y me lo tragué.

—Perdona, no es nada. Me ha pillado de sorpresa.

—¿El abrazo? He sido demasiado efusiva, lo siento. —Se recolocó el bolso, recuperó la compra que había apoyado en el suelo.

—¡No, no! No me refiero a eso. ¡Ay, Dios mío!

Me toqué la frente con la mano izquierda, me sobrevino una riada de carcajadas. Sonsoles entornó los ojos. Cuanto más intentaba sosegarme, más absurda me parecía la situación y más fuerte arremetía la risa. Un par de lagrimones se unieron a la fiesta.

—Tranquila —dije cuando me calmé—. Es Sebastián. Ha pasado al fondo y me he bloqueado.

—¡Qué susto, pelleja! —Se llevó las manos al pecho—. Pensaba que te daba un infarto y te ibas a quedar tiesa en mis brazos. —Se giró, no había nadie—. Ahora juegas con ventaja. Ya lo has visto, has soltado la tensión y la María valiente que conocí no tiene que esconderse.

—Sí, necesito cerrar ese capítulo. No tardaré demasiado. —Sonreí—. Aunque quisiera ocultarme entre estas casas encaladas, no se puede huir del destino.

—Que se lo digan a mis pobres tomates.

Esa vez, las carcajadas nos atravesaron a las dos. La abracé con más fuerza que la anterior, adhiriéndome en los huesos esa alegría efímera. Conocía muy bien cómo un instante bastaba para que la vida perdiera brillo.

—Creo que alguien no se aguanta las ganas de verte —me susurró durante ese abrazo.

Me despegué confundida y con el cuerpo en guardia por si Sebastián había aparecido por la calle de atrás. No me atreví a descubrir de quién se trataba hasta que escuché el siseo de ese «mi niña María».

—¡PACOOO!

Me convertí en la niña que se acurrucaba en su regazo cuando le dolía la barriga. En la adolescente a la que le fascinaba pasear por el río Guadalfeo con su hermano mediano. En la mujer que ansiaba recuperarlo. Di una tímida carrera y me abalancé sobre él. Olía a jabón casero y azúcar. Hundí la cabeza en su pecho, el brío de su abrazo me devolvió a los tiempos en los que a nuestra familia no le sobraban sillas.

—¡Al fin estás aquí! Este mes y medio ha sido una eternidad. —Me besó la coronilla, deshizo el abrazo y me impulsó a girar sobre mí misma. Su cuerpo centelleaba y no era por las gafas nuevas que le aportaban un toque juvenil. Al igual que cuando nos reencontramos, una parte de la electricidad marchita había recuperado su primavera—. Eres preciosa. ¿Lo sabes? —Me acarició la mejilla, le besé la mano—. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, bien. Siento no haber ido directamente a casa. Quería pasear, me he encontrado a Sonsoles y me he olvidado del reloj.

—No te preocupes. Hacía demasiado que no pisabas estas calles. Lo único que Matilde está un poco nerviosa, no se lo menciones. —Se le escapó una risa que me recordó a cuando cubría mis trastadas—. ¡Ay, Sonsoles, perdona! No te he dado ni los buenos días.

—Tranquilo, la ocasión lo merece. Yo os dejo, el almuerzo no se cocina solo. —Elevó unos centímetros las bolsas de la compra—. María, nos vemos antes de que te marches. Disfruta de la familia. —Me sujetó fuerte la muñeca, absorbí su descarga—. Bienvenida a Atizas, querida

amiga.

Se perdió entre el enjambre de casas encaladas, nosotros permanecimos allí unos minutos más. Un ligero olor a brasas me avisó de que no había comido salvo el café con Sonsoles.

—¿Nerviosa?

—¿Por París? Quizá no cómo debería siendo la primera vez que salgo de España. Por lo menos, me defiendo bastante bien con el idioma por estos años en el hotel. —Me recosté sobre él, respiré su fragancia a hogar. No quería separarme, no después de tanto—. Veremos cuando suba al avión.

—Lo vais a pasar de maravilla. —Me apretó contra él. El tiempo se detuvo y retrocedió en un mismo parpadeo. Su siguiente frase disparó mi curiosidad—. La lista que lleva Matilde no tiene desperdicio.

—¿Qué lista? —Fruncí el ceño.

—¿No te lo ha contado?

Los latidos recrearon una melodía más ágil, un sutil ardor me picó el estómago. En la decena de horas al teléfono, Matilde no nombró ninguna lista. ¿Qué pondría en ese papel para que mi cuñada, cuyo don de palabra no era su punto débil, no la hubiera mencionado?

—No, no me ha dicho nada. Tampoco la mudanza de Ana. Imagino que con el estrés del viaje se le habrá olvidado. No todos los días se cumple un sueño.

—He metido la pata. —Se tapó la boca con la mano y la deslizó por la barbilla hasta formar un canuto con los labios por el que se escabulló un silbido—. Te explico por encima y así queda algo de sorpresa.

—Miedo me da.

—En realidad, lo ha organizado Nacho. Nos sentó para que propusiéramos un par de sitios o actividades. Falta lo que te apetece a ti. Te encantarán, aunque, miento, las sugerencias de Nacho son un poco… peculiares. Con una no estoy de acuerdo, pero bueno.

—¿Qué se le ha ocurrido? ¿*Puenting* desde la Torre Eiffel?

—¿Eso existe? —Se le abrieron los ojos, me reí y negué con la cabeza—. Ni le menciones una idea así que cambia sus propuestas a última hora.

—Si Matilde no me lo ha dicho, tendrá sus razones. Aguantaré la curiosidad, lo prometo.

Me enganché a su brazo con la energía de una adolescente camino de su primer baile. Anduvimos muy despacio, empapándome de ese verano tardío. Enfilamos la calle Libertad, en el número tres nos esperaban el resto de los Manzano.

—He visto a Sebastián. —Su cuerpo se tensó—. Estoy bien, Paco, de verdad. Me ha pillado desprevenida, y menos mal que él no se ha percatado porque no me hubiera salido ni una palabra. Matilde me avisó de su deterioro, no supuse que fuera para tanto.

—Ya sabes, preocuparse no es lo suyo, ni siquiera por su salud. —Su tono rezumó un tinte amargo—. Vamos. Las niñas y Matilde habrán puesto la mesa.

—Paco, mírame. —Lo obligué a detenerse, la calma de su mirada olivácea había desaparecido—. No va a hacernos daño. Es imposible después de lo vivido, pero sí que necesito que responda a algunas preguntas.

—¿Y qué sacas con eso? ¿Quién te asegura que no miente otra vez? ¿Tú sabes cómo me siento después de tantos engaños? —Su respiración se agitaba al ritmo que sus palabras—. María, joder, que desde el minuto que escribiste podría haberte buscado y no cincuenta años después. No puedo ni mirarle a la cara.

—Hazlo por mí. Si no me enfrento a esa conversación me comerá el rencor. No quiero que te suceda lo mismo. ¿De qué nos vale? No nos devuelve el tiempo perdido. —Quise

atravesarlo, apaciguar su dolor. Lo abracé—. ¿Me acompañas esta tarde a su casa?

—También es la tuya.

—Ya me entiendes.

—¿Segura? —Sin despegarme de él, asentí.

8

Hinojos

Cuando vi a María en el recibidor, me mordí el par de lágrimas que pretendían avergonzarme. Era verdad, había venido y nos íbamos juntas a París. ¡A PARÍS! Quise que me pellizcase alguien. La bandida estaba radiante. Delgadísima, con un vestido largo de lana anaranjado y las canas libres hasta mitad de la espalda. Parecía una ninfa. Al mirarla, me sentí aún más vieja, con mis lorzas, la permanente del día anterior, los pantalones negros y un jersey pajizo. Escondí mis complejos en la misma caja en la que los había acumulado toda la vida y la abracé con tanta fuerza que quizá suspiró porque le aplasté las costillas.

—¡Qué alegría! Si pareces una modelo. Te falta la boina y, chica, una viva parisina. ¿Qué tal el viaje? ¿Y la visita por el pueblo? —me tragué la lengua cuando me fijé en la mirada de Ana.

—Muy bien. Un poco cansada. Perdonadme la tardanza, no se hace esperar a la gente que quieres.

—Después de cincuenta años, un par de horas más que menos tampoco es una tragedia. Vamos a la mesa, que estarás *enmallá.*

—¿No esperamos a los niños?

—¿Y comer a las tres de la tarde? ¿Qué le hemos hecho a Dios? Nada, nada, para algo inventaron el microondas.

Conchita y Ana le enseñaron la casa mientras yo servía los platos antes de colocarlos en la mesa del salón que solo usábamos en ocasiones importantes. Cómo nos íbamos a apretar en la cocina con la olla en mitad de la mesa por mucho que estrenase mantel. Ni hablar.

Se me escurrió el cucharón un par de veces, las gotas que se esparcían por los azulejos eran perdigonazos en el pecho. «Tengo que darle otro repaso antes de que María venga por aquí. Espérate, ¿me he dejado también ese churrete?». Paco, que es la viva imagen de la oportunidad, soltó el escopetazo final.

—Ha visto a Sebastián. —El cucharón golpeó el fondo de la olla, un reguero de hinojos se esparció por la encimera y los azulejos.

—¿Cómo que lo ha visto? —El rollo de cocina a dos palmos, no daba con él. Comencé a moverme sin orden. Paco bajó la voz.

—Se lo ha encontrado en la calle. Ella estaba con su amiga Sonsoles.

—¿Sonsoles y María son amigas? ¡Yo no me entero de nada! —Clamé al cielo—. ¿Y qué le ha dicho Sebastián? ¿No habrá tenido el valor de montarle un numerito? Madre mía, con lo que le gusta inventar... ¿Y los ha visto alguien? Como si no se hablara poco de su vuelta, toma y ponte dos tazas.

—Matilde, tranquila. —Me tendió el rollo, corté un par de servilletas—. No, iba en

sentido contrario. Se ha quedado bloqueada y no le han salido las palabras.

—Pobrecilla, con lo que ha pasado; menuda impresión, encontrárselo sin anestesia que valga. Yo me hubiera caído redonda.

—Quiere que hablemos con él esta tarde.

—¿Ya? ¿Tan pronto? —Paré de recoger el estropicio de los hinojos—. Al menos que se eche una siesta y repaso la cocina.

—No, quiere que vaya yo con ella. No me mires así, anda. —Me envolvió entre sus brazos, los míos se escurrieron, lacios—. Ya no puede con nosotros. No necesitamos que mi guerrera favorita nos defienda. —Me besó la frente—. ¿Cuándo le vas a contar lo de la lista?

—¡No me metas más presión! —Lo aparté—. Todavía me da un infarto y me quedo bajo tierra.

Le encasqueté un plato con los avíos del puchero y otro con una ensalada de tomate, necesitaba unos minutos antes de sentarme a la mesa. Cerré los ojos y me encomendé al rezo de Ana: todo saldrá bien. Todo saldrá bien. «¿Qué nos falta para relajarnos en París? Nada, Matilde, dos detalles de nada. Que aquí la muchacha hable con el ogro y que tú le cuentes las ideas de la lista. Eso te lo ventilas con un café y un par de roscos. ¿A ver si es que te da miedo volar con lo bien que lo hiciste en Tenerife? Venga, repite otra vez, todo saldrá bien, todo saldrá bien».

—¿Alguna cosa más?

—¡Coño, qué susto! Ya voy, ni un minuto puede descansar una, ¡qué barbaridad! —Conchita se corrió una cremallera en la boca—. Hija, perdona, menuda mañana llevo. Coge otra barra de pan, por si acaso.

Cuando aparecí por el salón, se reían con una de las anécdotas de Paco y María de pequeños. No me enteré qué decían, me tiritaba el cuerpo. Me concentré en que no se me cayera también el último plato; el desastre de la cocina era suficiente.

—Matilde, ¡qué delicia! Con la de años que no comía hinojos —comentó tras la segunda cucharada—. No me podías hacer más feliz.

—Menos mal que he acertado. Lo mejor de los hinojos es reposarlos con una siesta y tú vendrás reventada de tanto trasiego. Además, había pensado que después de esa siestecita, las niñas nos alarguen a Órgiva. Están copiando a mano *El Quijote* en la biblioteca. No sé si lo sabes, tienen una colección tremenda de Quijotes, atrajo hasta a los Reyes de antes. La visitamos y así se lo cuentas a tus huéspedes, que eso siempre es muy exótico. —Jugaba con la cuchara en busca de más lugares lejos del radar de Sebastián—. O subimos a Soportújar, no te figuras la que han armado. Lo han convertido en el pueblo de las brujas. A Carlota le encanta y Nacho y Rebeca no lo conocen. O vamos a Trevélez; nos pilla una miaja más lejos, no importa. Me agencio un par de jamones, que estos niños estarán canijos, pero zampan como demonios.

—Suena muy tentador, Matilde, y te lo agradezco. Ha cambiado la comarca más de lo que pensaba. No te preocupes por la visita a Sebastián. —Me atraganté y el sabor anisado de los hinojos me quemó la nariz—. Os he escuchado sin querer, iba a por agua. Decidí no entrar en la cocina, no quise interrumpir.

—María, no me malinterpretes, estoy encantada con tu visita, pero no creo que el recibimiento de Sebastián sea el mismo.

—No espero abrazos ni muestras de cariño, solo respuestas. Además, alguna vez tenía que ser yo la que le enseñe mi carácter. —Soltó una carcajada, me guiñó—. Fíjate, Matilde, tengo lo que más he querido en esta mesa. Eso ya no me lo quita nadie, pero me he ganado un momento de pataleta.

—Creo que la culpa lo carcome. —Conchita cortó un trozo de pan, yo tenía el cuerpo tan

apretado que no tragaba ni agua—. No hay otra explicación, sino ¿para qué guardar las cartas? Si las hubiera tirado, ahora sería imposible que celebráramos vuestro viaje a París.

—Con no esconderlas asunto arreglado.

—Sí, mamá —intervino Ana—. Se portó como un cretino, aun así, la situación podría ser peor. Lo mismo os sorprende.

—Con un concierto de música clásica… Qué caritativas sois las dos.

María desvió la conversación hacia cómo llevaban los niños su nueva vida en el pueblo. Veía el vaivén de sus labios, no los escuchaba. Mi mano removía los hinojos a la vez que mi mente los recuerdos.

—Sebastián, te presento a Matilde —dijo Paco el primer domingo que entré a la casa familiar.

—Muy bien —respondió mientras arreglaba unas azadas en el patio.

—Qué ganas de conocerte, Paco me ha hablado mucho de ti. He traído unos roscos para el café. —Mostré el recipiente redondo. Intenté que no se notara el temblor de mis manos. Desprendía calor.

—Qué mínimo que sepas cocinar. Otra cosa es que haya quien se los coma.

Paco abrió la boca. No dijo nada. Me sujetó por el brazo y me guio por el resto de la casa. Me callé por prudencia y ceguera. No guardé el mismo silencio a lo largo de los años. De no enamorarme hasta el tuétano, ese domingo hubiera plantado a Paco con los limoneros y su querido hermano.

Me calcé, una vez más, el ejemplo de mi madre. Dureza y sarcasmo, nada de sensiblerías. Igual que cuando mi padre me reventó los sueños, igual que cuando Juan me abandonó con la maleta hecha y las ilusiones rotas. Ese escudo no me había fallado, aunque me convirtiera en una mujer impaciente y con la lengua muy corta.

Y ese martes de octubre, después de media vida de desplantes, mientras ponía la otra mejilla para que el simpático de mi cuñado comiese caliente, pensaban dejarme al margen. ¿Qué se habían creído? ¿Con todo a lo que había renunciado? ¿Con todo lo que había hecho por ellos? ¿Acaso estaban ciegos? Si no fuese por mí, seguirían cada uno en la otra punta de España. Nunca lo diría en voz alta, con la única cucharada de hinojos que conseguí tragar, deseé que aquella conversación fuese un infierno y reconocieran que me habían necesitado allí, frente a ese desgraciado.

9

Cuentas pendientes

¿Qué sentiría al traspasar los muros de la casa en la que crecí? ¿Estaría tan deteriorada como el propio Sebastián? No quise preguntarle a Paco y alumbrar una de las tantas preocupaciones que me ronroneaban. Aquella casa no era una fachada blanca, sino el recuerdo de mis padres. ¿Quedaría su esencia o el tiempo y la dejadez habría borrado hasta la huella más ínfima? Caminamos en silencio. Me acuné en la quietud de las calles desérticas, apenas manchada por dos gatos pardos, que relamían una lata de atún en un rincón. Éramos idénticos a ellos. Un señuelo convincente y cualquiera nos atraparía sin esfuerzo. Esa vez, yo estaba prevenida.

Tras diez minutos de subida bajo un sol que bostezaba, alcanzamos la puerta de madera oscura que cerré una medianoche de abril. Percibí el olor de los limoneros de esa primavera, el brillo de aquella luna. También escuché el jolgorio de las acequias, el ulular del búho. Si no fuera por el deterioro de la fachada y las astillas de la puerta, hubiera creído que no habían transcurrido cincuenta años. Paco me tiró de la mano. Desvié la mirada hacia su rostro teñido de tierra.

—¿Estás segura? No pienses que le tengo miedo; si no lo ves claro, nos vamos y tan felices.

—Sabes tan bien como yo que, si no atravieso esa puerta, el pasado seguirá estancado. No aspiro al olvido, solo a estar en paz con la muchacha que fui, con él.

Respiré hondo y, con la última gota de la exhalación, golpeé la puerta. En menos de un minuto me encontré con los ojos hundidos de Sebastián. Continuaba con la ropa de esa mañana, más arrugada y con manchas de sudor alrededor de las axilas. El olor ácido de Varón Dandy me confirmó su esfuerzo.

—Hola, Sebastián. ¿Podemos pasar?

En ese par de segundos antes de que se moviera, recibí a través de su mirada la respuesta a mis preguntas. Me podría haber marchado y dejar que el sosiego apareciera como esa lluvia que acaricia el campo seco. Mi parte más egoísta, todavía cegada por el rencor, reclamaba escuchar de sus labios las palabras que intuí le roían el alma. El dolor acumulado, las lágrimas que cuartaron mi piel, observarlo esa mañana y comprobar que ya no le temía. Todas esas emociones se transformaron en un fuego que avivó mi animal más oscuro y cruel. La piel de niña buena era demasiado estrecha.

La única luz provenía del patio, los postigos de madera cubrían las hojas de las ventanas. Ni rastro de las cortinas. Nos guiamos gracias a esa suerte que se colaba por el techo abierto en el pulmón de la casa. En los pocos pasos que separaban la entrada del patio, me tropecé con objetos desparramados por el suelo. Apenas distinguí si eran aperos del campo o simple desgana acumulada. ¿Qué diría mi madre si viera la casa así…? El patio no presentaba mejor aspecto, a

pesar del olor a pintura y la aglomeración de cacharros apilados en un único rincón. Ni rastro de los jarrones con flores silvestres, que cortábamos al pasear por la vega; tampoco los marcos con fotos familiares. Ni siquiera veía la silla de anea favorita de mi madre en la que cosía hasta que no quedaba claridad ni para enhebrar la aguja.

Observé cada línea de ese hogar que me costaba reconocer. Me pregunté cómo era posible que el día que supe que Tenerife simbolizaba otro billete hacia ese sueño que busqué con ahínco, sintiera el abrazo de mi madre, y que esa tarde, en su casa, no la hallase. Esperé un dolor punzante, obtuve vacío. La rabia de que Sebastián se adueñase de ese hogar se había disipado. Tendría los ladrillos por los que nuestros padres sudaron tanto; ellos no se habían anclado a sus entrañas, habían volado conmigo estos años.

Permanecimos un par de minutos más en un silencio roto por los carraspeos de Sebastián. Aguanté de espaldas a él, volví a revisar la estancia por pura malicia. No era culpable de la ilusión de una vida mejor. Me juré, antes de hablar, que se acabó: el miedo, la angustia y la inquietud, que se habían adherido como un residuo gomoso a mis huesos, debían soltarse. Los actos tendrían consecuencias, pero nunca me lancé a la calle con el propósito de herir a nadie, solo de respirar.

—Imagino que te habrán dicho que regresaba a Atizas. —Me giré despacio. Fui directa, no podía permitirme que el coraje se esfumara, que la María dulce y sensible se personificase—. ¿Por qué, Sebastián? ¿Por qué ocultaste las cartas?

Se limpió el sudor, que le caía de la frente, con el dorso de la mano. Paco no se había separado de una de las columnas que rodeaban el patio. Mantenía los brazos cruzados, la mandíbula apretada.

—Yo... —El color de su voz le delató—. Yo… si te importaba tu familia, haberte quedado. Fuimos la comidilla del pueblo hasta que se olvidaron de tu existencia. Hasta ahora.

—¿No lo has entendido?, ¿no has reparado en cómo me asfixiabas, en especial tras su muerte? —Me acerqué unos pasos. Un rayo de luz partió mi rostro.

—Si te molestaba que te cuidara, haber abierto la boca antes que la puerta. —Intentaba sonar implacable, le temblaban las manos y el final de las palabras. Cambiaba el peso de las piernas cada pocos segundos, tampoco me aguantaba la mirada.

—¿Para qué? Si cincuenta años no te han ablandado, ¿cómo lo iba a hacer mi discurso? Quizá me equivoqué en las formas, lo acepto. No vi más opciones: marcharme o enterrarme viva. Y, Sebastián. —Dos pasos más. El rayo de luz se desplazó al pecho—. A veces, ser egoísta, cuando eres una mujer, es el único resquicio disponible.

—Mujeres, mujeres, mujeres... Siempre la misma cantinela. —Retrocedió, chocó con una columna.

—No vas a pedir perdón, ¿a qué no? —dijo Paco, por primera vez, con una voz tan sólida como la de mi padre—. Esto es una pérdida de tiempo, no se merece ni que le dirijamos la palabra.

—¿Y por qué le tengo que pedir perdón? ¿Hoy no traes a la burra de tu mujer para que te defienda?

—¡A Matilde ni la nombres! —Paco se abalanzó, lo sostuve en mitad del patio.

—¡Basta! No hemos venido a pelear. Solo quiero una explicación. Entender por qué guardaste las cartas.

—¡Y por qué no me las diste a mí!

—¡Hice lo mejor para esta familia! Si ella decidió que ya no era una Manzano, ¿la ataba a la cama? Encima se largó con nuestros ahorros; casi ni sembramos.

—Lo siento, lo siento mucho. —Me acerqué tres pasos más. El rayo de luz a la altura del ombligo—. No quise poneros en ningún aprieto, no tuve otra opción. Y también eran míos. ¿O no me los había ganado limpiando y arreglando la ropa de las vecinas? —Me nutrí de ese fuego que todavía crepitaba en mi bajo vientre. No me detuve ni para respirar—. ¿Sabes lo peor? Que yo acepto que no supieras reaccionar, que tu mirada no comprendiera la mía, pero me apena que no intentes recuperar a tu familia. ¿No te das cuenta de todo lo que hemos perdido, de lo que aún perdemos? —Abrí los brazos, señalé cada rincón de la casa, a nosotros. Su respuesta: un leve gruñido—. Esta conversación no nos conduce a ningún sitio. Paco, vámonos. Me queda la tranquilidad de que, aunque sea una vez, he procurado que nos entendamos los tres. —Cogí a mi hermano mediano por el codo. El rayo de luz iluminó mi cuerpo al completo—. Por cierto, dudo mucho que fuerais el hazmerreír, pero si los rumores te ofendieron tanto, te vuelvo a pedir perdón, lo último que quise fue humillaros.

Mientras nos dirigíamos a la puerta, su respiración se agitó. Noté también cómo la tensión de Paco se aflojaba conforme nos aproximábamos a la salida. No habíamos rozado el pomo cuando Sebastián explotó.

—¡Me cago en la puta! —Estampó contra la pared un candil que le pillaba a mano—. ¿Qué querías? ¿Que fuéramos detrás de ti como borregos? No te imaginas el infierno de las miraditas de las vecinas, los murmullos. Me juré quemar las cartas, pero cuando las tocaba me decía: «Sebastián, es tu hermana, seguro que es una tontería y vuelve pronto». No regresabas. ¡Ni una vez! —Los ojos, una mezcla de agua hirviendo y sal—. Solo cartas y cartas, como si el papel valiera para algo. ¿Tú sabes el miedo de que apareciera la Guardia Civil a notificar tu muerte? ¡Muerta! ¡Como ellos, joder!

Se sentó en una de las sillas de plástico rojas que había desperdigadas por el patio. Ocultó la cabeza entre las manos. Un olor rancio me envolvió. Detuve a Paco cuando intentó replicar, cada uno contábamos con nuestra propia historia, ¿para qué avivar más esa guerra? Desanduve los escasos metros que nos separaban. Agarré otra silla y la coloqué junto a la suya. Me incliné para hablarle a los ojos, un mechón de la melena me cubrió parte del rostro. La luz se apagaba.

—Lo entiendo, Sebastián. —Me atreví a rozar su mano, helada y áspera. Creí que recibiría una descarga de dolor; al igual que al entrar, solo sentí vacío—. Supongo que no fue fácil, tampoco para mí. Abandoné una casa preciosa repleta de recuerdos y calor en el estómago para pasar, más de lo que me gustaría reconocer, hambre, soledad y una tristeza profunda. Pero salí adelante y os esperé hasta que no pude más.

Liberé un largo suspiro. Me giré unos centímetros, elevé la mano e invité a Paco a sentarse. Arrastró los pasos. El color terroso de su piel se había transformado en un barrizal rojizo.

—Sé que es imposible que empecemos de cero, pero me gustaría que, si nos vemos por el pueblo, no nos cambiemos de acera. Quizá una visita, durante los primeros años, hubiera evitado el desmembramiento de nuestra familia. —Me dolía la cabeza, las imágenes se arremolinaban en un tornado negro. Me diluía—. No puedo cambiar las decisiones que tomé, vosotros tampoco. El viernes me marcho y, si mi presencia te incomoda, prometo no pisar Atizas. Vosotros vivís a diez minutos, no quiero que os destruya el odio.

—Eso es muy fácil de pedir, no de cumplir. Si me hubiera entregado las cartas, esto no hubiera pasado. Eso te lo aseguro.

—Paco, estoy agotada. —Dos lágrimas espesas me resbalaron por las mejillas, se ahogaron en el cuello del vestido—. Te lo he dicho, el tiempo no vuelve. Piénsalo, si no me hubierais buscado, aunque no fuese una relación ideal, mantendrías una con él.

Al incorporarme, percibí la debilidad de mis piernas. Aceptaba que la mirada cerrada de Sebastián no le permitiera ver más allá y reconocerme como mujer. Aceptaba que yo tampoco había hablado con ellos, ni había vuelto una vez acomodada en Madrid o Tenerife. Aceptaba que siempre quedase un resquemor, pero era más sencillo vivir con él que con la lista interminable de incógnitas de permanecer entre esas casas encaladas. Elegir exigía un precio, no siempre el justo.

Sebastián se quedó cabizbajo en el patio, ni siquiera murmuró un adiós. Cerré la puerta como aquella primavera, con la esperanza tibia de que hacía lo correcto. Lo que no me susurró el viento húmedo de esa tarde de octubre, en la que apenas resistían algunos hilos de luz que calentaran mi cuerpo, era que se avecinaba tormenta, una que me empaparía en París.

10

Al borde del infarto

—Las seis y media y estos desgraciados sin aparecer —murmuraba entre dientes mientras deshacía y preparaba de nuevo una bandeja con café ya helado y un par de platos con los pasteles que Paco había comprado por la mañana.

—Mamá, ¿estás bien?

—¡Me cago en el demonio! —Uno de esos platillos se me escurrió de las manos y explotó contra el suelo. Cogí el primer trapo que vi y me agaché a recoger el destrozo. Me crujió la rodilla—. Conchita, ¿te parece normal asustarme así?, ¿qué quieres, matarme y cobrar la herencia? La madre que os parió a ti y a tu hermana, me vais a desquiciar más de lo que estoy.

—Quería saber cómo te encuentras. Según está la fiera, más me vale irme.

Me mordí el labio y cerré los ojos. Conchita llevaba razón, me había perdido mi boca ordinaria. No sé cómo no me odiaban, ni yo me soportaba.

—Perdona, hija. —Me tragué el orgullo—. Desde que me topé con la caja verde vivo al borde del infarto. ¿Tú crees que habrán acabado de los pelos con tu tío? La pena es que solo conserva cuatro, imposible tirar bien…

—¡Qué dices! —gritó Ana desde la puerta de la cocina—. ¿Cuándo ha matado mi padre a una mosca? ¿Y la tía?, ¿tiene mucha pinta de arreglar las cosas a guantazos? Sé que te ha dolido no ir, pero eso no significa que no les importes. Al revés, eres la que menos se amilana de esta familia, pero deben solucionarlo ellos, sin intermediarios.

—¿De qué libro de psicología barata, de los que lees, has sacado eso? —Arrojé los trozos de cerámica a la basura. Enjuagué el trapo—. Solo defiendo a mi familia.

—Y eso es maravilloso, mamá, pero apoyarla también implica echarse a un lado.

Me sonrió como si tuviera cinco años y no supe si abrazarla o soplarle una colleja. ¿En quién me había convertido que hasta mis hijas me sermoneaban? Fui al lavadero a por el cepillo y el recogedor para quitar las *mijillas* que no había limpiado con el trapo.

—Está demasiado nerviosa, mejor esperamos a que se relaje en París y ya se lo contamos. Además, queda pendiente una última confirmación. —El susurro de Ana se coló en el lavadero.

«Lo sabía, estas dos se han compinchado por algo. Para que digan que soy una exagerada. Si a los viejos no hay quién nos engañe, otra cosa es que nos hagamos los tontos». Aproveché el viaje y me llevé una nueva botella de anís, la que guardaba en el mueble de la cocina me la había ventilado hacía media hora, entre friega y friega de platos. Conchita y Ana cambiaron de tema con el roce de mis zapatillas de estar por casa. Las miré con aire de: sé que guardáis un secreto y lo descubriré antes de que os dignéis a compartirlo.

De repente, una piel fría y viscosa me rozó el cuello. Vi cómo mis hijas gritaban y negaban con la cabeza. Deduje que Paco había regresado triunfante de la guarida de Sebastián y

me sorprendía con un beso de película. ¿Tan guarra era la imagen para que se pusieran histéricas? Busqué esos labios que, a pesar de los años juntos, me besaban cada mañana. El corazón me estalló y no de felicidad. Una cabeza verde y amarillenta, con unos ojos saltones y la boca abierta, me esperaba para el ataque.

—¡AHHH! ¡UNA SERPIENTE! ¡UNA SERPIENTE! —La botella reventó contra el suelo, salpicó cristales y alcohol. El cepillo y el recogedor volaron a la cabeza de Conchita—. ¡Quitádmela, quitádmela, por Dios, quitádmela!

Saltaba con espasmos en las manos. No veía salvo colores y luces que circulaban demasiado rápido. La asquerosa serpiente me mordió el hombro. Grité afónica. En el último salto, pisé un trozo del casco de mi botella favorita. Las zapatillas patinaron y mi cuerpo con ellas. Me estampé en el punto exacto en el que había colocado la bandeja con el café y el resto de los pasteles. Al golpear el filo, una catapulta de azúcar y cafeína se sirvió sobre nosotras. La palma de las manos me ardía, un hilo de dolor sordo me traspasó las costillas.

—¡MAMÁ, MAMÁ! —Ana me sujetó por el costado—. ¿Estás bien? —Percibí el miedo en su rostro.

—¡Sácame el veneno! ¡Sácamelo! —respondí con la respiración entrecortada—. No me puedo morir ahora, coño, ahora no…

Ana me guio hasta una silla. Me dolía el talón. Un cachito de cristal se había incrustado y formaba un pequeño reguero de sangre. Las zapatillas, una porquería.

—Ay, mamá, qué susto. —Conchita lloraba; el tímido intento de maquillaje se emborronó.

—Me muero... he sido tan egoísta por querer irme sola a París que la vida me lo cobra. —Apoyé la cabeza contra los azulejos. Era el final. Lo notaba en el quejido de los huesos, en el regusto de las copitas de anís—. No olvidéis que os quiero, aunque no lo sepa demostrar. Decidle a vuestro padre que no me guarde luto, pero que tampoco se case con la primera lagarta que pase por la puerta. No siento las manos, es el veneno. El maldito veneno… ¿Existirá muerte más triste que en la cocina?

—¡Mamá! ¡Escúchame! No te vas a morir. Mírame, mírame. —Ana me cogió la cabeza entre las manos—. Es un mareo por el golpe, no hay veneno.

—¿Por qué niegas el final? —bajé la voz y cerré otra vez los ojos. No soportaba su mirada—. Te perdono por no sacármelo, pero no me mientas.

—¡Nacho, ven aquí ahora mismo!

—Eso, acércate que me despida…

—No, mamá, de lo que se va a despedir es del móvil lo que queda de mes. ¡Quieres moverte y recoger este estropicio! —Le temblaban las manos que todavía me sujetaban la cabeza —. Conchita, dame un vaso de agua. Mamá, abre los ojos y sorbe despacio. —Me mojé los labios—. Ha sido un susto. No había ninguna serpiente, era de plástico. Nacho no ha tenido mejor idea...

—¿¡QUÉÉÉÉ!? —chillé. Abrí los ojos como si volviera del mismísimo túnel. El dolor y el drama se transformaron en unas ganas horrorosas de cargarme a mi nieto—. ¿Todo ha sido una broma? ¡Desgraciado, yo te mato! —Intenté levantarme, Ana me retuvo.

—Abuela, lo siento. No pensé que terminaría así. Desde que vine del instituto estabais de un rancio...

—Rancia va a ser la hostia que te voy a dar en cuanto me suelte tu madre.

—Abuela. —Comenzó a lloriquear, se abalanzó sobre mí—. Lo siento mucho. No quiero que estés nerviosa y creí que se solucionaría con unas risas, como cuando vemos vídeos de

fantasmas.

Me rodeó con sus brazos adolescentes mientras, sabe Dios cómo, me aguanté las ganas de darle un capón. Todo era por mi culpa…

—Mira, porque me has enseñado cómo leches funciona la flechita del Google *mas* ese, que si no te secaba igual que un chorizo.

—No quiero que te pase nada. ¿Repasamos otra vez los mapas que te he creado para el viaje?

—Primero limpia la cocina, que con la *panzá* de esta mañana... —Coloqué las manos sobre la frente. Resoplé—. Y acércate al súper y compra otra botella, era la última. Eso sí, esta la costeas con tu paga.

—¿Qué ha pasado?

Con el griterío, no escuchamos la puerta. Paco nos miraba sin saber. María tenía los ojos enrojecidos, no supe si por el olor anestesiante del anís o por la visita al bruto de Sebastián.

—Lo podríamos catalogar como el suicidio de una botella. —La sonrisa falsa me duró tres segundos. Cambié mi ironía por la pura verdad. Ya no lo soportaba—. Lo confieso. Sé que quizá os cuesta creerlo, pero estoy nerviosa, igual demasiado. Y a este demonio de niño no se le ha ocurrido nada más astuto que gastarme una broma. Un gusto pésimo, todo sea dicho. —Le revolví el pelo—. Pero ha cumplido el objetivo. ¿Qué era lo último que buscaba? Pues, María, que vieras la casa hecha unos zorros y, ale, cocina empantanada...

—¿La broma ha consistido en estampar la merienda y una botella contra el suelo? —Paco me cortó.

—No, hombre, que el niño tiene ideas horribles, de ahí al vandalismo... ¿Ves la serpiente de aquella esquina? Súmale que yo iba con la botella y ¡pum! ¡Muerta! Y la cocina, una mierda.

—Ay, Matilde. —María se sentó en la silla contigua, me envolvió las manos. Su piel era tan suave como los pétalos de las gerberas—. Lo último que quiero es agobiarte. La casa está preciosa, más limpia que un hospital. Además, ¿quién dice que es tu obligación servirnos?

—Es la costumbre… Venga. —Aplaudí—. Todo el mundo fuera de la cocina. A ver si aparecen también Rebeca y Carlota, no sé dónde diantres se han metido. Qué le gusta a esta familia un secreto.

Al ponerme de pie, me guardé el dolor que me subía por el talón y las costillas. Resoplé por la nariz sin que se notase cómo me mordía el labio con cada paso. Deseaba quedarme sola y tragarme un par de ibuprofenos, aunque fuera sin anís.

—Nacho, a por el cubo de la fregona. El resto limpiaos la cara y esperadme en el salón, en un verbo preparo café y saco los roscos y las tortas. ¿Ves, Paco, cómo no sobraban los dulces? —Le guiñé—. Y ya nos contáis qué ha pasado con Sebastián, porque nos lo vais a explicar, ¿no?

11

Pesadillas

El replique de las nueve me despertó. Amanecía otra mañana con la mente abotargada como si me aniquilara la peor resaca. El cuerpo entumecido. Parpadeé varias veces antes de abrir los ojos por completo. Sentía la boca pastosa y un dolor punzante me raspaba la garganta. Había pasado una noche horrible entrelazando pesadillas, una secuencia idéntica en las dos noches que había dormido en el pueblo. Algunas de ellas eran nuevas, otra hacía años que no me visitaba. Me recosté con la espalda en el cabecero. Divisé sobre la mesita derecha una bandeja con un vaso de agua, una taza y una nota. Reconocí la letra en el primer trazo. Era de Paco.

«Hemos salido a unos recados, los niños están en clase. Tienes la casa entera para ti. Siéntete libre. Disfruta del primer café de la mañana. Te quiero.»

La ilusión de que recordase que me urgía un café fuerte antes del desayuno, disipó parte de la ceguera con la que desperté. Me bebí el vaso de agua de un trago y cogí la taza. Cerré los ojos y aspiré el aroma a hogar. Ese mismo olor lo asociaba también a otras paredes; mi mente se precipitó, sin pedir permiso, a esa pesadilla que no presenciaba desde hacía más de cuarenta años.

Caminaba a trompicones. Los nervios por alcanzar cuanto antes el Barrio de las Letras provocaban que tropezara con cada adoquín que sobresalía. Durante los primeros pasos no me percaté de que esas losas diminutas aumentaban su tamaño. Achaqué los traspiés a mi descuido por el éxtasis de una vida perfecta: una isla desconocida repleta de posibilidades. Un amor que me incitaba a soñar con una familia bajo normas igualitarias. Un empleo en el que, por fin, ahorraría lo suficiente para forjar mi propio negocio. En veintiséis horas volaríamos a Tenerife. Veintiséis horas para que esa imagen idílica cobrara tres dimensiones. No fue el exceso de felicidad lo que truncó mi camino.

En la calle de la Bolsa, antes de acceder a la plaza de Jacinto Benavente, la altura de los adoquines me rozaba ya las rodillas. Conseguí saltar tres de ellos, al cuarto, el dobladillo de la falda se enganchó. Tiré de ella con empeño, no se desprendía. Al girarme en busca de ayuda, me topé con un muro insalvable. Los adoquines crecían ajenos a mi desesperación. Viré en sentido contrario. Reconocí entonces sus ojos melosos y barba asilvestrada al fondo de la calle. Grité su nombre en bucle, me pelé la garganta con cada letra. Su mirada se prendió a la mía durante unos segundos hasta que la desvió al resto de adoquines que quedaban a ras de suelo. Con una única frase construyó una celda diminuta. Me ahogaba, aun así, grité hasta que esos aullidos, que rebotaban contra la piedra, me partieron el corazón.

El esfuerzo fue inútil, nunca me buscó.

La tensión y el sofoco de la pesadilla me levantaron de la cama. Abrí el balcón de la

habitación. Me agarré a la barandilla con la mano libre, con la otra me clavaba el asa de la taza. Me obligué a respirar tres veces profundo. Atizas había tejido, en esos dos días, una simbiosis extraña en mi cuerpo: lo había destensado y revuelto, como si deambular por las calles que me vieron crecer también me transportara a las que presenciaron mi declive. ¿Por eso regresaban las pesadillas, por el barrido al pasado que había vivido desde el martes?

Me tornaba invisible en un rincón de la cocina mientras el resto de la familia continuaba su rutina, ajenos a mi presencia. Sus gritos, las bromas, esas miradas cómplices. Por mucho que Ana insistiera, cuando me recogió en el aeropuerto, que cada uno se sentía cómodo en el papel que interpretaba, yo los advertía unidos, firmes. Raíces de una secuoya gigante que los mantenía protegidos. Me mostraron álbumes rebosantes de color. Tardes de cosecha. Cumpleaños con tartas cuajadas de nata. Bodas. Aunque me repetía que había recuperado a mi familia, no podía obviar el mordisco de frustración al no distinguir un sitio para mi sombra. ¿De cuántos recuerdos no había formado parte?

El segundo sorbo al café destiló un regusto culpable. No era cierto. Se esforzaban por incluirme en esas conversaciones en las que atrapaba retazos de anécdotas y recuerdos. Me regalaban todos los abrazos atrasados, las risas secuestradas. Incluso los niños me habían aceptado como si siempre hubiera estado ahí, esperándolos con los brazos abiertos, cargada de chocolate y travesuras.

La primera tarde de mi vuelta a Atizas, después de que Nacho recogiese el destrozo de la serpiente, aparecieron Rebeca y Carlota con las manos tras la espalda y una sonrisa que las delataba.

—Estos regalos son para vosotras. Nacho tenía que entreteneros para que no sospecharais —dijo Rebeca.

—Lo ha hecho de maravilla —respondió Matilde.

Carlota me entregó un paquete redondo envuelto con papel de unicornios y purpurina. A Matilde, uno cuadrado, dos palmos más grande. Los nervios resbalaban por mis yemas. Ella rompió el papel antes de que yo consiguiera quitar un trozo de celo. El ojo de una preciosa cámara amarilla nos guiñó.

—Es muy chula, abuela —explicó Carlota—. Hacéis una foto y saldrá por esa boca. ¿Ves el dibujo?

—¡Qué inventos! ¡Me encanta! —La abrazó con un beso sonoro—. ¿Y el cuaderno este?, ¿y el pegamento?

—Para que las peguéis. Se nos ha olvidado el boli, te doy uno de mi estuche —añadió Rebeca—. Como en este viaje no hay cartas, se nos ocurrió a los tres…

—De eso nada, lo pensé yo —chuleó Nacho con la lengua fuera.

—Sí, pero los tres dijimos de regalarles algo especial con nuestra paga.

—Que es una broma, petarda, que no lo pillas.

—Haced el favor de no pelearos. Ya hemos vivido drama suficiente por hoy. —Matilde fulminó con la mirada a su nieto—. Rebeca, no escuches a tu hermano, las hormonas lo han enloquecido.

—Pues eso, abuela, hacéis la foto y se imprime. Al principio estará negra; no pienses que te hemos comprado una cámara rota, que es de las buenas. La pegáis en la libreta y escribís lo que os apetezca. A la vuelta, como con las cartas, seguimos vuestro viaje.

—¿A qué es una idea increíble? —Aplaudió Carlota con los ojos repletos de chispas—. Así no le tengo que pedir el móvil a mamá para ver las fotos del grupo.

—Cuando os lo proponéis sois los mejores nietos del mundo. —Los abrazó, se pasó por

los ojos un pañuelo de tela, que guardaba en la cintura del pantalón—. María, hija, que no sea yo la única llorona. Abre el tuyo.

Una esfera azul marino con flores de estilo japonés, al destaparla, dos espejos: uno en cada parte.

—Qué bonito, ¡me encanta!

—¡Ah, ese es el del rastro! —chilló Matilde—. ¡Ya no me acordaba! Esta niña tiene unos detalles que no le pegan con lo chica que es. Diez años y más atino que muchos viejos.

—En una de tus cartas decías que te gustó uno, pero no lo compraste. Rebeca nos enseñó el rastro de Madrid. Lo vi en un puesto y le prometí al abuelo que te lo regalaríamos cuando te encontrásemos. Con los nervios, se nos olvidó en la maleta y se le partió un espejito. Hoy teníamos que recogerlo de la cristalería.

—Gracias —respondí con la voz entrecortada—, qué maravilla de familia.

Me despedí de ese fragmento dulce. Un ligero aire frío meció los bajos del pijama. Apuré hasta la última gota de café y me colé en la cocina. Necesitaba otro con urgencia. Mientras trasteaba la cafetera italiana, mi cabeza continuó rumiando. Si mi familia se esforzaba en incluirme, en darme el cariño del que fui huérfana, ¿por qué aparecían las pesadillas? ¿Cuál era su función en mi historia?

Lo achaqué entonces a la pregunta de Sonsoles sobre el amor y la familia que se construye; esa misma que palpitaba en mi cabeza desde que la línea de la vejez era innegable. ¿Podría haberlo logrado todo: hotel, marido, familia? ¿Era una utopía, como la que imaginaba Ana con su mudanza al pueblo? Gracias a mi asturiana querida había cultivado otro tipo de hogar, pero, a veces, tampoco fue suficiente para disipar las dudas. Mi Adelina del alma. Cuánto la echaba de menos…

Un jueves de mayo cruzaron la puerta del hotel Atizas con la intención de quedarse. Consulté varias veces el reloj de la entrada al son de los tacones que atesoraba para las fiestas. Había preparado su llegada a conciencia. Despejé la habitación estrella, ubicada al fondo del patio, con unos enormes ventanales desde los que se escuchaba el rumor del mar. Junto a ella, había otro cuarto más pequeño. Se lo cedí a Simón, su hijo. Les compré sábanas de hilo fino y varios jarrones de flores con los colores más alegres. Esos días no miraba el precio, todo me parecía poco para ella. Me trasladé a la habitación anexa a la recepción, donde almacenaba el menaje del hotel, y convertí la zona de la izquierda de la segunda planta, en la que había vivido hasta entonces, en un par de cuartos extra con los que acoger a más huéspedes. Eran otras tres bocas.

A las doce menos diez, escuché el chirrido de un coche. El sonido rasgado del motor los anunció. Me desentendí de la fregona sin mirar dónde la apoyaba y corrí con el estómago encogido. Un mazazo metálico me aplastó el pecho: su rostro pálido, los surcos negros que hundían esos ojos sin apenas luz. Disimulé las lágrimas de angustia al constatar que mi amiga se iba, con la alegría de estrecharla entre mis brazos. ¿Tan cruel era el deseo de que la sentencia, que había caído sobre sus hombros, le tocara a otra persona?

—¡Qué ganas tenía de verte!

—Y yo a ti, *mocina*. —En ese abrazo me clavé sus costillas, su cuerpo se había consumido en menos de cinco meses—. Sabía yo que pides a gritos una fabada. ¿Desde cuándo no comes caliente? —La ironía que impregnaba en su voz transparente, me acuchilló. Me obligué a controlarme; Adelina no se había mudado para que le recordara, con mis llantos, que se moría—. No me contestes, me lo imagino.

—Las alubias ya están en remojo y un bizcocho de limón en el horno.

—¿Seguro que no somos una carga? —bajó la voz sin soltarme la mano.

—Me hacéis un favor. Llevo veintiún años, los mismos de Simón, dirigiendo, limpiando y reparando yo sola este hotel; más los siete con Clementina. Unas manos extra nunca sobran. Además, así os tengo bajo el mismo techo, como cuando trabajábamos en la casa de Mercedes y Ricardo y cuchicheábamos en cualquier rincón.

—Sabes que estoy orgullosa de ti, ¿verdad? ¡Mírate, *mocina*! ¡Eres la dueña de un hotelazo! Lo intuí desde el día que te conocí en el Retiro, no te pasarías el resto de tu vida enjaulada en la casa de esa señorona caprichosa ni en el negocio de otros. Una persona tan valiente merece más. Mucho más.

Y tú, Adelina, ¿merecías ese final tan prematuro?

Cuando nos dejó, los tres convertimos el dolor por su ausencia en una unión más compacta. Vendieron la casa de El Médano y se instalaron, definitivamente, conmigo. Nos cuidamos igual que si ella siguiera entre los limoneros del patio y nos susurrase que comiéramos más, que exprimiéramos la vida. ¿Cómo habría sido proyectar yo misma esa imagen de madre y esposa que añoraban Simón y Andresín? ¿Qué me había perdido? ¿Hubiera sido más valioso ese camino que el que elegí?

Un golpe de viento arrastró a la puerta de la cocina la nota que Paco había depositado en la bandeja junto al primer café y el agua. Ese trozo de libreta de cuadros azules me sacó del estado febril en el que me había sumido. Cuando intenté recogerlo, otro golpe de viento lo posó sobre mi cabeza. Un mensaje oculto tronó entre la maraña de pensamientos: quizá nunca hallase respuestas a mis pesadillas. Tampoco a cómo habría sido mi vida de convertirme en madre como Adelina, Sonsoles o Matilde. A mí manera, había creado una familia y recuperado otra y, aunque me costara creerlo, ambas me querían. Solo necesitaba que esa idea traspasase el escudo que bloqueaba mi cuerpo. Aceptar el luto por la vida que no fue. Amar sin fisuras la que sí es.

Me quité la nota de la cabeza. Al rozarla, me acordé de otro papel: la lista de París. En menos de veinticuatro horas arrancaría nuestro viaje y mi cuñada aún no la había mencionado. ¿Tan graves eran las ideas de Nacho que enmudecían a Matilde?

12

Último impulso antes del despegue

El reloj me había tomado ojeriza. No podía creer que María regresara el martes y ya estuviéramos a viernes, ni que en tres horas voláramos rumbo a París. Todo había pasado demasiado rápido, excepto que confesaran la visita al condenado de Sebastián. Se escudaron en que fue una conversación civilizada. Civilizada... No me tragué ni un pepino de su discurso, que si se arrepentía, que si había sido un tremendo error que no supo cómo enmendar... Ese granuja se ahogaría antes de reconocer el lío en el que había metido a la familia.

Lo peor de esos días no fue la dichosa visita a la cueva del ogro ni revisar los tropecientos álbumes familiares en los que las fotos me demostraban que había envejecido fatal. Qué carne más prieta tenía, qué lustre, qué pelo. No parecía ni mi sombra, en cambio, mi cuñada, si no fuera por cuatro arrugas, que encima le daban un toque místico, y el pelo plata, cualquiera diría que se había conservado en alcanfor. El auténtico horror fue encontrar un rato a solas para explicarle la lista de París. Me aterraba que me abandonase en los momentos críticos, los de Nacho. ¿Y si terminaba presa? ¿Y si se me iba de las manos, me rompía la rodilla y me tenían que operar de nuevo? Estaba clarísimo, o cumplía conmigo toda la lista, o nos inventábamos otra, pero de su lado no me despegaba, para algo era la que hablaba francés.

—Ana, si aceleras, el coche no se rompe.

—Vais con tiempo de sobra. El embarque empieza a las 6:50 y el aeropuerto de Málaga es más sencillo que el de Madrid.

—Cómo se nota que no te quieres acordar del viaje a Tenerife —bufé desde el asiento de atrás.

—Anda, no seas exagerada. —Miró por el retrovisor, me guiñó.

—¿Perdisteis el vuelo? —María se giró un instante desde el asiento del copiloto. ¿Por qué parecía tan tranquila y yo podía masticar mi propio corazón?

—Qué va… tuvimos más marcha. Esperamos cinco días en Madrid porque no quedaban billetes. Dormimos enlatados y con descomposición de estómago, saludamos a las carpas del Retiro, perdimos a Carlota en el Prado... un cuadro tras otro. Cuando, por fin, llegó el gran momento, una azafata pelirroja…

—Azafata, no, mamá. Azafata son las del avión, las que están en tierra son agentes de pasaje.

—¡Qué más da cómo se llamen! Lo importante es que la muy bruja nos obligó a colocarnos la mitad de la ropa porque quería clavarnos cien euros de exceso de equipaje. ¡Cien euros! —Apreté el bolso—. Con la comilona que te pegas con ese dineral. No te rías, si todavía queda, los Manzano, cuando nos proponemos destacar, lo hacemos con orquesta incluida. —Cogí aire y proseguí cual escopeta de feria—. Nacho encendió las alarmas del arco de seguridad,

a tu hermano no se le ocurrió otra magnífica idea que regalarle una navaja como recuerdo por si se moría. Que no se murió, pero yo lo hubiera matado allí mismo. Nos equivocamos de puerta de embarque y, cuando estábamos a puntito de echar el higadillo con la carrera, otra vez tu hermano puso a prueba la resistencia al infarto. No encontraba el billete y, ale, venga revolver la maleta, los bolsos y hasta el Espíritu Santo. Menos mal que la *enganchaera* de Nacho con la tecnología tiene su ventaja y el chiquillo guardaba otra copia en el móvil. Es todo, ¿no?, ¿o me dejo algo?

—Sí, un detalle —añadió Paco entre risitas—. Las turbulencias.

—¡So bandido, ni me las recuerdes! —Le solté un manotazo en el hombro.

No aguantaron más y se troncharon. Me quise hacer la digna, no lo conseguí y a los tres segundos me rendí a esa fiesta. La curiosidad por descubrir otras caras y lugares me quemaba, incluso como para tragarme el miedo y montar otra vez en avión. Qué pena que el teletransporte me iba a pillar con una capa de malvas…

Una hora más tarde llegamos al aeropuerto de Málaga. El sol ni había saludado, las únicas luces eran las de esa jaula de cristal y hormigón. Ana aparcó el coche en doble fila, se lo agradecí en silencio, odiaba las despedidas.

—Paco, acuérdate de regar los geranios y que los niños no campen a sus anchas, que los conozco. Los zapatos y las mochilas fuera del sofá. ¡Ah! Y el lunes tienes la analítica y…

—Relájate y disfruta, sobreviviremos cinco días sin ti. —Me rodeó la cintura, me besó en la coronilla y, a continuación, en los labios—. Te lo digo muy en serio, Matilde, olvídate de nosotros y exprime cada segundo. Hace mucho que te has ganado una aventura así. —Otro abrazo, la taquicardia de que fuera el último me la tragué.

—Mamá, recuerda que el hotel lo cargan a mi tarjeta y que mañana tenéis reservado un *free tour*. He guardado los papeles en la carpeta rosa, en el bolsillo trasero de la maleta. No hay pérdida. Nacho te ha activado en el móvil los mapas con la ruta de cada día. Cualquier cosa, llámame, no cobran más por hacerlo desde el extranjero, ¿vale?

—Que sí, que sí. Además, tu tía es muy espabilada, mientras estemos las dos juntas, no hay parisino que pueda con nosotras.

—¡Pasadlo muy bien!

El pitido de un taxi nos recordó que debíamos apresurarnos. Se subieron en el coche y, mientras los despedíamos con la mano, en mi cabeza sonó *Un velero llamado Libertad*, de Perales. Enganché a María por el brazo, con el otro tiré de la maleta. ¡Nos íbamos a París!

Cruzamos el arco de seguridad sin sobresaltos y localizamos nuestra puerta a la primera. La suerte nos adoraba, o eso pensé. Faltaban unos cuarenta y cinco minutos para el embarque. Nos sentamos en la cafetería junto a la puerta. Mientras yo me encargaba de vigilar las maletas, María compró dos cafés con leche, los bocadillos los llevaba en el bolso; ya que nos iban a clavar en la ciudad del amor, no nos desangraríamos en el aeropuerto por dos trozos de serrín.

—¿Te has fijado en cómo es la vida? —dijo con el primer sorbo.

—¿Muy cabrona?

—No. —Sonrió—. Me refiero a las casualidades. No me quito de la cabeza lo que has dicho sobre la tecnología y Nacho. Si no fuera por él y la insistencia de Simón de abrir una cuenta de Instagram e invertir en anuncios con los que promocionar el hotel, quizá no me hubierais encontrado nunca. Y yo que no creía en el poder de las redes sociales.

—También ayudó que llamaras al hotel como al pueblo, ¡será por hoteles en internet! —Asintió—. ¿Por qué elegiste ese nombre? ¿Lo echabas de menos?

—Tenía otro. Mi idea era mantenerlo. El día que quité el cartel para pintar la fachada, escuché en mi mente: Atizas. Me pareció un detalle bonito. Un pálpito. No sé, comenzar de cero

sin perder la vista de dónde provenía. Quizá fue una jugada del destino para reencontrarnos.

—¡Anda!, que se hubiera puesto creativo y averiguara otra solución antes, que cincuenta años son muchos años. —Se encogió de hombros, nos reímos—. ¿Y cómo lo conseguiste? Me refiero al hotel.

13

El hotel Atizas

Cerré los ojos unos segundos, suspiré. La duda de Matilde no me pillaba desprevenida, me figuré que, antes o después, preguntaría por el hotel. No había nacido con uno debajo del brazo y, con la curiosidad efervescente de mi cuñada, no sería la última cuestión con la que me debatiría si narrar toda la verdad o solo aquella que no dolía. Antes de contestar, mientras las palabras alcanzaban mis labios cargados de café, mi mente viajó a ese periodo de limpieza y reconstrucción. Abandonaba El Médano después de cuatro años. Aterricé completamente rota. Aquellos para los que trabajaba pagaron un billete que no usaría nadie. Él había traicionado su confianza, la mía también. Convertí la vergüenza en una piel resbaladiza, invisible. Me ceñí al silencio y me esforcé el triple en sacar mi trabajo como gobernanta. No me quejaba de las horas extras, tampoco de los huéspedes maleducados.

De esos primeros años recordaba movimientos autómatas y el bamboleo de las olas. Cada tarde, después de una jornada que empezaba al alba, cambiaba el uniforme burdeos por un vestido de algodón, me soltaba el pelo y deambulaba descalza por la orilla hasta el extremo de la playa opuesto al hotel. Allí me sentaba a esperar que el resto de las horas muriesen, que ni una pizca de color ruborizara el cielo. Las olas mecían mis ojos ausentes, las lágrimas que ya no podía derramar. Ese vacío que me había tragado. De poco me servían los ánimos de Adelina, repetirme que era dueña y señora de mi destino. Mi inocencia se había mancillado en Madrid, mi mirada mutó. El dolor nunca desapareció, conseguí enterrarlo hasta que creí que había recuperado el amor. Ahí me quebré de nuevo.

Detuve la cascada de recuerdos cuando se precipitaba hacia un pozo en el que no consentía hurgar. Aún sin responder a Matilde, aparté la razón de que abandonase El Médano y me centré en cómo llegué a Garachico, el único que no me había fallado.

Ignacio, el dueño del hotel en el que trabajaba en El Médano y hermano de Mercedes, la señora de la segunda casa en la que serví en Madrid, me llamó a su despacho para concretar unos detalles sobre la próxima temporada. Un mapa de Tenerife colgaba a su espalda, apenas conocía la isla, casi no me había despegado de las olas que escuchaban sin palabras. Ojeé decenas de veces ese trozo de papel, pero fue esa mañana cuando captó mi atención. Recorrí mentalmente sus bordes y picos. Quería marcharme de El Médano, no huir del mar. Garachico me susurró que me abría los brazos, que allí sería feliz.

Interrumpí el discurso de Ignacio, del que no había retenido más que sílabas sueltas, y le anuncié que dimitía de mi puesto. Ni la promesa de una subida de sueldo ni de otro día libre fueron suficientes para saciar mi sed. Faltaba un detalle: mi asturiana. Me deslicé a la cocina del hotel como si ese suelo de mármol fuera una pista de hielo. La luz cristalina, que absorbían las ventanas, se batía con el olor de los guisos a fuego lento y los restos de los últimos desayunos.

Sentí un hambre vieja. Esa con sabor a bizcocho de limón. Esa que me lanzó a la carretera una noche de primavera. Aproveché que los demás habitantes de la cocina se habían tomado una pausa y me confesé a solas.

—Me marcho.

—¿Tan pronto? —Terminó de picar la zanahoria, probó el caldo y le añadió sal—. ¿Ignacio te ha dado el día libre?

—No, Adelina, me marcho de aquí.

—¿Qué dices? —Se le escurrió el resto de la sal sobre la encimera—. ¿Qué le ha contado ese desgraciado? No te pueden echar, *mocina*. Tú no has hecho nada malo, ¿me oyes? Voy a hablar con Ignacio, o con Mercedes y Ricardo, ellos te conocen, no robarías ni una onza de chocolate. —Se arrancó el delantal, obstaculicé la puerta.

—No lo entiendes. Me voy porque quiero. Nadie ha hablado con Ignacio, salvo yo, solo necesita saber que ya no seré una empleada, nada más. ¿Me escuchas? Nada más.

A la semana siguiente, viajé en un autobús tras otro. Un trayecto eterno del sur al norte de la isla con la fe de que esos susurros, que provenían de Garachico, no eran cantos de sirena. Cuando bajé del último autobús, cargada con mi vieja maleta y una bolsa repleta de la despensa de Adelina, el silbido del cielo convirtió mi melena en un remolino oscuro. Deambulé por calles que no conocían mi historia, tampoco mi nombre. Podía inventar otra persona, preferí ceñirme al futuro sin recuerdos que me sobrecogiesen al doblar la esquina.

La suerte me aplaudió esa tarde que se desdibujaba en el horizonte. Aparecí en una pequeña plaza rodeada de árboles que, al entrelazarse en uno de los rincones, construían un tejado de cuento. Bajo ellos, un banco en el que descansé. ¿Cuál era el siguiente paso? A la derecha, los restos de una puerta de piedra. Si la cruzaba, ¿a dónde me transportaría? ¿Quiénes habían traspasado su dintel? ¿Paladearon lo que buscaban?

Observé las fachadas de colores pastel que embellecían el contorno de la plaza, e igual que me ocurrió desde que pisé por primera vez Madrid, imaginé cómo sería la vida de aquellos vecinos. Qué temían, qué les hacía reír. A qué sabían sus días. Un pequeño cartel de pino con letras redondas y negras me agudizó la vista. Pensión Marola. Un presentimiento, o el apuro de un techo sobre mi cabeza, me acercó a ella.

Cuando entré, descubrí un patio lleno de macetas de colores vibrantes. La planta de arriba, rodeada por una barandilla de madera caoba, contrastaba con el blanco de las paredes. Todas las puertas, del mismo color y con signos evidentes de tiempos más espléndidos, daban a ese patio. Una disposición casi idéntica a la casa de mis padres, salvo por dos diferencias: la planta extra y la ausencia de limoneros.

No divisé, mientras una sensación de hogar se colaba en mis huesos, que sería yo quien trajese ese olor tan primitivo, que de forma inconsciente recrearía mi visión de la casa testigo de mis primeros pasos.

Una señora de ojos amarronados y pelo gris muy corto surgió de la segunda habitación a la izquierda. La tez tostada y arrugada como una nuez. Era diminuta, pero andaba con una gracia en la que no pesaban los años.

—Buenas tardes, ¿tienen una habitación libre?

—Sí, claro, déjeme ver.

Se acercó a la mesa de la entrada repleta de bolas de papel, pétalos marchitos y un vaso vacío. Cogió unas gafas con unos enormes cristales redondos y una libreta con hojas sueltas.

—Perdone el desorden; el chico, que me ayudaba desde que murió mi marido, se ha mudado a La Laguna. Demasiada pensión para una sola vieja —dijo mientras revisaba las

páginas—. Sí, hay una habitación libre. Es la más pequeña, sin ventana y junto a las escaleras. Tendrá que compartir el baño. También es la más barata.

—Me la quedo. ¿Ha dicho que necesita ayudante?

La sonrisa amplia de esa tarde frente a mi hada madrina se trasladó al aeropuerto de Málaga, minutos antes de nuestro vuelo a París.

—Matilde, fue una cascada de casualidades. Dejé El Médano porque quería otro trabajo —omití la verdadera razón—. Había limpiado demasiados años para otros, quería barrer para mí. Un pálpito me empujó a Garachico, el mismo con el que traspasé el hotel, aunque en esa época era una pensión.

—Ah, ¿te costó mucho comprarla?

—No exactamente. Buscaba alojamiento y resultó que la dueña necesitaba manos y ojos extra. La bonita de Clementina. Una mujer menudísima, pero con una energía tan potente como la de un faro, se convirtió en una segunda madre. Juntas modernizamos la pensión, invertí todos mis ahorros. Qué tardes tan mágicas vivimos en ese patio, si hablaran las paredes y las macetas. —Exhalé con un regusto de la leche con miel—. Poco antes de que muriera, me entregó un sobre. No tenía descendencia ni familia cercana. La pensión sería mía con una condición: que la convirtiera en algo más grande. En un hotel. Que todo el esfuerzo que había invertido ella, su marido y yo misma no se desvaneciera. Había presenciado cómo la mayoría de hijos de sus vecinos vendían las casas y locales en cuanto los padres morían, cerrando negocios y sepultando vidas enteras. Ella creía en mi intuición, en el traspaso de generaciones. Me entregaba a su única criatura y, Matilde, te juro que la he cuidado y amado igual que si la hubiera parido.

—No lo dudo. Iba a decir que menuda suerte al heredarla… —Arrugó los labios, bajó la mirada—. La suerte fue suya. Estoy segurísima de que con tu desparpajo hubieras triunfado, antes o después; ella encontró en ti un pacto con la muerte.

—La suerte es relativa. Solo el tiempo asegura que una decisión sea la correcta. No sé si te ha sucedido alguna vez, piensas que esa situación que sale rodada es la idónea, transcurren los años, incluso los días, y eso que era tan bonito se convierte en una pesadilla. Y al revés. Me costó que Tenerife fuera un lugar agradable y, fíjate, quizá de otra forma no hubiera dirigido un hotel.

—Entonces espero que París no se nos atragante, no me creo que estemos aquí sentadas y que hayamos encontrado la puerta a la primera sin perder un riñón por el camino. Los trucos para los magos.

—No hagas caso de todo lo que digo. —Me reí a la par que colocaba un mechón tras la oreja—. No sé si estoy más nerviosa ahora que cuando volví al pueblo. Es extraño, son nervios felices, no sé si me explico. No siento esa presión que te impide respirar, pero sí una bola de burbujas. Me he pasado más de media vida sin moverme de la isla y, me preocupé tanto por el regreso a Atizas que, si te soy sincera, ni había pensado en París.

—¿Por eso no me has confirmado qué quieres añadir a la lista?

14

Atreverse es la única salida

Todavía me comía la culpa. No le mencioné la dichosa lista hasta el jueves por la tarde. Me la sabía de memoria, pero el resto de la familia no nos regaló una chispa de intimidad y asaltarla en el baño no me pareció higiénico. Tampoco quise explicarla delante de todos por si María me daba un sablazo y no sabía reaccionar; con mi lengua, me temía yo misma. Por las mañanas, mientras ella descansaba, intenté quedarme en casa con la excusa de las faenas y así, en cuanto se despertase, pum, sacaba el tema con el primer café. Pillarla medio dormida me avergonzaba menos que lúcida como las candelas; Paco me arrastraba fuera de casa para que disfrutara de espacio ella sola. ¡Leches!, eso es lo que yo quería, que estuviera sola, pero conmigo.

La tarde antes de cargar maletas rumbo a París, ya no soportaba más la agonía. A ese paso, perdía el estómago de tantos pellizcos. Paco estaba en la huerta, las niñas trajinaban con sus cuchicheos en la cocina y mis nietos se reían con no sé qué vídeos en el móvil. María había salido, dos horas antes, para despedirse de Sonsoles. «Matilde, esto no lo puedes alargar más. ¿A qué esperas?, ¿a qué se suba al avión y no pueda arrepentirse? Como si no pudiera coger otro de vuelta y dejarte allí plantada. Tampoco es para tanto, ¿no? Una pizca de emoción y travesuras, nada grave. Además, María tiene la mente muy abierta, es una mujer adelantada a su tiempo, igual le hacen gracia las propuestas de Nacho. Las del resto son decentes, por ahí vamos bien. Y, si no, os inventáis otras y a Nacho le contáis una milonga y listo. ¡Espérate!, ¿no se habrán sacado el rollo del diario con fotos del viaje para controlar que la cumplimos?».

Me endosé el bolso y salí sin decir adiós, tampoco creo que se hubieran enterado. Caminé por esas calles, que me sabía de memoria, con paso prieto; me ardían los muslos, tenía que encontrarla cuanto antes. Deseé que dos horas de cafelito fueran suficientes para contarse la vida y no lo alargaran con unas tapas. Cotilleé las terrazas y cristaleras de cinco de los seis bares del pueblo, ni rastro. Me faltaba uno, el más alejado. Lo habían plantado en la zona alta, en una pequeña loma en la que sus cuestas picaban más que los caracoles en salsa. «Madre mía, quién sube en agosto. Los modernos estos han encasquetado aquí el bar para que bebas hasta atragantarte, la lengua ni la sientes. Qué barbaridad».

Distinguí el reflejo de su pelo plata tras la ventana. Aproveché uno de los bancos de hierro que había en esa plaza y me recompuse; bastante desastrosa me sentía a su lado, no quería aparecer con la cara colorada, el pelo chorreando y sin respiración. Y encima con Sonsoles delante. Una sería vieja, pero guardaba cierta dignidad coqueta. No sé si en los diez minutos que necesité para recuperar la compostura me vieron o fue casualidad. Salieron del bar entre risas y cogidas del brazo. ¿Por qué yo no había tenido una amiga de verdad? ¿Qué había hecho mal?

Mi vecina Virtudes era lo más parecido a una amiga, pero ni siquiera la podía llamar así.

Le seguía la corriente con algunos chismes del pueblo o de las telenovelas, hablábamos del tiempo, poco más. La magia entre Sonsoles y María, los ojos que conocen, sentirse aceptada y querida, sin caretas ni poses. De eso no sabía nada. ¿Acaso no me lo merecía? ¿Había sido culpa mía o es que no vivía nadie en este maldito pueblo que encajara conmigo y yo con ella?

—Buenas tardes, Matilde, ¿nerviosa con el viaje?

—Hola, lo justo. Cómo ya he montado en avión, una va más relajada. Además, María se maneja con el francés. Todo saldrá bien. —Cerré la boca para que mi lengua no me delatase—. ¿Qué tal ese café?

—De maravilla. No pensé que me alegraría tanto de volver al pueblo. —Se sonrieron con una mirada, que escondía algo más, y yo me morí de envidia—. Ya nos íbamos, pero, si te apetece, nos tomamos otro café tú y yo. Sonsoles lleva prisa.

—No, no me entra nada. Si quieres, paseamos y hacemos hueco para la cena; las niñas y Paco querían preparar algo especial y, chica, por una vez, les he cedido la cocina.

—Di que sí, bastante han guisado nuestros huesos. Pasadlo muy bien en París, ya me contaréis a la vuelta. Lo mismo la próxima vez que visites a María en Tenerife me animo y voy contigo; no veo a mi Jacinto con muchas ganas de despegar los pies del suelo.

Sonsoles abrazó a María durante varios minutos. Se le empañaron los ojos. Cuando se despegaron, María la volvió a abrazar. Nadie me había abrazado así… Mentira. Juan sí lo hizo, el día que me rompió en mil pedazos. ¿Por qué desde el regreso de María me acordaba tanto de él?

—Hasta que Paco lo comentó el otro día, no sabía que erais amigas. —Apenas se distinguía a Sonsoles al final de la cuesta—. Mira que me la he cruzado veces, pero ni ella ni las vecinas te nombraron.

—Como si hubiera muerto.

—Hombre, tampoco es eso. —Cerré el puño, tres toques en la cabeza; no había otra madera cerca—. Solo que me sorprende que, con la de años que llevo viviendo aquí, ni una vez aparecieras en algún cotilleo, aunque, también tiene su lado positivo: la gente no ha inventado lo que le ha dado la gana. Bastante tenemos con los chismes de estos días.

—Siento haberte metido en líos, veo que no eres muy amiga de los corrillos. —Su sonrisa lacia me dio una pena…—. Cuando conociste a Paco hacía tantos años de mi marcha que, supongo, la fuerza del suceso ya se había disipado. La gente tiene su propia vida y no fabula continuamente con la del resto.

—No le quites mérito a mi lengua. Cuando el cabronazo del marido de Conchita se largó, rajarían a gusto en sus casas; ay, amiga, en cuanto yo pisaba la calle dejaba bien clarito que mi hija no tenía por qué agachar la cabeza. —Estiré el cuello, moví los hombros—. Paqui se atrevió a preguntar y todavía siente el zarpazo. Al enemigo ni oxígeno. Pero bueno, que no he subido hasta aquí para crucificar a nadie. Hay un detalle que debes saber.

Me flaquearon las piernas. Me senté en el banco. Coloqué el bolso sobre mi regazo. María se acomodó girada hacia mí, con la vista de frente. Me concentré en ese trozo de tela negra con cremallera que suplicaba un cambio. Cogí aire, cerré los ojos y disparé.

—Hemos hablado por teléfono infinidad de veces, pero no sabía cómo sacar el tema. Un día, Nacho me preguntó por nuestros planes en París y yo le contesté que lo típico. Siendo sincera, no pensé que necesitara ninguno, con ir a París y pasear por la ciudad que había visto en las películas, me valía. Él insistió en que es muy grande y liosa y que, sin un plan, en vez de un viaje tendríamos una tragedia. Total, que nos convocó para que propusiéramos dos actividades o lugares. —Abrí los ojos, me sujeté la rodilla—. Te lo digo con el corazón en la mano, desde esa misma tarde quería contártelo, pero las propuestas de Nacho son… peculiares y temía que, por su

culpa, no quisieras acompañarme y, claro, los billetes ya estaban comprados y que hacía yo sola en París y…

—Matilde —me cortó—. No te preocupes, no me voy a ir a ningún sitio. ¿Crees que no me he fijado en cómo te esfuerzas para que todo sea perfecto: en las copas de anís y los ibuprofenos, en cómo te agarras los huesos de las muñecas mientras la cara se te desencaja, en cómo intentas complacer a todo el mundo? —Puso su mano sobre la mía—. No sé qué habrás vivido y ojalá te sientas en confianza, si te apetece compartirlo. No soy una jueza, soy tu amiga, ¿me oyes? Y cuando acepté este viaje lo hice ilusionada, no por obligación. —Me apretó la mano y su sonrisa—. Cuéntame esas ideas tan locas, después de la serpiente sé que reiremos muchísimo en París.

—Mejor las lees.

Descorrí la cremallera del bolso a trompicones; necesitaba otro sin peleas cada vez que abriese la boca. Rebusqué durante unos segundos, rocé ese papel incandescente. Le di la bomba a punto de explotar y miré al suelo. Con la rasgadura de los pliegues, imaginé las escenas que recreaba María; las payasadas de mi nieto eran las dos últimas líneas. El muy bandido se había guardado la traca para el final.

—¿Y bien? ¿Qué te parecen? ¿Estás muy enfadada? —Esperé tres segundos, sin respuesta, me atreví a mirarla. Leí una mezcla de risas e incredulidad—. Sé lo que parecen las de Nacho…

—Este chico tiene una imaginación desbordante. No estoy molesta, tranquila, pero no sé qué decir; siendo sincera yo también, tampoco había pensado mucho en París y el listón está muy alto. Lo vemos sobre la marcha, ¿te parece? O ¿hay que decidirlo ahora mismo?

La voz chillona de una de las azafatas me devolvió a la tierra. Tendría que comerme la culpa y la incertidumbre de que mi cuñada me confirmase qué quería hacer en París y si cumpliríamos, o no, la lista.

—¿Estás segura, Matilde? —me apretó la mano unos segundos antes de traspasar las puertas del avión.

—Nunca lo he estado tanto.

15

Hola, París

Salimos del metro en la parada Saint-Michel Notre-Dame, en dos minutos sonarían las once de una mañana limpia, sin nubes que algodonaran el cielo. Escasos metros nos separaban de la imponente catedral. Una luz pálida se proyectaba desde la parte trasera, un foco que reclamaba la atención de los que paseaban por París, que nadie obviara a la gran dama. Ni siquiera las grúas y vallas de obras, recubiertas con murales del interior de la catedral, ensombrecían su elegancia. Varios grupos de jóvenes intentaban trasladar la belleza al papel. Mudas y sin despegar los ojos de aquella fachada hipnótica; compramos, en un puesto ambulante, un par de cafés con leche muy caliente, que contrastaba con el frío húmedo del banco de mármol caramelo en el que nos sentamos. Ninguna estaba preparada para lo que descubriríamos. París nos quitó y dio de forma distinta.

El trasiego era continuo, que no quedase minuto sin degustación, aunque no fuese de calidad. ¿Qué prefería yo? ¿Empacharme de vida o guardarme una pizca de hambre? Sorbí el café, me peló la lengua. No aprendía. Me giré unos centímetros, Matilde sujetaba las lágrimas.

—Estás muy callada, ¿te encuentras bien?

—Pellízcame, dime que no es un sueño. Dime que es cierto, que estamos cometiendo esta locura.

—Y solo acaba de empezar.

La abracé por el costado. Apoyó su cabeza sobre la mía. Exhalamos al unísono, rogándole a París que condensara el mundo en cinco días.

—¿Cómo puede existir tanta belleza por ahí y yo en mi casa? ¿Qué he hecho con todos estos años?

—Vivirlos de otra manera.

—Tú fuiste valiente y te atreviste a marcar tus normas. —Se limpió las lágrimas y sorbió el café sin desprenderse de la fachada.

—Matilde, no es oro todo lo que reluce. Tampoco me han faltado los zarpazos y la pena, pero ¿qué opción tenía?, ¿anclarme en el papel de víctima? Yo misma me hubiera aniquilado los sueños; aunque no lo creas, se olvidan, y ya no sabes ni por qué haces lo que haces.

—No es lo que parecía en tus cartas. Se te veía feliz, con garra.

Suspiré. Las cartas.

Cuántas medias verdades y mentiras enteras esparcí en esos papeles blanquecinos. Paco me mostró, a solas, el cofre en el que Sebastián las había guardado. Me sentí una extraña al leerme, como si aquella María cargada de ilusión y necesidad de amar se hubiera quedado atrapada con la chica de mis pesadillas.

Matilde me dio un codazo.

—Te ha cambiado la cara, ¿qué pasa con las cartas? ¿El condenado de Sebastián esconde más?

—No, no es eso. —Me revolví—. Digamos que estaban escuetas de información.

—¡Lo sabía!, se lo dije a las niñas, no podía ser todo tan bonito. No me malinterpretes, yo te quiero como a una hermana, pero te saco seis años de ventaja y sé que la vida es muy injusta cuando le da por apretar, y anda que no apretaba entonces.

—¿Crees que tus hijas no sienten esa angustia?

—No eligen porque no quieren, será por puertas.

—Quizá ese es el problema, que las presionamos por dudar. Mira Ana, después de tantos años, ha vuelto al pueblo porque tampoco lo ve claro. ¿Habrá alguien que no se cuestione su vida y sus decisiones? —Destensé los hombros, vencida—. Preferí callar en las cartas por una razón muy simple: no quería que mis hermanos se aferrasen a mis errores para gritarme, si alguna vez contestaban, que eso me pasaba por incumplir mi obligación allí, en casa.

Matilde calló unos segundos con la respiración trabada. El pelo, más claro con esa luz; sus ojos se transformaron, como si cada pensamiento que acudía a su mente le trastocase la vivacidad de un mar con hambre de océano. ¿Qué trajinaría esa cabeza? Seguro que la imaginación de Nacho, ese anhelo de que cada instante resplandeciera, lo había heredado de ella.

—¿Tú crees que las parisinas habrán sufrido como nosotras? Se les ve tan bonitas, caminan que parecen modelos; si hasta el del puesto del café viste con camisa y corbata, ¡corbata!

—Habrán tenido lo suyo. Las ciudades con tanta gente que viene y va, además de ser ensordecedoras, abren la mente, pero la soledad es aplastante. Madrid me resultó muy hostil hasta que conocí a Adelina.

—Hablas de ella con tanto cariño… ¿Nos imaginas a las tres en la ciudad del amor?

—Hubiera inflado las ideas de Nacho. —Un par de carcajadas casi consiguieron que el suelo terregoso se bebiera los restos de café.

—Ay, madre mía, ese chiquillo... Bueno, ya hemos cumplido la primera propuesta de Conchita: Notre Dame, aunque sea por fuera. Qué lástima que se quemara…

Se encogió de hombros. Le dio un último sorbo al café con los ojos bien abiertos, como si no quisiera parpadear por miedo a perder un segundo en un sueño que, por fin, cumplía. Estaba muy agradecida de que, casi sin conocerme, me hubiera acogido como a una más. Sin dudas, sin miedo.

—¿Sabes lo que he leído en la revista del avión?

—No, me he quedado tiesa en la primera página.

—Dice una leyenda que las gárgolas de Notre Dame, las de las cornisas, son seres extraños. Muchos piensan que protegen la ciudad. La leyenda cuenta que, en realidad, son demonios que esperan colarse en la iglesia.

—Pues que sigan quietecitos donde están y, si quieren montar el infierno, chica, que lo hagan cuando nos hayamos ido. Bastante tenemos con la lista tal cual como para añadir una batalla con el inframundo. Que mi rodilla está fina, pero no para eso. —Nos reímos, adoraba su ironía y lengua ácida. Cómo transformaba el ambiente con un par de frases—. Venga —prosiguió tras consultar el móvil—, vamos a soltar las maletas. Nos queda mucha ciudad y decenas de cruasanes. ¡Ay, la foto!

Sacó del bolso la cámara que le habían regalado sus nietos. La giró y estiró el brazo, se le escurría antes de pulsar el botón. Tras dos resoplidos, se acercó a uno de los muchachos que pintaban. Le mostró la cámara y, con un gesto rápido con el dedo índice, me señaló primero a mí

y después a ella. El chico rubio de pelo desordenado sonrió al comprender lo que quería. Nos posicionamos de espaldas a la catedral, entrelazadas por el costado, el brazo libre lo levantamos con la señal clara de que nos abríamos a esa aventura, pasara lo que pasara. Un par de minutos después, se obró el milagro. Allí estábamos, con unas sonrisas idénticas a las de un primer cumpleaños. Era la prueba, incluso cuando nos desvaneciéramos, de que, al menos una vez, exprimimos juntas París.

—Ni una palabra de francés me ha hecho falta. La gente, si quiere entenderse, no hay diccionario que los nuble. Por cierto, ¿y si pedimos otro cafecito para el esfuerzo de andar hasta el hotel?

—Si prefieres, cogemos un taxi o el metro.

—No, no, no. La flechita del móvil dice que estamos a treinta minutos, ¿eso qué es para nosotras? Un paseo de nada. Me ha hecho una gracia cuando lo has pedido que yo creo que me voy a subir por las paredes de tanta cafeína. Café olé. ¡Café olé! —Retorció las manos simulando unas sevillanas—. Y yo que pensaba que los franceses eran unos estirados.

Tras pegar la foto en el álbum y coger otro *café au lait*, caminamos con la mirada en esa fachada hasta que la flechita, como la llamaba Matilde, nos desvió a la izquierda por rue d'Arcole. Notre Dame quedó atrás, cada pocos pasos nos giramos para contemplarla una vez más. Me desconcertaba cómo la mano del hombre era capaz de crear una belleza tan grandiosa y, a la vez, tanto dolor. Cómo una misma piel era poeta y verdugo.

Apenas habíamos recorrido un par de cientos de metros, cuando nos quedamos boquiabiertas en mitad del puente Arcole. Si deslizábamos la vista a la derecha, una de las torres de Notre Dame despuntaba entre edificios cremosos con barandillas y tejados oscuros. Hacia el lado opuesto, la última planta del majestuoso Ayuntamiento. De frente y a nuestra espalda, el Sena posaba desnudo bajo un sinfín de puentes que se humedecían ante sus sensuales aguas. Los colores pastel y la suave caricia de un sol blanco, que no parecía el mismo que nos cubría kilómetros más abajo, contrastaba con la vorágine de vehículos y transeúntes ajenos a nosotras. La ciudad no se detenía porque hubiéramos llegado hasta allí, al revés, nos mostraba su esplendor y movimiento, también la certeza de que podría tragarnos en una décima de segundo sin que nadie se percatara de nuestra ausencia.

—¿Cuántos escaparían por aquí? —preguntó agarrándose a la barandilla verde.

—¿Cómo dices?

—Que cuánta gente habrá usado el río para desaparecer, que nadie los encuentre.

No entendía la pregunta. Sus ojos, clavados en las tímidas olas que moldeaban los barcos, ¿esperaban que surgiera alguien de entre esas crestas? Su tono de voz se había descolorido. Me sorprendió la brusquedad del cambio, pero quién era yo para juzgar los caprichos de la mente. Esperaba que el escalofrío, que me atravesó, fuese una tontería y no la certeza de que un recuerdo la atormentaba.

—En una ciudad así todo es posible, incluso que se esconda un gran tesoro. Hace poco, Simón me contó que unos chicos encontraron una alianza en una playa de Almería y que, fue tal la agitación en redes sociales, que localizaron a la dueña tres semanas después.

—¡Qué barbaridad!, lo que no consiga internet… solo falta que resucite a los muertos. —Sacudió los hombros, se atusó el pelo. ¿También habría descifrado los gestos que me delataban? —. Quién sabe, lo mismo nos despiertan de aquí a cien años y nos dicen: venga, muchachas, otra oportunidad, a divertirse.

—No tenemos que esperar ningún milagro. Estamos vivas y en París, y ya que te gusta tanto imaginar, te propongo un juego: paseas por una de las orillas del Sena, la que prefieras. Un

objeto llama tu atención, ¿qué es y cuál es su historia?

—Te has tomado al pie de la letra que soy una peliculera, ¿no? —Sonrió y regresó su mirada alegre. No sé qué recuerdo le habría traído la corriente, no me atreví a pescarlo—. ¿Es pequeño o grande?

—Lo que tú quieras, es tu objeto y tu historia.

16

Tesoros ocultos

Me agarré con fuerza a la barandilla, otra vez, ¿por qué mi cabeza chocha no se quedaba quieta y me dejaba tranquila? ¿Por qué me acordaba tanto de Juan, si hacía más de medio siglo que no lo veía? Carraspeé. Con la ayuda del segundo café, que puse unos minutos sobre el lomo de la maleta, me tragué esos recuerdos empeñados en unirse al viaje y le seguí el juego a María.

—Dame un minuto, que una no encuentra tesoros así como así. —Me rasqué la barbilla, retorcí los labios—. ¡Ya sé, ya sé! —Aplaudí—. Una noche hubo una tormenta horrible, de esas en las que te santiguas, aunque no creas ni en los ángeles. El río se desbordó, el agua turbia inundó ese trozo de acera, pero, a la mañana siguiente, pum, ni rastro del agua, ni del barro. Solo el tesoro.

—¿Y de qué se trata? Si lo ha traído la marea no puede ser un diario, estaría deshecho, tampoco un libro o un cuadro.

—No, no, déjate de papeles que ya tuvimos bastante con la caja verde. ¡Un manojo de llaves! Eso es, un juego de llaves doradas. Una de ellas, la más importante, tiene una especie de flor en la cabeza. Era la de su habitación. —Me metí tanto en la historia que no me di cuenta de las palabras que soltaba mi boca. Solo veía fuego y un torrente de agua que, en lugar de apagarlo, lo avivaba—. Sus padres la encerraban cada noche bajo llave. Después de tres años, averiguó dónde escondían la de repuesto. Una pena, confió en el chico equivocado y la enjauló más aún… Ella pensaba que la puerta se abría desde fuera, así que, con sus mejores galas, dispuesta a fundirse con esa tormenta que aterrorizaba al resto, chas, le lanzó el manojo de llaves.

—¿Qué pasó entonces?

—Ese muchacho no estaba donde debía, las llaves terminaron en el río y ella sin salir.

—Qué historia tan triste, Matilde.

—La vida a veces es muy perra. Quién sabe, quizá se descolgó por la ventana o reventó la puerta. Ponle el final que quieras, te lo cedo. —Hice una reverencia teatrera en busca de la risa de María—. ¿Cuál es tu historia? A ver si te crees que la única vieja creativa voy a ser yo, por mucho que parezcas salida de una revista de moda con veinte años menos.

—Ojalá tuviera tu alegría, la actitud sí que no entiende de edad.

—Esa es la excusa de las guapas para consolarnos a las del montón, por no decir otra cosa.

—¿Cómo que del montón? ¿Tú te has mirado en un espejo? —Sacudió los brazos y repasó cada centímetro de mi cuerpo.

—Desgraciadamente, en más de uno.

—No lo habrás hecho muy bien. —Rebuscó en el bolso y sacó el espejito del rastro—.

Fíjate, ¿no ves la belleza de esos ojos, la intensidad del azul y la forma de observar la vida? ¿Tampoco has reparado en la suavidad y firmeza de tu piel rosada, incluso con setenta y cinco años? ¡Ah! ¿Y qué te parece la energía con la que te mueves, a pesar del dolor de huesos? ¿Me estás diciendo que no distingues nada?

—Pues no. Yo solo veo una vieja con pantalones siempre oscuros y jerséis sin sabor, con un pelo tieso como una escarola y demasiadas arrugas en los párpados. Y mejor me ahorro enseñarte las costuras de la barriga.

—Eso hay que arreglarlo.

—Sí, con un buen cirujano. Anda, anda, no me líes y desembucha la historia de tu tesoro. Eso sí, me la cuentas andando, a este ritmo no llegamos al hotel ni para el almuerzo.

17

Una bola de cristal

Me guardé mi opinión sobre su físico, pero conseguiría que viera la mujer poderosa que yo había conocido en Tenerife. El huracán que arrastró a toda la familia hasta reunirla de nuevo. La aventurera insaciable que nos había empujado a una ciudad que palpitaba luz y belleza. ¿Por qué no se daba cuenta? Cualquiera querría envejecer así, rebosante de vitalidad. Un espíritu con ganas de que la fiesta prosiguiera por mucho que los músicos pidiesen el desalojo de la pista para los que estaban por venir. Era una muñeca preciosa, no de porcelana, sino de oro macizo, y yo quería encontrar la fórmula que le mostrase el brillo con el que nos deslumbraba a los demás.

Atravesamos la plaza del Ayuntamiento y continuamos recto por rue du Renard mientras hallaba mi tesoro. El traqueteo de las ruedas de las maletas apenas se distinguía entre el tráfico asfixiante. Una nube con olor a chocolate, perfumes densos y gasolina nos introdujo en una atmósfera que aceleraba sin rumbo concreto.

—¿Y bien? ¿No has encontrado el tesoro?

—Ya veo que no se te olvida ni con el cotilleo de los escaparates. —Sonreí y le guiñé—. Es increíble cómo te manejas con el mapa. ¿Y temías que nos perdiéramos?

—Nacho, además de una cabeza del demonio, es un buen profesor, la de tardes que hemos practicado con la flechita. Un sábado nos fuimos a Granada en autobús, que como el pueblo me lo conozco, tenía que subir de nivel. Te lo digo muy en serio, no te rías, lo llamó subir de nivel y yo le contesté que mientras no subiera al cielo me valía todo. —Sus carcajadas provocaron que un par de señoras con traje rojo y negro se dieran la vuelta—. Bueno, que me lías otra vez para que casque como una cotorra mientras tú eres todo sonrisas. Te doy dos minutos, que esto indica que en cien metros hay un giro a la izquierda y no me quiero equivocar. ¡Piensa rápido!

Nos quedamos pasmadas ante un edificio cubierto de enormes tubos de colores —blancos, verdes, azules, rojos— y una cantidad ingente de cristaleras que reflejaban un cielo que permanecía limpio. Lo rodeamos y aparecimos en una enorme plaza inclinada en la que varios estudiantes y operarios devoraban sándwiches y cafés sentados en el suelo. Todavía en silencio, ocupamos un banco frente a ese edificio industrial que no rezumaba el refinamiento y delicadeza que habíamos presenciado en el resto de las fachadas.

—Esto no me lo esperaba —dijo Matilde—. Yo sabía que los franceses son modernos, pero que saquen las cañerías a la calle…

—¡Es un museo! —Indiqué un cartel fluorescente que anunciaba una exposición de pintura mixta—. Museo Pompidou. Tiene su punto. Es… diferente.

—Ese no es para el que tenemos entradas esta tarde y en el que se encuentra la chica

siniestra, ¿no? Nacho no ha marcado aquí nada. —Agitó el móvil.

—No, ese es el Louvre, salía también en la revista del avión. No se parece a este. La única pista que te voy a dar, y así no rompo la sorpresa, es que su plaza te gustará muchísimo. —Matilde asintió y ladeó la cabeza, como si desviase una canica gigante a través de los tubos—. Ya sé cuál es mi tesoro.

—¿Y bien?

—Una bola transparente con un rayo dorado en el centro, como las de adivinar el futuro. Se le escapó a un artista que quiso probar qué pasaría si la lanzaba por uno de esos tubos. Él creyó que se detendría en la plaza, por la inclinación. La bola se coló por un resquicio y con la inercia de otras piernas rodó hasta el puente y se precipitó al agua. Una niña la recogió unos kilómetros después, encajada junto a un barco en la orilla. Mientras la giraba, el rayo se iluminó y le susurró que, si lo mantenía vivo, ella siempre sería feliz.

—¿Y lo fue?

—¿Qué quieres creer tú?

Entornó los ojos, suspiró varias veces. Cuando atrapó el destello que buscaba, abrió de nuevo las compuertas de su particular Mediterráneo y se levantó.

—Tardó unos años, quizá más de los que le gustaría. Se encontró con la chica de las llaves, nada más verse se hicieron amigas y, desde entonces, no hubo días sin aventuras. Fueron felices, María, lo fueron de verdad.

18

Un arco y varios cuervos

Caminamos veinte minutos más en línea recta hasta un cruce en el que se levantaba un enorme arco de piedra de color café con unas figuras en el centro. Una parecía un ángel, quizá el resto fueran dioses. Maldita vista y malditos años. Los coches y motos volaban pita que pita sin mirarlo. No daba crédito. ¿No tenían ojos en la cara? ¿No veían que era extraordinario?

—Esta ciudad es una caja de sorpresas.

—O somos nosotras que queremos encontrarlas. Alguien me dijo una vez que no es lo que hay, sino lo que se quiere ver.

—No te entiendo, el arco está ahí, no es que me lo haya inventado, tú lo ves, ¿no? Solo falta que esté alucinando con tanto café olé y me ponga a dar palmas.

—Tranquila, sigues en la tierra.

—¿Entonces? —Me crucé de brazos, María miraba lejos con una media sonrisa.

—¿Nunca has escuchado el refrán: no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes? Nos pasa a todos, Matilde, damos por sentadas demasiadas cosas.

—¿Solo si arrancan el arco lo verán?

—Sí y no. ¿Por qué te has fijado en el arco y no en la cafetería de detrás o en la fachada de aquel edificio?

—Porque es tan grande que es imposible no verlo.

—Me pasa lo mismo contigo, me pareces inmensa, pero tú no te ves.

Me costó horrores no contestarle. ¿Qué le habían echado en el café? ¿Por qué insistía tanto? Me veía demasiado, ese era el problema.

—Vamos, el hotel está cerca.

Agradecí la tranquilidad de esa calle y que estuviera llenita de panaderías en las que desayunar como señoras de bien. El olor a mantequilla me crujió las tripas. Miré el reloj, algo más de las doce y media y andábamos con dos cafés más el del aeropuerto. Con tanto trajín, los bocadillos se ablandaban en el bolso.

El hotel era pequeño pero coqueto. Paredes blancas con ventanas en negro. La madera del suelo se asemejaba a la de los toneles de vino. El ascensor y unas diminutas escaleras con moqueta azul, a la izquierda de la recepción. Saqué los papeles de la carpeta rosa, que Ana había guardado en mi maleta, me entendí a la primera con la chica morena con dos aretes en la nariz; la maravilla de que también fuese andaluza.

Nos entregó las llaves de las habitaciones en cinco minutos; menos mal que Ana las contrató individuales, me urgía quitarme las medias de las varices y pasar por el baño. Lo último que me apetecía era que mi cuñada viera y oliera mis miserias. Una cosa había sido compartir

techo unos días, otra muy distinta, una habitación en la que no te podías rebullir. Cuarenta minutos después, en los que aproveché para tumbarme mientras María se refrescaba, salimos de nuevo a la fragancia de París. Tenía las piernas hinchadas y el pelo deshecho; gracias a Dios, no me dolía la rodilla. Revisé la ruta de Nacho.

—¿Qué te parece si vamos directamente al museo de la chica siniestra? He visto en el mapa que, al lado, hay un jardín enorme y los bocadillos habrá que comérselos porque, como los sigamos paseando, los filetes empanados se van a revenir. Ya esta noche nos damos una cena con su vino, su queso y lo que surja.

—¿A cuánto nos queda?

—Nada, otra media hora, prometo no entretenerme más con los escaparates.

Cada calle suponía colarse en una película diferente, incluso en algunas llenas de basura y pintadas en las paredes. Ni el paraíso se libraba de la mierda. Me dio igual. Me tragaba cada edificio, floristería, panadería y comercio extraño con el que nos topábamos. ¿Y el sonido del francés? Millones de hormigas hurgaban en mis oídos; más allá del café olé no entendía ni papa, pero quería que hablasen y hablasen, cuanto más alto, mejor. Que se movieran, que me enseñaran cualquier resquicio y me empachara de París y su sabor. ¿Cómo iba a volver al pueblo después de semejante festín? ¿Podría encerrarme otra vez con la fregona, las miraditas de las vecinas y esas montañas que me parecían tumbas? ¿Y si cogía a mi Paco y nos largábamos a ese mundo tan distinto?

Cuando entramos en la plaza del museo, me pude morir allí mismo. ¡Qué barbaridad! Giraba y giraba en una noria que me mareó. Tantos detalles, tanta luz, tanto arte que no me quedó más remedio que sentarme en uno de esos cubos de mármol.

—Matilde, ¿estás bien? —María se agachó, rebuscó en mi bolso lleno de grietas y sacó una botella de agua que habíamos comprado minutos antes a un chico de piel tostada.

—Tócame el pecho, comprueba que el corazón me late. ¿Esto es real? ¿Lo ha construido alguien?

—Sí, querida, y ahora es todo nuestro. Da otro sorbo y respira. Llevamos un día con muchas emociones, el madrugón tampoco ayuda. Esta noche a la cama pronto, que nos quedan otros cuatro días por delante y no podemos desfallecer en el primero.

Cerré los ojos, sujeté el terremoto que me sacudía el cuerpo. Cuando me noté en tierra firme, me incorporé con calma.

—Perdona el espectáculo. No sé ni dónde mirar. ¡Hay tanto! Me va a explotar el cuerpo, te lo juro. Yo esperaba que París me maravillase, pero ¡Dios mío!, una cosa es verlo en la tele y otra muy distinta aquí. María, qué estamos aquí. ¡Aquí!

—Lo sé. —Me abrazó, la apreté con tal fuerza que sus costillas se me clavaron en el estómago. Un reguero de lágrimas me desarmó—. Vamos a ese jardín, necesitamos comer algo, son muchas horas en ayunas y tampoco es sano alimentarse a base de cafés. —Me acarició la cara, arrastró las lágrimas—. Este no es el último viaje, Matilde, y, aunque lo fuera, no olvides que París es así de bello por cómo lo observas tú. Con la de turistas que lo visitan, habrá más de uno y de dos a los que les parezca horrible. Los lugares los nutrimos nosotros, no los edificios. Si estuviéramos en una isla desierta, te emocionarías con su esplendor, quien mira es quien la convierte en única.

—Si nos mudamos a esa isla, que se venga también el de la corbata y sus cafés olé.

Caminamos unos metros más y nos adentramos en un jardín verdísimo. Pequeñas esculturas lo salpicaban, entre ellas, un grupo de chicas sentadas en el césped alrededor de un mantel cargado de uvas, vino y una tabla de queso y jamón. Me tentó su imagen romántica, ¿a

quién engañaba? Por mucho espíritu joven, no me levantaría del suelo yo sola, y hacer el ridículo tampoco era necesario. Junto a otra zona de césped, vi una fila de sillas metálicas del mismo verde que las de la escuela, pero con un aspecto más elegante.

—Madre del amor hermoso, estos parisinos nos sacan ventaja. ¡Son las sillas más cómodas en las que me he sentado en la vida! Piensan en todo, mira, mira: el respaldo como el de las tumbonas, las tablas anchas para que no se claven las lorzas, la altura justa para que no se hundan las rodillas…

—Se agradece comer tan a gusto, rodeadas de naturaleza y arte, de gente bonita y con este tiempo que no parece octubre.

—Es casi de verano. Ana dice que es culpa del cambio climático, que como no lo solucionemos, se acabó. Lo bueno de los años, que el achicharramiento final no lo veo. —Entorné lo ojos—. Lástima que no echara una manguita corta, aunque con lo loco que está el tiempo, igual pillamos una pulmonía.

—Podemos ir de tiendas o te presto una, me he traído varias, la costumbre de Garachico.

—¿Tú te has mirado bien? Si pareces la barbie parisina y yo el pollo empanado que rellena el bocadillo.

—Te lo voy a repetir mil veces: estás estupenda.

—Sí, sí, lo que tú digas. —Al negar con la cabeza, los descubrí—. ¡Ay, Dios mío! Un cuervo, allí otro y otro. ¡Toca madera! María, ¡toca madera!

—¿Qué dices? —contestó entre risas y sin soltar el bocadillo.

—Que toques madera, así. —Cerré el puño, tres golpes en la sien—. Cómo sea un mal presagio… Poco más de cuatro horas en París y, ale, ¡cuervos! Verás que se escacharra el avión de vuelta, porque ¿qué podría ser peor que estamparse directos y sin frenos contra el suelo?

—Matilde, con la de cuervos y gente que hay en el mundo. Nos estamos moviendo de maravilla por París: a la primera, fácil, sin prisas.

—Pues eso, que todo es demasiado bonito. Tú estate atenta, el crujido va a venir; te digo yo que el cuervo ese, que no nos quita ojo, no es por el pollo empanado, que eso sería canibalismo, sino porque nos quiere decir algo y bueno no va a ser.

19

Conversaciones de siete sabores

Cumplimos con una de las propuestas de Carlota a nuestra manera: un pícnic en un parque. No nos sentamos en el suelo con un mantel de vichy rojo y un jarrón de margaritas, pero sí en sillas de aluminio junto a una zona de césped a sol y sombra. Nos descalzamos y apoyamos los pies, sentíamos el frescor de la hierba, la rugosidad de la tierra acariciando nuestras raíces. Devoramos los bocadillos que Matilde había preparado con mimo. De postre compré, en otro de los tantos puestos ambulantes, siete macarons: uno de cada sabor. Cual niñas, cerrábamos los ojos y le dábamos medio a la otra. Pistacho, limón, fresa, chocolate, café, vainilla y coco. Un arcoíris de colores y sabores con el que adivinar el siguiente bocado.

París nos sentaba bien. Las emociones iban y venían; la sensación de calma profunda, de ahondar en un gozo perdido, resucitaba junto a esas jóvenes, la de las llaves y la de la bola de cristal. Sentí, allí conectada con la tierra, con mi cuñada y con esas olas de gente y belleza que envolvían París, que, aunque me tejí alas propias, hubo años en los que las amordacé con espino. ¿Y si solo destensaba hombros y caderas, y me permitía deambular sin más pretensión que el placer y la luz? ¿Y si no había más plan que un sendero sin escudos, miedos o preguntas? Vivir. Solo vivir.

Los últimos años, en especial desde que Adelina murió, me habían asaltado infinidad de dudas al verme al calor de su imagen, pero yo no era ella. No era madre, ni esposa, ni otras tantas etiquetas más. Si no observaba ese y otros espejos, no caían las incógnitas sobre mi cuerpo escuálido. Al principio, creí que la solución sería tan sencilla como evitar cualquier cristal en el que contemplase la mirada del resto, ¿no me empobrecía así también?

En ese almuerzo, con la música de las carcajadas entre trozos de *macarons* y el chasquido de las ramas de los árboles al son de una suave brisa, advertí que el problema se disfrazaba con sedas de deseo. Desde que había conocido a Matilde envidiaba su ímpetu, su alegría desmedida, esa locura juvenil con la que me reía hasta dolerme las entrañas. ¿Por qué siempre me apretaba la incertidumbre de lo propio frente a lo ajeno?

Lo entendí: el terror a que el camino descartado destilase un gusto exquisito. Nunca lo sabría, era imposible por mucha bola de cristal que tuviera en las manos. Vivir era una apuesta y la mía empezó la noche que abandoné Atizas. En ese instante, con el regusto del coco entre mis labios, acepté los fallos y los aciertos, sin ninguno de ellos no hubiera viajado a París con Matilde.

—Es hora de ver a esa chica mágica.

Nos dirigimos con el estómago y el corazón pletóricos a la entrada del Louvre. Diez minutos después, le tendí la mano y, como dos bailarinas preparadas para la función, nos colamos por la pirámide de cristal.

—Esto sí que es descender al centro de la tierra con glamur y categoría —respondió mientras bajábamos las escaleras—. Eres una gran compañera de viaje. Gracias por venir, aunque no cumplamos toda la lista.

—Gracias a ti por la propuesta, si no me hubieras invitado quién sabe si habría salido de Tenerife. En cuanto a la lista, lo vemos. Por ahora, no lo hemos hecho mal, vamos a por la tercera sugerencia y llevamos un día.

—Estas eran fáciles. Notre dame, un pícnic y ahora la chica siniestra. Seguro que es el kit básico del turista. Ya sabes las que me preocupan.

—Todo a su tiempo, Matilde, escuchemos qué nos pide el cuerpo y París.

—¿Y las tuyas? ¿No se te ocurre nada con lo que hemos recorrido ya?

—Tengo una ligera idea, pero quiero estar segura y no desperdiciar mi oportunidad.

—Chica, que si son tres en lugar de dos también sería perfecto, esto no es la carta de los Reyes Magos en la que hay que contenerse para que no se les ahogue el bolsillo. A nuestra edad de poco vale el ahorro.

—No te preocupes, cuando decida, serás la primera en saberlo. —Le guiñé con cosquillas en los labios.

—Eres una bandida, ¡eh! O no soy una buena influencia para ti, que te estás desmelenando y no literalmente.

—¿Sabes, Matilde? Me sientas de maravilla, igual que esta ciudad. Se me había olvidado lo divertido que es ir suelta por la vida.

Cogimos un mapa de las mesas de información y comprobamos que aquel museo era proporcional a la inmensidad de su ciudad. Cinco plantas repletas de tantas piezas de arte, que requerirían más de una tarde para apreciarlas todas, y al Louvre habíamos ido con una misión: la Mona Lisa. El resto, un regalo extra.

Localizamos su ubicación en la primera planta, en las salas marcadas en rojo, en el ala Denon. Nos dirigimos hacia allí. Antes de aproximarnos a esos ojos enigmáticos, paseamos ante cuadros coloridos y con un simbolismo tan aplastante que nos enmudecieron. Matilde se desplazaba con las manos recogidas sobre el corazón, arrastraba los pies y abría, en ráfagas, los ojos.

Me sorprendió el ruido. Imaginé aquel lugar como una danza entre el silencio físico y el de los cuadros; una conversación, entre dos aguas, en la que aquellos que la presenciábamos recibíamos una semilla diferente en la mirada. Los centenares de turistas y escolares ejercían tal presión auditiva que ni siquiera las llamadas de los vigilantes atrapaban el silencio. Ese zumbido de avispas en pleno verano incrementaba su agitación conforme nos acercábamos al cuadro con el que había soñado Matilde. No necesitaba ninguna estadística para saber que era el más visitado del museo, el ruido y el silencio siempre hablan.

Seguimos con paciencia la columna humana que esperaba a esa joven. Cuando llegamos hasta ella, Matilde se clavó, a pesar de la invitación a no entorpecer el flujo de fotografías y gritos ahogados.

—¿Te gusta?

—Le estoy pidiendo perdón.

—¿Cómo? —Fruncí el entrecejo, ladeé la cabeza.

—Por la mente, sin hablar. ¿Nunca te has comunicado para dentro, no como este nido de cotorras que no se calla?

—Más bien era una pregunta de sorpresa. No me esperaba tu respuesta.

—La llamo chica siniestra desde que vi el cuadro por la tele. ¿Sabes por qué? —Negué

—. A veces me cuesta recordar los nombres y me agarro a la primera tontería que se me ocurre. Y como a la pobre la pintaron tan oscura y seria, pues chica siniestra. Y no lo es. Es bonita, ¿verdad? Mira qué piel tan tersa, cómo sonríe sin sonreír.

—Pensaba que el cuadro sería más grande, pero es preciosa, muchísimo.

—Cuando la he visto me ha abofeteado y me he dicho: Matilde, ¿con qué otras cosas no te habrás confundido? La vida se mira de cerca, como la caducidad de los yogures, o te la cuelan y te enteras cuando el amargor te cuece el estómago. —Cruzó los brazos, se sujetó la barbilla—. ¿Imaginas que se levantase de la vitrina? Entonces sí que los pondría firmes. Nosotras no estaremos muy viajadas, pero tenemos más educación. ¿A qué vienen aquí? ¿A molestar?

—Le ha salido una defensora. —Sonreí, le acaricié el hombro—. No sé si los reprendería, pero te abrazaría muy fuerte.

—No la miran, fíjate. La foto y adiós. ¡Chiquillos!, que también llevaréis una lista, pero habrá que disfrutarla, no solo tachar y tachar. ¡Uf!, me encienden.

—Que no te roben este momento, el que tenga prisa que avance; nosotras nos quedamos aquí lo que necesites. No dejes la conversación a medias con ella, eso sí que sería de mala educación.

20

Culpa y más culpa

Salí del museo empachada de belleza. Nunca había visto tantos cuadros y esculturas juntas, ni siquiera cuando estuvimos en el Prado, hacía casi mes y medio, me había sentido así de abrumada. Aquel lugar era de otro planeta, o quizá era yo que me permitía disfrutar, aunque todavía me quedase mucha culpa entre mis lorzas. Para muestra, la colección de llamadas que sujeté. A cada paso sentía que debía descolgar el teléfono y mostrarle a Paco aquella grandeza, no ser tan caprichosa y egoísta y guardármela solo para mí.

La vergüenza de que María me viese como una jovenzuela detrás de un hombre que le aprobase cada movimiento impidió que me destrozara el viaje. Desde la distancia lo supe, si hubiera llamado más allá de lo protocolario, esa aventura habría dejado de ser mía y la culpa aún camparía a sus anchas. La muy jodida me gritaba que quién era yo para irme a París sin mi familia y encima gastarme un dineral con el que podríamos renovar la cocina, el salón o incluso comprar la freidora esa que no engorda.

Cuando la chica del cuadro me miró a los ojos me lo dijo clarísimo: Matilde, la culpa es un invento, otra cadena más con la que nos controlan. Estaba convencida, esa chiquilla sonreía sin sonreír por la maldita culpa. Si abría la boca de par en par supondría un grito, un: me importa un carajo lo que diga el mundo, soy feliz y libre. Libre de vivir, bailar y viajar a la otra punta, si me da la gana, que algo ha trabajado este cuerpo y, desde luego, no para mendigar amor. Si Paco hubiera estado en mi situación, ¿también le habrían asaltado esas dudas? ¿María tenía razón sobre que mis hijas cargaban con su propia culpa? ¿Y cómo diantres se arrancaba? Había un trecho muy distinto del conocimiento a la acción y yo, la verdad, no sabía cómo vivir sin ella.

Salimos del museo pasadas las seis y media. El sol pedía clemencia, nosotras también. Después de los guantazos de esa chica del cuadro, creí que me desplomaría. Me pesaban las piernas, los hombros, pillados como si me clavasen un par de pinzas de la ropa. Aun así, quise cumplir con el plan, muy a las malas, podríamos coger un taxi de regreso al hotel.

—María, sé que ya es un poco tarde y que llevamos todo el día *zancarreando*. En la ruta de Nacho indica que estamos a unos quince minutos de Notre Dame y que al atardecer es preciosa. Además, Ana insistió en que visitásemos una librería que hay al lado.

—No te voy a negar que me pesa hasta el alma, pero no venimos todos los días a París, por un ratito más tampoco pasará nada. Mañana no madrugamos, ¿verdad? ¿A qué hora es el *free tour*?

—A las diez, Ana me dijo que empieza cerca de la librería. No hay pérdida, Nacho ha preparado la flechita para cada día. Si al final me mudo y doy los *tours* esos, ¿te imaginas? Síganme, por aquí tenemos el puente…

—El puente de las Artes —dijo María que parecía haberse tragado un mapa.

—Eso, señores, el puente de las Artes, como muy bien ha apuntado mi compañera.

Cruzamos hasta mitad tronchadas de la risa. Me imaginé ya con el micrófono y el paraguas multicolor que había visto a otros *tours* en la plaza del museo. Menos mal que María me recordaba los nombres, porque mi despiste, y eso que no me despegaba de la flechita, ni un saco de cinco kilos de rabillos de pasas lo arreglaba. Formábamos un gran equipo, qué pena que se volviese a Garachico después de nuestra aventura. ¿Y si nos mudábamos con ella?

Las tablas del puente crujieron como una barra de pan recién salida del horno. Temí que se abriera un socavón y la premonición del cuervo se cumpliese. Toqué madera en la sien, me pareció excesivo agacharme a rozar la del suelo, incluso descalzarme… No importaba, en ese instante, me sentía tan feliz que ni siquiera maldije los tropiezos con las endemoniadas tablas que sobresalían. Nos acomodamos, unos minutos en uno de los bancos, embelesadas con el juego de brillos y purpurina en el que se había convertido el Sena.

—Somos las invitadas a una fiesta que hemos inventado nosotras mismas —dijo María.

—Ya lo podríamos haber hecho antes.

—Matilde, no te lo tomes a mal. —Se me encogió el estómago, dejé de respirar. ¿Se había coscado de que nunca tuve una amiga como ella?, ¿que a veces no sabía si me pasaba de payasa o irónica? Ideé una retahíla de excusas en mi defensa—. Cada poco, añades el comentario: «ya lo podríamos haber hecho antes». Tienes la vista en el pasado, querida. Y del pasado no se mueven ni las piedras.

No supe qué decir; yo, Matilde, sin palabras.

—Te lo digo con todo el cariño del mundo. —Me cogió la mano—. He estado ahí, bueno… todavía hay días en los que me flagelo con el pasado y las dudas. —La apretó—. Lo peor no es que no lo podamos cambiar, sino que manipula lo que vivimos ahora. Y vuelta a empezar, porque, cuando transcurra un tiempo, nos arrepentiremos de no disfrutar más, sin cargas.

—Si razón no te falta. —Conseguí que mi lengua reaccionase, me temblaba la voz—. ¿Y eso cómo se hace? ¿Cómo se deja de pensar?

—Sintiendo.

—María, si yo lo siento, quizá ese es el problema, que lo siento tanto que quiero machacarme por pánfila.

—¿Y qué ganas con eso? Dime, porque si tienes una máquina del tiempo, entrégame la llave ya. —Sonrió sin soltarme la mano—. Es muy fácil culpar a la mujer que fuimos desde la que somos, pero existe una diferencia más amplia que el Sena: la experiencia. Por eso a todo el mundo le encantaría retroceder a su juventud con el conocimiento que tiene hoy, sin él cometeríamos los mismos errores.

—Pues menuda mierda.

Me liberó la mano y se colocó un mechón tras la oreja. Yo me crucé de brazos, dejé que el peso cayese en el bolso.

—Hace unas horas, reflexionaba sobre esto: con otras decisiones, hoy no disfrutaríamos juntas de París.

—Ya, si no te lo discuto porque al pan, pan y al vino, vino. Me cago en la leche, María, ya podían ser las cosas una *mijita* más fácil. Tampoco pido tanto.

—Me vas a matar. Ahora mismo, quien lo complica eres tú.

Si la chica del cuadro me había abofeteado, el puñetazo de mi cuñada me dejó al borde de las lágrimas. Si ella me veía así de amargada y me conocía desde finales de agosto, ¿qué pensaría el resto de mi familia? ¿Les estaba arruinando la vida y no me enteraba?

—Siento si he sido un poco brusca, creo que me lo digo a mí misma, pero a través de ti.

—No te sigo —respondí con los labios apretados.

—Que tienes todo el derecho a quejarte, no sé qué has vivido y te he sermoneado cuando la que lo necesitaba era yo. —Resopló—. Estos días he sufrido bastantes pesadillas, demasiados recuerdos, demasiadas incógnitas que nunca resolveré. Me duele no confiar en mis decisiones, Matilde. —Se le hundieron los hombros. No supe si consolarla a ella o a mí. Miramos al río, sin tocarnos esa vez—. Hay días en los que me pregunto si el precio no fue demasiado alto. Si Simón y Andresín no viviesen conmigo, estaría sola. Completamente sola.

—Eso no es cierto. Nos tienes a nosotros, tu familia. ¿Me oyes? —Me incliné con los ojos en llamas y le agarré del codo, con tal presión que las yemas se pusieron blancas—. Me tienes a mí.

—Lo sé, a veces se me olvida.

21

Y París estalló

Caminamos en silencio hasta la librería Skakespeare and Company, supuse que con el mismo regusto amargo por ese discurso que no vino a cuento. ¿Quién me creía para aleccionar a nadie? Mucho menos a Matilde. Me mecí en el arrebol de esa tarde con la súplica de que las nubes anaranjadas cambiasen el color de mi ánimo. Olfateé la humedad y los vinos que se descorchaban en las mesas de esas terrazas por las que pasamos. Palpé la piedra áspera, antes de cruzar de acera, sobre la que decenas de puestos mostraban su pequeño caos de postales, libros usados y pinturas amarillentas. Un remolino en el estómago me avisó de que lo que había ingerido era insuficiente para la flor que coronaría una tarta a punto de estallar.

—Dios mío, ¡qué cola! Ana dijo que la librería era famosa, chiquillo, no pensé que para tanto —bramó Matilde con los brazos en jarras—. Vamos a tomarnos un café olé, una cerveza o una copita de anís, si me apuras. Necesito meterle líquido al cuerpo o me deshidrato.

—¿Qué te parece la cafetería de al lado? Desde la terraza se ve Notre Dame y controlamos la fila, seguro que va rápido.

No imaginé que esa sugerencia inocente, con la que pretendí recuperar la dicha de ese primer día en París, sería la culpable de que mi vida estallara en cristales de mil colores. Cristales antiguos, hermosos y cortantes.

No estaba preparada, nunca lo estaría.

Varias mesas de granja con bancos de madera de pino ocupaban la esquina en la que confluyen las calles rue de la Bucherie y rue Saint Julien le Pauvre. Matilde cargaba una bandeja con dos cruasanes y un rollo de canela, yo dos descafeinados con la leche muy caliente. Nos dirigimos a una libre, obnubiladas por la estampa de las torres de Notre Dame, cubiertas por una pátina más cálida que la de esa mañana. Un murmullo de aplausos, dos mesas más adelante, captó mi atención. Un grupo de jóvenes, con un libro de cubierta verdosa en la mano y mochilas desparramadas por el suelo, parapetaban a quien comenzó a leer.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Cada palabra me perforaba. La voz, un grado más rota, enfatizaba unos versos que conocía demasiado bien. Caminé despacio, la dureza de los adoquines me atravesó los zapatos. Otro paso. Otro más. No podía respirar, intenté tragar, pero alguien se había atrevido a cortar el oxígeno en París. Me encontraba lo suficientemente cerca cuando vislumbré su barba asilvestrada, ya gris, la media melena rizada y revuelta. Esos ojos melosos que chocaron contra los míos cuando pronunció la última palabra con una sonrisa dulce, idéntica a la que me desarmó tantas veces.

Era él.

Era él.

Era él.

La bandeja estalló contra el suelo, el pavimento se deshacía. La vista se me nubló. No podía ser real, estaba soñando. Eso era, otra pesadilla, una horrible y maldita pesadilla similar a las que me habían asediado las últimas noches. Escuché el revuelo, el crujido de los bancos de madera, las palabras atropelladas, incluso percibí el graznido de esos cuervos de los que me advirtió Matilde hacía unas horas. La boca me sabía a sangre. Me acaricié los ojos, abrasados pero secos. Si en más de cuarenta años no me había armado para volver a escuchar su voz, muchísimo menos para que sus manos tocaran mi cuerpo.

—¿Se encuentra bien? Déjeme que la ayude.

Me agarró por la cintura y tiró con brío, mi cadera se acopló a la suya. Gran parte de mi melena me cubrió la cara como el velo de una novia. Podría haber bajado la cabeza y huir en dirección a cualquier parte, permitir que aquella jugada del destino se deshiciera en una trenza sin nudos. No pude o no quise, sigo sin respuesta. Me temblaba la comisura de los labios, las piernas, incluso la garganta; me aparté el pelo con la convicción de que ese bamboleo marino no alcanzaría mis manos.

Y lo miré.

Atravesé el dulzor de sus ojos igual que la última vez; también en una esquina, pero de otro barrio. El que vio nuestros primeros pasos y el vacío en el que nos convertimos por un puñado de versos.

—¿Te conozco? —Cambió el tono, más suave. Entornó la mirada. Su brazo, firme bajo una camisa parda, se desplazó de la cadera a mi muñeca, como si temiera otra caída, como si tampoco creyera a quién veía.

—¡María, María! —gritó Matilde mientras revoloteaba a nuestro alrededor.

—No puede ser. —Abrió los ojos, un huracán arrancó mis cimientos. Incrementó la presión sobre la muñeca, el latido de mi pulso se clavó en su carne—. Dime que no eres María Manzano. Dime que no eres mi María.

No contesté. Una lágrima lo hizo por mí.

22

Ese hombre extraño

«¡Dios mío! ¿Qué he hecho? ¡Me la he cargado, me la he cargado!», chillaba en un barullo de pensamientos cuando María se estampó contra el suelo. No supe reaccionar. No la recogí, ni le acerqué agua, azúcar o una jodida silla. No hice nada. ¡Nada! Solo quedarme con la boca abierta, sin respirar, negando con la cabeza mientras me clavaba el filo de la bandeja en las manos. «Es una ilusión, eso es, María no se ha desmayado en mitad de París». Recobré el sentido cuando un hombre, fuerte y de barba poco cuidada, la levantó del suelo con la ligereza de una flor. Tiré la bandeja, corrí a trompicones y grité su nombre. No fui capaz de tocarla, ni siquiera en el instante en el que ese hombre, que la observaba como si el resto no existiéramos, preguntó si era María Manzano. Claro que lo era, pero ¿cómo lo sabía él? ¿Había dicho que era su María?

La chica de pelo cobrizo y pecas apelotonadas en los mofletes, que nos sirvió la merienda que se zampaban las palomas, salió de la cafetería con una botella de agua. Ese hombre extraño le rozó la mejilla derecha a María y se la tendió. Solo despegó la vista para comunicarle al grupo variopinto, en un clarísimo español, que la clase se aplazaba. Yo no entendía nada, ni la clase, ni al hombre, ni a María. ¿Por qué no hablaba? ¿Por qué parecía que había visto un fantasma? ¿Por qué continuaban cogidos de la mano? La que se mareó entonces fui yo.

23

Una jugada del destino

El trago de agua me supo a hierro. El magnetismo de sus ojos me ancló a él. Muda. Incrédula. Demasiado frágil. Los recuerdos me encandilaban con fogonazos de un faro que creía apagado, como si el tiempo se balanceara en el segundo que eligió la poesía por encima de mí.

—¿Lo tienes todo listo? —Le di un beso fugaz. Cuando nos separamos se toqueteó la barba, soltó una bocanada de aire y dejó caer el peso contra la pared.

—No voy a ir.

—¿Qué estás diciendo? Está todo preparado: la casa, el vuelo, si hasta firmaste el contrato de trabajo. ¿Qué pasa? —Una bola pesada me oprimía los pulmones, la cabeza me daba vueltas.

—María, te quiero con toda mi alma y por eso mismo me voy a quedar aquí.

—Esto no puede ser verdad, ¿qué sentido tiene que me quieras y que no estés conmigo? —Me abrazó con fuerza, apoyó la cabeza sobre la mía, quise correr, recuperar la felicidad de hacía unos minutos.

—Te amo, María, te amo tanto que prefiero que vivas lejos de mí, pero recorriendo ese camino que ansías tanto. Llevo semanas con pesadillas, no me las puedo quitar de la cabeza. Si me voy a Tenerife no seré feliz, me ahogaré y no quiero que mi amargura, al comprobar que mi carrera como escritor no despega por sentirme enclaustrado en el mar, te arrastre conmigo; no me lo perdonaría.

El pinchazo del recuerdo me escoció al vaticinar que, después de todo, si estaba en París y leía su primer poemario a un grupo que lo colmaba de aplausos y esperaba con deseo el roce de los versos en sus labios, esos mismos versos que me había dedicado, esa primavera encendida que recorrimos por cada centímetro de piel. Si todo eso ocurría, significaba que había cumplido el sueño que tantas noches mencionó: volar lejos, recorrer mundo. Ser un grande, un literato al que le dedican plazas y leyendas. Un genio de la poesía que no necesitó retroceder y zambullirse en una isla para recuperar a su musa. Quién sabía, quizá atesoraba tantas que mi estela era tan lejana como la cresta de una primera ola.

¿Acaso no lo había perdonado después de media vida y por eso me arañaba las entrañas? Matilde me evitó contestar, se desvaneció sobre una de las mesas de madera y rompió así el hilo de recuerdos, pasión y lágrimas.

—¡Matilde! —Me desprendí de su lazo, hablé por fin—. ¡Matilde! Mírame, mírame. —Le mojé muñecas y cara, empapé mi vestido y su jersey.

—Estoy bien, estoy bien —respondió con la lengua pastosa—. Ya está, ya se me pasa. —Se recompuso en el banco, cerró los ojos unos segundos—. Me he asustado tanto al verte en el

suelo que me habrá bajado la tensión. Ya estoy bien, de verdad.

—Dale un trago suave al agua, voy a por un dulce.

—Déjame a mí. —Me impidió el paso y se coló en la cafetería. Me fijé en su cadencia ligera, en la espalda ancha y robusta, algo encorvada, en los remolinos de su media melena salvaje y gris. Me avergonzaba reconocerlo, los años le habían sentado asquerosamente bien.

—Aquí tienes, esto ayudará.

Regresó con un *pain au chocolat* y otra botella de agua. Mientras Matilde pellizcaba esa diminuta napolitana de chocolate, él y yo nos reconocíamos centímetro a centímetro. Incluso deseé una nueva caricia a pesar del dolor, comprobar que no se trataba de un terrible espejismo. Los segundos se dilataron ajenos a la vida que discurría por París. Estábamos solos. Él y yo.

Si quería descubrir en qué consistía aquella jugada del destino, no me quedaba más opción que aceptar ese reencuentro. Como dos desconocidos, como dos almas que se conocen demasiado bien.

—Hola, Pedro.

—Hola, María.

24

Oír, ver y callar

«¿Quién es este Pedro? ¿De qué se conocen? ¿Será un antiguo novio, un amante o solo un amigo? Mmm… si fuese un amigo se habrían abrazado y chillado de alegría, no estarían, como dos pistoleros, que miden quién se atreve a sacar antes el arma. En ninguna carta mencionó a Pedro, ¡ostras! ¿Será esa escasez de noticias que comentó esta mañana?», mi cabeza centrifugaba al ritmo que tragaba migas de bollo de chocolate. Quería saber quién era ese hombre greñudo con pintas de bohemio. Presentaba muy buena planta, pero si el muy desgraciado le había hecho daño a María se las vería conmigo, le clavaría las uñas en la cara si hacía falta. A mi familia nadie la tocaba.

Nadie.

Ni siquiera el aire.

Me comí, junto a las migas de chocolate, la prisa de que se aclarara ese asunto; al fin y al cabo, no era mi vida, tampoco estaba el ambiente para más desmayos. Una sala de urgencias no entraba en mis planes, así que me ceñí a la única opción disponible: oír, ver y callar hasta que no lo soporté más.

25

Otro trozo de papel

Era él. Era Pedro. Era mi primer amor.

—¿Cómo estás? —me atreví a verbalizar tras el breve saludo.

—Impactado, no me creo que estés aquí. —Se toqueteó la barba, como en tantas situaciones había imitado, cuando los nervios le arrinconaban—. ¿Y tú?

—Impresionada también. —Cogí aire sin apartar la vista del caramelo de sus ojos. No pensaba derretirme. No me rompería, no otra vez. Imposté la voz y estrujé el asa del bolso para que la turbación se traspasase al cuero—. Cuando aterricé esta mañana, lo último que imaginé es que nos tropezaríamos.

—Las casualidades son infinitas. —Transformó sus labios en otra sonrisa dulce que me erizó el vello de la nuca—. ¿Estás de paso, no vives en la ciudad?

—No, una visita de pocos días con mi cuñada, la mujer de mi hermano Paco. —Señalé a Matilde sin desprenderme de él.

—¿Escribieron por fin? —Redujo el espacio a cuatro adoquines. Escondió los brazos, ¿sabía que no recibiría el siguiente roce con la pasividad de minutos atrás?—. ¡Cuánto me alegro, María!

—Es una historia un poco más complicada que eso, pero, sí, nos reencontramos a finales de agosto. Y tú, ¿vives en París?

—También es una historia complicada. Hace algo más de cuarenta y tres años que llegué, aunque todavía me siento un extranjero. Una parte de mí se quedó en Madrid.

—Entiendo.

Callamos unos segundos, no mencionamos mi vahído. La duda, que me quemaba, se me había atravesado en la garganta. ¿Cuál era el siguiente paso: preguntar o dejar que el agua borrara esa tarde en París? Peregriné por su rostro como si mis dedos se guiasen a través de unas arrugas repletas de historias en las que perdí el papel protagonista. ¿Aún elevaría la ceja izquierda cuando bromeaba? ¿Detestaría el café frío? ¿Bebería cerveza del cuello de la botella o habría cambiado a una copa ancha? ¿Atraparía poemas en hojas descoloridas mientras mordía la cabeza del lápiz?

—Estás preciosa, siempre te sentó de maravilla el pelo suelto.

—Gracias. —Me acaricié uno de los mechones y lo coloqué detrás de la oreja. Suspiré con disimulo—. Bueno, será mejor que nos vayamos a descansar, ha sido un día muy largo. Me alegro de verte, cuídate mucho.

—Espera. —Me sujetó por la muñeca, mil abejas acribillaron ese círculo imperfecto sobre mi piel—. ¿Te apetece que nos veamos otro día? Un café, como viejos amigos. Me encantaría saber más de ti, cómo te ha ido…

—Yo…

Me revolví en busca de una excusa entre los adoquines de piedra. Partió un pedazo de la última hoja del poemario. Escribió con trazos rápidos.

—Este es mi número, piénsalo, por favor. Nada me haría más feliz.

¿Y a mí?, ¿me deleitaría con ese encuentro o me devolvería al infierno del que había escapado? Su mano tendida, la hoja revoloteaba en la punta de los dedos. Qué caprichosa era la vida, de nuevo, tinta y papel suponían la diferencia entre olvidar o lanzarse a un vacío en el que ignoraba si había red. No lo cogí, Matilde se lo arrancó y lo guardó en el bolso. París diría el resto.

26

Dolor compartido

Sé que debí controlar mi genio, sé que nadie me invitó a intervenir, pero lo hice y no me arrepiento. Le quité el trozo de papel con el número de teléfono, sujeté a María por el codo y la saqué de allí, tras dar las buenas tardes y las gracias por el bollo de chocolate y la botella de agua. Caminamos muy juntas y en dirección contraria a la de esa esquina, sin flechita ni rumbo, con la única idea de alejarnos cuanto antes de aquel hombre que la había dejado pálida.

—Matilde, yo… —dijo después de diez minutos a un paso tan ligero que los muslos me picaban y el corazón me sacudía las costillas.

—No tienes que darme explicaciones, es tu vida y yo no soy una vieja cotilla por mucho que me guste saber. —Paré en seco, la miré a los ojos—. ¿Tú estás bien? Es lo único que me preocupa. No te imaginas el miedo tan grande cuando te he visto... —Empecé a sollozar, se me trababa la lengua—. Pensaba que era mi culpa, que París me había nublado y te había mareado de aquí para allá con una birria de bocadillo y mucho café olé y…

—Matilde. No es tu culpa. —Cerró los ojos, un reguero de lágrimas se le escurrían por la cara. Arrugó los labios y apretó la nariz; soltó un finísimo susurro—. Es el pasado, el maldito pasado. —Negó con la cabeza, elevó los párpados—. Pedro es una historia compleja, pero también la más bonita, por eso me ha impresionado tanto… Nunca pensé que nos reencontraríamos, ni siquiera que todavía dolía.

—¿Cómo has sabido que era él?

—Por el poema, es el primer libro que le publicaron, me lo dedicó a mí.

La abracé, sus lágrimas y las mías se convirtieron en un mismo río. Quise que su dolor se transfiriese a mis huesos, aliviarla. Si alguien sangraba, que fuese yo. Me separé unos centímetros, tenía los ojos preciosos a pesar del sufrimiento que se leía en ellos. La sujeté con las palmas abiertas sobre su cara de muñeca y me vi en ella, en esa mujer a la que le rompieron el corazón, pero de otra manera. No necesitaba los detalles de su historia, era idéntica a la de cualquier persona a la que le han partido el alma al entregar lo más valioso: la confianza.

¿Qué hacía con el maldito papel? ¿Para qué leches me había metido en ese berenjenal? ¿Por qué no dejé que María decidiera?

27

Una botella de vino

Me derrumbé en los brazos de Matilde. Ese no era el viaje que planeamos. Una parte de mí gritaba pletórica, la otra suplicaba por el primer vuelo a Tenerife; enclaustrarme en el hotel, en esas paredes blancas en las que había levantado mi refugio. ¿Por qué dolía tras más de cuarenta años? ¿Para qué había servido ese tiempo?

—Venga, Matilde. —Me recompuse—. El viaje debe proseguir, Pedro no nos lo va a arruinar.

—¿Quieres hablar de ello? Lo que no se saca, se enquista y no estamos para que nos salga ningún bulto.

Suspiré. Sabía que, aunque no lo hubiera pedido, necesitaba una explicación más allá de intuir que Pedro me rompió el corazón. En ocasiones, las formas marcan el sufrimiento y no la pérdida en sí.

—Vamos a por ese queso y ese vino del que hablabas antes. Los fantasmas me han encontrado, ¿para qué ocultarlos más?

Entrelazamos nuestros brazos y deambulamos por ese barrio que, de pronto, se había llenado de gente y terrazas humeantes. Nos acomodamos en la más alejada del bullicio, mesas con cáñamo trenzado en dos colores, rojo y blanco, sujeto por un filo de metal dorado. Varios ficus de plástico separaban esa terraza de la del restaurante anexo. La noche cayó sobre nosotras sin avisar. Hileras de bombillas colgaban de toldos y fachadas, un toque de verbena en esa calle exclusiva a peatones. De entre la infinidad de acordes que se mezclaban, distinguí los latidos de una melodía que me descubrió un joven pianista, que se alojó en el hotel dos años atrás, y que se convirtió en una de mis favoritas: *Le rêve d'une note.* Focalicé mis sentidos en ella, me vacié.

—Nunca me interesé por ningún hombre mientras viví en el pueblo, ni con quince años. Escuchaba la voz ilusionada de Sonsoles, veía su rubor cuando se tropezaba con Jacinto en esos encuentros que le ayudaba a propiciar. Aunque percibía esa revolución, nadie me traspasaba. Mi cabeza se mantenía lejos de allí, ya entonces quería otro destino; todo se precipitó con la muerte de mis padres. No había cumplido los diecinueve. Las vecinas sentenciaron que iba tarde y la desgracia aparecía en el peor momento.

Bebí un trago de vino tinto, mordisqué un trozo de pan mojado en la sopa de cebolla que nos había aconsejado un camarero saltarín. Matilde sorbía sin interrumpirme.

—Cuando pisé Madrid sentí que me expandía. Esa ciudad me resultó inmensa, exuberante de posibilidades; en ninguna me planteé que hubiera un hombre de por medio. La primera casa en la que serví fue un horror, una señora a la que le sobraría el dinero, pero carecía de humanidad. Sobreviví con la idea de un trabajo mejor, con más dignidad y soltura económica. Un domingo, entre esos caminos terrosos del Retiro, conocí a Adelina. Ella me condujo a ese

trabajo y, también, a Pedro. Él me demostró que tanto Madrid como yo nos vestíamos con decenas de capas.

—¿Estuvisteis mucho tiempo juntos?

—Casi cuatro años. En apenas unos meses cambié de casa y me lancé al amor. Todo de golpe, todo al máximo brillo. Matilde, fui tan feliz con él, exploramos tanto juntos… Todavía arrastraba la pena de que mis hermanos no contestasen a mis cartas, pero abracé la ilusión de que si mi vida se encarrilaba hacia un futuro placentero era una señal obvia de que, antes o después, también me reuniría con ellos. La foto perfecta, sin cabos sueltos. Me partió en tantos pedazos que necesité años para intentar ser la misma. —Suspiré, otro trago. Rellené la copa por segunda vez. Bebí—. La familia a la que servíamos, se mudó a la isla. Se asociaron con el hermano de ella con el objetivo de engrandecer su hotel. Nos ofrecieron trabajo a todos: a Adelina y su marido, a Pedro y a mí. Cómo brindé esos días con mi asturiana del alma. Tendríamos una casa propia, más dinero en los bolsillos, amor en cada rincón de la piel. El día previo a la mudanza, Pedro me plantó. Me confesó que no podía, que no se perdonaría asentarse en un lugar tan aislado sin haberse convertido en un gran poeta.

—Yo lo mato. ¿Te abandonó por cuatro papeles de mierda? —Arrugó la servilleta y la lanzó contra la mesa.

—Lo debí sospechar. Nunca me escondió que la poesía era su mundo, aunque me hiciese hueco en él. Vivía obsesionado con la publicación de sus poemarios, con forjarse un nombre en la literatura, con viajes continuos por Europa. Una estela que nadie olvidase. Me ofreció marcharme con él, me negué al asiento de copiloto. Quería mi propio negocio, una familia con la mente abierta. —Me encogí de hombros—. Últimamente he pensado mucho en él, parece que mi intuición me avisaba de esta tarde. Me he preguntado demasiadas noches qué hubiera pasado si, en lugar de en Tenerife, hubiera permanecido en Madrid con él. Si alguna vez se planteó buscarme… No consigo digerir las dudas. El pellizco en el estómago cada vez que un huésped, con sus rasgos, traspasaba las puertas del hotel. Incluso me he cuestionado si me obcequé y no vi más posibilidades con las que seguir juntos, como un equipo, porque, hasta que estalló todo, fuimos uno increíble.

—¿Nunca te escribió? ¿Ni una llamada?

—No, solo vacío. Yo tampoco moví un dedo, quizá el orgullo nos arrebató una segunda oportunidad. Hemos cumplido otros sueños: yo, mi hotel, y Pedro, su gran carrera literaria. Si está aquí, es que lo ha conseguido.

—O no. Él ha mencionado que lleva cuarenta y pico años en París, nada de la poesía, y si dices que el libro es el que te dedicó…

—Sí, el único que publicó estando juntos.

—Pues eso, que si hubiera triunfado, ¿para qué leer el primero y no el último?, ¿y si solo publicó ese y nosotras le hemos puesto medallas que no le corresponden? Además, ese no te ha olvidado, te miraba con más hambre que yo al bollo de chocolate. Lo que importa es: ¿qué quieres tú?

—No lo sé, Matilde, no lo sé. Este viaje era entre nosotras, no esperaba que el pasado se inmiscuyese.

—Un café con él puede ser una de tus elecciones de la lista, no hay que cumplir todas juntas. —Tendió la mano y rozó la mía, que acariciaba el filo de la copa.

—Ya se verá… —La aparté, me coloqué la melena sobre el hombro, jugueteé con las puntas—. He bebido demasiado, la cabeza me va a explotar.

—Solo digo que, si hubiéramos pensado mucho si buscarte o no, quizá no te habríamos

encontrado. Y si la vida empuja, tendrá algo que contar.

—Entonces nos tropezaremos en otra esquina, Matilde. Ahora mismo no sé si quiero decidir.

28

Un nuevo día

Cuando sonó el despertador del móvil a las ocho, quise enterrarlo bajo la almohada. Había visto cada hora sin que el maldito sueño me visitase. En cuanto puse un pie fuera de la cama, reconocí que me habían crecido músculos que ni sabía que existían, ¡qué agujetas!, ¡qué tirones!, ¡qué dolor!

—Más vale que te coloques las gafas de sol en las fotos —me dije frente al espejo del baño.

Durante la cena, María me confesó quién era Pedro y cómo la vida que ideó juntos se esfumó de un portazo. Los recuerdos le abrían las carnes, pero también se le escaparon varias sonrisas mientras relataba, pegada a la copa de vino, que me hicieron pensar que quedaba mucha plancha. ¿No decía Ana que todo pasaba por algo? ¿Para qué aparecía Pedro? ¿Qué gritaba la vida que no entendíamos?

Me senté en la cama, me unté de Nivea las piernas y me subí a trompicones las medias de las varices. Sobre ellas, otro pantalón negro y un jersey salmón con el que procuré darme una chispa de color a la cara. No había remedio. Resoplé y evité otro repaso al espejo. Cogí el móvil y releí los mensajes del grupo de la familia. Solo les había escrito: «estamos muy bien, un día largo, París es una caja de sorpresas. Hablamos pronto». Tenía que darles más datos o sospecharían. Revisé la flechita que nos tocaba una vez terminásemos el *tour*.

Un impulso lo precipitó todo.

Cuando María llamó a mi puerta presentaba peores ojeras que yo, y eso ya era decir. Me coloqué el bolso y mi máscara de ironía favorita, nos urgía.

—Hoy nos apretamos un buen desayuno antes del *tour*. Los desmayos están eliminados de la lista. —Me atusé el pelo, sacudí los hombros—. Además, sería delito dormir en una calle repleta de panaderías y no catar una. Seguro que lo condenan con prisión. —María estiraba los labios sin abrirlos. Incrementé mis payasadas, quería animarla, así me bautizase como la tonta más grande de París—. Hombre, tú dime a mí, cuando pasemos por el control de seguridad y nos pregunten: vosotras dos, ¿cuántos cruasanes os habéis comido? ¿Y bollos de crema? ¿Y de canela?

—No te olvides de los *macarons*, habrá más sabores de los que probamos. —¡Bingo!, reaccionaba.

—¡Uy, sí! ¡Los macarrones esos! Cómo no me he acordado si son como mantecados rellenos, ¿se venderán en España? A ver si me vuelvo adicta y no nos queda más remedio que peregrinar cada año a París a por mi ración.

—Lo llaman turismo gastronómico.

—¿No me digas que eso existe? ¡La madre que me parió! Toda la vida tachándome de

tragona y zampabollos cuando resulta que es exótico. Alguno se lo ha inventado para comer sin remordimiento, que no estaremos para contar calorías, pero los pantalones no cierran.

Mi discurso fue tan absurdo que desistió y se rio con esas carcajadas que sonaban a gloria bendita. «Mira, Matilde, quizá no serás la más suave al decir las cosas, ni la mujer más cariñosa del mundo, pero tus payasadas ayudan a los demás. Igual es un don».

Desayunamos con calma, fantaseamos con la rutina de los que vivían tras esas fachadas que embelesaban a mi cuñada. Cuando no sobró ni una miga, nos levantamos con la cartera bastante más vacía, pero con el estómago aplaudiendo. Nos dirigimos a la fuente de Saint Michel. Según leí en los papeles de la reserva que había guardado Ana en la carpeta rosa, a trescientos metros de la fatídica esquina. Desde luego, no se equivocó cuando dijo que estaba cerca, por poco no empieza el *tour* en el mismísimo punto del conflicto.

—¡Qué cosa más bonita, por favor! —grité frente a la fuente.

—Una joya increíble con la que nos recibe el Barrio Latino —respondió un hombre de nuestra edad, con sombrero de fieltro marrón, gafas redondas negras, bigote puntiagudo y una pipa de la que no salía ni una pizca de humo—. Soy Ramón, el guía.

—Anda, ¿y cómo sabe que venimos al *tour*?

—Uno que, además de viejo, es adivino. No, es una broma. —Hizo una reverencia con el sombrero—. He visto el logo en los papeles que lleva en la mano. ¿Me dicen sus nombres para que compruebe la reserva?

—Por supuesto. Matilde y María.

—Estupendo, esperen por aquí unos minutos. Faltan algunos visitantes, han llegado pronto.

El solecillo de esa mañana era agradable, corría una ligera brisa que se humedecía con el agua de la fuente. Me sobrecogió un escalofrío que apagué con una sacudida de cabeza.

—Madre mía, criticamos que en España las pensiones son una basura, este pobre hombre no se habrá podido jubilar y, míralo, *zancarreando* todas las mañanas por París.

—Igual le apasiona. Yo debí hacerlo cuatro años atrás y no concibo soltar el hotel, perdería una parte de mi misma.

—No es lo mismo, el hotel también es tu casa y te acompañan Simón y Andresín. Vamos, que es tuyo, tuyo, no sé si me explico.

María asintió. Consulté el móvil, faltaban diez minutos. Envié un mensaje al grupo de Los Manzano en el que les confirmé que no nos habíamos perdido y que Nacho era el genio de los mapas y yo una alumna aplicada. Cuando guardé el teléfono en el bolso, lo vi. Por mucho azúcar que hubiera desayunado, creí que me desmayaba otra vez.

29

Un pequeño empujón

Las pesadillas de esa noche se enredaron con los recuerdos, las dudas. Una presión en el centro del pecho me impedía respirar con normalidad. ¿Quería verlo? ¿Sería capaz de preguntarle si alguna vez se planteó buscarme? Agradecí el esfuerzo de Matilde por convertir aquella mañana extraña en la que proyectamos mientras volábamos hacia la ciudad del amor. En ese momento me di cuenta de lo ridículo que era encontrarse al amor de tu vida en una capital que pregonaba esa emoción en cualquier calle. Con una ligera y afilada diferencia: no había espacio a la celebración, a susurros en la oreja, a besos robados bajo la mirada del Sena.

Deseaba que empezase el *tour* cuanto antes, que ese señor tan pintoresco llenara de palabras, datos y anécdotas unas horas que me resultaban terriblemente lentas. ¿Sería así el resto del viaje? ¿Y si la única vía de retomar nuestros propósitos con París era que me enfrentase a Pedro? Desarmar el muro, pulir las piedras y construir otro sin rastros de moho.

¿Y si…?

—Buenos días, María —escuché su voz a mi espalda. La falta de sueño me había enloquecido, aun así, me giré. Era él, no mi imaginación.

—¿Nos has perseguido?

—¿Qué? ¡No, no! He recibido tu mensaje esta mañana, mira. —Sacó el teléfono del bolsillo del vaquero negro, me mostró la pantalla—. Pensé que no llegaba a tiempo. Vivo en la otra punta de la ciudad y con tan poco margen… lo importante es que estoy aquí. —Percibí la fatiga en la pesadez de sus ojos, ¿tampoco había dormido? ¿Era la culpable de robarle el sueño o habría pasado la noche en una de esas veladas literarias que tanto le fascinaban?

—Yo no lo he enviado. —Revisé el número—. Ni siquiera es mi móvil, además, no cogí el papel… ¿Matilde? ¿Has sido tú?

Incrédula, me mordí el labio inferior por dentro. La alegría que había acariciado a través de sus ideas histriónicas se oscureció en menos de un suspiro. ¿Cómo se atrevió a decidir por mí? ¿Acaso necesitaba una niñera? ¿No podía esperar ni un día, siempre había que vivir a su ritmo? Un fuego viejo nació en mi bajo vientre y subió como una lava sedienta por erupcionar. Lo retuve a la altura del estómago, apreté las costillas y respiré con el control suficiente para que no se notase. ¿De qué me serviría un escándalo? ¿No lo empeoraría aún más? Empecé a maldecir ese viaje, el ímpetu de Matilde, su control enfermizo.

—Sé que no debí entrometerme, ni coger el papel, ni enviar el mensaje, pero qué tiene de malo un café, ¿verdad? —Pedro y yo la observábamos sin añadir una palabra. Ella se estrujaba las manos, un par de gotas de sudor le descendieron por la frente—. No nos quedan muchos días aquí y las cosas pasan por algo y…

—Lo hemos entendido —siseé—. ¿Quieres que nos tomemos ese café? Pues vamos.

¿Nos acompañas?

—No, no, yo me quedo en el *tour*. Ya he intervenido demasiado. Sin prisa, ¡eh! Tengo dos horas y media de diversión, ¡menuda fiesta! —Su intento de aligerar el ambiente, esa vez, me resultó patético—. Y si necesitáis más tiempo, fenomenal, que con la flechita me apaño. Si será por sitios que visitar en París.

—¿Preparadas? —Se acercó Ramón, el guía, con los brazos abiertos invitaba al resto a aproximarse hasta nosotras—. Esta mañana descubriremos la calle más estrecha de París, algunas de las iglesias más emblemáticas de este barrio, rodearemos la imponente Sorbona y el Panteón, y terminaremos con un broche de lo más floral. ¡Ah, cómo no! Revelaré los secretos más jugosos de esta ciudad.

—Borra a María de la lista —dijo Matilde—, al final solo voy yo.

—¿No le apetece a su amigo? —Señaló a Pedro.

—Tienen otros secretos que descubrir. —Se tapó la boca con la última frase, yo negué con la cabeza, ¿para qué le había contado mi historia con el poeta?

Me despedí con la seca promesa de llamarla tras el café. Caminé por detrás de Pedro hasta el siguiente cruce. Aguardamos a que ese hombrecillo verde nos cediera el paso. Evité observarlo, quería apagar los rescoldos de aquella traición, apelar a mi naturaleza sosegada y apurar esa taza cuanto antes.

—Siento mucho el malentendido, si no te apetece, me desvío a la derecha y tú a la izquierda. Prometo borrar el teléfono, como si no nos hubiéramos encontrado.

—Da igual, no quiero inventarme una historia a la vuelta, estoy cansada y nunca me gustaron las mentiras.

—Lo sé.

Anduvimos dos minutos más en silencio. Pedro se detuvo en la primera cafetería abierta. La terraza, con decenas de mesas blancas rodeadas de sillas verde pino, se ocultaba entre maceteros atiborrados de monsteras y helechos. Extendió la mano y me invitó a pasar a ese jardín improvisado. Tres mesas más estaban ocupadas. Nos sentamos en la más alejada de ellas, pedimos dos cafés cargados y una jarra de agua. A pesar de la luz limpia y cegadora, ninguno nos cubrimos con gafas de sol. Frente a frente, sin parapetos, sin intermediarios.

Los pies me hormigueaban, los crucé y los descrucé. El ardor de mis mejillas provocó que me deshiciese de la cazadora roja y la doblara sobre el respaldo. Pasé las manos húmedas por mis vaqueros claros, me remangué la camisa blanca. Fui incapaz de quedarme quieta hasta que me sirvieron el café y me anclé a la loza. Pedro también parecía nervioso. Vestía de negro salvo por la chaqueta cámel desgastada, me recordó a la de Madrid. ¿Sería la misma? Se peinó varias veces con la mano que después dirigió a uno de los bolsillos interiores de la chaqueta. Me percaté de la caricia a la cabeza de un lápiz mordido, de cómo retuvo la tentación de sacarlo.

—No sé ni por dónde empezar —dijo cuando el camarero se alejó—. Creí que nunca te volvería a ver.

—Es como si le ocurriera a otro y no a ti. Créeme, conozco la sensación.

Todavía estaba molesta, un animal herido, acorralado, expectante de la siguiente puñalada. ¿Por qué me había hecho eso Matilde? Nos creí amigas. Entendía que a las personas que queríamos se les alentaba, e incluso se les daba un pequeño empujón, pero aquella escena no era un simple toque de gracia, sino una emboscada.

Sorbí el café, me pelé la lengua. «¡Joder! No voy a aprender nunca». Esa quemazón me trasladó a otro café muy lejano, al primero en el que me hirvieron los labios.

—¿Qué pone?

—¿En dónde? —Se giró como si no supiera a qué me refería.

—En la nota. Eres poeta, ¿no? ¿Qué has escrito?

—Un retazo de inspiración. —Sus ojos melosos reían—. No me gusta compartir mi trabajo hasta que no está depurado.

—¿La inspiración no pierde su esencia al corregirla?

—Todo lo contrario. Es como una de esas piedras preciosas que se encuentran ocultas bajo la tierra, un fogonazo te lleva a excavar hasta ellas. Puedes quedarte con las piedras menos valiosas de alrededor, sin embargo, quitando un par de capas más se encuentra la verdadera belleza.

La imagen de esa joven tímida, temerosa de que la tratasen de tonta, me provocó una carcajada hueca que me devolvió a París.

—¿Todo bien?

—Sí, sí, me he quemado con el café. —Removí con la cucharilla—. Me ha traído algunos recuerdos y la certeza de que es mejor que lo pida con leche fría.

—Entonces perderá la magia de la espera. Podrías bebértelo de un trago, un chupito, y a correr.

«¿No quieres que corra igual que hiciste tú?».

Elevó la comisura de los labios al mismo tiempo que ladeaba la cara como si buscase un enfoque distinto. Un remolino en el estómago me avisó, ejercía una atracción que pensé olvidada, que debía controlar. «Tienes dos opciones: sacar a relucir cómo su abandono te devoró, discutir y volver a Garachico otra vez rota o, por el contrario, fingir. Comportarte como si fuese un amigo. Nada más. ¿Qué eliges, María? ¿Quieres volver a ser esa chica cargada de miedos o la mujer madura en la que, se supone, te has convertido?».

—¿Cómo está Adelina? Pensé que te acompañaba, pero deduje que si no me propinó una colleja al verme, no podía ser ella. Con el nombre de Matilde, me lo confirmaste.

—Murió hace diez años. —Se me cortó la voz. La pregunta me pilló desprevenida.

—No puede ser. —Cerró los ojos unos instantes, se apretó el puente de la nariz—. ¿Y Andresín?

—Está bien. Tuvieron un hijo, Simón, un chico guapísimo con la vitalidad y alegría de la asturiana. Los dos viven y trabajan conmigo, en mi hotel. Se mudaron cuando Adelina estaba muy enferma. Cuatro meses después, falleció.

—Lo siento, muchísimo... Me cuesta creerlo.

—¿Qué la vida es muy injusta? Lo es. —Suspiré, desvié la mirada a la taza. Él carraspeó y cambió de tema.

—¿Tienes un hotel? ¿Allí en Tenerife? —Un gesto de incredulidad le barrió el rostro. Fue minúsculo, pero lo atrapé. ¿Acaso no me creía capaz?

—Sí, en un pueblecito precioso de la costa.

—Lo lograste. Conseguiste tu propio negocio. No he conocido a nadie que se mereciera triunfar en la vida más que tú.

—Ha sido un camino duro, pero ha valido la pena. —Le miré a los ojos, cerré escápulas y saqué pecho—. ¿Qué tal te va? ¿Has publicado más libros? Me sorprendió que leyeras el primero. Por eso te reconocí.

—Sí, ha habido más. Ninguno como ese. Doy talleres de poesía en español y francés, ayer hablábamos de los orígenes. Quién me iba a decir que la semilla del libro aparecería en ese segundo.

Dibujé una media sonrisa a caballo entre el recelo, el asco y la ternura. ¿Cuál era el

origen de mi historia más allá de Pedro? ¿En qué momento fui yo misma, sin fusionarme con el aliento de nadie? Pura.

Y no, no me refería al despertar de mi cuerpo, al roce de su piel o al crepitar de mi sexo, sino a mi yo más etéreo. Tragué saliva, desconocía la respuesta. Decidí marcharme de La Alpujarra porque no quise ser solo hermana, esposa y madre de la forma en la que se decretaba. Me obcequé con un negocio propio en el que fuese dueña de mi esfuerzo y así evitar que otros dirigieran mis tiempos. Me cerré al amor, a explorar después de que mi corazón se partiera dos veces. ¿No era cada paso de mi vida una reacción al movimiento ajeno? ¿Qué había de verdad en ella?

El silencio se estableció entre nosotros con una melodía de violín. Rellené el vaso de agua, lo bebí de un trago a pesar de su sabor a tubería. Pedro retomó la conversación.

—Háblame de tu hotel, ¿cómo lo fundaste?

Lo contemplé, dejé en un limbo azul el reguero de preguntas. ¿Por qué había envejecido tan bien? Hubiera agradecido que estuviera calvo, barrigón y con siete verrugas en la nariz, pero no, Pedro dictaba sus propias normas, incluso contra la edad.

Acepté su propuesta y volé a mi hotel, al origen e impulso para salir de la cama cada día. A veces una tierra neutral, sin recuerdos compartidos, es la única arena alejada del pantano. De los remolinos que pueden absorberte antes de que suene el siguiente disparo.

30

Arrepentimiento

«¿Qué lío he armado, Señor? No hay que ser adivina, su cara estreñida no era precisamente de felicidad. Me he cubierto de gloria. ¿Por qué no escucho a mis hijas y me quedo quieta, sin intentar arreglarle la vida a nadie? ¿Ella me lo ha pedido? No, pero claro, aquí Matilde, que como no es capaz de solucionar sus problemas, se mete en los de los demás, a ver si así los suyos se pierden. Por favor, Señor, que yo lo he hecho con toda mi buena fe. Si mira con los ojos que se ha levantado, pues mejor será enfrentarse a él, ventilar los trapos, darles una vuelta y a seguir, ¿no? Que lo que se pudre, por mucho que lo escondamos, no deja de oler y, madre mía, esa chiquilla entre lo que dice que no mencionó en las cartas y lo que habrá vivido ella sola en la isla, tendrá suficiente en el armario. Tampoco es tan grave. Seguro que se le olvida, si yo no necesito que me lo agradezca, con que no me retire la palabra me sobra. A Paco ni mencionárselo, aquí no ha pasado nada».

La cabeza me hervía. La boca pastosa me rogaba por una copita de anís, ¿de dónde la sacaba en mitad del *tour*? Esa era otra, apenas habíamos andado unos metros en quince minutos porque unos chicos aparecieron con la lengua fuera y pidieron que esperáramos a un par más que no corrían tanto. ¿O ya nos habíamos movido y yo no me había enterado? Pensaba que cuando pisáramos París me relajaría, todo lo contrario, una papeleta más y al manicomio.

—Hemos tardado un poquito más de lo previsto, pero ya estamos en la rue du Chat Qui Pêche, o lo que es lo mismo, la calle del gato que pesca y la más estrecha de París. Su nombre ha cambiado varias veces a lo largo de la historia y, aunque es otro el motivo por el cual se bautizó así, nos quedaremos con la leyenda, ¿os parece? Las leyendas albergan más magia y son más divertidas que las verdaderas razones.

Me centré en el discurso de Ramón y no en el taladro que me destrozaba la cabeza. Nos pegamos a una de las paredes en fila india para que el resto de los turistas cruzaran sin formar un tapón. La calle en sí no ofrecía nada más que un ligero olor a basura, muros helados de piedra vista y una estrechez claustrofóbica. La típica calle de película en la que de madrugada uno intenta huir y dos le bloquean la salida, pero en la que siempre surge una puerta o una ventana por la que escapar. Rogué en silencio escapar también ilesa del papelón en el que me había metido.

—Se cuenta que en esta calle vivía un canónigo junto a un gato negro con una habilidad inaudita: pescar los peces del Sena de un zarpazo. También se decía que ese hombre practicaba la alquimia; muchos iban más allá y aseguraban que el gato y su dueño eran el mismo ser marcado por el diablo. Unos estudiantes mataron al gato y lo arrojaron al Sena. Tras la muerte del animal, el alquimista también desapareció y se confirmaron las sospechas de brujería. Un día, ¡boom! —Aplaudió con un golpe seco, varias palomas volaron asustadas. Uno de esos chicos tardones, que

bebía café en un vaso de cartón, se atragantó y se manchó las gafas de espuma y mocos. Ramón estaba tan ensimismado con la leyenda que ni se percató de que, además del gato, quizá se le moría un turista—. Aparecieron los dos y el gato siguió pescando en el río. Esta calle no solo ha inspirado leyendas, también libros como el de Jolán Földes…

Nos invitó a retomar el paso mientras hablaba, lo dejé de escuchar en cuanto vi que nos acercábamos a la maldita esquina en la que se torció nuestro viaje.

«Primero los cuervos negros, ahora el gato negro. ¡Me cago en el negro! Al final me cambio hasta los pantalones con tal de no ver este dichoso color que no trae nada bueno, ¡nada bueno! O complejos o maldiciones, el que se haya inventado la tontuna de que el negro adelgaza y es elegante no vino a París, porque, madrecita mía, nos falta una culebra —esta vez bien viva y negra como el carbón— para que el infierno se abra a nuestros pies».

31

El mar lo sabe todo

Mi mente se alejó de París y me sumergí en la bravura de las olas que lamen las rocas de Garachico. Me visualicé allí, sentada frente al infinito índigo, con toques cremosos, y, por unos segundos que simbolizaron años, me olvidé de que Pedro esperaba una respuesta.

—Clementina, he limpiado las habitaciones y revisado las reservas. También he preparado varias jarras de limonada con hierbabuena y ya he metido en el horno las costillas y las mazorcas de maíz. En cuanto riegue las macetas, cuelgo las guirnaldas y las flores.

Me senté unos segundos junto a ella en una de las mecedoras del patio. Sus ojos amarronados me resultaron más claros desde que me había instalado, casi un año antes.

—Ay, mi niña, esta pensión se ha llenado de vida. Sin su presencia sería tan diferente…

Su tez arrugada se estiró en una sonrisa abierta. Desprendía tanta ternura y cariño que quería abrazarla a todas horas. Rendirme en su regazo y que esa energía amarilla, que irradiaba, envolviera cada resquicio de mi cuerpo.

—Seguro que hubiera encontrado a alguien, en este pueblo no faltan las buenas personas. Me han acogido con tanto cariño que parece que he nacido aquí. Va a ser un San Juan único. Estoy convencida de que a los huéspedes les encantará la fiesta en el patio antes de las hogueras. ¿Ya sabe qué quemará esta noche?

—Estoy en paz, no hay nada malo de lo que desprenderme. Prefiero llamar a la buena suerte. Pedir que no se vaya mi niña de Garachico. —Me golpeó con cariño sobre el dorso de la mano—. Acuérdese de dormir con las tres papas.

—Sí, sí, no se me olvida. Sin piel, marcada y entera. Y mañana, cuando me despierte, saco una de debajo de la almohada y compruebo qué me depara el futuro. —Me encogí de hombros.

—Será bueno. No puede ser de otra forma, hija. La tierra es sabia, nos ofrece la carga que podemos soportar. Confíe, confíe mucho y escuche al mar, él siempre le dará la respuesta.

La humedad de las plantas, el aroma a limón y la melodía del piano, que había comprado hacía dos meses en una tienda de segunda mano y que se había convertido en el epicentro de la pensión, nos condujo a una velada mágica. Un arrebato me aflojó el puño y parte de los ahorros, pero mientras deslizaba los dedos sobre la madera caoba de ese piano, una imagen se abrió paso: pequeños conciertos en el patio, fiestas improvisadas con las que atraer a otros clientes más allá de los que ya se hospedaban allí. Además de que las ganancias crecieran, también lo hiciese el ruido, el baile y la vida. Como esa idea de una cena antes de las hogueras, un detalle más de los que atraían la fortuna. Madrid y El Médano me enseñaron que la suerte se trabajaba y yo quería cultivar hasta la última lágrima de tierra en Garachico.

La fiesta comenzó a las siete de la tarde. Los veintitrés huéspedes, que colmaban la

pensión, aparecieron puntuales en el patio al olor de la carne asada. Vestidos de blanco, con sonrisas amplias y caderas sueltas. Una pianista italiana y la voz profunda de su marido nos atraparon hasta que el contorno de nuestros rostros palideció con la luz brillante de la luna llena. La señal que nos trasladó a la playa del Muelle Viejo. Allí cada uno desplegó sus deseos frente a una hoguera enorme situada en el centro de esa playa con silueta de herradura y arena gris. Clementina y yo nos acomodamos con el matrimonio italiano y las vecinas que vivían cerca de la pensión. Salté siete veces sobre unas brasas, quemamos el dolor y nos fundimos con las tímidas olas de esa noche.

Una noche en la que me centré en las carcajadas, en la textura áspera de la arena en la planta de los pies, en el sabor salado del vino. Una noche en la que olvidé mi pasado, presente y futuro. Una noche en la que rogué amar mi piel.

A la mañana siguiente, cumplí con el ritual que arrancó al introducirme en unas sábanas con olor a menta. Metí la mano bajo la almohada y saqué la primera papa que rozaron mis dedos: la marcada.

Mi vida combinaría momentos buenos con otros malos. Suspiré, ¿qué más tenía que pasar para que los días se equilibrasen? Aunque había confiado, como me pidió mi hermosa Clementina, y esperé sacar la papa entera, símbolo de buena suerte, me dije que podría ser peor: la papa sin piel, el claro reflejo de que estaba señalada por los malos augurios.

Despejé la cabeza y me aferré a la fuerza que me impulsó hasta ese momento. Había superado que me rompieran el corazón dos veces, que mis hermanos no contestaran a ninguna de mis cartas, que mi trabajo se convirtiera en un lugar agradable en el que crecer sin espinas. También podría sobreponerme a lo que me deparase, incluso a la pérdida de mi mejor amiga casi veintisiete años después. Poner un pie detrás de otro, abrir los ojos y coger aliento no implicaba olvidar. Jamás se olvida, se camina con más o menos carga. Con más o menos esperanza. Con los muertos y los vivos a los que dijimos adiós.

Ese fue mi primer San Juan en el que sería mi hotel. Desde entonces, todos habían destilado la misma sensación al despertar: la papa marcada.

El tamborileo de Pedro sobre la mesa me devolvió a París. Bebí un minúsculo sorbo de café, la sonrisa se pintó sola.

—¿Cómo se describe un hogar? Mi hotel es mucho más que eso. Es refugio, confidente, fortaleza. Llegué a él por casualidad…

Fingí que el poeta era un viejo amigo, uno cualquiera, pero los amigos no necesitan saberlo todo y a él no le interesaba que me mudé del sur al norte de la isla ni por qué. Tampoco preguntó la razón por la cual mi asturiana y su familia no se trasladaron antes conmigo, ni siquiera si el hotel se encontraba en El Médano, así que yo me limité a contar lo justo, lo más bello. Reconozco que no sé si solo narré esa versión, como hacía en las cartas a mis hermanos, porque una vez en Garachico la luz de mi vida se tornó más cálida o porque quise mostrarle lo que se perdió al no elegirme.

—Comencé echándole una mano a la dueña, conforme pasó el tiempo, ella me cedió cada vez más decisiones hasta que un día fue mío. He transformado esas paredes blancas en un espacio mucho más grande que un hotel donde coger fuerzas y recorrer la isla. Es un edén en el que turistas y vecinos se deleitan en el patio con conciertos de piano, con café recién molido, con bizcochos de limón. —Cerré los ojos y ese perfume ácido me cosquilleó. El orgullo me ensanchó los pulmones.

—Recuerdo bien esos bizcochos. —Se acarició la barba y pidió una segunda ronda de cafés mientras yo permanecía extasiada por el mayor logro de mi vida—. Seguro que la

inspiración brota a cada instante. Con tanta belleza es imposible que no se ilumine. —Me miró fijamente, humedeció los labios y se recostó sobre el respaldo sin dejar de acariciar la taza vacía.

—Supongo que sí, he tenido la suerte de que, además de visitantes de medio mundo, músicos, pintores y otros artistas se hayan alojado en él. Siempre se aprende de la mirada ajena.

—¿Y qué te enseñaron?

—Que no veamos una realidad no significa que no exista, hay mucho más ahí fuera de lo que la mente nos muestra. Nos construimos a base de las personas que nos tocan, incluso sin rozarnos. La certeza de que hay tantas formas de vivir como individuos que respiran —respondí del tirón, un rezo—. Y tú, ¿qué has aprendido en París? ¿Se ha cumplido el sueño de viajar por el mundo?

—Sí y no. —Se revolvió en la silla, le dio un trago largo al segundo café que nos acababan de servir—. Cuando pisé esta ciudad, divisé un trampolín hacia el resto de Europa. La verdad es que no me he movido demasiado. Supongo que mi vena más aventurera se conformó con estas calles adoquinadas. Me hubiera gustado que fuese más fácil.

—¿El qué?

—La vida, las decisiones, los sentimientos. Los primeros años fueron una penitencia. Tenía dos empleos, friegaplatos y portero de un edificio, apenas me quedaba tiempo para la poesía, aún menos para relacionarme con el mundo literario. Hubo meses que me costó sobrevivir. Gran parte de mi sueldo lo invertí en tinta y papel, en sellos con los que enviaba los manuscritos. —Se retiró el pelo de la frente. Apenas me había mirado durante su relato, como si aquella confesión no fuese para mí, sino para la propia ciudad. Una rendición en voz alta. Se mordió el labio antes de proseguir—. Transcurrieron varios años de sequía hasta la siguiente publicación. Aprendí rápido el idioma, me ayudó a adaptarme: cambiar de trabajos, incluso estudiar. Después de quince años, comencé a dar talleres de poesía y algunas clases particulares de español. En esa época solo había publicado tres poemarios más. En total, siete; insuficiente para subsistir, razonable para mi orgullo.

Me sorprendió su aparente sinceridad, que no engrandeciese el camino. Lo analicé curiosa, quería que sus ojos me desvelasen si sus palabras escondían algún fragmento más. Una sensación de victoria me arrulló el pecho, abandonarme no le brindó la gloria literaria. No permití que se presentase la culpa que en otra situación me hubiera roído tras la alegría por una insatisfacción ajena. Ese regocijo no eliminaba mi sufrimiento, pero era humana, y después de cómo Pedro me desquebrajó, resultaba más que razonable mi entusiasmo.

—¿El precio mereció la pena?

—Todavía no lo sé, quizá cuando afronte el final consiga un auténtico balance. Ahora por mucho que lo intente, la melancolía de lo que pudo ser me nubla. Supongo que me hago viejo, aunque no me guste la idea.

«¿Y qué pudo ser, Pedro? ¿Qué hubiéramos construido juntos en la isla? Quizá hubieras publicado más, quizá el éxito se hubiera teñido de un tono más suave; ya lo dijo Clementina, solo hay que escuchar al mar para encontrar las respuestas, incluso la inspiración».

32

Vidas paralelas

Cuando Ramón se detuvo frente a la librería que lo complicó todo, el corazón me palpitaba a tal velocidad que temí besar el suelo sin brazos que me sujetasen. Miré el móvil, cuarenta minutos, ni rastro de mi cuñada. ¿Se estarían tirando de los pelos o, al revés, la llama del primer amor se habría prendido hasta incendiarlos? Rogué que, si no era la segunda opción, al menos, fuese un punto intermedio.

—¿Alguien conoce la historia de esta librería?

«Ramón, si yo te contase lo que pasó ayer en esa misma esquina, tendrías palique para siete *tours*».

—¿Nadie? —Nos vigiló con la pipa en la mano. Se subió las gafas—. Menos mal, porque entonces os ahorraríais el paseo y yo perdería el trabajo. —Se le escaparon un par de risotadas como los zapatazos de un elefante—. Se fundó el 19 de noviembre de 1919 y, además de ser una librería especializada en literatura anglosajona, también permitió que cientos de viajeros pernoctasen en su primera planta a cambio de trabajar unas horas en ella. Esta práctica se mantiene, aunque no en el mismo piso. Si alguno desea extender su visita en París, ya sabe una forma barata de hospedarse.

«¿Por eso nos encontramos a Pedro en la esquina? Quizá siente un cariño especial porque fue su primera casa. ¿Tendría contactos o se vino como la mayoría de los inmigrantes, con una mano delante y otra detrás?». Volví a perderme el resto de la explicación, algo de una tal Silvia y un Ulises, no me enteré si fueron amantes, vecinos o qué… Preferí rodar una película sobre la vida del poeta parisino y, siendo sincera, me esmeré con una docena de tragedias para que cada día se arrepintiese de no marcharse con María a Tenerife.

Lo imaginé en el cuchitril más feo y sucio de París o viendo cómo ardía la única tirada de sus poemas y sin una copia con la que reproducirlos de nuevo. También lo situé en pleno invierno siberiano. Los coches, con un buen acelerón, le salpicaban el agua de los charcos y lo empapaban al borde de una triple pulmonía. Podría conservar un chasis magnífico y parecer el protagonista de una telenovela, pero el corazón o se riega o colapsa y me daba en la nariz que a Pedrito apenas le latía.

—Matilde, ¿verdad? —De repente, enfoqué a Ramón con una sonrisa que le llegaba a las orejas, ni rastro del grupo—. ¿Le gusta la visita?

—¿Dónde ha ido todo el mundo? —Abrí los ojos, apreté el asa del bolso, me clavé la correa en la palma.

—Ay, ya veo, la plaza del Panteón la ha hipnotizado, no me extraña…

—¿Cómo que la plaza? —Le interrumpí—. ¿No estábamos en la librería? ¿Cuándo nos hemos movido?

—Hace media hora. ¿No se acuerda? Hemos pasado por la iglesia de Saint Julien le Pauvre y la de Saint-Séverin, además de La Sorbona. Y ahora, antes de explicar la importancia de este enclave, he propuesto un descanso de unos diez minutos para que los chicos se tomen otro café, lo necesitan con urgencia.

—¿La Sorbona? ¿Eso qué es, una muchacha que sorbe mucho?

—¡Me encanta su sentido del humor! —Se afiló el bigote—. No, no, como he comentado antes, La Sorbona es una de las universidades más antiguas y prestigiosas del mundo. ¡Qué recuerdos! Fui profesor de historia en ella.

—¿Y ahora trabaja dando *tours*? Para tener tanto prestigio no le han debido pagar muy bien.

—El conocimiento nunca cobra lo suficiente, pero no, el dinero no me ha convertido en guía.

Arrugué el entrecejo, intenté averiguar quién se ocultaba tras la careta de viejito simpático con bigote de punta, sombrero de fieltro marrón y pipa de la paz. Si hasta vestía con pantalón de pinzas, camisa blanca y chaleco de pata de gallo verde. ¡Chaleco de traje! ¿Quién se coloca un chaleco si no va a pedir una hipoteca o es el padrino de una boda?

—¿Entonces?

—Mi nieto. Guárdeme el secreto. —Bajó la voz y se acercó un par de pasos—. El muchacho ha elegido su Erasmus en París aprovechando que vivo aquí. Ya sabe, se ahorra el alquiler. Su madre insistió en que buscara un trabajo que le costease los caprichos en esta gran ciudad y, le aseguro, no son pocos. Como puede comprobar con los más jóvenes del grupo, por mucho que Hemingway proclamase que París era una fiesta, nunca concretó que fuese sencillo combinar las celebraciones con los estudios, aún menos con el trabajo. —Chupó la pipa, no salió ni una pizca de humo—. Perdone, me enredo y dirá que para qué le hablo de mi vida.

—Cuenta, cuenta, soy buena oyente, eso sí, no me llames de usted, que tendremos la misma edad. —Me atusé el pelo y estiré la espalda.

—La costumbre. —Se llevó la mano derecha al pecho e inclinó suavemente la cabeza.

—¿Qué me decías de tu nieto?

—Ah, sí. El muchacho consiguió este empleo, pero creo que ha fichado tres veces. La primera mañana que le cubrí la resaca me recordó a mis clases. ¡Cómo las echaba de menos! El contacto con los alumnos, las conversaciones profundas, esa vidilla más allá de mi biblioteca. —Suspiró como si con un pestañeo atravesara esos años—. Desde entonces, mi hija piensa que Miguel trabaja por las mañanas como guía y por las tardes acude a la universidad, mientras que su padre es un mero jubilado que vigila que el muchacho no se descontrole.

—¡Menudo plan! Tranquilo, no le voy a contar el secreto a nadie, si soy de lo más discreta.

—Se lo agradezco, perdón, te lo agradezco. No me gustaría tener problemas con la compañía, aunque supongo que lo saben y miran para otro lado como ocurre con tantos asuntos en este país. —Descafeinó la sonrisa. Consultó su reloj de muñeca y carraspeó—. Bueno, ¿qué te ha traído a París?

—Conocer mundo. No he salido de España en setenta y cinco años, alguna vez debía ser la primera, y he visto tantas películas sobre esta ciudad que me prometí una visita antes de que estirase la pata. —Cerré el puño, me golpeé la sien tres veces.

—París tiene muchísimo que ofrecer, una pena que se ha masificado y, en gran parte, ha perdido su esencia, sobre todo, en el centro, pero si uno observa más allá de lo evidente y pasea sin rumbo por sus calles, descubrirá auténticas joyas.

—¡Es uno de los puntos de mi lista! —chillé.

—¡Maravilloso! ¿Y qué otras propuestas has anotado en esa lista? Quizá pueda recomendarte alguna más.

—Llegamos ayer y ya hemos cumplido con tres: Notre Dame, un pícnic en un parque y la Mona Lisa. Para hoy planeamos este *tour*, un paseo con cena en un barco y alguna experiencia más, depende de mi cuñada.

—¿María?

—¿Se acuerda del nombre? ¡Qué barbaridad de memoria! Y yo que para aprenderme cómo se llama la pobre chica del cuadro he tenido que enfrentarme a su sonrisa.

—¿Se imagina a un profesor de historia con mala memoria? —No pude responder, el grupo se había reunido de nuevo—. Sigamos con la visita. Estamos ante uno de los diamantes de la ciudad. Esta plaza acoge varios de los edificios más influyentes: el ayuntamiento del V Distrito, la iglesia Saint Étienne du Mont, la biblioteca de Santa Genoveva, parte de la Universidad de París y, por supuesto, el Panteón. Para mí, es un ejemplo de cómo debemos abrirnos al cambio y permitir que la vida nos transforme.

Se detuvo unos segundos, extendió los brazos en cruz y echó la cabeza hacia atrás, como si un rayo lo atravesara por la mitad. «Este hombre, en vez de profesor de historia, bien podría haber sido de teatro».

—El Panteón se ideó como la iglesia que custodiaría el relicario de Santa Genoveva. Finalmente, se erigió como un espacio en el que honrar a las personalidades que han influido en la historia de esta ciudad: Víctor Hugo, Voltaire, Marie Curie... ¿Alguno se ha planteado el poder que ejerce una persona sobre un lugar? ¿Y en los demás? Quizá no descansaremos en un monumento tan bello, pero, desde luego, nuestros actos imprimen una huella. —Se quitó el sombrero y nos indicó el camino con él—. Nos queda el broche final: los jardines de Luxemburgo y algunos secretos.

¿Qué huella quería dejar yo? ¿Cómo me recordarían? Una idea absurda me inundó la mente. Si mi paso por esta vida se asemejase a un edificio, deseaba que fuese como Notre Dame. Robusto e imponente, con los cimientos firmes, incluso tras las llamas. Un estandarte con el que inspirar a mis hijas. Un edificio del que nadie se olvidaría. Me aterraba la muerte, pero lo que más miedo me daba no era el dolor, sino que no se acordasen de mí. Ser una foto vieja en la repisa encima de la televisión a la que mis hijas odiasen mirar.

Me retrasé unos metros, imité su gesto y supliqué en silencio que ese viaje me cambiase igual que al Panteón. Que dejase de equivocarme con mi familia. Que me arrancase la culpa. Un pálpito me lo gritó con la claridad del agua del río Guadalfeo: para empezar, debía pedir perdón, en especial, a María.

33

El zumbido de las abejas

Apuré el segundo café que pidió Pedro con la idea de despedirme de él cuanto antes y retomar el viaje donde lo había pausado. Me pesaban los ojos y los hombros. Aunque el recuerdo de mi primer San Juan en el hotel me infundió una alegría dulce, el regusto de esa mañana se asemejaba más a una galleta rancia. Un bocado de sorpresa amarga, un segundo trozo de asco, un último de satisfacción a medias. Había danzado con un espectro de emociones tan dispar que desintonicé el oído de mi brújula interna. ¿Hacia qué coordenadas me dirigía?

—Tengo que irme. —Consulté el móvil. Era casi la una. Habíamos invertido algo menos de tres horas en desgranar el pasado sin acercarnos en exceso a esa orilla pantanosa: nuestra historia juntos—. El *tour* habrá terminado ya. Tengo que llamar a Matilde.

—¿Te puedo acompañar a buscarla? ¿Rascar unos minutos? Este café me ha sabido a poco.

—Han sido dos.

—Insuficientes.

Nos adentramos en el cuerpo del otro a través de una mirada líquida. Percibí un ligero temblor en sus labios anchos hasta que los estiró en esa sonrisa dulce que suavizaba su imagen de hombre rocoso. Su pecho se elevaba en una respiración demasiado lenta para ser real. Una ráfaga de aire me envolvió en una mezcla de aromas que reconocería en cualquier rincón: papel viejo, hierba mojada y café. De pronto, el móvil, que aún permanecía en mi mano, vibró dos veces y quebró esa burbuja violeta.

—Es mi cuñada.

—¿Y bien?

Matilde 12:47

Hola. Espero que el café vaya fenomenal. Yo no quiero molestarte, ya mismo es la hora del almuerzo, comeré por aquí con Ramón. Nos hemos hecho amigos. No tengas prisa.

Siento mucho haberme entrometido, solo quería ayudar.

—Parece que tiene otro plan.

—Ya que te has quedado sin ese paseo, ¿me permites que te enseñe la ciudad? Como agradecimiento por el café. —Le brillaba la miel de sus ojos, un niño ante el escaparate de una pastelería. La amplitud de su espalda aumentó en apenas un segundo.

Una vez le confirmé a Matilde que nos veríamos tras la comida, bloqueé el teléfono y lo guardé en el bolso junto a un suspiro. Ganaba tiempo antes de verla. Intuía que esa disculpa, aunque fuese digital, le habría supuesto desprenderse de su ego, reconocer su equivocación a pesar de las buenas intenciones. Después de todo, la mañana con Pedro no mutó en drama, sino

que me brindó cierto alivio. Acepté las disculpas en silencio, no se lo especifiqué en el mensaje, estaba harta de las líneas sin voz ni rostro.

Dudé si quería unas horas más juntos, mientras deambulábamos por París, o un espacio de soledad en el que reorganizar los cajones del pasado. Mi parte más arriesgada gritó con insistencia. ¿Qué ocurriría por unas gotas más de tiempo? ¿No me había convencido de que solo era un viejo amigo? Pensé que estirar el encuentro me daría el valor suficiente para formular las preguntas que llevaban años sin respuesta. Los restos de las malas hierbas que pinchaban y que no me dejarían descansar una vez regresara a mi oasis. No discerní, en ese segundo, que es mejor desconocer ciertas verdades.

Recogí la cazadora de la silla y pagué los cafés en un descuido del poeta. La temperatura era agradable, más suave que el día anterior, aunque en mi cuerpo se debatían tantos frentes que hubiera agradecido sustituir la camisa por una blusa de tirantes.

—¿A dónde vamos?

—A uno de mis lugares favoritos. Una plaza que me hizo las veces de escritorio y cama. Está a dos calles del edificio en el que trabajé como portero. Cuando la descubrí, respiré después de días muy grises. Ojalá te guste. —Su sonrisa provocó un acto reflejo en mis labios—. Hay un paseo de una media hora, el trayecto merece la pena.

—Qué curioso, todo está a treinta minutos.

—Depende de a dónde te dirijas y quién te acompañe. A veces, cruzar a la otra orilla supone una vida entera.

Me guiñó y elevó el codo con el que me invitaba a engancharme a él. Con los pies pegados al suelo y los brazos lacios me pregunté a qué jugaba. ¿Teníamos veinte años? Podía simular nuestra amistad, no tocarlo. La piel disparaba demasiadas sensaciones, demasiados recuerdos. Apreté la cazadora y di varias zancadas, me alcanzó antes del primer cruce. Caminamos con la única melodía de cláxones y gritos, de sus menciones a fachadas y edificios icónicos. Diez minutos más tarde, atravesábamos la Île de la Cité, donde se encuentra Notre Dame, en dirección a la plaza de Châtelet por el puente au Change. Se detuvo en el centro de la acera derecha.

—¿Sabes la historia de este puente? —Apoyó los antebrazos en la barandilla de piedra, ladeó la cabeza hacia mí.

—No, no he buscado información sobre la ciudad más que la revista que leí en el avión. —Yo también me recliné sobre ese muro que nos separaba de una caída inminente al Sena, le aguanté la mirada—. He preferido dejarme llevar. Memorizar estas fachadas, el nombre de los lugares por los que paso y crear mi propio mapa. En definitiva, sorprenderme.

—Como con nuestro encuentro. —Un golpe seco directo al estómago.

—Sí, ya no recordaba que soñabas con esta ciudad —mentí sin despegar los ojos de los suyos. No supe si me delataron.

—Eso ha dolido. —Se tocó el pecho y me recordó al Pedro joven y bromista. El que me enseñó la parte más salvaje de Madrid. El de las primeras veces. El que me hizo feliz—. Yo sí me he acordado de ti estos años, me preguntaba cómo te habría tratado el tiempo. Y, por lo que veo, ha sido espectacular.

Me ruboricé. Su insinuación, esa vez, no supuso un bisturí que rasgase viejas heridas. Los pasos apresurados, que me mecieron hasta el puente, oxigenaron mi circulación y la pátina perlada de la memoria. Mi lengua paladeó los dos sabores, bolas de un mismo helado que guardaba de mi etapa madrileña: nata y regaliz. ¿A qué me sabría este viaje? ¿Dulce, salado o, quizá, amargo? ¿Alteraría los antiguos? La resolución estaba al final del trayecto, en el último

mordisco.

—¿Cuál es entonces la historia de este lugar?

Me apresuré a cambiar de tema. El ruido de los coches, que circulaban partiendo el puente en dos, amortiguaron el tamborileo de mis dedos sobre la piedra pajiza.

—Ah, sí. —Se aclaró la voz y desvió la vista al agua—. Fue testigo del suicidio del Inspector Javert en *Los miserables*, de Víctor Hugo. Se lanzó al río desde aquí. Hay decenas de rutas literarias, no solo de esa novela. Otra forma de recorrer la ciudad, como cuando redescubrimos Madrid a través de *Luces de bohemia*, de Valle-Inclán. ¿Lo recuerdas?

«¿Cómo no me voy a acordar, Pedro? Podría dibujarte cada esquina, cada ínfimo detalle. Si te habías recortado la barba asilvestrada o la llevabas más poblada de lo normal. Si mis vestidos ya lucían color o solo mis mejillas. Si los cafés me pelaban el paladar o eran cristales helados. Lo recuerdo todo. Absolutamente todo».

—Sí, decías que la sociedad evolucionaba, que habría más espacio para la poesía, que renunciarías a cualquier cosa por lograrlo. —Vi por el rabillo del ojo que asintió con la cabeza—. ¿Te gustaría que se crearan esas rutas de tus poemas?

—Es imposible.

Despegó los codos de la piedra y comenzó a caminar con pasos cortos y pesados. Al final del puente, se apreciaba una enorme columna blanca con una escultura dorada cuyos reflejos simulaban un faro. Me situé a la izquierda de Pedro, intenté descifrar su rostro, el siseo de su melena se convirtió en un parapeto metálico.

—¿Cómo lo sabes? ¿Adivinas el futuro? Muchos autores con apenas unos libros se convierten en leyendas. Quizá necesitas una muerte trágica, como ese personaje de *Los miserables*, para que hablen de ti —intensifiqué el tono de burla, deseé rebajar la atmósfera pastosa.

—Muchas gracias por querer acabar conmigo antes de tiempo. Ojalá los fantasmas disfruten de los méritos, si no me atrae la idea de envejecer, mucho menos la de que se apague el espectáculo.

—Tu fantasma ocupará un edificio que te maraville, así tendrás descanso eterno en un lugar idílico y no te faltarán los visitantes en busca de la verdad. Yo misma contactaré con un médium. —Arrugué los labios, sostuve las carcajadas.

—Veo que los años no solo han acentuado tu belleza. —Se recolocó la chaqueta, revolvió su melena—. En el caso de que lo consiguiese, querida asesora de poetas con el éxito justo, las rutas no serían en París.

—¿Por qué? ¿No has escrito los libros que has publicado en estas calles o en esa plaza misteriosa a la que nos dirigimos? Conociéndote, guardarás material para una decena de poemarios.

—Nunca escribí sobre la ciudad o, por lo menos, no de un espacio concreto. París fue casa física, no un estado o una emoción. No sé si lo entiendes. —Se toqueteó la barba—. Como te he dicho, una parte de mí se quedó en Madrid, la más importante.

—¿Y por qué no volviste a por ella?

Las risas ahogadas se transformaron en una quemazón en la garganta, una advertencia de que midiese mis palabras. Esa pregunta sobre su escritura era un reflejo de la gran incógnita que me pesaba. Mi mente regresó al mismo nudo, de nada valía mi esfuerzo por fingir una amistad que no teníamos, ni por añadir una guinda de humor a una tarta marchita. ¿Tan fuerte había sido su magnetismo con las letras que nunca pensó en reencontrarnos? ¿Ni una vez?

—Lo hice, pero no la encontré, así que regresé a París. Preferí ser un verdadero

extranjero fuera que uno en mi propio país.

¿Seguíamos hablando de su creatividad y la poesía o nos mencionaba a nosotros? ¿Intuía que mi duda sobre su escritura albergaba varias capas? Él nunca pisó Tenerife. Supo dónde localizarme, la dirección exacta del primer hotel en el que trabajaríamos juntos, de la casa que imaginé nuestra. Entonces, ¿qué insinuaba? ¿Creyó que desharía mis pasos hasta Madrid? ¿Esperó que nos tropezásemos en el Barrio de las Letras?

Un enjambre de abejas ocupó mi boca. La vibración de sus alas diminutas retumbaba campanilla abajo. El miedo a clavarme el aguijón y envenenarme antes de tiempo me obligó a asentir y repetirme de nuevo que Pedro solo era un viejo amigo, nada más. Pero por mucho que insistiera en mi discurso, las palabras no traspasaban la impermeabilidad de mis músculos, se atascaban en la cueva de mi garganta, junto a las abejas, junto a la miel de esos ojos que alimentaban mis dudas.

Mordí algunos de los seres zumbones. Dejé espacio suficiente para que el aire fluyera unas horas más. Me prometí, con un regusto a cera agria, que verbalizaría cada sílaba, pero no en ese puente. Quería adelantarme, ser más lista que Pedro. Me juré que no me pillaría otra vez desprevenida como lo hizo en aquella esquina de nuestro barrio, o al menos, es lo que pensé antes de que la verdad resplandeciera igual que esa escultura convertida en faro en pleno corazón de París.

34

Pollo guisado al vino tinto

Ramón nos guio a unos jardines inmensos. Los más grandes que había visitado en mi vida. En el centro, un estanque en el que unos niños de unos cinco años, supuse de excursión, movían varios barcos de colores con un palo de madera. Al fondo, una especie de casa señorial con las paredes crema y el tejado gris. ¿Cómo cabían tantos colores en un único lugar? Flores que se resistían al otoño, hojas que amarilleaban, laderas de césped. Si los jardines en los que comimos cerca del museo de la Mona Lisa me sobrecogieron, aquellos me devolvieron la esperanza de que, aunque me había equivocado, se solucionaría.

Intuí que el *tour* había terminado cuando escuché los aplausos. Me perdí, otra vez, las explicaciones de Ramón. Me dio igual no conocer quién había construido los jardines. Los datos se me olvidarían, las cosquillas de la barriga, no. Saqué el móvil del bolso, ni rastro de María. Le di vueltas como si, a base de giros, las dudas se respondieran solas. ¿La llamaba, me quedaba en el jardín hasta que ella se comunicase conmigo, la esperaba en el hotel? El rugido de las tripas y la voz saltarina de Ramón me sacaron del trance.

—Matilde, ¿te ha gustado el *tour*?

—Oh, sí, muchísimo. Cómo se nota que conoces la ciudad a fondo, qué cantidad de detalles, qué precisión. No sé si me acordaré de todo para explicárselo a mis nietos. Fue idea de uno de ellos esto de la lista y de mi hija Ana lo del *tour*.

—Menos mal, por momentos te he visto ausente y pensé que te aburría. —Estiró el bigote puntiagudo y mi sensación de culpa por no escucharlo y, encima, mentirle a la cara—. Al final, al reunirse el grupo no te propuse ninguna idea.

—Recomiéndame un buen sitio para comer y solucionado. —Miré el móvil, sin noticias de María.

—¿No almuerzas con tu cuñada?

—Digamos que tiene unos asuntos pendientes con el pasado y yo ya he interferido bastante. Me avisará cuando los resuelva.

Tamborileaba sobre la pantalla del móvil mientras miraba a todas partes con la esperanza de que María apareciese; creí que recordaría dónde finalizaba el *tour*, memorizaba cada detalle.

—No quiero que suene irrespetuoso, ¿te apetece comer conmigo? Conozco un bistró riquísimo a un par de calles de aquí.

—¿Eso es como un bistec?

—No, no. —Se rio—. Es un restaurante de cocina casera, nada de porquerías enlatadas. —Su cara de asco me confirmó que tenía igual o más saque que yo—. Sirven un pollo guisado con vino tinto, *coq au vin*, como para repetir.

—Mientras no falte pan.

Nos reímos y las tripas crujieron de nuevo. Toqueteé un par de veces más el móvil y me convencí de que no había nada malo en compartir mesa con Ramón, aunque lo hubiese conocido hacía tres horas. Un viejo profesor de universidad con esas pintas tan intelectuales era de fiar, seguro. Además, ¿a quién le importaba si comía sola o acompañada? Paco no se quejaría, al revés, preferiría que alguien que conocía París me acompañase en vez de que anduviera yo sola por una ciudad tan grande mientras su hermana finiquitaba ese café que se juntó con el almuerzo. Las flechas de Nacho las manejaba de lujo, pero seguirlas sola no me daba confianza.

—Entonces, ¿vamos a por ese guiso?

—Sí, le envío un mensaje a mi cuñada y listo. Así no le meto prisa, que quizá la pobre va apurada por no hacerme esperar. —O había maldecido mi estampa y no quería ni verme, pero eso me lo tragué.

Dos minutos más tarde, me respondió.

> María 12:49
> De acuerdo. Te llamo después del almuerzo.

Releí un par de veces esas líneas tan escuetas. ¿No había visto que le pedía perdón? «Matilde, no montes películas y céntrate. La habrás pillado en una conversación crítica y no te podía decir mucho más. Métele al cuerpo ese guiso caliente y, aunque no sea anís, una copita o dos de vino, más el del pollo, te asentará los nervios. Así te calmas y esta tarde, el barco y la aventura que surja. Fíjate, si te has agenciado un guía privado».

—Ya podemos irnos. —Obvié la saca de culpa y remordimientos que me acribillaba hasta la suela de los zapatos.

Tardamos quince minutos en alcanzar la salida de la esquina izquierda o, al menos, eso me indicó Ramón. Me detuve a cada metro, me costaba asimilar que aquel jardín fuese real. ¿Cómo podían los parisinos pasear ajenos a la grandeza de que yo, Matilde, no solo pisara París, sino que además había hecho una especie de amigo? Si el resto de los Manzano me viesen, no darían crédito. Así me imaginé la vida de María cuando dejó el pueblo, repleta de experiencias, brindis y gente nueva. Con más oportunidades que cartas de una baraja.

Cruzamos un par de calles, que me parecieron idénticas, me fijé en el colorido con el que vestían algunas señoras de mi edad, en la sobriedad y elegancia de otras. ¿Cómo me verían ellas a mí, si es que me veían? ¿Se percatarían de mi atrevimiento, comer sola con un hombre que no era mi marido? Nos colamos por un callejón que me recordó al del gato negro. Al fondo, en una calle sin salida, apareció una especie de plaza redonda. En el centro de esos edificios, el toldo celeste del restaurante y, bajo él, cinco mesas muy pegadas las unas a las otras.

—Aquí es. ¿Te apetece comer fuera o en el interior? Personalmente, me gusta dentro; la música, al igual que la cocina, es exquisita.

—No se hable más.

Cuando atravesamos esa puerta azul con una vidriera central con el dibujo de una sirena, revisé mi espalda. Ahí me di cuenta de que, aunque me creía una vieja reconvertida en moderna, había pinchazos que se disparaban automáticos, como el miedo a qué dirán.

Durante el trayecto a aquel restaurante de paredes atestadas de espejos, botellas de vino y un par de pizarras con un menú que no entendía, Ramón me refrescó algunas de las anécdotas y leyendas que había explicado en el *tour*, como el hombre rojo de los jardines del pícnic con María. Un tipo al que mataron por conocer demasiados secretos de la realeza y, en venganza, su fantasma bañado de sangre regresó varias veces y, tras cada aparición, un drama. También me habló sobre las fuentes Wallace o Palace —ay, mi maldita cabeza—. Unos chorrillos divinos, recubiertos por unas figuras de hierro verde, de los que se puede beber y encima deleitarte con su

belleza. Una pena que no me acordase de esa maravilla durante el resto del viaje, me hubiese ahorrado un capital en botellas de agua. Imaginé que Ramón no se tragó mi mentira, para algo fue profesor. Me alegré de que, sin confesar que me había pillado, me contara de nuevo esas historias, a mis nietos le fascinarían.

—Por Dios, una no sabe las ganas que tiene de sentarse hasta que pilla una silla. —Me faltó quitarme los zapatos para que el gustazo fuese completo. El camarero tomó nota gracias a que Ramón tradujo cada palabra. Vino tinto y dos pollos guisados—. ¿Cómo terminaste en París? ¿Siempre quisiste ser profesor fuera de España?

—A París me trajo el amor, no la enseñanza. El verano previo al último curso de la carrera me enamoré de una joven francesa, Chloé. —Nos sirvieron la botella de vino y una jarra de agua. Por precaución, bebí dos vasos de líquido transparente antes del rojizo—. Pensé que la distancia nos disolvería, pero las cartas que nos enviamos durante ese año agitaron aún más nuestra historia.

—Me alegro de que, por una vez, las cartas valiesen para algo.

—¿Cómo dices? —Arrugó la frente.

—Una aventura muy larga, necesitaríamos la olla del guiso y tres botellas de vino. —Dio un ligero sorbo a su copa. Calló unos segundos—. En resumen, hace mes y medio encontramos a María. Cincuenta años sin saber de ella por culpa de unas malditas cartas. Con el postre te cuento más detalles, nuestra historia familiar ya me la sé y me interesa mucho más la tuya. ¿Qué pasó con esa chica? ¿Y cómo te hiciste profesor en esa universidad tan prestigiosa?

—¿Cincuenta años has dicho? —Asentí—. Son demasiados. —Carraspeó—. Seguramente cómo terminé en La Sorbona es mucho más aburrido que la historia de tu cuñada. Estudios, contactos del padre de Chloé y algunos méritos. Tampoco creas que fue mi primer trabajo en París, aunque por ella me hubiese ido a la otra punta del mundo.

«Ojalá Pedrito tomase ejemplo», pensé mientras continuaba con su historia.

—Nos casamos al año siguiente. Tuvimos una buena vida, con sus más y sus menos, pero muy buena… —Se recolocó las gafas. Me fijé en cómo sus ojos se veían aún más diminutos. Se aguaban—. Murió cuando me jubilé. Desde entonces, apenas había salido de mi biblioteca. Este nuevo trabajo me ha devuelto la alegría. Por eso no me importa que mi nieto se escaquee.

—Lo siento. —Miré la copa de vino, bebí un buen trago con un regusto amargo. No quería imaginar cómo sería mi vida sin Paco—. ¿Y nunca has pensado en volver, irte con tu hija?

—Regresamos una vez, cuando Amanda era pequeña. Chloé creyó importante que creciera también bajo el influjo de sus raíces españolas, así que nos mudamos a Salamanca. No me adapté. —Cortó un trozo del pollo que nos acababan de servir—. Es una sensación extraña, Matilde. La ciudad, mis padres y amigos eran los mismos, yo no. Hablábamos otro idioma y no me refiero al francés.

—Aunque no lo creas, te entiendo, pero, al contrario. Nunca me había movido del pueblo hasta que buscamos a María, me sentía atrapada, ¿sabes? Yo sé que vivo en un lugar estupendo, que si pido ayuda la tengo por mucho que no cuadre con mis vecinas. Mi marido nunca se ha opuesto a mis decisiones. He hecho y deshecho lo que me ha dado la real gana dentro de unos límites; pensé que, para derribarlos, debía alejarme de esas montañas.

—Difiero contigo en un detalle, no creo que sea el lugar en sí lo que determine los límites, sino las personas. De no ser por mi mujer nunca hubiera abandonado Salamanca, era feliz y estaba cómodo. No había necesidad de explorar, los libros y mi entorno me llenaban. Ella supuso una revolución, una revolución francesa. —Esas carcajadas de zapatazos de elefante interrumpieron su discurso. No pillé el chiste hasta que me lo explicó.

—¿Y por qué tu hija no vive en París?

—Hizo el viaje a la inversa. —Sonrió—. Tiene una sensibilidad muy especial, le fascina la naturaleza. Es artista, muy buena, además. Como su madre. —Se le rizó el bigote al hablar de ella. Me acordé de mi padre y la foto, ojalá se hubiese enorgullecido de mí—. Para su profesión cualquiera supondría que esta ciudad es idónea. A ella le resulta excesiva. Reside en Melide, un pequeño pueblo de La Coruña, con su mujer. Juntas han fundado una granja escuela fabulosa, allí también ha montado su estudio. Vende sus obras a través de internet. Apenas la abandona, salvo para alguna exposición o para visitarme. Cada Navidad me proponen que me quede con ellas, no quiero ser una carga, mucho menos para mi hija. En París está mi casa y, ahora, mi nieto.

—Madre mía, los nietos. Esos sí que son una revolución. —Apuré la copa. Me serví la tercera—. Mi nieto encontró a María. Este chiquillo y las redes sociales. También es el culpable de nuestra lista de París y de que yo sea una experta rastreadora de mapas, eso sí, con su flechita.

—¡Ah, sí! ¡La lista! ¿Qué otras propuestas tenéis?, ¿cuándo regresáis?

—El martes. Venimos para cinco días. La listita tiene lo suyo. —Otro sorbo de vino—. Mira, con lo que me has contado, ya es como si te conociera de toda la vida. Además, con lo que habrás visto entre tus alumnos y con un nieto mozuelo, no te escandalizarás.

Rebusqué en el bolso, le tendí ese papel que me sabía de memoria y me bebí el resto de la copa al trago. Por un instante, el muslo de pollo, que me quedaba en el plato, se multiplicó.

—Una lista muy interesante…

—Ramón, puedes decirlo, no me ofendo. Las dos últimas propuestas, las de Nacho, son para acabar presa.

—También pintan divertidas. A nuestra edad, cualquier emoción es poca.

Rebañamos el caldo del pollo y Ramón ordenó una tabla de queso que acompañaron con uvas y membrillo. Me quedé muerta cuando me explicó que en Francia el queso va después del plato principal y antes del postre para así apurar el vino. Como a nosotros no nos sobró ni una lágrima, no hubo más opción que pedir otra botella.

Cada descubrimiento en esa ciudad era un regalo, como la compañía de Ramón. Gracias a él y, también al vino, me olvidé de que María no había llamado aún hasta que un mensaje encendió la pantalla del teléfono. Esa vez, sus cuatro palabras mal contadas me relajaron. Me convencí de que era una buena señal. Una reconciliación con el pasado siempre suelta lastre y nosotras cargábamos una maleta que, de pesarla la chica pelirroja del aeropuerto, nos hubiese crujido mucho más que cien euros de exceso de equipaje.

El camarero nos sacó una foto con la cámara que me regalaron mis nietos. Las sonrisas anchas y, sobre todo, despreocupadas. Una foto que reflejaba cualquier cosa menos una soga. Quería que se sintieran tan orgullosos de su abuela como Ramón de su hija. Que comprobasen que, incluso vieja, exprimía la vida. Que, al menos una vez, me tragué, mucho más que alcohol y buena comida: el miedo al juicio, a las represalias, a que me viesen con un hombre que no era de mi familia. Rogué que ellos no vivieran con ese peso, para mula ya estaba yo. Me pregunté entonces qué otras sorpresas me deparaba París. Ojalá el drama y los muertos no hubieran estado entre ellas.

35

Plaza de los Vosgos

Dejamos atrás la plaza du Châtelet y el Ayuntamiento, cómo había cambiado mi vida en apenas unas horas. La mañana anterior observaba la fachada elegante de ese edificio junto a Matilde, al son del traqueteo plástico de nuestras maletas, mientras jugábamos a encontrar objetos perdidos a los pies del Sena. Si la chica que divisé con una bola de cristal me hubiese avisado de que, en ese instante, pisaría ese suelo de piedra gris bajo el influjo de la fragancia de Pedro y el bamboleo de su melena salvaje, no la hubiese creído. El destino me había gastado decenas de bromas a lo largo de mis sesenta y nueve años, ninguna como esa. Un silencio aceitoso se había esparcido en los últimos diez minutos. Esa pregunta ambigua se infiltró como cera líquida. Si el destino quería que ardiésemos, avivaría la mecha, me había hastiado de juegos.

Atravesamos rue de Rivoli, una arteria colapsada de vehículos y transeúntes con bolsas de papel y logos de comida rápida. El olor a grasa, especias y pan crujiente agitó mi estómago herido. Cuando nos desviamos en rue de Birague, distinguí al fondo un edificio de tejado oscuro y fachada rojiza, bajo él, un arco arenoso. La sutileza de sus cristaleras y los pliegues de la piedra, telas mecidas por la brisa otoñal, ya avisaban de que esa plaza que maravillaba a Pedro, también lo haría conmigo.

—Hemos llegado.

Cruzamos el arco en un viaje en el tiempo. Ese mismo edificio, que delataba la presencia de aquella plaza, se replicaba formando un cuadrado perfecto. En el medio, alfombras de césped flanqueadas por hileras de tilos. Una danza geométrica que concluía con fuentes en las esquinas.

—Es increíble. —Giré sobre mí misma, revisé cada ángulo, cada milímetro de hierba y arena—. Gracias por mostrármela.

—La primera vez que entré me acordé de ti, de cómo divagábamos sobre quién vivía tras cada fachada. Observé las buhardillas, nos imaginé allí.

Expulsé el aire con un silbido idéntico al rugido de esas olas que absorbieron decenas de sueños, lágrimas y palabras.

—Yo también imaginé muchas vidas que no pudieron ser.

La llamada de la hierba fresca me atrajo a la alfombra de césped más cercana. Como tantas tardes en el Retiro, me descalcé y me adherí a la energía de la tierra, absorbí un remolino dorado que traspasó capas de músculos, tendones y huesos. Capas de rencor, miseria y llanto. Capas de felicidad, plenitud y alegría. Me senté con las piernas extendidas, los brazos anclados hacia atrás, el pecho abierto. Por el rabillo del ojo vi que Pedro replicaba mi gesto, pero con los zapatos puestos. Apreté los párpados y las palabras.

—¿Cómo te ha tratado el amor? —Tosió.

—Espero que contigo haya sido más benevolente. —Dejé espacio a que el propio peso de sus palabras lo rasgase. Abrí un ojo con disimulo, cambió de postura varias veces. Finalmente, se tumbó—. No voy a negar que un par de mujeres han pasado por mi vida. —Carraspeó otra vez —. Quizá algunas más. Historias fugaces. Noches en las que evitaba la soledad.

—El compromiso no fue tu plato fuerte. —Abrí los ojos, puertas zarandeadas por un vendaval granate.

—Eso no es cierto. —Se acodó. Su mirada destiló un rayajo rojizo—. Nunca he rehuido lo que me importa.

—Llevas razón, siempre te entregaste a la poesía.

—María. —Su exhalación, de no hallarme anclada en el suelo, me hubiese barrido cual avión de papel—. Me equivoqué, pero nunca por falta de amor. Era demasiado joven, demasiado ambicioso. Lo quería todo. —Gruñó, arrastró la mano derecha por la hierba, por la melena—. Y me quedé con las migajas. Permíteme que ahora lo haga bien.

—¿El qué? Esto solo es un paseo entre dos viejos conocidos. Si te he infundido la idea de que escondo otra intención, lo siento. No es así.

—Lo sé. —Agachó la cabeza—. Lo sé. Quiero enmendarlo. Cambiar el color de nuestra despedida, nunca debí ser tan cobarde. Creí que hacía lo correcto, creí que quererte bien significaba soltarte. Me aterraba que el mar se tragase mis dos grandes pasiones: tú y la poesía. Quedarme inerte. Una piedra volcánica más de esa isla remota. Por favor, déjame compensarlo.

—No hay nada que compensar, Pedro. Ya aprendí que la vida no es justa, si lo fuese, Adelina estaría también aquí. —Cabeceé—. Quizá nos hemos equivocado con este paseo. Fingir amistad. —Amagué levantarme. Me agarró la muñeca.

—No, por favor. —Incrementó la presión de su piel, de sus ojos afónicos—. Sé que el pasado no se puede cambiar, pero sí el presente. Déjame que te enseñe París, que este día juntos se convierta en un bonito recuerdo.

En ese instante, la que claudicó fui yo. Deseaba que reinterpretásemos el tiempo, que destilásemos las horas perdidas y colmásemos la despensa de tarros de miel con sabor a pino, a castaño o a lavanda. Cada frasco con la etiqueta de una vivencia, un recordatorio encapsulado para que cuando la memoria sintiese nostalgia fuese tan sencillo como destapar, introducir una cuchara de madera y conseguir que, de nuevo, gota a gota, las horas se deshicieran en la lengua.

Las reglas no funcionaban así.

—Espérame, no tardo.

Se incorporó con prisa. Sacudió las manos sobre los vaqueros mientras caminaba hacia la salida opuesta. Aproveché ese resuello de soledad, saqué las gafas de sol del bolso y me las coloqué al mismo tiempo que me estiraba sobre el césped. La tierra seca acogió en silencio la tensión con forma de agua. Minutos después, una abeja diminuta se posó sobre mi pómulo. El terciopelo de su cuerpo acarició los surcos de un río ya seco. Una fugitiva de ese enjambre que había anidado en mi garganta.

—¿También crees que es absurdo? —Permanecí inmóvil—. ¿Eso es lo que me quieres decir, que escape, que huya ahora que puedo?

Descendió unos centímetros hasta la comisura de mis labios. Entendí que pedía silencio, que no estropeara aquel viaje a París por un amor perdido, por una herida que quizá nunca dejaría de doler. No escoció durante años por una simple razón: no miraba la cicatriz que ese día vibraba enrojecida. La había advertido en los cambios de estación, en las canciones antiguas que se colaban en la verbena de finales de julio, en los atardeceres con un tinte idéntico a los que presenciamos en Gijón. Todo aquello quedaba tan lejos, aquella María era tan joven e ilusa que

había mañanas que me costaba reconocerla en el espejo. Aun así, una chispa resistía.

La abeja batió las alas, su cosquilleo me erizó la piel. Un manotazo suponía su sentencia de muerte mientras que yo, incluso tras ciclones y llanuras desérticas, permanecía entera, magullada pero entera, como aquella papa marcada, como predijo Clementina.

¿A qué no me daba permiso? ¿A sentir, a reavivar? Quizá lo que más me irritaba era que Pedro no actuase, que fingiésemos que nos encontrábamos en medio de una laguna vacía cuando, en realidad, el agua nos obligaba a nadar. Que yo siguiese esperándolo, otra vez más.

Me senté con las piernas entrelazadas. Me masajeé la melena y le quité algunas hojas tiernas que se habían prendido como un broche. Saqué el móvil y le comuniqué a Matilde que nos reuniríamos en el embarcadero a las siete y media para ese paseo y cena en barco. Otra propuesta más de una lista que, en ese segundo, me resultaba inmensa.

«Mañana amanecerá, brillará de nuevo el sol, se borrarán las nubes que empiezan a amontonarse. Acepta que París dirija el camino. Ríndete a la partida. Bébete una copa de vino. Disfruta. No le debes nada a nadie, te has construido sola. Esto es una prueba más de tu fortaleza. Mañana, cuando despiertes, no habrá pesadillas, tampoco dudas. Hoy cerrarás ese capítulo. ¿No dice Matilde que todo pasa por algo? Esta es la razón, que te deshagas de los fantasmas, de su bruma».

Reapareció con una cesta de mimbre mientras recitaba mentalmente que solo era una maraña de emociones enquistadas, la falta de sueño, su maldito olor. Esa semana había desfilado por otros precipicios y había salido indemne. La única diferencia era que, en menos de una hora, descubriría que las traiciones más dolorosas son las que no se anticipan, ni siquiera en las peores pesadillas.

Posó la cesta con ligereza, se arrodilló y rebuscó en el contenido. Canturreaba una melodía que conocía, no por él, sino por otra huésped de mi hotel, *Caresse sur l'ocean*. Recogía las sábanas cuando la escuché por primera vez. Cada nota me arrancó una tira de piel. Lancé la colada en la azotea y descendí las escaleras de dos en dos hasta el patio con miedo a no atraparla. Si su voz me sobrecogió, cuando me puso sus auriculares y me pidió que cerrase los ojos y escuchase con los sentidos abiertos, tuve que sentarme junto a ella en el taburete del piano. Me desvanecía. La voz afilada de esos niños era un vuelo sobre las esponjosas plumas de ese pájaro del que hablaban. Aunque, más o menos, entendí la letra, me explicó que simbolizaba la transformación, la superación de cualquier obstáculo. ¿Lo sabría Pedro? Estaba segura. Él apuraba demasiado bien los versos como para que esa canción fuese, simplemente, una bonita coincidencia.

—Imagino que tendrás hambre y no hay costumbre más parisina cuando brilla el sol, incluso aunque lo amenacen un par de nubes negras, que un pícnic en un parque.

—¿De dónde has sacado la cesta tan rápido? ¿La escondes en un rincón de esta plaza?

—Es otra de las fantasías de París. Muchos de los ultramarinos se han adaptado a las ganas de sol. Venden las cestas preparadas a falta de escoger el vino y algún detalle más.

Extendió un mantel lila con diminutas margaritas, sobre él, una bandeja con cinco tipos de queso, embutido, una baguette, un pequeño tarro de mermelada de tomate, un par de trozos de quiche y una botella de vino blanco. Leí la etiqueta: Corton Charlemagne Grand Cru, no lo conocía.

—¡Menudo despliegue!

—El postre lo buscamos juntos. No me mires así, esa pastelería no está precisamente cerca.

—¿Otros treinta minutos?

—Depende de lo rápido que caminemos esta vez.

Su carcajada tersa y la belleza del ambiente me dio una tregua. Cogí la copa de plástico que me ofreció. Un ligero aroma a fruta me burbujeó en la nariz. El sabor suave y sedoso me alivió la sequedad de la garganta. Era exquisito.

—¿Cómo ha sido el reencuentro con tus hermanos? —preguntó de pronto.

—Un regalo, tardío, pero un gran regalo. Cuando desperté esa mañana de agosto, no imaginé que Paco y el resto de la familia entrarían en el hotel. —Mordisqueé un trozo de queso brie—. Mi hermano mayor, Sebastián, escondió las cartas, por eso Paco nunca supo dónde estaba. La impulsividad de Matilde, cuando se enteró de mi existencia, empujó mi búsqueda.

—Y la que ha ayudado a que disfrute de este almuerzo contigo.

—Supongo que sí. —Una sonrisa pesada atrapó mis labios—. Tengo la sensación de que se ha aguantado tanto las ganas que ahora no desperdicia ninguna oportunidad, aunque eso fuerce el ritmo del resto o soy yo que me he acomodado. Quizá he perdido el apetito con el que me marché del pueblo. También me hago mayor.

—No te creo. —Jugueteaba con la copa—. La chica que conocí escondía en el fondo de esos ojos una corriente que arrasaría a cualquier flota. Escucha cómo hablas del hotel, de tu familia. No te das por vencida, quizá la costumbre de no soltar el timón ha conseguido que olvides que, a veces, sentarse en cubierta y contemplar el horizonte es también parte de la travesía.

—Siempre tan poético. —Bebí otro sorbo de vino—. Eso sí que no cambia.

—Tampoco cómo te miro.

—No vayas por ahí. —Estire la mano en señal de pausa. Rellenó las copas.

—¿Y el resto de la familia? ¿Por qué no os acompañan?

—El sueño de Matilde era visitar París con la camaradería de una amiga, olvidarse de su papel de madre y esposa. No pude negarme, no después de su ímpetu por encontrarme.

—¿Y a ti? ¿Te queda algún sueño por cumplir?

Mi mente se alejó durante unos minutos de París. A otro sueño, con otra acompañante.

Aprobé el carné de conducir el 8 de mayo de 1988, el mismo día que nació Simón, el hijo de mi asturiana querida. Hasta entonces, nuestras visitas fluctuaban entre los escasos días en los que me escapaba del hotel y tomaba una hilera de autobuses del norte al sur de la isla, o cuando Andresín y Adelina recorrían el camino en coche a la inversa. Ella nunca se lo sacó, tampoco era amiga del autobús, se mareaba. El domingo que supe que me convertiría en tía, dejé el miedo a un lado y cogí el volante con fuerza. Cuando Adelina y su familia se mudaron conmigo, yo ya contaba con veintiún años de libertad de circulación, ni con esas habíamos cumplido la promesa que pronunciamos una tarde, todavía en Madrid.

Nos encontrábamos solas en la casa de Mercedes y Ricardo, ellos pasaban unas semanas con la familia en Tenerife. Nos acomodamos en la terraza del salón con los pies en la barandilla y dos tazas de café.

—Yo nunca he visto el mar, del río del pueblo no he pasado —dije con la vibración del dolor de Adelina en mi cuerpo tras confesarme que su padre le había cruzado la cara la primera vez que pisó una orilla.

—Algún día nos iremos las dos de vacaciones, ya lo verás, te vas a hartar de marisco y playa. Eso sí, no me pidas que me meta contigo en el agua.

Una semana después de su mudanza al hotel, Adelina recordó esa promesa. Se nos acababa el tiempo. Confié en su marido e hijo y les cedí el mando. Cuatro días más tarde, cargábamos las maletas en mi viejo Suzuki gris. Nos alejamos poco más de treinta kilómetros,

hasta Puerto de la Cruz.

—*Mocina*, qué bien te sienta conducir —dijo con la voz ligeramente ronca.

—No, lo que me sienta de maravilla es estar contigo. ¿Cómo nos habíamos olvidado de esta promesa?

—La vida, si te descuidas, te traga, igual que la resaca de las olas. Lo que han vivido nuestros huesos y parece que fue ayer cuando aterrizamos en esta isla. Y, míranos, una madre y la otra empresaria.

—No, Adelina, somos mucho más. —Solté la mano del volante, presioné la suya. Estaba helada—. Faltan papeles y etiquetas en este mundo que nos definan. Somos —dudé—, somos cohetes, eso es, ¡somos cohetes!

—No te entiendo.

—Libres, explosivas y tan fuertes que atravesamos el espacio. Dispuestas a regresar a casa solo cuando decidamos que nos hemos cansado de explorar. Sin límites, Adelina, sin límites. —Me devolvió el apretón.

—Grita conmigo, *mocina*.

—¡¡¡SOMOS COHETES!!! ¡¡¡COHETES!!!

Me detuve en el arcén. Nos bajamos del coche y, envueltas en la vehemencia de los vientos alisios, nos abrazamos y despegamos fuera de la tierra.

Fuimos cohetes, unos increíbles.

Regresé a París con la humedad salada de aquel día adherida a los labios. ¿Qué sueños no cumplió Adelina? ¿Cuáles eran los míos?

—Al principio, viví obsesionada con recuperar a mis hermanos, que me perdonasen, hasta que acepté que pedía un imposible. El resto de los años, mi cabeza y corazón palpitaban por el hotel. Desde que invertí la primera peseta en esas paredes no he hecho otra cosa que abonarlas para que no dejasen de florecer. Su grandeza es la mía. —Una brisa, que se enfriaba con el par de nubes que avisaban tormenta, me revolvió algunos mechones de la melena—. Y allí he recuperado a mi familia. Quizá te parezca increíble, no sé qué sueño tengo pendiente.

—Igual París te muestra la respuesta. Los viajes son espejos y de nosotros depende mirarnos en ellos o seguir huyendo.

—¿Y cuál es el tuyo? —Bebió un largo trago de vino, rellenó la copa con un giro sutil, como si el líquido que vertía sobre ese recipiente de plástico fuese un reloj de arena.

—Una casa propia, un hogar.

—Nunca imaginé que te atrajese anclarte a un rincón, siempre fuiste muy reacio a echar raíces.

—Te lo dije antes, era demasiado joven y hambriento. Estoy cansado de sentirme de paso, de cambiar de piso cada vez que me suben el alquiler. Me encantaría tener mi propia biblioteca, olerla. —Elevó la copa, olfateó el vino—. Perderme en ella. Al principio atesoraba cada objeto hasta que la practicidad de las mudanzas me obligó a vivir con dos maletas. Me aterra que la memoria me falle y no cuente con un refugio en el que cobijarme, recordar y ser feliz. —Untó mermelada sobre un pedazo de pan, depositó un triángulo de queso—. Cuando sus dueños no hablan, las casas lo hacen por ellos. El silencio de los objetos no está muerto.

—Lo primero que debes responder entonces es si quieres continuar en París. Si ese lugar que ansías se encuentra cerca de plazas como esta, si realmente pagarías el precio de alejarte de este tipo de lujo y belleza. —Eché un vistazo rápido a nuestro alrededor—. Cuando mi vida se complicó, me pregunté cada mañana: si no lo puedes tener todo, ¿a qué no renunciarías?

—¿Y cuál fue tu respuesta?

—A mi libertad. El tiempo y mis huéspedes me han enseñado que una misma palabra ofrece infinitos significados, distintas formas de alcanzarla. —Me colé en la colmena de su mirada—. Y tú, Pedro, ¿a qué no estás dispuesto a renunciar ahora?

36

Una llamada repleta de chispas

Cuando leí de refilón el mensaje de María, me relajé. Esas líneas aparecieron en el minuto preciso, con la tabla de quesos y la segunda botella de vino tinto. Brindé por ella y por los reencuentros. Si me pedía reunirnos en el muelle significaba que Pedrito hacía bien las cosas por una vez. Nos levantamos de la mesa pasadas las cuatro y media. Ya nos habíamos tomado un café olé doble en ese restaurante con nombre de bistec; necesitaba otro con urgencia. El vino francés me había embotado la cabeza de chispas y estrellas. Quería poner los pies en tierra firme antes de enfrentarme a los vaivenes de ese maldito río que agitaba mis recuerdos.

—Ramón, muchas gracias por el almuerzo, me lo he pasado de maravilla. —Me toqueteé el cardado, el reflejo en el ventanal del restaurante me pareció una pésima caricatura—. Eso sí, déjame que te invite a otro café, me da mucha fatiga que hayas pagado la cuenta.

—El placer ha sido mío. —Movió con gracia su sombrero. Me sentí en plena película—. Hacía demasiado tiempo que no me reía tanto.

—Ser una payasa tiene sus ventajas.

—Cuidado con las palabras, Matilde, como hablas se transforma en realidad.

—Será porque no estoy acostumbrada a esta marca de vino, pero me he perdido.

—Has dicho que eres una payasa. El verbo ser es estático, forma parte de tu personalidad, no te desprendes de ello. Además, el término payasa es peyorativo. —Mis ojos arrugados le respondieron con más frescura que mi boca—. Me refiero a que es una palabra negativa, y si te la dices a ti misma es como si no te respetases. —Me sonrió con la amplitud de ese río al que, en pocas horas, me querría tirar de cabeza—. Cambia esa expresión por la de que eres graciosa.

—Ojalá todos los problemas se solucionaran con esa soltura, trastocando una palabra por otra. —Cabeceé. Él se subió sus gafas redondas, consultó el reloj.

—Nos da tiempo a otro café. Vamos.

Me guío por esas calles gemelas que, a esa hora, se atestaban de gente estresada con maletines y mochilas. El aire se enfrió, varias nubes negras se movían con excesiva prisa. Rogué que, si tronaba, lo hiciese una vez recluidas en el hotel. Rogar no sirvió para nada.

En la siguiente hora, como prometí, le conté el resto de los detalles sobre el reencuentro con María que no pude durante el postre. Los tumbos por media isla, los arreones que me sacudió Madrid o cómo las cartas de mi cuñada me recordaron que yo también guardaba varios sueños en otra caja, en una que no se apreciaba a simple vista. Lo que no le confesé fue el ridículo en las barcas del Retiro, a una todavía le quedaba cierta dignidad coqueta, aunque fuese escondida entre los dobladillos de unos pantalones negros que cada minuto aborrecía más. Tampoco el mayor secreto que escondía, mi intento de fuga con Juan y cómo la maldita foto con mi padre, junto con mi atrevimiento de viajar sin Paco, había avivado un recuerdo que llevaba

años enterrando.

Cuando apuramos hasta la espuma, me acompañó al puente próximo a Notre Dame, ese por el que salimos del metro la primera mañana.

—¿Sabrás llegar al muelle bajo la Torre Eiffel?

—Por supuesto, con la flechita del Google *mas*.

—Ya, ya, pero ¿te has fijado en que es una hora a pie? Después del *tour* de esta mañana y el almuerzo tan copioso, no sé si un paseo así es la mejor idea. —Consultó de nuevo el reloj—. No puedo acompañarte, toma el metro, la línea amarilla. Son diez minutos hasta la parada de los Campos de Marte y otros cinco o seis a pie. —El miedo se me reflejó en la cara—. Tranquila, es la misma línea que cojo yo, aunque en sentido opuesto. Esperaremos juntos a tu tren, ¿de acuerdo? Además, apunta mi teléfono. —Le tendí el móvil, yo no era capaz de enfocar la pantalla—. Si necesitas algo, llámame.

—¿Yo sola en el metro? —Me temblaban las manos cuando me devolvió el móvil. Un mareo me nubló la vista. Él tenía razón, no era buena idea otra hora de caminata después del trajín de ese día. La rodilla operada exigía una pausa por mucho que no quisiera escucharla.

—No te preocupes, no hay pérdida.

Ramón sonrió con más confianza que la que sentían mis huesos. Me agarré a sus enseñanzas, que ya iban por la docena, y me dije que cambiaría mis palabras y, de paso, mi realidad. «Matilde, todo saldrá bien. Te acompaña hasta el mismísimo tren. Te subes, te pegas a la puerta y cuando sea tu parada, pum, te bajas y listo. Así apareces con casi una hora de margen para otro café y, mira, le añades un cruasán o un *cres* de chocolate que haga balate, vaya que la cena sea de pitiminí y te quedes *enmallá*. Venga, tú eres una leona, vieja, pero leona».

Ramón me ayudó a comprar el billete en una de las máquinas de la entrada. Con los nervios, y quizá alguna copita de vino de más, no localizaba la opción en español y, siendo sincera, lo mío era entenderme con una persona de carne y hueso, no con una máquina roñosa. Cinco minutos después, bajamos un par de tramos de escaleras hasta un andén con olor a pis.

—Matilde, qué alegría conocerte. Espero que el resto del viaje transcurra de fábula. Déjate sorprender por la ciudad, los mayores tesoros aparecen sin previo aviso. Y, recuerda, llámame si necesitas ayuda o simplemente te apetece otro café. —Se afiló el bigote—. ¡Ah! Y dile a Nacho que escriba una reseña en la web de los *tours*. En vez de Ramón, que indique Miguel, el nombre de mi nieto. Así sumas a que continúe con este trabajo.

—Gracias a ti —respondí sorprendida por un nudo en el pecho—. Me has regalado un día estupendo, no te imaginas la falta que me hacía.

La vitalidad de París me embriagó y, por unos minutos, me olvidé de mis complejos y de las miradas del resto de viajeros. Abracé a ese hombre que, cuando lo conocí, me pareció tan… pintoresco, pero que con el paso de las horas me confirmó que las apariencias mienten más que las palabras.

El rugido del tren nos avisó.

—Es el tuyo. Recuerda, bájate en la estación de los Campos de Marte, *Champ de Mars*. La locución mencionará también la Torre Eiffel. De todas formas, cuenta cuatro paradas.

—Sí, sí, tranquilo. No me voy a perder. —Le di un último apretón de mano. Él sonrió—. Cuídate mucho.

Si el andén olía mal, el vagón no presentaba un ambiente más agradable. Una nube de sudor rancio y perfume dulzón me revolvió el estómago. Me atrincheré en la barra de hierro junto a la puerta e intenté que los bamboleos del tren no me perturbasen la cabeza. A falta de dos paradas, tres chicos rubios, que parecían amigos, comenzaron a gritarse, supuse que insultos. El

más alto le soltó un puñetazo en la nariz al bajito. La sangre a borbotones y el miedo a que esa furia se desplegase hasta donde yo me encontraba, me clavó aún más la barra entre las manos. Cuando me apeé, el suelo de la estación se asemejó a un charco de arenas movedizas. Salí a la calle empapada de sudor y con el corazón en guerra. Me senté en el primer banco que vi y cerré los ojos.

«Ole tú, Matilde, casi devuelves la primera papilla, pero lo conseguiste, ¡ole, ole y ole! Que te has montado tú solita en un gusano de esos y no solo no te has perdido ni te has meado encima de los nervios con los tres energúmenos, sino que tampoco has tenido que preguntar a nadie cuál era tu parada. Respira una miaja, sosiega esas arcadas y prémiate por lo bien que lo has hecho».

Cuando me incorporaba en busca de algo dulce, sonó el teléfono. Era Ana.

—Hola, hija.

—¡Hola, mamá! ¿Cómo estás? Te has tomado muy en serio lo de olvidarte de nosotros, ¿tres mensajes mal contados te parecen suficientes? —Su tono de burla desembocó en una sacudida de carcajadas diminutas—. Es broma. No te has ido a París para informarnos de cada paso. ¿Te está gustando la ciudad?

—Uy. —Me volví a sentar en el banco con la mirada fija en esa agua que se mecía en una nana—. ¡Esto es una locura! ¿Cómo no me habéis arrastrado antes? ¡Qué edificios, qué jardines, qué bollos! Todo brilla. Y me he subido sola en el metro. ¡Yo sola!

—¿Y la tía? ¿No está contigo? —Había metido la pata. La única opción disponible era una mentirijilla. Total, una más que menos, no se notaría.

—Sí, sí, está comprando un *cres* de chocolate en un puesto de aquí al lado. Me molestaba un poco la rodilla y, como no quería arruinarle el paseo tan bonito por el Sena, le he dicho: mira, María, me cojo el metro que son cuatro paradas de nada y te espero con un café caliente.

—Te has convertido en una aventurera. Con el miedo que te dio en Madrid. Te lo dije, todo saldría bien.

—¡Ah, importante! —Me golpeé la frente con la mano libre—. Dile a Nacho que escriba una seña, una peña o, como sea la palabra, de que el *tour*, que nos ha guiado Miguel, ha sido magnífico, que lo contraten porque es un muchacho fabuloso.

—¡Mamá! Quién te ha visto y quién te ve, dejando hasta valoraciones.

—Chica, una sabe modernizarse. —Ladeé la cabeza con chulería—. ¿Y tu padre?

—Está bien, en la huerta con Conchita. De hecho, te he llamado por eso. Le hemos confesado una cosilla y había pensado contártelo a tu vuelta, pero no me aguantaba las ganas…

—Ay, Dios mío, ¿qué habéis hecho? ¿No os habréis cargado a vuestro tío y lo habéis enterrado entre los olivos? Yo tampoco me trago que el encuentro con María y tu padre fuese civilizado, pero ¡no me seáis delincuentes! Que a mi edad no me cuadran las visitas a la cárcel. Si me queréis, me lleváis de viaje, no a llorar detrás de un cristal.

—¡Para, para! —Escuché cómo se tronchaba—. Qué desperdicio de talento creativo. Si te conocieran los de Netflix, te rifaban. —Soltó una carcajada que terminó en suspiro. Tamborileaba sobre una mesa, supuse que la de la cocina—. La noticia es otra.

—¿Te has reconciliado con Pablo? —Me levanté de un salto—. Ese muchacho es un cacho de cielo, yo no sé qué os ha pasado, pero seguro que lo solucionáis.

—Mamá —me cortó con un tono brusco—. Sé que quieres a Pablo como a un hijo y que a veces lo llamas a escondidas. No me molesta, es un gran padre y amigo, nada más. Nuestro amor se acabó, así que, por favor, no esperes un milagro porque no sucederá.

—Hija, yo…

—No necesito que te disculpes, solo que me escuches, ¿de acuerdo? —Asentí en silencio, aunque no me viera—. Hace unos años tuve una idea a la que no presté atención. Se quedó ronroneando en mi cabeza y, conforme pasaba el tiempo, el ruido fue ensordecedor. La búsqueda de la tía no solo te ha animado a ti a cumplir un sueño. Le conté el mío a Conchita y a ella le ilusionó también. —Cogió una bocanada de aire—. Después de un montón de papeleos, reuniones y permisos lo hemos conseguido, mamá.

—¿El qué? —Me santigüé.

—Nuestra propia empresa. Hemos fundado La cesta de Matilde, una web en la que eliges entre varios tamaños de cestas de fruta y verdura de temporada y te la enviamos a casa. Todo producto alpujarreño. Hemos hablado con decenas de agricultores de la comarca y, entre ellos, y la finca de Conchita, arrancamos. También ofrecemos otros artículos como aceite o miel. Falta confirmar un detalle contigo, nos gustaría que el logo sea tu imagen, una especie de dibujo de tu cara en blanco y negro. No sé si me explico, Nacho te envía el boceto.

Enmudecí. Me apoyé contra el respaldo del banco para no resbalarme como el par de lágrimas que me acorralaron desprevenida. No era la cesta de María o Paco, era La cesta de Matilde, un negocio con mi nombre. ¡Con mi nombre y mi cara! Mis hijas no me odiaban, ni se avergonzaban. Estaban orgullosas, ¡orgullosas de mí!

—Mamá, ¿qué te parece? Si no te gusta la idea, lo cambiamos.

—No toquéis nada, ¿me oyes? —Me sorbí los mocos—. Ni una arruga.

37

No digas la verdad

Pedro divagó más de lo que esperaba sobre esa pregunta que le lancé. Un pellizco me arrugó el corazón, machaqué una carcajada irónica en los pulmones. ¿Cómo se me ocurrió la idiotez de que no renunciaría a mí? Cuando abandoné El Médano me juré que el amor nunca más se colaría en mi vida. Dos experiencias y a cuál más desastrosa, especialmente, con el poeta. Hay amores que marcan y deforman. Relaciones en las que el tiempo es una quimera, quien ha caminado con la carne en llamas, reconocerá que ciertos rescoldos nunca se apagan, por mucho que mintamos a nuestro entorno, a nosotros mismos. Envidiaba a los que todavía eran un bloque de mármol intacto: la magia de experimentar por primera vez, la inocencia de creer que todo es posible, incluso de respirar bajo el mar.

—No tengo una respuesta. —Se rascó la barbilla.

—Tampoco me la debes, es una invitación a que dialogues contigo.

—Me interesa más otra pregunta. —Fruncí el ceño—. ¿Creaste tu propia familia? —Guardé silencio, sopesé qué contestar—. Has mencionado a tus hermanos y a Adelina. No llevas alianza, tampoco eso implica nada. —Me desgranaba los dedos—. Decenas de parejas no la usan. Un círculo de metal, incluso de oro macizo, no asegura que el amor sea eterno.

Revisé la plaza. Los abuelos con sus nietos de la mano y las carteras del colegio. Los adolescentes que se comían tras las columnas. Los solitarios que deambulaban con la mirada pensativa, como si en esos granos de arena se escondiese la revelación que les devolviera el orden. ¿Cuáles eran sus historias más íntimas? ¿Quería desvelar yo la mía?

Me estiré sobre el césped aún en silencio. Mis recuerdos se entremezclaron con el juego hipnótico de esas nubes que gritaban y que no supe descifrar. Buscaba tiempo, que el reloj corriese a mi favor mientras mi mente, extenuada por el alud de recuerdos desde que emprendí aquel viaje a París, hallaba la fórmula que impostase una voz rotunda. Con el transcurso de los años y la aparente solidez de nuestro amor, dibujé una casa repleta de colores vibrantes, gemidos a medianoche, fiestas improvisadas sobre la mesa del salón, similares a nuestra primera nochevieja. Cuando esa fotografía idílica se trituró en un confeti ácido, rogué que el agujero en mis entrañas dejase de doler. Una autómata ansiosa por un elixir que le devolviese la calidez a los huesos tras años en una cueva de la que no terminaba de salir.

Creí que ese jugo sedante se personificó la mañana que Manuel entró como repostero en la cocina del hotel de El Médano, esa que dirigía Adelina. Su fuerte acento canario, la piel bronceada junto al pelo cortísimo y sin barba, incrementaba el verdor de sus ojos. Un polo opuesto a la imagen de Pedro, un arrecife en el que ni un fragmento de coral se asemejaba al poeta.

—*Mocina*, te arden las mejillas, ¿no tendrás fiebre? Que los resfriados de noviembre son

los peores. —Me había colado en la cocina a por un café. La asturiana me acarició la frente. Mis ojos controlaban los movimientos firmes de ese tinerfeño que batía huevos y añadía levadura, harina y azúcar a cucharadas—. Ya veo, el calor es por la isla.

La zalamería de Manuel, o Lolo, como le apodaron el resto de compañeros, y mi desesperación por extinguir esa soledad que me hastiaba, incrementó mis visitas a esos fogones con olor a casa. Cualquier pretexto me valía, desde servir el desayuno a los huéspedes más espléndidos, a los que las tostadas sabían más dulces entre las sábanas, sorprender con pequeñas exquisiteces a los recién casados o, simplemente, tomarme un café tras otro a causa de una tensión baja. Ignacio, el dueño del hotel, más que satisfecho con esas atenciones que había inventado, con las propinas y las recomendaciones; lo que nunca supo es que mi conducta servicial no ambicionaba la grandeza de aquellas paredes.

—Prueba esto —dijo Manuel con un trozo de milhojas. Intenté arrebatárselo—. ¿Vas a morderme la mano? —Me guiñó y acercó aún más ese pedazo dulce a mis labios hambrientos.

—¡Está buenísimo! —Mi barbilla se cubrió de azúcar glas. Con un roce de su pulgar por mi piel y, de ahí, a su boca, la derritió. Un ardor volcánico burbujeó en mi bajo vientre—. ¿De qué lo has rellenado? ¿Nata?

—No, es un poco más dulce y esponjosa. Me la enseñó la semana pasada un chef francés que se hospedaba en el hotel: crema chantillí. —El baile de su seseo me rizó los oídos.

—No sabía que te relacionabas con los huéspedes, pensaba que no salías de la cocina.

—Técnicamente, entró él.

—Adelina no lo ha mencionado —respondí y cogí otro trozo de milhojas, esa vez, de la bandeja en la que reposaba el resto.

—No lo sabe, ya se había ido. Yo preparaba unas masas para el día siguiente cuando ese hombre calvo pidió conocer la cocina. Y, entre una cosa y otra, me explicó el truco de la crema chantillí. —No me fijé en que su sonrisa canalla reflejaba demasiadas sombras—. Mejor no se lo cuentes, ya sabes cómo se puso cuando cambié la carta de postres. ¿Para qué disgustarla por una *machangada*?

Pero las tonterías más absurdas ocultan las intenciones más salvajes. Aquellas en las que la oscuridad se ha tragado la luz que anticipa el trueno.

Las semanas se despejaron. Mis paseos a solas por la playa cercana al hotel mutaron en pequeños banquetes de tartas de chocolate con mango, empanadillas de canela y manzana, bizcochos de naranja y limón, en definitiva, de mucha azúcar. Tanta, que la mano de esas tentaciones me acuchilló el estómago.

—*Mocina*, sé que nadie me ha pedido opinión, pero tú eres como una hermana y ese Manuel no me gusta. Un niño guapo y todo lo que tú quieras, pero no es de fiar. ¿Sabes que ha colado a huéspedes en la cocina para pavonearse con sus creaciones? Ese muchacho no tiene la mirada limpia. Lo siento aquí, *mocina*. —Se apuntó en el pecho—. Quiero que seas feliz y formes tu familia; con ese tipejo, no.

—Si dieras más libertad, nadie te ocultaría nada. Sé que trabajas bajo mucho estrés, como todos, pero a veces tus contestaciones son… —Me estiré la falda del uniforme, intentaba traspasar mi enfado a las arrugas de la tela burdeos—. Son duras como el carbón y, Adelina, ya no estás en Asturias.

—Encima que te protejo, lo defiendes. —Lanzó el trapo con el que se secaba las manos tras lavar las verduras para el pisto de ese mediodía. Se colocó en jarras—. Esto no hay quién se lo crea.

—No necesito protección. Sé cuidarme sola.

—¿Ah sí? Como en estos tres años y medio, que si no te empujo la comida, estarías aún más esquelética. ¿Acaso te he metido prisa durante este tiempo? ¡Jamás! Ahí he estado, aguantándome las ganas de abofetearte para que espabilases. Que el amor nublará —clamó al cielo con las manos—, pero ¡no te atontes!

—Quizá la que me atontas eres tú —respondí con la mirada cortante, un resoplido sordo me crujió las aletas de la nariz—. ¿Me deseas una vida aburrida como la tuya con Andresín? Que solo habláis de ahorrar para unos niños que no llegan. Ni una mísera alegría os habéis dado en este tiempo, igual si no te embarazas es por algo.

—No te reconozco, María —respondió con un reguero de lágrimas que no recogí—. De verdad que no.

Si el agujero que Pedro me abrió en las entrañas dolió, el socavón entre nosotras fue insoportable. A pesar de todo, la rabia me cegó y la aparté de mi vida. Una tirita arrancada sin dudas ni remordimientos. Manuel insufló ese odio con acusaciones sobre Adelina que creí reales, como que me criticaba en la cocina cuando yo abandonaba esas paredes atestadas de especias. No quise aceptar los gestos que confirmaban que, ese chico de ojos verdes, se aprovechaba de mi hambruna. Llevaba demasiados años sin familia, tampoco contaba ya con mi amiga. Deseé que él se convirtiese en el hogar que tanto ansiaba, aunque fuese extremadamente caro. De la sospecha a la certeza hay un espacio tan minúsculo como una tesela de vidrio. El mismo cristal que se quebraría entre mis manos cinco meses después. La brecha que provocó mi marcha a Garachico.

Carraspeé y me tragué el regusto nauseabundo de aquellos días tan lejanos. Todavía no estaba lista para revivir esa escena en la que certifiqué que el amor no era para mí. Decidí, entonces, mientras el poeta esperaba mi confesión creando remolinos entre las hojas del césped y los restos del pícnic, que existía una forma de que no se me desmenuzara la voz con el pasado: ocultarlo. Un pinchazo de culpa me perforó el cuello, Pedro me había expuesto su vida sin pancartas ni farolillos, yo no podía. No quería volver ahí.

—Si he construido una familia… —murmuré—. Si te refieres a si soy madre, no. La maternidad no ha rozado mi cuerpo, pero sí he forjado otro tipo de familia. —Acaricié la suavidad de la hierba, visualicé la piel de aquellos que quería—. Adelina, Andresín, Simón, mi dulce Clementina. Y, ahora, también he recuperado a los Manzano. —Encogí los hombros—. No pido más.

—¿Te arrepientes?

—¿De qué? ¿De no ser madre? —Observé el cielo, una nube turbia se tragó otra algodonada. La humedad de la tierra me traspasó los vaqueros y me taladró la cadera—. He dudado, sobre todo, en los últimos años. Supongo que las caricias de la vejez me han convertido en una nostálgica. —Suspiré—. En realidad, no. No me arrepiento. Pesa más la incertidumbre que la pérdida. Acepto que era la vida que me tocaba, la mejor que había para mí.

—Entiendo. —Se aclaró la voz e insistió—. Pero y si cambiases algo, por ínfimo que sea, ¿qué hubieras hecho diferente?

—Escuchar a la asturiana, no discutir cuando intuía con más precisión que yo y, por supuesto, no desvelar la receta del bizcocho de limón de mi madre. El cofre de algunos secretos es el silencio. —Giré el rostro, su vista perdida en la danza, cada vez más vehemente, de esas nubes negras—. ¿Y tú?

—Es curioso. —Expulsó el aire con rudeza—. Tú escucharías más a Adelina, yo todo lo contrario. —Se inclinó y nuestras miradas chocaron—. Insistir más, no conformarme con su respuesta.

—¿Cómo? —Me senté. Pedro se incorporó de rodillas—. ¿Qué respuesta?

—Que no querías verme, que te habías marchado de la isla. —En un baile frente al espejo, nos pusimos de pie. Las manos me sudaban a pesar del frío repentino. Quise agarrarlo, que me sostuviese. Fui incapaz, tocarlo suponía destruir aquel paréntesis dulce entre vino y quesos franceses, la ilusión que había edulcorado la realidad—. Me mintió, nunca te moviste de allí.

—¡Sí que lo hice! —Un grito ahogado se escapó de la embestida que intentaba doblegar —. De El Médano a Garachico, del sur al norte cuatro años después de aterrizar en la isla. ¿Cuándo hablaste con Adelina? ¿Cuándo…? —La saliva pastosa me impedía tragar, atrapar una hebra de aire. La imagen de esa plaza se emborronó. Junto al replique de las cinco en una iglesia cercana, expulsé el último hilo blanco con la esperanza de que sus palabras fuesen otras—. ¿Llamaste? ¿Escribiste?

—No, María. —Me sujetó por los hombros, el calor hogareño de sus manos apenas me caldeó la piel. Negó con la cabeza hasta que su mirada repleta de abejas me picó sin concederme el antídoto que le rogaba—. ¿No te lo dijo? Fui a Tenerife a por ti. Muy tarde, pero fui.

38

La felicidad se escapa

Me hechizaron cuando le colgué a Ana. La boca sequísima y, aunque me senté otra vez, la cabeza volaba en la noria de la feria. Ni la masa de nubes, que poco a poco oscurecían la tarde, me secaron el sudor que me había empapado el jersey.

«Un negocio, Dios mío, un negocio. La madre que las parió con los cuchicheos. ¿Por qué no me lo dijeron desde primera hora? ¿Y si el avión se escacharra? Ale, a estirar la pata sin saberlo. ¡Qué más da, Matilde! Ya te has enterado y respiras. En internet no hay secretos, como la cesta se haga famosa y tu cara por medio mundo. Uy, a ver si necesitan un viajante y voy yo más ancha que pancha con mi maletita pregonando la calidad de La Alpujarra y de mis hijas. No, si al final Paco y Ramón llevaban razón, si las montañas tienen mucho fruto que ofrecer. Entonces, no queda de otra, el problema es mío, siempre ha sido mío».

La felicidad, que me hacía cosquillas desde las primeras palabras de Ana, empezó a deshilacharse. Me restregué la cara con las manos. Saqué la botella de agua del día anterior, que todavía guardaba en el bolso, y le di un trago largo, me supo a los tés rancios que bebe mi hija.

«Matilde. Calla esa maldita lavadora y no jodas la marrana, que eres oportuna hasta para ponerte mística. Hace cincuenta años las pantallitas no existían y o te largabas o te amoldabas a las papas que hubiese. Y tú te has tragado incluso las podridas. Así que sí, habrán acertado, la vida en los pueblos es fabulosa, pero eso es ahora que el mapa lo manejas con cuatro flechitas. Déjalo en empate, ni para ellos ni para ti. Total, qué importa quién tenga razón, céntrate en vivir».

El sonido de una campanilla me avisó del mensaje y me sacó de la conversación conmigo misma. No era María, sino Nacho en el grupo Los Manzano.

Nacho 18:27

¡Abuela! ¿Cómo vas? Espero que estés fundiendo París y la lista, ¡eh! Mi madre dice que ya sabes lo de la web, ¡vas a flipar con el logo! Es un boceto que he hecho con un programa mientras contratan a un diseñador, aunque yo creo que tiene mucha calidad. Bueno, abuela, ¡disfruta a tope! ¡Y cumple la lista!

Unos segundos después, me personifiqué en blanco y negro, sujetaba una cesta, debajo, con letras gorditas: La cesta de Matilde. De La Alpujarra a tu mesa. Otro reguero de lágrimas me empantanó la cara; la pantalla del móvil, pringosa.

—Menos mal que han escogido una foto en la que salgo favorecida, si me la hiciesen ahora… —dije en voz alta—. Ay, Dios mío, gracias, y no porque esté un poquito achispada, que tú sabes que yo tengo mucho aguante. Aunque no nos hayamos entendido bien, menudas me has liado estos años, gracias, gracias de corazón.

Matilde 18:39

Ole. ¡Me encanta! Guapa guapa
Esta noche llamo

Tras diez minutos de intentos, fue lo único que conseguí escribir. El temblor de los dedos no me daba para más. El resto de los Manzano coparon el grupo de vídeos de palmas, mensajes preciosos y mucho confeti. Apreté el móvil contra el pecho, cómo me hubiera gustado abrazarlos y descorchar un champán. Esa noche abrirían una botella de vino y cenarían los canelones de Ana, su receta especial para Navidad y días importantes, y yo me lo perdía por mi ansia con París y disfrutar sin ellos, sola... Comprendí que todos estos años los había culpado de la negrura de mi vida cuando, en realidad, se habían esforzado en regalarme una alegría tras otra y, también, algún disgusto, para qué mentir. Me obcequé con las posibilidades de fuera, no asimilaba las de dentro. Reescribiría muchísimos detalles, pero ninguno relacionado con mi familia, sino con los tiempos que me habían tocado.

«Venga, Matilde, no cambias nada con martirios y lloriqueos. Hoy celebras que París te está espabilando y que tus hijas son dos soles más grandes que Notre Dame. Además, por la hora y sin noticias de María, es otra que seguro que tiene mucho por lo que brindar. Menuda bandida y eso que no quiso que le enviase el mensaje a Pedro. Resulta que esta ciudad nos ha recibido con un sorpresón tras otro, ¿qué será lo siguiente? ¡Menuda pánfila! Y yo preocupada por lo que ocurriese. ¡Gloria bendita! Eso es lo que pasa. Cuando la vida habla, hay que escucharla».

Me soné los mocos, respiré profundo y seguí los últimos metros de la flechita hasta el muelle junto a la Torre Eiffel. Cuando distinguí a esa señora de hierro, se me partió la mandíbula. ¡Qué barbaridad! Pensaba que era grande, me pareció inmensa, diría que se inclinó a saludarme. ¿Cómo habían armado semejante esqueleto sin que se cayese? Compré una brazada de llaveros con esa torre en miniatura, y los guardé en el bolso con un tintineo de cascabel de gatos. ¿Qué pinta tendría París desde arriba? Era la segunda propuesta de Conchita, pero no quería cumplirla de nuevo sola...

Aún embelesada con esa señora, los gritos de uno de los marineros me recordaron que en menos de media hora zarpábamos y María no había aparecido. No quise molestar, pero la urgencia me obligó. La llamé siete veces, en todas colgaba. Un nudo me engarrotó el cuello. Le supliqué al universo que si no se presentaba, que no fuese porque estaba muerta, sino haciendo el amor.

39

París se vistió de negro

Dos frases y dilapidó el resto de mis cimientos. No podía creer que fuese a la isla después de tanto tiempo, mucho menos que Adelina me mintiese. Ella no era así, o ¿acaso no conocí a mi mejor amiga? Un dolor hueco me estranguló las costillas, los pulmones apenas se expandían, el aire era insuficiente para aclarar la avalancha de imágenes que desfilaban ante mis ojos. Mis pies se anclaron al suelo como si unas cuerdas ásperas me rasgaran los tobillos. Debía de tratarse de una pesadilla, de una mucho peor que la que me enclaustraba entre paredes de adoquines en las calles centrales de Madrid.

—No puede ser.

Negaba con la cabeza, una cascada de canicas rebotaba en el interior del cráneo. El ruido ensordecía mi templanza. Adelina no, ella me quería, éramos como hermanas, ¿por qué me traicionaría así? El golpe de una de esas canicas agitó la humillación por la maternidad que no cuajaba, ¿era su venganza? ¿Guardó ese rencor hasta cobrárselo?

—No puede ser —repetía en bucle. Pedro me sujetó por los codos, detuvo las sacudidas de mi cabeza. La piel de sus manos dibujó tatuajes abrasivos sobre la mía. Rogué que la tierra se abriera y me devolviese a una semana atrás, cuando aún la aventura parisina era un premio a la resiliencia.

—Escúchame, por favor. —Abandonamos los restos de ese pícnic sobre el césped y me guio a un banco próximo, las palomas festejaban nuestra huida—. Poco después de que os mudaseis a Tenerife, dejé la taberna y me trasladé a París. Creí que en estas plazas me olvidaría de nuestra historia, comenzaría una nueva, publicaría un poemario tras otro. ¿No es una de las cunas del arte y la literatura? Aquí debía estar, pero ya te dije esta mañana cómo fue: un infierno. Esperé cuatro años con la convicción de que no lo había intentado lo suficiente, que era cuestión de tiempo, de contactos. Mi situación no mejoraba y tú tampoco desaparecías. —Se tocó el pecho—. Todo era un desastre, una maldita pesadilla, hasta que no aguanté más. Pedí dinero a un amigo y te busqué con la esperanza de que me perdonases, aunque fuese demasiado tarde. —Tragó saliva y se masajeó la barba, agarré el borde metálico del banco, su rugosidad me cortó la palma de la mano—. Me preparé para tu rechazo, para que me cruzases la cara, pero no para que no estuvieras en la isla. Adelina me aseguró que hacía menos de un mes de tu marcha y que ella no sabía a dónde habías ido. Se me ocurrió Madrid, tampoco te encontré en nuestras calles. Trabajé unos meses en la misma taberna hasta que ahorré lo suficiente para devolverle el préstamo a mi amigo y regresar a París.

—No lo entiendo, no lo entiendo. —Me apreté el puente de la nariz, teñí de sangre la mejilla, el olor fétido de los recuerdos era insoportable—. Cuatro años, cuatro años. —Expulsé un soplo con mucho más que aire, Pedro recogió una de las servilletas del pícnic y me limpió la

sangre. La suavidad de sus movimientos acentuó mi desconcierto—. Me estás diciendo que como no triunfabas en París decidiste que quizá todavía te esperaba con los brazos abiertos, como un segundo plato listo para que lo recalienten, y que, además, Adelina lo sabía y nunca te mencionó. —La traición avivaba una lumbre que desencadenaría un incendio, uno ingobernable que me provocó un enfrentamiento con una María tan devastada que la única escapatoria fue devolver el ataque, aunque se lo asesté a quien no se lo merecía—. Pedro, si es una broma, no tiene gracia. Cuando me conociste era una ingenua, pero te garantizo que ya no soy esa chica. No juegues conmigo, mucho menos con alguien que no puede defenderse.

—María, sé lo que parece, pero no te miento. ¡Créeme! —Se incorporó y deambuló en círculos, se toqueteaba la melena. Se sentó con un fuerte golpe sobre el respaldo del banco—. Fui un cobarde. Te lo he dicho, lo quería todo, ¡todo!, y me quedé sin nada. Nunca pensé que con mi mera aparición te recuperaría, pero, al menos, esperaba reconquistarte, empezar de cero. Concedernos otra oportunidad. Merodeé varios días por el hotel antes de mi conversación con Adelina, tu ausencia y sus palabras me certificaron que no mentía, salvo en que desconocía tu paradero. Intenté dar con Andresín, ella debió advertirlo, así que acepté que no querías verme, que ordenaste que nadie me indicara tu dirección.

—Es increíble. —Suspiré—. Nunca pedí que te ocultase nada, por un detalle muy simple, después de cuatro años sin cartas, sin llamadas, sin un tímido amago de volver, di por hecho que aquello por lo que me dejaste había brotado mientras que yo solo fui un pasatiempo con el que aligerar la espera. Lo que no entiendo es por qué Adelina mintió. Además, si me amabas tanto, ¿por qué te rendiste con el primer obstáculo tras un viaje así de largo? —Me incorporé con la boca cargada de azufre. Mi cuerpo se diluyó en lava burbujeante. No me reconocí, un ser demoníaco amordazó a la María dulce e incitó a una bestia tejida por los jirones del dolor más profundo—. Este día ha sido un error, nuestra historia, otro más. ¡Se acabó! No permitiré que trastoques la imagen de Adelina, no dudaré, otra vez no. Es imposible, no me mentiría. Si te has inventado esta historia después del numerito del pícnic para embaucarme, te has equivocado. Yo no soy de esas mujeres que te calientan la cama en París. Nunca lo fui.

Le di la espalda y caminé hacia la salida opuesta a la que accedí a la plaza. El crujido de la arena me erizó el vello de la nuca. Me pareció que se posaban sobre mí las miradas de aquellos que colmaban ese lugar que, a primera vista, fue tan bello, pero que destiló un tinte macabro. Me sentí escaneada, juzgada, desnuda sin ser consciente de que hubiese perdido la ropa palabra a palabra.

—María, espera, por favor. —Me agarró por la muñeca y me detuvo.

—¡Suéltame! —grité con un arañazo en la garganta. Lo miré con odio, con la incredulidad de que aquel día era aún peor que la mañana que me plantó en Madrid. Me tendió el bolso y la cazadora roja que olvidé con el ímpetu de mi escapada.

—María, ¡escúchame!

Unió las manos, rogó clemencia, ¿quién la tuvo conmigo? Primero me traicionaron mis hermanos, después Pedro, Manuel, Matilde y, ahora, Adelina. ¿Quedaba alguien sin ponerme la zancadilla? Perdoné cada traspiés, estaba asqueada de mi empatía, de comprender los zapatos ajenos, ¿para qué? Era más que evidente, nadie había usado los míos. Me veían como esa niña a la que le aterraban las gallinas, como a esa muchacha que creía en el amor, como a esa mujer que siempre encontraba una maldita justificación para el daño que provocaban los demás.

—Olvida que existo. No te atrevas a buscarme.

Sus ojos derretidos no me conmovieron esa vez. Apreté el paso y me adentré en una red de calles en las que ansié que me tragasen cuanto antes. Choqué con varios peatones, el claxon

de un monovolumen me avisó de un inminente atropello. Las lágrimas quemaban como agua hirviendo, como goterones de una lluvia ácida que no tardaría en aparecer.

Las instantáneas de ese día junto a Pedro se entremezclaban con los recuerdos de Adelina, con el sabor de cafés demasiados calientes y repostería excesivamente dulce. Deambulé lo que me parecieron meses. Me daba igual París y su belleza, quería alejarme cuanto antes del foco del dolor. Esconderme en mi hotel y que aquella tortura terminase de una vez.

Rebusqué en el bolso, no localizaba el dichoso móvil. Volqué el contenido sobre la primera mesa de un café que hacía esquina. A pesar del temblor de las manos, me colé en la página de la compañía aérea y comprobé el siguiente vuelo a Tenerife. Eran las siete y cinco, llevaba más de una hora desorientada. Cuando me dispuse a comprar el billete para el vuelo de las diez, Matilde llamó. Cada una de las siete veces que intenté presionar el botón de pago, su insistencia me lo impidió.

Grité acorralada, golpeé la mesa con el móvil, rebotó contra el suelo. Una tela de araña afloró en la pantalla. Un camarero me ofreció un vaso de agua y pañuelos. Al tragar ese líquido con sabor a alcantarilla comprobé la magnitud de las heridas. Con la última llamada, paré un taxi. Me marcharía esa noche, antes quedaban unas cuantas palabras que decir.

40

La tormenta arreció con fuerza

La euforia por La cesta de Matilde se esfumó como el cardado de mi pelo. En menos de diez minutos arrancaban motores para ese ansiado paseo romántico por el Sena. Mientras aguardaba con un taconeo, que ni el del mejor tablao flamenco, decenas de parejas engalanadas cruzaron la pasarela en la que un marinero con gorra azul revisaba el reloj.

—Espere cinco minutos. ¡Solo cinco minutos más! —grité con la palma abierta para que comprendiese mi desesperación. Asintió tras consultar de nuevo el reloj y la lista de invitados a una fiesta que se aguaba antes del primer brindis.

«Viva está porque cuelga cada vez que llamo, pero ¿qué hace tan importante para que no responda, aunque sea para decirme que está tan ocupada que no vendrá? Mira que por muchas carantoñas con las que se esté homenajeando, me podía enviar un mensaje y no tenerme como a un niño la mañana de Reyes cuando teme que le traigan carbón».

El chasquido de un taxi negro, que frenó a un par de metros del muelle, me despertó. Se abrió la puerta y vi a María intacta, respiré como si no lo hubiese hecho en mis setenta y cinco años. Esa alegría que había caldeado aquel viaje a París y la noticia del negocio de mis hijas retumbó de nuevo con la intensidad de un par de truenos sobre nuestras cabezas. Mi entusiasmo por su llegada me confundió. Achaqué la congestión de su rostro al apuro de su retraso después de dejarme sola toda la mañana y gran parte de la tarde.

—¡Ay, María! ¿Dónde te metes? —La estrujé, no me devolvió el abrazo—. Vamos, vamos, que quedan tres minutos para que empiece el paseo. Ahora me cuentas cómo ha ido ese café, comida y postre, porque, Señor de mi vida y de mi corazón, lo que se ha estirado el sábado. ¡No lo adivinarás! Mis hijas van a abrir un negocio con mi nombre y mi cara. ¡Con mi nombre y mi cara! ¿Te lo puedes creer? Yo estoy todavía en *chock*. —La cogí del codo y tiré, no se movió —. Venga, vamos, que ese chiquillo de la gorra no nos quita ojo y no va a esperar mucho más.

—¿Nunca te cansas de hablar y mangonear a la gente? —El tono áspero me avisó, yo continuaba ciega.

—¿Cómo dices?

—Lo que escuchas. —Me apartó la mano, que todavía le sujetaba el codo, con una mirada de asco, como si mi piel fuese una bayeta vieja llena de mierda—. Que si nunca te has planteado lo egoísta y egocéntrica que eres.

—María, yo… no te entiendo. —Recogí las manos sobre el pecho, una bola me apretaba la garganta. Los labios me temblaron, los ojos se abarrotaron de lágrimas—. ¿Qué he hecho mal? ¿Es por el café con Pedro? ¿No ha ido bien? Yo… —La voz se me quebró, ¿por qué me había entremetido? ¿Qué había pasado para que no la reconociese? Su ternura se esfumó. Esos ojos preciosos reflejaban los del mismísimo demonio—. Lo siento mucho… solo quise ayudar.

—Con ayudas como la tuya y la de Adelina no sé cómo no colapsa el mundo. —Cruzó los brazos al ritmo que endurecía el cuerpo, su discurso.

—¿Qué tiene que ver Adelina con el café? ¿No me digas que se os ha aparecido en pleno acto?

—No, para escenas fantasmales te tenemos a ti en la tierra. —Su carcajada hueca desprendió un regusto amargo—. ¿Quieres saber la mejor forma de ayudar? Cierra la boca y no te metas en la vida de nadie. ¿Quién te crees que eres? ¿La alcahueta del pueblo? No me extraña que no tengas amigas, a veces eres insoportable.

Estiró la mano, atravesó la carne y me espachurró el corazón. No entendía nada. ¡Nada! Si estaba tan enfadada con mi mensaje a Pedro, ¿por qué había alargado el encuentro? ¿Y por qué me trataba así por un estúpido *guasa*? Las rodillas se doblaron, me agarré a la barandilla de la pasarela y cabeceé. Eso no podía estar pasando, era una pesadilla. Me había traspuesto con el traqueteo del barco y mi mente cineasta había montado una película de terror peor que las que le gustaban a Nacho. Me pellizqué y certifiqué que no era ningún sueño, que el dolor que se relamía hasta con las arrugas era más real que la Torre Eiffel a mi espalda. La última estocada me partió la cara.

—Me voy esta noche, este viaje contigo ha sido el mayor error de mi vida.

Giró sobre sus talones y cruzó la calle. En menos de un minuto, la perdí de vista. No moví un músculo, ni siquiera grité su nombre. «La vida no me está haciendo esto, no, tiene que ser un malentendido, seguro que es uno de esos arranques como los que me dan cuando los nervios me vuelven medio loca y no sé cómo leches manejarlos. Mañana lo veremos todo más claro, porque eso de que se va esta noche es un impulso de los que se dicen sin pensar, ¿verdad, Señor? ¡Tiene que ser eso, tiene que ser eso! María no puede irse así, ¡no, no, no! ¡No puede irse! Que yo me he equivocado, pero tampoco es para tanto, ¿no? Si ha perdonado hasta a Sebastián, ¿por qué a mí no? ¿Por qué siempre lo hago todo mal?».

El chico de la gorra azul me tendió la mano y, sin palabras, me condujo a la mesa en la que tendría que haber cenado con María. Abrió una botella grande de agua y me sirvió un vaso que apenas tragué. El rumor de los pasajeros y la música de piano en directo amortiguaron el estruendo de mis pensamientos, las ganas de arañarme. Minutos después de que zarpase el barco, distinguí una puerta de cristal en la zona trasera, tras ella, una especie de terraza. No podía respirar, necesitaba una bombona de oxígeno. Me levanté tambaleante, los ojos me ardían. Atravesé la puerta, subí un par de escalones y me senté en un asiento de plástico verde. El viento gélido me recordó al de Sierra Nevada y Sierra de Lújar cuando se copan de nieve. Cortante como el cuchillo de un carnicero. Eso había hecho, descuartizar a mi familia, despiezarla, ¡roto por completo!

Si se subía a ese avión y no volvía a vernos, Paco no me lo perdonaría jamás. ¿Cómo regresaba al pueblo después de lo ocurrido? ¿Cómo me presentaba y admitía que mi bocaza le había arrebatado a su hermana?

La tormenta, que avisó durante las últimas horas, descargó una furia idéntica a la que María me había vomitado. En pocos segundos, chorreaba; no me inmuté. Volqué medio cuerpo sobre la barandilla; las olas, que formaba el bamboleo del barco, se bebieron mis lágrimas. La imagen de Juan, la culpa que callé durante años, se dibujó en esa agua turbia. Había vuelto a fastidiarlo todo, había reventado mi último sueño y, otra vez, arrastraba al resto hacia un pozo sin fondo, negro. ¿Y si ese río me tragaba a mí también y acabábamos con ese maldito juego?

41

Una conversación entre fantasmas

Le grité a Matilde como si no fuese la única que tuviese delante. Mientras mis palabras brotaban sin esfuerzo, se pasearon ante mis ojos aquellos que me arrebataron la alegría en algún momento. Todo lo que había engullido durante años se convirtió en un líquido nauseabundo que mi cuerpo ansiaba regurgitar cuanto antes. Y eso hice. Expulsé hasta que mi estómago recuperó su vacío.

Horas después de alejarme de ese muelle, empapada bajo una lluvia agresiva que dibujó un reguero de calles con olores aceitosos, reparé en que el perdón era la mayor de las falacias. Nadie perdonaba. Nunca. Jamás. Se colocaba un parche de supuesta absolución con el que se sobrelleva una herida que, si se hurga lo suficientemente bien, vuelve a supurar.

—Sabes que eso no es cierto.

Retrocedí unos pasos en busca del origen de esa voz tan conocida. Revisé cada rostro hasta que vi mi reflejo en el escaparate de una tienda de ropa que, a esas horas, dormía para que sus maniquíes pudiesen jugar. Cada poro de mi ser rezumaba agua en un torrente salado y pestilente que no distinguía entre la lluvia y las lágrimas. La camisa, adherida y sin brillo, como si ese blanco que me iluminaba se hubiese ocultado bajo una capa de gris marengo. Mi melena enredada y lamida, los párpados, al igual que la línea de mis labios, caídos; ondulaciones de un abismo del que parecía imposible salir. Junto a mí, se esbozó una sombra traslúcida de caderas pronunciadas.

—Tienes derecho a enfadarte, pero no a comportarte como una niñata malcriada. Nunca elegiste el papel de víctima; no empieces ahora, *mocina*.

Me sorprendió la naturalidad con la que mi mente exhausta y febril aceptó su imagen, la nitidez de su voz robusta. Los músculos de mi cuerpo acogieron con esperanza la posibilidad de que aquella tortura diabólica a la que los había sometido en las últimas horas me hubiese transportado a un limbo difuso en el que acunarme, incluso del que no regresar jamás. Acepté el juego como si la realidad fuese esa y no lo que veían los viandantes con paraguas: una mujer greñuda, de ojos hundidos y piel ceniza que hablaba sola bajo una tormenta que no daba tregua.

—Y, según tú, ¿cómo debería comportarme?

—Como siempre, con tu calidez. No eres la única que ha sufrido; tu dolor tampoco te da derecho a maltratar a los demás. Sabes muy bien, y por eso piensas que estoy contigo, que Matilde no tiene la culpa; quizá yo sí, pero lo único que te hemos ofrecido es ayuda.

—Y no poder elegir.

—¿Tú no te equivocaste también? ¿Recuerdas cuando fuiste a Gijón con Pedro para celebrar la publicación de su primer poemario? Le mentiste a Mercedes y Ricardo, inventaste una urgencia familiar. No tuvieron más opción que concederte esa libranza, ¿eso es dejar elegir?

—No es lo mismo, yo no hería a nadie.

—Y cuando le regalaste a Boby a mi hijo, ¿elegí si quería o no un perro?

—Pensé que así no se sentiría tan solo mientras os deslomabais trabajando. Un perro no es ocultar que el amor de tu vida te ha buscado en la isla.

—Es lo mismo, protección. ¿No te das cuenta de que cada día mi único objetivo fue cuidar a mi familia? ¡A ti, *mocina*! Que parece que no te entra en esa cabeza, tú siempre has sido familia. Siempre. ¿Cómo pretendías que te mandase a los brazos del poeta después de lo de Manuel? ¿Y si con la misma ventolera con la que había aparecido Pedro regresaba a su gran París? No podía, no me hubiese perdonado jamás que te volviera a hacer daño.

—También me podía haber hecho feliz.

—Eso no lo sabes, como yo tampoco supe si su intención era comer hasta hartarse y largarse con las tripas llenas. Fue una apuesta, la que intuí mejor para ti.

Aparté unos instantes la vista del escaparate en el que divisaba el reflejo de la asturiana. Escurrí las puntas de la melena. Expulsé un suspiro, una bocanada del inframundo se abría paso desde mis entrañas. La cabeza me explotaba. La fiebre se presentó con un sudor viscoso que me cubría la espalda, con un calor humeante que me estrangulaba los ojos.

—¿Y por qué no me lo dijiste nunca? Ni siquiera en aquel viaje a Puerto de la Cruz. Allí nos confesamos muchas cosas, pero ni una palabra sobre Pedro.

—¿Qué sentido tenía, *mocina*? Quise irme en paz y, esa vez sí que miré por mí, me tranquilizaba la certeza de que permanecías protegida y no con ese recuerdo carcomiéndote. Posees infinidad de virtudes, dejar que la vida se divierta sin preocuparte no es una de ellas. En eso te pareces más a tu cuñada de lo que imaginas.

—Pensé que te vengabas… por nuestra pelea.

—No sé si me halaga que me creas con la inteligencia suficiente para armar un plan así de retorcido. Aunque me rompiste el corazón, jamás te guardé rencor. —Su piel glacial me acarició la mejilla. Ladeé la cabeza, me apoyé sobre la suya—. Estabas rota, buscaste un saco en el que descargar ese dolor y el que te pilló más cerca fui yo.

—Lo siento mucho. —Agaché la cabeza. Un leve mareo me tambaleó los pies. Coloqué la palma de las manos sobre el escaparate. Nos observábamos como si a través de ese cristal moteado existiese un pasadizo hacia el más allá.

—No hay nada que sentir, solo que entender. Sé que todavía te pellizcan las dudas, que la angustia te ha cubierto la memoria y no terminas de creerme. Te lo noto, estoy dentro de ti. —Su carcajada me dibujó una minúscula sonrisa—. Recuerda lo que pasó con Manuel, recuerda esos días que bloqueas en tu memoria, si te fijas en los detalles comprenderás mi empeño en protegerte, por qué acepté que te fueses tan lejos aun dejándome sola. —Su reflejo se diluía entre las sombras que proyectaban los maniquís y las farolas de esa calle, que con cada silbido del reloj, se vaciaba. Detuvo su marcha unos segundos más, era mi Adelina del alma—. Y haz el favor de comer algo caliente, aunque sea una porquería de hamburguesa. Mira qué hora; empapada, muerta de frío y sin cenar. No quieras convertirte en fantasma, para eso ya estoy yo.

42

El deshielo de Sierra Nevada

El barco retrocedía cuando ese muchacho con gorra azul se percató de que me había clavado bajo la tromba de agua que fregaba París. Necesité mucho más que una taza caliente de hierbajos con olor a manzanilla y una manta para recuperar el color. Mi cabeza se atascó en otro río, en ese deshielo de Sierra Nevada con el que mi único amigo me abandonó con la maleta hecha y los sueños sepultados bajo litros de agua.

—Juan, ven —susurré detrás del cortijo principal de la finca de sus padres—. Ya lo tengo todo listo, apenas una maleta. Cuanto más ligeros, mejor.

—¿Y por qué no esperamos al final del verano? Será más fácil encontrar trabajo cuando los talleres estén a pleno rendimiento, no hablemos de las redacciones.

—Esta noche es perfecta, ¿no lo ves? La noche de San Juan, la noche más mágica del año. Es nuestra noche y la única en la que estarán lo suficientemente borrachos como para no pillarnos. —Revisé mi espalda—. Yo no aguanto más, ¿no lo entiendes? Mi padre me vigila en corto, si hasta tengo que esconderme para hablar contigo no vaya a ser que se nos caliente la sangre. —Suspiré—. Quiero irme ya. Llevamos meses preparando el viaje, ahorrando. ¿A qué esperamos? ¿A que tu padre te obligue a casarte con Margarita?

—¿Cómo sabes eso? —Apretó la frente, sus ojos negros parecían dos botones diminutos.

—Lo escuché hablar con tu madre la semana pasada cuando iba al corral. Decían que tu finura y la tontuna de las cámaras se te quitará si formas una familia que te mantenga la cabeza ocupada.

Metió y sacó las manos de los bolsillos del pantalón gris. Se mordió el labio inferior. Los dos contuvimos la respiración. Él suspiró primero.

—De acuerdo, mañana en la estación de tren llamo otra vez a mi amigo, solo podemos quedarnos dos días en su casa.

—Suficientes, seguro que encontramos una pensión barata en Barcelona; no te preocupes, tengo el presentimiento de que todo saldrá bien. Cuando las cosas estén boyantes nos alabarán, incluso nuestros padres.

—Matilde, si nos vamos, lo hacemos con todas las consecuencias. No pienso volver. Barcelona es el primer paso, sabes que quiero fotografiar el rugido de los bosques, el silencio del desierto, los colores vibrantes…

—Lo sé, lo sé. —Le interrumpí mientras abría los ojos como si ya viajase por esos lugares—. Pero baja la voz que nos van a descubrir. ¿Te veo en las hogueras?

—Sí, antes tengo que terminar algo.

—¿La maleta?

—No, no, otra cosa más importante.

—Bueno, no te retrases, ¿de acuerdo? Hoy comienza nuestra vida, Juan. ¡Hoy es el principio de nuestra mayor aventura! —Aplaudí con pequeños saltos intentando que los guijarros no gritasen mi secreto.

Pasé la tarde con una felicidad más dulce que siete bandejas de piononos. Acarreé leña al centro de la finca donde los padres de Juan organizaban una gran fiesta por el santo de su hijo. Las ascuas de la barbacoa, en la que se asarían chuletillas de cordero, morcilla y panceta, olían a gloria bendita, especialmente tras meses con la ración justa. Lo viví como una despedida a lo grande, aunque fuese camuflada. Se agrió antes del primer bocado.

El sol cayó sin rastro de Juan. El nudo de entusiasmo se transformó en un miedo que me estrangulaba el estómago. Nadie sabía dónde estaba mi amigo. No podía admitir que Juan me traicionase, ¿qué era eso tan importante? ¿Quién se creía para plantarme? Pensé que nos gastaba una broma, mientras, desde algún escondite de los suyos, nos sacaba esas fotos sin poses que le maravillaban tanto. Esas, que aseguraba, revelaban el alma de la gente. Yo no entendía las ocurrencias de Juan, pero si él era feliz así, me valía, aunque en ese instante lo hubiese cosido a collejas.

La noche de petardos y farolillos desembocó en una búsqueda con candiles, gritos y linternas a pilas. Lo encontraron unos pastores al día siguiente, en una de las pozas del río, todavía llevaba la cámara enrollada al cuello. Afirmaron que, por las marcas en las rocas y la brecha de la sien, debió resbalar y golpearse la cabeza quedando inconsciente hasta que el agua del río no solo llenó la poza.

Cuando mi madre me despertó con la noticia, no la creí. ¿Cómo la iba a creer? Podía aceptar que Juan se acobardase y que me obligase a plantearme huir yo sola, pero morirse, nunca. Juan era demasiado guapo, gracioso e inteligente como para morirse. Recordé entonces la maldita colección que preparaba desde el comienzo del deshielo, a principios de mayo. Cada dos o tres días se acercaba a esa zona del río y fotografiaba los saltos del agua, cómo la hierba y los cañaverales se pintaban de un verde casi fosforito, el baile de los pájaros. No podía ser que su última foto oliese a muerte.

Me sorbí los mocos y me bebí de un trago media botella de vino blanco que había depositado uno de los camareros sobre la mesa. La cabeza de la lubina, con cuatro verduras mal puestas encima de un plato más grande que la tapa de un wáter, me revolvió las tripas. Había ocultado la culpa sobre la muerte de Juan con copitas de anís y toda la comida que no pude tragar durante años de escasez. Le odiaba por ese afán de la fotografía perfecta, por dejarme sola, por ser capaz de morirse. Pero me odiaba aún más al pensar que quizá mi insistencia provocó que no midiese bien las distancias de un río que nos sabíamos de memoria. Nunca más celebré San Juan; habrá a quienes la noche más mágica del año los haya colmado de exquisiteces, la mierda me la sirvió enterita para mí.

«María lleva razón, eres una metijona. Lo empujaste al extremo, mira que te dijo veces que esperaseis al final del verano, que sería más fácil cuando la maquinaria volviese a arrancar. Pero, claro, Matilde, tú no te aguantas. Cómo tampoco has hecho con María, ni un día de margen. ¡Ni uno! ¿No te das cuenta? ¿Tan cegata estás? Tu asfixia mata. Habrá ocasiones en la que lo bordas, como su búsqueda por Tenerife, pero, tanto has tentado a la suerte que, pum, paga y ya hablaremos. O arreglas el embolado en el que te has metido tú solita, o despídete de tu familia, esta vez para siempre».

43

Amanece que no es poco

Los rayos de sol que se colaban por la ventana, a la que se me olvidó cerrar las cortinas, insistieron hasta despertarme. La cabeza giraba en un bucle violento de fiebre e imágenes de la noche anterior. Había regresado al hotel pasadas las cuatro de la madrugada, cuando no me quedaron más calles que recorrer o, simplemente, cuando mi cuerpo consumido y al borde del colapso me guio a la cama. Me intenté incorporar, el grito de mis músculos me aturdió. Cuando reuní la fuerza suficiente para pisar el suelo, vi junto a la puerta un papel blanco con el logo del hotel. Lo recogí casi a rastras. La letra se apretaba conforme avanzaban las líneas; las últimas palabras, un borrón en la esquina derecha del folio.

María, lo siento mucho. Muchísimo. De verdad que yo soy una buena persona, aunque parezca una metomentodo. Solo quiero ayudar a mi familia, que sea feliz, y tú eres mi familia. No sé qué hacer para que me perdones. Soy un desastre. Si ya me lo dicen mis hijas, pero es que a veces me puede el ansia por ayudar y que nadie sufra, que para sufrir ya lo han hecho mis huesos, no te imaginas cuánto. Dime qué tengo que hacer para que me perdones, lo que sea. Aceptaré cualquier castigo, pero, por favor, no te vayas, no dejes de hablarme. He salido a seguir con la lista, algo tendré que hacer mientras me contestas y esta habitación, por muy coqueta que sea, me tiene asfixiada. Llámame, por favor, seguro que lo podemos arreglar. Lo siento. Lo siento. Lo siento.

Me acerqué al baño, apoyé mi cuerpo sobre las paredes. Rebusqué en el neceser y, con un sorbo de agua del grifo, me tragué un par de ibuprofenos. La que había fastidiado el viaje era yo. La vergüenza por mi pérdida de control, por las barbaridades que vertí sobre Matilde, por un fuego que no correspondía, evitaron que me mirase al espejo. En ese segundo me daba asco. Yo que me jactaba de mi flexibilidad, que había juzgado a aquellos que, a la mínima, arrasaban con cualquiera a su alrededor, aunque fuese por un maldito partido de fútbol. ¿No me había comportado igual que ellos? ¿Cómo pude perder el sentido y transformarme en alguien despreciable? El poder de la mente y las erupciones emocionales no dejaba de sorprenderme, aunque, en ese caso, fuese para mal.

Me recosté en la cama. Millones de aguijones acribillaron cada centímetro. No hubo rincón que escapase a su veneno. Un hueco de la tela de araña, que se había formado en la pantalla del móvil, me permitió comprobar que eran las doce y treinta y cuatro; desconocía cuánto tiempo llevaba la nota en el suelo. Desbloqueé el móvil para llamar a Matilde y me topé abierta la página de la compañía aérea, ¿en qué momento me pareció buena idea huir así? Como si esconderme en mi querido patio cargado de limones y música de piano supusiese la solución al desfiladero de problemas que se habían abierto a mis pies. La cerré sin pestañear.

Observé durante varios minutos el teléfono de mi cuñada, el símbolo verde que activaría una red de ondas, cables y circuitos por la que traspasaría la voz de un lugar a otro. Una magia

que años atrás se hubiera tachado de brujería y que, en esa mañana de domingo, me aterraba despertar. ¿Qué le decía? ¿Cómo iniciaba una conversación después del infierno de la tarde anterior?

Lo abandoné sobre la mesita, a cambio, telefoneé a la recepción para que me subiesen dos cafés cargados. Con la espera de la pócima de la resurrección, cerré los ojos y repasé esos detalles que pidió la fantasía de Adelina, esos a los que me fue imposible alcanzar mientras me desintegraba por las calles húmedas y desérticas de París.

Desde la fatídica discusión con mi asturiana querida apenas nos cruzamos en el trabajo. Lo peor, vivir puerta con puerta y no avanzar a su salón y que me abrazase con sus palabras afiladas y platos contundentes. La cocina del hotel, en la que había saboreado el cosquilleo crujiente del azúcar, mutó a un territorio prohibido mientras Adelina permaneciese allí. Una vez se marchaba con el resto de cocineros y ayudantes, me lanzaba al flujo de amasar los postres del día siguiente con Manuel a mi espalda, de empaquetar los pedazos sobrantes con los que nos deleitaríamos dos horas después en la playa. En esos mismos fogones le mostré al canario el secreto del bizcocho de limón de mi madre.

Aún me arrepiento.

La noche en la que esa verbena eterna se quebró y me clavé hasta el último cristal, era el cuarenta cumpleaños de Graciela, la mujer de Ignacio, el dueño del hotel. Nunca había presenciado tal despliegue por una fiesta. Bandejas obscenas de marisco que brillaban como si hubiesen espolvoreado purpurina, fuentes de solomillo de ternera acompañadas de verduritas al dente, pequeños volcanes de copas rellenas de champán. Había una decena más de platos que me resultaron imposibles de digerir, incluso con más de trescientos invitados atestando el comedor junto a la terraza. Supuse que, para Ignacio, aquel vergel no solo era el cumpleaños de su compañera de vida, sino el testimonio del pulmón económico con el que se había engrandecido al ritmo que el hotel.

Me quedé sin palabras ante el desfile de postres en miniatura, la gigantesca tarta cubierta de nata, fresas y pétalos de rosas que presentó Manuel a la cumpleañera. Esa noche, todos los empleados, aunque nuestro oficio fuese uno muy distinto a servir canapés y vino blanco muy frío, arrimamos el hombro hasta caer exhaustos en el suelo de la cocina. Observé a Adelina de reojo, apenas pude verle la cara extenuada, el temblor de las manos tras horas de cocción. Ignacio apareció unos minutos después. Nos agradeció el esfuerzo y certificó que ya podíamos irnos, la fiesta continuaría con unos cuantos camareros que rellenasen copas mientras la música elevaba el tono.

Pasadas las dos de la madrugada, frente a mi casa, rebusqué en el bolso, no tenía las llaves. A pesar del cansancio, regresé al hotel convencida de que las había olvidado en el uniforme. Ese cambio profesional por un día me había arrollado, rogaba un sueño que repusiera hasta la última gota de sudor. Arrastré los pies y la mirada vidriosa, evité la entrada principal y rodeé ese edificio, que se desnudaba ante el mar. Me colé por la puerta trasera, la de la cocina. Escuché unas risas juguetonas, un susurro aterciopelado, un gruñido de placer.

—¿Te gusta?

—Muchísimo. Tiene un toque fresco, pero a la vez picante. ¿Qué lleva?

—Además del limón, unas gotas de anís y un chupito minúsculo de aceite macerado con hierbabuena.

Una chica, con el pelo castaño y suelto a mitad de la espalda y un vestido violáceo remangado por los muslos, mordisqueaba un trozo de bizcocho que Manuel le ofrecía con un gesto idéntico a cómo me descubrió la crema chantillí. Era una de las invitadas a la fiesta, yo

misma le había servido una de esas copas de champán francés. Abrió aún más las piernas, extendió los brazos hacia atrás y apoyó el peso sobre la encimera de acero inoxidable. Manuel hormigueó por su cuello hasta la comisura de la boca en la que, a la vez, mordieron un minúsculo trozo de bizcocho. El siguiente bocado: labios, lengua y piel.

Intenté retroceder sin que me viesen, olvidar mi intrusión en aquella escena que mi mente se esforzó en no creer. Había perdido a mi mejor amiga y en esa noche, supuestamente mágica, de nuevo el amor. Mi cuerpo opinó distinto y reclamó su voz. Un cuenco de cristal atestado de rocas de chocolate estalló a mis pies.

—María, ¿qué haces aquí?

A la chica se le escapó un grito poroso y se apeó de un salto de la encimera, se estiró el vestido hasta las rodillas y huyó de la cocina como deseaba yo. Mi mente famélica y bloqueada analizó la cascada de imágenes, aquella escena no se trataba de un delirio, sino de la cruel realidad.

—Venía a por las llaves —atiné a responder. Arrugué el entrecejo y volví a mirar a Manuel. Ese verdor se había ennegrecido, esos ojos culpables ensamblaron las conexiones que mi cabeza desconectó adrede. Quise gritar, el espino que había crecido alrededor de mis cuerdas vocales me permitió una mera mueca vacía y un par de lágrimas absurdas.

—No es la primera, ¿a qué no?

—¿Qué dices, María? ¿Qué te crees que has visto? Solo era una chica indispuesta a la que le he dado un poco de bizcocho para que le subiera el azúcar, nada más, ya sabes cómo es el calor de la isla.

—¿De verdad piensas que soy idiota?

—No, pero estás agotada, todos lo estamos, y te imaginas lo que no es. Ha sido un día demoledor, *mi niña*, te acompaño a casa, mañana comprenderás el error. —Se acercó con un gesto gatuno, sus manos ronroneaban en busca de mis caderas; sus ojos no mentían, tampoco las explosiones de mi cuerpo.

—No me toques.

—Vamos, María. No levantes la voz, ¿quieres aguarle la fiesta a Graciela? Con lo mucho que te aprecia estará contentísima de que le cuente tus paseos por la cocina cuando tu obligación es limpiar habitaciones y servir al gusto de los demás. —Me aprisionó las muñecas. Esos dedos, que reavivaron el significado del placer, me demostraron también cuánto dolor podía soportar—. Dile a Ignacio una sola palabra y me aseguraré de que la historia por la que te echen sea mucho peor que los gritos mientras duermes.

Me zafé de su mano izquierda, agarré un cazo de la encimera, y le lancé los restos de la salsa de carne. Me apretó con más fuerza la mano que todavía me sujetaba, me serví de la inercia y le golpeé en el pómulo. Una flor rojiza afloró en su piel. Escuché los pasos veloces de alguien que se dirigía a la cocina alertado por el estruendo del metal contra el suelo. Aproveché la mueca de dolor de Manuel y su mirada a la puerta, que comunicaba la cocina con el pasillo hacia el comedor, para huir de aquellos fogones en los que los besos más dulces de la isla se carbonizaron.

Cuando regresé a casa, fui consciente de que seguía sin llaves. Me escurrí por la hoja de madera y me acurruqué sobre el suelo ceniza. Dos segundos después, Adelina me envolvía en sus brazos con olor a comino y me dirigía a su hogar. Allí, entre un caldo, que nunca faltaba en la nevera, y sus suaves besos en mi coronilla, verbalicé aquel sueño que, ella predijo, no tendría un final feliz.

Un detalle se iluminó cuando, tras un par de toques ligeros en la puerta de mi habitación

de París, ojeé por la mirilla a un camarero de rasgos asiáticos con una bandeja con dos cafés y un par de *macarons* sorpresa. Manuel se quejó durante meses de que la asturiana aparecía por esa cocina de improviso, incluso horas después de su turno. Las tardes noches que me vestí de aprendiz de repostera nunca la vi, pensé que era el miedo a ser cazados con la boca atestada de azúcar.

Esa mañana de domingo percibí un brillo diferente. Recordé la sensación de tropezarme con su mirada aguda por el ojo de buey de la puerta trasera. La descarga eléctrica en mi columna lo confirmó: Adelina nos espiaba con la sospecha de que había más aprendices, que Manuel no era una buena persona y se aprovechaba de mi hambre para asegurarse siempre el último trozo de bizcocho de limón.

44

Las palabras me pierden

Llevaba diez minutos con el bolso apretado contra el pecho y el móvil en la mano frente a la puerta del hotel. Eran las nueve y cuarto. No sabía a dónde ir por mucho que revisara el mapa que Nachete nos organizó para ese día. La cabeza me retumbaba como si las campanas de la iglesia replicasen la primera misa entre los huesecillos del cráneo. Tenía fiebre, la garganta pelada. La ducha bajo la lluvia a mis años, por mucho que en las escenas de las películas fuese de lo más romántico con un hombretón al que besar a la luz de una farola, me había tratado peor que las bayetas con las que repasaba los azulejos de la cocina.

Di chorrocientas vueltas en la cama, huía de los recuerdos y del miedo a las consecuencias del enfado de María, hasta que comprobé por la mirilla de la habitación que, al menos esa noche, había regresado al hotel. Ahí me dejé morir sobre la cama, entre el mal cuerpo y el agotamiento extremo. Menos mal que el muchacho de la gorra azul me pidió un taxi que me trajo de vuelta, porque, de otra forma, igual sí que hubiese terminado en el fondo del río. Tampoco conocía mi destino ese domingo, lo único más transparente que aquel cielo gélido, era que necesitaba una farmacia con urgencia.

«Venga, Matilde, repasa una vez más la lista y ya, hija, te mueves, que al final la pulmonía va a ser triple. Notre Dame, pícnic y Mona Lisa; más que hecho y encima juntitas, como debía ser. El *free tour*, el paseo por el Sena, aunque fuese solo hasta el muelle, y el viaje en barco; completado también, eso sí, ni una palabra al resto de los Manzano que pasaste el día sola y apaleada al final de la noche. Total, tampoco se te ocurrió echarte una mísera foto, estabas tú para fotos. Siempre puedes decirles que se perdieron, una tragedia, pero las guardas en el recuerdo. Y menudo recuerdo… ¡Ya está!, de lo que queda en la lista elige el paseo sin rumbo por los barrios cercanos al hotel, así ni flechita ni nada y en algún momento aparecerá una farmacia, porque digo yo que esta gente también se enfermará, aunque sea de los nervios; qué menudo ritmo. Además, ¿no dijo Ramón que era la mejor forma de conocer el espíritu de la ciudad? Pues venga, espabila y así te olvidas de que el final de esta aventura depende de cómo se levante María».

Antes de que mis pies caminasen en piloto automático, envié un par de mensajes al grupo de la familia con una actualización ficticia de cómo iba aquel viaje a París y con la excusa de que el día anterior había llegado tan cansada al hotel que no pude llamarles; esa noche lo hacía sin falta. Además, les mandé una foto de la fachada de la cafetería en la que me tomé una parada técnica con sabor a queso y mantequilla, que está feo que lo diga, pero me quedó una imagen digna de las mejores revistas. Mentir se me daba demasiado bien.

Giré, lo que intuí a la izquierda, y me adentré en una calle repleta de ultramarinos, librerías, tiendas de segunda mano y comercios de bicicletas, casi todos con la persiana bajada,

salvo un par de panaderías y cafés. Ni rastro de una dichosa farmacia. A la par que tiritaba con la brisilla que recorría la calle y los recuerdos que empujé a los talones, cotilleaba algunos escaparates, sobre todo los de los ultramarinos. Se asemejaban, más de lo que hubiese pensado, a las tiendecitas de comestibles del pueblo y de las que apenas sobrevivía una en proceso de liquidación, porque Angustias, la dueña, se jubilaba. No había tenido la suerte de la señora que le cedió el hotel a María, ella sí cerraría un trabajo de toda una vida.

Paco era más pesado que siete burros en brazos con eso de que más extranjeros y gente de ciudad se afincaban en nuestras montañas; yo tenía la sensación de que, en realidad, el pueblo perdía ánimo a chorro y sin balde que recogiese tanto líquido. Quizá, los que se mudaban, pretendían lo que mis hijas: trabajar con internet por bandera. Aquello me parecía magia de la buena, pero me faltaba un detalle, el más importante: esa unión de amistad, de comunidad y ayuda. ¿De qué valía que hablasen tanto en esos portales de internet si no abrían sus propias ventanas?

Cuando me ilusioné con una vida fuera del pueblo, lo último a lo que presté una lágrima de aliento fue a la soledad. Me dibujaba con las noches cargadas de planes y copas de vino, de amigas con las que reír hasta que me doliesen las tripas. El amor no necesité idearlo, Paco me lo ofreció a raudales; a veces más en silencio de lo que me gustaría, pero allí se plantó, firme, entregado y entero para mí.

Estaba cansada de vivir de puertas para dentro, quería que me diese el aire en la cara hasta cortármela de frío, por eso no entendía el vicio de enclaustrarse entre cuatro paredes, por mucho que la ventana a internet fuese infinita. ¿No era mejor un sol y sombra?

Salté, como si me clavase una chincheta en la planta del pie, con los dos pitidos que chilló el móvil. Mi corazón latió cuando certifiqué que no era María. La foto de los Manzano, desayunando churros con chocolate en la mesa de mi cocina, me humedeció los ojos. Estaban incluso Carlota y Conchita. El mensaje de Nacho, debajo de la foto, decía que prepararon una fiesta de pijamas para celebrar la buena noticia del negocio y que me echaron de menos, pero que lo festejaríamos a mi regreso y que, por supuesto, ni se me ocurriese volver sin cumplir la lista. Supongo que el dibujo de una cara amarilla que me guiñaba era más bien: estoy de broma, abuela, tú pásatelo en grande la termines o no.

«Y pensar que esta locura empezó en esa mesa y con ese desayuno. Una de dos, o somos unos disfrutones de cuidado, o cada vez que pongamos unos churros con chocolate sobre el hule de flores más nos vale santiguarnos tres veces». Respondí con una flamenca que aplaudía, yo también los echaba de menos. Me callé que, aunque tuviesen la casa hecha unos zorros, me la imaginaba empantanada perdida, la prefería así a sola y con olor a amoniaco. La mierda con un par de friegas se quita, una familia como la nuestra no caía de los árboles.

Había construido algo bien y el resto de tropiezos los arreglaría, ya fuese tirando de ouija con la que pedirle perdón al más allá y soltar de una maldita vez las lorzas de culpa que se habían enganchado a mis carnes. Aunque solo fuese un día, que lo viviese con la misma paz que los muertos.

Con ese último pensamiento, distinguí una cruz verde que parpadeaba y corrí a ella con miedo de que el dueño saliese a por uno de los maravillosos cafés olé y me quedase con la tiritona. Cuando entré, la luz me cegó unos segundos. La farmacia no pegaba en ese barrio tan clásico y bohemio. Parecía sacada del futuro, blanquísima, con cuatro muebles medio vacíos y una iluminación tan intensa que a nadie le extrañaría que se organizasen operaciones a corazón abierto encima del mostrador.

—Hola. —Puse acento francés, como el de los anuncios de queso para untar, por si así

me expresaba con más soltura, aunque le hablase en español—. Necesito su ayuda: estoy muy constipada. —Me abracé el cuerpo y teatralicé un escalofrío.

—¿*Constipée*?

—Sí, sí, constipé.

El chico con bata blanca, pelo rapado y varios aros en las orejas, se coló en la trastienda y, en menos de un minuto, reapareció con un bote marrón en cuya etiqueta había un montón de palabras que no entendía. De lo poco que saqué, por sus gestos, fue que con una cucharada bastaba. Le di las gracias y, con casi veinte euros menos, me marché a por otro café con el que tomarme aquel brebaje.

Cien o doscientos metros más adelante, me senté en una terraza de una librería de segunda mano en la que servían desayunos. Ese concepto de mezclar negocios era la monda; si una cosa no tiraba, pues ya lo haría la otra, estos franceses cómo sabían… Aproveché la cucharilla del café olé y me tragué ese jarabe con el que esperaba que se me enmendase el mal cuerpo.

El farmacéutico me indicó una cucharada, supuse que sopera; rellené tres veces esa diminuta calculando que, más o menos, equivaldría a lo mismo. Me hubiese bebido el bote entero, ¡estaba riquísimo! Sabía a miel con romero, pero con una textura un pelín más aguada.

«Esperemos que haga efecto con ganas y me quite el constipado antes de que derive en pulmonía. Desde luego, la garganta me la ha dejado suave, suave. Y, ¿ahora a dónde voy? Caminar casi una hora así, sin ton ni son, se puede considerar suficiente trayecto. Otra propuesta menos. ¿Y cuándo me llamará María? Porque llamará, ¿verdad? ¡Para, para, Matilde! No tires por ahí que de María te vas a Juan y de Juan al agua, y así no hay quien salga del maldito pozo. ¿Qué te dijo el taxista, con un estupendísimo español, cuando te recogió medio muerta? Que París cura hasta lo que desconoces que tienes que curar. ¡Pues, coño!, dale margen y no la cagues con las prisas que mira a dónde te han traído».

Un rugido de tripas interrumpió mi pelea mental. Había desayunado muy rico, aunque poco, pero no imaginaba que me hubiese zampado un león hambriento. Le pegué otro sorbo al café con la idea de engañar al estómago, el siguiente crujido me abrió los ojos; ese grito era de urgencia, no por comer, sino por todo lo contrario. Los nervios me picaron las muñecas y la nuca con agujas idénticas a las que usan para pinchar en el dedo y revisar el azúcar. Intenté coger el jarabe, el móvil y la lista, que había dejado en la mesa, y meterlo todo en el bolso; se me escurrían de las manos a la par que cambiaba el peso de una pierna a otra y apretaba, literalmente, el culo.

«¡Qué veneno me ha dado el niñato calvo ese! ¡La madre que lo parió, la madre que lo parió!». Conseguí colgarme el bolso sobre el antebrazo con todos mis enseres y hui hacia el interior de la librería cafetería, rogué para que el baño estuviese libre y limpio. Me tropecé con varios clientes embobados con esos libros, que desprendían un ligero olor a humedad, en estantes sobre las paredes de cemento y algunas mesas centrales. Andaba lo más rápido que me permitían los rugidos de las tripas y mi culo encogido cuando, a punto de rozar ese portal hacia la gloria, un señor, procedente de la barra, se giró sin espejo retrovisor y me echó el café hirviendo por encima.

—¡Me cago en mi vida! —grité descompuesta. En el jersey crudo, un charco marrón en mitad del pecho.

—¡Oh, Dios mío! ¡Cuánto lo siento! —respondió una voz que me sonaba familiar. Le miré la cara, no me lo podía creer. Con lo grande que era París, ¿por qué nos topábamos allí y de esa guisa?

—Yo… yo… no puedo, no puedo.

Lo dejé con la palabra en la boca y corrí escopetada al baño. Aporreé la puerta al borde de las lágrimas y con gritos que subían de tono. Ni me fijé en cómo era la chica que salió, la empujé y me colé dentro suplicándole a Dios y al mismísimo Universo que hubiese papel, muchísimo papel.

—Matilde, ¿te encuentras bien? —preguntó cuando me senté en la mesa en la que, deduje, me esperaba tras el atropello. Habían pasado, al menos, veinte minutos en los que recuperé la compostura, que no la dignidad.

—Dios de mi vida y de mi corazón, qué vergüenza, ¡qué vergüenza! —Me toqueteé el pelo, empapado en la zona de la nuca. Sacudí los hombros. Me ofreció un vaso de agua, lo bebí del tirón. Necesitaba otro, tenía la boca más seca que el desierto de Tabernas—. Ramón, qué fatiga, por Dios. Supongo que me ha hecho reacción la medicina que me han vendido en la farmacia.

—Qué cosa más rara. —Arrugó los ojos que tras esas gafas redondas parecían aún más chicos—. Déjame ver qué medicamento es.

—Uno para el constipado. —Revolví el bolso y le enseñé el bote—. Ayer me cayó una chupa de agua…

—¿Le has dicho al farmacéutico que estabas constipada? ¿Nada más? —dijo mientras se recolocaba las gafas y leía la etiqueta. Encima de la mesa, el mismo sombrero de fieltro marrón que cuando lo conocí, la pipa junto a su café sin leche.

—Sí, y me he abrazado el cuerpo como un escalofrío para que no hubiese duda; el muchacho no hablaba ni papa de español, y yo con el francés, más allá del café olé, no sé nada.

—Ay, los falsos amigos… —Puso la medicina diabólica cerca del sombrero, se echó sobre el respaldo de la silla y se afiló el bigote con una sonrisa que no me hizo ni una *mijica* de gracia.

—¿Me estás llamando falsa? ¡Encima! —Sacudí los hombros—. El que me ha tirado el café has sido tú.

—No, no me malinterpretes, tú no eres ninguna falsa, sino el lenguaje que nos juega malas pasadas. Me temo, querida Matilde, que ha entendido que estabas estreñida y supongo que, por tu gesto, habrá imaginado que muchísimo. Te ha vendido un laxante, uno extra fuerte.

—¿Cómo que estreñida? —Me agarré a la mesa, me temblaban los labios. No sabía dónde meterme.

—En francés *constipé* significa estreñido; lo que queremos expresar en español con constipado, en francés sería *grippé*, nunca *constipé*.

—¡No te creo!

Empecé con un puchero que en dos segundos pasó a llanto con hipo. Por mucho que me esforzase en respirar, el aire de aquella tienda múltiple no me rozaba los pulmones. Cogí un par de servilletas ásperas y me soné los mocos antes de taparme la cara con las manos y soltar una congoja que no conseguía detener.

—Matilde, tranquila. —Me apretó con sutileza el hombro—. Eso nos puede suceder a cualquiera. Si yo te contara la de apuros en los que me he visto en la universidad…

No sabía si lloraba por la vergüenza de que Ramón presenciase mi descomposición, por cómo me odiaba María, por la de años con la culpa arrastras, o si solo eran todas las lágrimas que me había tragado y con las que siempre me repetía que, si no lloraba, no había pasado y, si no había pasado, todo estaba bien. Pero no lo estaba. Nada lo estaba. ¡Nada!

Me olvidé de París, de que Ramón me sujetó la mano que puse sobre la mesa mientras

con la otra me sostenía la cabeza. Me olvidé de mi cuerpo, del viaje y de la vida. Lloré con los ojos cerrados hasta que no quedó ni una gota dentro.

—Matilde, toma, te asentará el cuerpo. —Me tendió una taza de florecitas con olor a manzanilla y anís estrellado. El primer sorbo me peló la lengua, pero me calentó el estómago.

—Siento muchísimo este bochorno. Yo… qué vergüenza, qué vergüenza…

—Deja de lamentarte y pedir perdón, que no has matado a nadie. —El pinchazo de un par de dedos en el estómago me levantó unos centímetros de la silla—. Era imposible que supieses que la misma palabra significa dos cosas tan dispares.

—Al final, acertaste: las palabras cambian nuestra realidad. —Agaché la cabeza, soplé varias veces la infusión de hierbajos y le di otro sorbo.

—¿Solo es eso? ¿Tu cuñada hoy tampoco te acompaña?

—Ella… ella… es que… —Resoplé y me tapé de nuevo la cara a la par que negaba.

—¿Le ha ocurrido algo?

—Conocerme.

—No comprendo.

—Que he metido la pata hasta el fondo, Ramón, mucho peor que con esta mierda de jarabe. —Suspiré con un pitido idéntico al de la cafetera de aquel lugar atestado de franceses con una elegancia que yo no era capaz de visualizar en mi piel—. Mira, como dice el refrán, de perdidos al río. ¿Te acuerdas que ayer aparecimos solas en el *tour,* pero a la *miaja* llegó otro hombre y ella se marchó con él? Bueno, seguro que te acuerdas, si con la memoria que manejas… —Asintió—. Se llama Pedro. Es el amor de su vida y hacía más de cuarenta años que no se veían. Nos lo encontramos de casualidad el día que aterrizamos. Ella se desmayó, yo detrás; total, un drama. Cuando ya respiramos, le escribió su teléfono en un trozo de papel y, como ella no se decidía, lo cogí yo. Mientras cenábamos, me contó su historia le vi esos ojillos llenitos de dudas, que pensé que un pequeño empujón le ayudaría a ordenar ese pasado tan presente.

—Y no le ha sentado muy bien.

—Debí comprender la mirada con la que me fulminó, pero tú mismo fuiste testigo del mensaje para reunirnos en el muelle. Creí entonces que ese reencuentro, quizá había arrancado con el pie torcido, pero, con el transcurso de las horas y con París de fondo, se había desenvuelto en la película más romántica del año.

—Y no ha sido así.

—Ni se le parece. —Necesitaba que alguien me confirmase que no me había portado tan mal, que era una pequeña equivocación, que me perdonaría—. Lo más bonito que me dijo fue que este viaje es el peor error de su vida y que esa misma noche se largaba a su casa. No lo ha hecho, vi por la mirilla de la habitación que regresó de madrugada. Le he dejado una nota debajo de la puerta pidiéndole perdón. He salido a que me diese el aire y en busca de una farmacia; te has tropezado con mi drama más reciente. —Cabeceé con las manos pegadas a la taza—. A ver cómo termina el día, yo ya me espero cualquier cosa.

—Matilde, cuánto lo siento. Las emociones, y concretamente el amor, son un tema más que complejo, pero lo solucionaréis. Tú ya le has pedido perdón, ahora concédele tiempo y espacio para que repose.

—Eso intento.

—¡Ya sé! —Golpeó la mesa con el puño—. Te vas a venir a la exposición de mi amigo Vicent. Es en la calle de detrás, me había parado a tomar un café, mi excesiva puntualidad provoca que siempre llegue media hora antes. —Se encogió de hombros y soltó una de sus

carcajadas de zapatazos de elefante—. El arte sana y tú lo que necesitas ahora mismo, aparte de que se asiente el estómago, es despejar la mente. Sus cuadros son extraordinarios, un viaje a través del color y los cambios de luz. Te van a encantar, ya verás. Y tranquila. —Estiró tanto los labios al sonreír que las puntas del bigote le rozaron las orejas—. Tu cuñada llamará antes o después, seguro que lo hace. El amor no lo puede todo, pero la voluntad sí y, sino, que se lo digan a Vicent.

45

Los tejados de París

Abrí las dos hojas de la ventana de la habitación. Coloqué la almohada sobre el diminuto alféizar protegido por una barandilla de hierro adornada con hojas de parra y, con el segundo café de la mano, me senté. La lluvia de la noche anterior descendió la temperatura, el calor que nos recibió el primer día se había perdido como esas nubes traslúcidas que se desplazaban por el cielo. Busqué adentrarme en la belleza de las fachadas mantecosas que tenía de frente y sosegar el bramido que agitaba mi ser. ¿Cómo me había equivocado tanto?

Todavía sentía el terciopelo de ese abrazo en el que Adelina me recogió del suelo y con el que sellamos nuestra reconciliación. Una sensación parecida a la que me dejó la ilusión de su fantasma la noche anterior. Podía entender las razones por las que ocultó la aparición de Pedro en la isla, de no ser por ese abrazo en el que los perdones se verbalizaron en centímetros de piel y presión en las costillas, me hubiese asfixiado en el interior de un cráter aún mayor.

Mi falta de amor desde la muerte de mis padres propició que, por mucho que lo recibiera de Adelina o de la propia vida, siempre me sintiese famélica. Una pátina resbaladiza me recubría el pecho y me exponía a que nunca fuese suficiente, a que el agujero oscuro de la soledad y la incomprensión se abriese hasta engullirme.

Adelina lo sabía; en esa mañana de domingo, yo lo supe también. Conocía que mi falta de apego familiar me hacía agarrarme a cualquier vestigio de tabla salvavidas, porque, aunque yo me creyese libre, había una cadena que, al no detectarla, no conseguía romper: la dicotomía entre un lugar propio y una familia que me completase.

Ella siempre tuvo una mirada más afilada que la mía y vio tan nítido, como esos tejados de pizarra gris y buhardillas de ventanas blancas, en las que se mecían visillos y percibía el colorido de algún cuadro, que tanto entregaba a los demás, que me olvidaba de quién era yo.

Si Pedro me hubiese recogido en ese estado deplorable, definitivamente, hubiera perdido las raíces que me devolvían a la tierra. Sin embargo, aceptarlo, en ese instante frente a los tejados de París, no significaba que doliese menos. Al revés, el ridículo se extendía con la silueta del humo de una chimenea la primera tarde de otoño. ¿Cómo lo enmendaba?

Una idea infantil atravesó aquella neblina con olor a castañas a medio asar. Si hasta aquel viaje había solucionado cada problema con una solemnidad de ministro, quizá iba siendo hora de copiar a Matilde.

Cuando el dolor y la vergüenza son tan abismales, la única salida es jugar.

46

Una explosión de color

Después de apurar la última gota de los hierbajos que pidió Ramón, tomarme un paracetamol que guardaba en el bolso y comerme un trocito de pan tostado con aceite, se me repuso el mal cuerpo lo suficiente y me convencí de que, hasta el final del viaje, había esperanza de que la atmósfera fascinante de París obrase su magia y todo se resolviera. La idea de volver a preparar las maletas me atraía más que el turrón blando en Navidad, pero que la siguiente aventura fuese con Paco y no yo sola, porque me había echado de mi casa al cargarme a la familia.

—¿Hace mucho que se puede visitar la exposición de tu amigo? —pregunté cuando salimos al aire fresco.

—¡Nada! —Ramón se rio—. En realidad, inaugura el jueves que viene; Vicent me pide que pase unos días antes y opine sobre la disposición de los cuadros.

—¿Además de profesor de historia, lo eres de arte? ¡Qué barbaridad de conocimiento! —Me detuve con los brazos abiertos.

—No, no, el ojo creativo de mi mujer e hija no lo tengo, pero me obsesiona la historia en general. —Se acomodó el sombrero—. Todo muestra y oculta algo, los datos no son solo datos, Matilde, aunque a veces se enseñen como un listado de curiosidades que no repetir. Me fascina descubrir la narración que los teje, no sé si me explico.

—Más o menos. Entonces, como aclaración, si esa historia que dices que ves en los cuadros no te gusta, ¿tu amigo los cambia? ¿Así de un día para otro?

—Ojalá. —Otro reguero de carcajadas—. Vicent es muy suyo, pero a los dos nos encanta divagar y si es con una copa de coñac… —Se toqueteó el bigote—. Hoy me ha citado un poco pronto, habrá que conformarse con otro café y, con suerte, algún dulce.

—Que no sean más hierbajos…

Pasamos por la farmacia; esa vez dejé que Ramón hablase y consiguiese las pastillas correctas para el resfriado. Quince minutos después, nos encontrábamos ante la galería de Vicent. Era imponente, pensé que allí se movía un taco gordo de billetes por la cantidad de detalles, no solo las letras, que parecían de oro. La fachada, teñida de ese color entre azul y negro con una pizca de verde. La puerta, en el centro; a los lados, dos escaparates enormes con una especie de semicírculo por encima, también de cristal. El interior oculto tras unas cortinas violetas que, por el brillo, supuse de seda.

—Es impresionante —dije con la boca abierta.

—Espera a los cuadros.

—Yo no entiendo mucho de arte, a mi hija Ana le maravilla y algo me explicó cuando estuvimos en el Prado, pero no me acuerdo, la verdad sea dicha.

—Hay que escucharlos, además de mirarlos.

—Cómo me ocurrió con la bronca de la Mona Lisa —susurré mientras esperábamos a que Vicent abriese la puerta tras un ligero toque de nudillos.

Nos recibió un señor altísimo, incluso más que mi Paco, espigado y con el pelo blanco. Andaba un poco *achepado*, con un jersey negro, unos pantalones *beige* y unas gafas rectangulares que se le escurrían por la nariz cada pocos segundos; un tic de lo más gracioso cuando me lo imaginé mientras pintaba, con ese mismo gesto, chorreando pintura como si fueran mocos.

—Vicent, esta es mi amiga Matilde —dijo en un clarísimo español—. Es su primera vez en París.

—Bienvenida —respondió él con un acento marcado—. Los amigos de Ramón son mis amigos.

—Muchas gracias. —Me ardían las mejillas y no de fiebre—. Qué bien hablas español.

—Ramón es buen profesor. He viajado mucho a España también.

—Espero que sin falsos amigos.

Vicent arrugó el entrecejo, Ramón soltó una de sus carcajadas y yo, simplemente, me encogí de hombros. Concluidas las presentaciones, nos ofreció un café y un paseo solitario por los cuadros; él atendía unos asuntos en el almacén. Me moví entre las pinturas a mi ritmo, achinaba los ojos, los abría, me acercaba y me separaba de las paredes, buscaba entender la conversación con esos colores chillones. No distinguía una forma clara a primera vista, sin embargo, si me concentraba, casi sin parpadear, se dibujaban siluetas que antes no estaban allí.

—¿Qué historia ves? —le pregunté a Ramón cuando nos juntamos frente a un cuadro con manchas y brochazos en amarillo, violeta, celeste y mucho blanco.

—¿Qué escuchas tú?

—No sé, al principio me parecía un montón de churretes; serán los efectos secundarios del jarabe, he creído oír el mar. ¿Sabes? —Solté un hilillo de aire—. Aunque mi pueblo está a menos de una hora de la playa, apenas la he pisado cuatro veces.

—Ese es el poder de Vicent y de otros artistas, recrear sensaciones comunes, pero elevarlas a un plano en el que cada visitante atrapará una emoción distinta. Única. En un limbo entre lo divino y lo terrenal. Las exposiciones de mi amigo siempre han sido muy vivas, se comunica poco de palabra, pero aprecias su alma en los cuadros.

—Desde luego, qué bien te explicas. —Me crucé de brazos, intenté cubrir la mancha de café.

—Siento mucho el destrozo del jersey; no te había pedido disculpas, me centré en el ánimo. —Amagó sacar la cartera del bolsillo del pantalón—. Te lo compensaré.

—¡Qué me vas a compensar! Bastante me has ayudado. En cuanto llegue a mi casa, le doy una buena friega y como nuevo. No hay mancha que se me resista y, entre tanto cuadro, tampoco desentona. Te digo yo que, con estas cosas de internet, me grabas un vídeo y explicamos que me he vestido con el arte de Vicent y nos forramos, que la gente compra cada disparate… —Sacudí la cabeza. Aborrecía ese color y lo pálida que me veía en el espejo, pero fue un regalo y, por no tirarlo, llevaba diez años en el armario. Quizá ese chorretón era la señal para que alegrase mi ropa—. Volviendo al tema importante, no creas que me vas a liar y te escaquees de responder. —Le guiñé, Ramón chupó la pipa con una sonrisa—. ¿Qué escuchas exactamente en esta pintura?

—La risa de mi mujer. —Suspiró—. Ella era una explosión de color, como estos cuadros. Y conociendo la historia de Vicent, me atrevería a asegurar que, por una vez, compartimos

imaginario.

—¿Él también la ha perdido? —La pregunta se escapó mientras fantaseaba si las carcajadas de la mujer de Ramón sonarían tan escandalosas como las suyas.

—Sí, el año pasado. Un accidente de coche. Desde entonces, casi no ha salido del taller que tiene en el patio trasero de la galería. Por eso te mencionaba la voluntad de Vicent ante el olvido y cómo se comunica con el arte. —Se sentó en un banco rojo que había en mitad de la sala, imité su gesto. Un dolor punzante me rajaba la espalda. Qué hartura de huesos. La voz de Ramón, aún con tristeza, me sacó de mis achaques y me centró en su historia—. En cambio yo, durante mucho tiempo, no fui capaz de mirar ni una foto. Él le habla a través de los cuadros. Yo he aprendido a hacerlo con las leyendas, mi mujer siempre será mi historia favorita de París.

Me sorprendió que no ocultase el par de lágrimas que le cayeron por las mejillas. No estaba acostumbrada a que un hombre me hablase de sentimientos, mucho menos uno que conocía de cuatro ratos. Quizá era más fácil una confesión con alguien que se esfumará, que con quien vive a tu lado. Le agarré la mano un segundo, como hizo él cuando me desahogaba en esa librería moderna.

—Me gusta pensar que, los que se van, nos esperan en algún sitio, uno bonito. No sé si en el cielo o en la tierra, pero nos miran y nos envían fuerza. Si no dime tú a mí de dónde la sacamos, que a veces a una le cuesta hasta respirar…

—Ojalá tengas razón.

—Claro que la tengo. —Moví los hombros presumida para relajar el ambiente, en toda la conversación no habíamos despegado los ojos del cuadro de Vicent—. Tampoco le hacemos daño a nadie por pensarlo. Yo ya estoy en una edad que puede ser la tontuna más grande de mi vida, pero si me da, aunque sea una chispa de alegría y esperanza, me la trago. Si hasta tengo fe de que María me perdone.

—Todo se cura, Matilde, aunque siga doliendo se soporta. No serán tan graves tus buenas intenciones como para que tu cuñada se enroque. Si los que perdimos al amor de nuestra vida, nos hemos perdonado a nosotros mismos por no evitar su marcha, cómo no te va a perdonar ella que todavía puede tocarlo. Hay que escuchar dentro. Ver más allá, igual que con el arte.

Suspiramos a la vez. Me concentré unos minutos más en ese cuadro de colores veraniegos. De entre los brochazos, surgieron más recuerdos, esa vez muy bonitos.

—Tuve un amigo que hablaba como tú. Os hubierais llevado bien. —Sonreí con el pecho un poco más ancho, como si, de repente, le cupiese más aire—. Era fotógrafo, uno muy bueno. Se lo rifarían si el mundo lo hubiese conocido. Cuando él mencionaba el alma de las fotos, yo no lo entendía; ahora, creo que sí.

47

A tres pasos de la orilla

Antes de adentrarme en el enjambre de calles vibrantes, me permití deleitarme con ese café en la ventana. Una auténtica cita cara a cara con la ciudad, de tú a tú, sin nadie que hablase a mi alrededor, sin música que endulzara la perspectiva. Apuré el último sorbo, cerré los ojos y mastiqué, me recreé en la textura y el sabor del trozo que quedaba del macaron de coco. Igual que ese minúsculo pedazo de masa había transformado el regusto del café en mis labios, yo podría hacerlo con este viaje, con mi vida.

Descalza, me aparté de la ventana y me dirigí al baño, la puerta abierta. Si íbamos a jugar en París, debía prepararme. No rehuí del espejo de cuerpo entero, que cubría la columna junto a la ducha, sino que propicié su encuentro. Mi larga melena, encrespada y revuelta, como si varios pájaros anidasen en ella. Mi piel más pálida de lo habitual, los surcos de los ojos demasiado pronunciados tras una riada excesivamente violenta. La línea de mis labios, mustia. Inhalé hasta que a mis pulmones no le cupieron más aire. Con una exhalación lenta y silbante, me despojé del camisón y las bragas.

Oteé cada pliegue, cómo los huesos se acentuaban en las crestas ilíacas y las costillas. Cómo mi pecho diminuto había cedido al tiempo. Mis manos, hasta entonces lacias, me introdujeron en la ducha y, sin cerrar la mampara y con la mirada en ese reflejo de plata, comencé a enjabonarme, el mejor amante me limpiaba cada línea, cada poro, cada arruga. Me envolví en un placer que dependía de mí. Me esmeré en que el jabón y el agua purificasen los restos de ese pasado que dolía tanto. De esa María de la que apenas atisbaba destellos rojizos, naranjas y violetas.

El olor de las almendras con vainilla me perfumó hasta sonreír. La luz cálida, que se colaba desde la ventana en el baño, dibujó pompas de oro. El sumidero se tragaba, sin remordimientos, el estallido del agua sucia que vertía mi cuerpo. Gota a gota. Burbuja a burbuja. Resuello a resuello. Antes de cortar el chorro ardiente, me percaté de que, conforme aumentaba la intensidad de la luz, brotaba un arcoíris a la altura de mi útero en el reflejo del espejo: era mi propia madre, me alumbraba una nueva vida.

Una vez purgada, me arrullé entre nanas antiguas y una toalla blanquísima. Me senté, todavía húmeda, en el filo de la cama, tomé el móvil e indagué dónde podía materializar esa idea infantil con la que esperaba que Matilde me perdonase. Esa ocurrencia que maravillaría a Nacho y su desvergonzada lista. Mientras internet gestionaba su magia, imaginaba el chirrido del metal, el cascabeleo de sus caballos, la textura sedosa y, sobre todo, el disfrute de unas niñas con ansias de salir al patio.

Cuando descubrí su ubicación, cabeceé y me mordí el labio inferior. La casualidad o el destino me dirigían hacia uno de los lugares que había mencionado Pedro antes de que me

quedase a tres pasos de la orilla.

48

Una puerta al perdón

Nunca me había sentido cómoda en el silencio. En casa, me pasaba los días con la radio o la televisión encendida; ese murmullo de voces ahuyentaba el jaleo de los fantasmas.

Tampoco sabía cerrar la bocaza en una conversación y, en demasiadas ocasiones, la rellenaba con absurdeces y tontunas de las mías, incluso cuando iba a los mandaos relataba conmigo misma. Cualquier mañana me colocaban el cartel de la loca del pueblo, si es que no lo habían hecho ya.

El silencio junto a Ramón y esos cuadros después de que mencionase a Juan, pero sin nombrarlo, supuso una sacudida entre algodones. ¿Sería verdad que los muertos nos visitan y él me había abrazado como muestra de su perdón? Por una maldita vez, me quedé quieta y callada, incluso medio traspuesta, aquello fue más mágico que volar.

—Este también es mi favorito —dijo Vicent a nuestra espalda.

—¡Coño, qué susto! —Me llevé las manos al pecho. Ramón y yo nos giramos. Su amigo trajo un carrito con una botella de color caramelo, tres copas rechonchas y un plato de quesos con membrillo, frambuesas y unos picatostes—. Madre mía, si todas las exposiciones son así de espléndidas, las voy a visitar más.

—Has descubierto nuestro secreto —dijo Vicent con ese acento tan dulce—. El arte es una excusa para beber y comer a cualquier hora.

—Eso se me da de lujo. —Nos sirvió las copas y arrastró una silla hasta nosotros, dejó el carrito con los quesos a mano de los tres—. Además, el alcohol matará los bichos del resfriado y espero que los restos del asqueroso jarabe.

—¿Qué jarabe?

—Una historia muy larga y poco elegante, no es digna para esta galería. —Brindamos y le di un trago al coñac. Una llamarada descendió a mi estómago, que lo recibió con palmas. Aunque intenté callarme de nuevo, no se cambiaba en un segundo, la curiosidad se adelantó—. Ramón asegura que los cuadros hablan, ¿qué escuchas tú en este?

—Muy buena pregunta. —Se subió las gafas—. Es una conversación con Manon, mi mujer. Ese día estaba muy enfadado, quería rojo, mucho rojo. Cuando iba a cargar el pincel, escuché su voz. Hablamos mucho, demasiados temas pendientes. Lo sé, parece loco, pero pinté durante horas sin apreciar los colores, solo a mi mujer.

—De locos es que el mundo no reviente con lo que lo espachurramos. —Suspiré—. Ojalá pudiese yo también hablar con alguien que no está.

Bebí más coñac. Una media sonrisa se estiró en mis labios. Me había agarrado a esa idea de la confesión entre extraños que olvidarán mi historia, esa que no era capaz de decirles al resto de los Manzano. Nos queríamos a rabiar, pero éramos unos reprimidos emocionales.

Rodeábamos los temas que nos dolían como si allí no hubiera barro; les había dado una buena educación a mis hijas y un terrible ejemplo de corazón de hierro. Lo de Vicent era fuerza. No callar. Mirar de frente. Convertir el dolor en belleza. Eso sí que era un buen don y no las payasadas que salían de mi boca. ¿Y Paco? ¿Cómo se sentiría él? ¿Qué ocultaba? Nunca se había mostrado con esa desnudez de Ramón y Vicent.

Cuando planeé el viaje a París, visualicé decenas de aventuras regadas con champán, risas y cruasanes, jamás calculé que dos hombres, más o menos de mi edad, año arriba, año abajo, me hablasen de sus mujeres con la naturalidad con la que uno comenta el tiempo. ¿Cómo habían roto las capas de la vergüenza, del qué dirán? Su libertad de emociones soltaba las mías, aunque el empujón que me propinó Vicent sí que no lo había planteado ni en mis momentos más peliculeros.

—Claro que puedes hacerlo. Ven.

—Os espero aquí. —Ramón elevó su copa—. Las mejores conversaciones son en privado.

Lo acompañé al patio trasero cubierto con un techo de cristal, parecido a esa pirámide del museo de la Mona Lisa. De las paredes blancas, colgaban decenas de cuadros con la misma intensidad de color que los de la galería. También había varios montones con lienzos apilados en una esquina y, sobre ellos, tres estantes cargados de libros y objetos dispares: ramas, caracolas, una brújula, trozos de ladrillo… En el centro, una mesa de madera y un sinfín de botes con pinceles, tubos de pintura y espátulas.

Vicent se dirigió hacia la esquina de los apilados, de detrás de ellos, cogió un caballete y lo plantó junto a la mesa. La luz que entraba por el techo resultó un foco de teatro sobre el lienzo.

—Siéntate, si estás más cómoda. —Sacó un taburete de debajo de la mesa—. Es un momento importante, no hay prisa. Utiliza cualquiera de los pinceles y de las pinturas, no soy maniático. —Se subió las gafas con una sonrisa—. Deja que los colores hagan su trabajo. Juega y habla con esa persona. Aquí estás segura. Nadie juzga. Tú suelta y confía. Confía mucho en el arte. Él sabe lo que necesitas.

—Yo… no sé ni por dónde empezar.

—Un hola es un buen comienzo. Voy a poner un poco de música, muy suave, los clásicos son perfectos para romper el silencio.

Vicent se marchó cuando sonó el primer violín. Me mordí los labios. Me senté y me levanté del taburete varias veces. Miraba a los pinceles, a los botes de pintura, al cuadro en blanco. Con el final de la canción, cerré los ojos y, aunque era una locura, hablé.

—Hola, Juan. No sé si me escuchas, pero tampoco pierdo nada por intentarlo, ¿no? Quizá la vergüenza, aunque después de lo del jarabe, yo creo que poca me queda. —Abrí los ojos, agarré un pincel y eché en una paleta unos pegotes de pintura azul, verde, amarilla, naranja y dorada—. Siento mucho haberte escondido todos estos años. No hablar contigo ni de ti. ¿Cómo podía estar enfadada contigo y encima sentirme culpable? ¿Cómo pudiste morir? ¿Por qué tú? ¡Es que no lo entiendo, Juan! Con la de desgraciados que hay por ahí, ¿por qué te tocó a ti que solo querías ver mundo, fotografiarlo, que la gente cegata como yo entendiésemos esa esencia que tanto mencionabas? —Los brochazos y cambios de color resbalaban por el lienzo, la mano no me pertenecía—. Creí que, si te ocultaba, era como si no hubiese pasado; ahora veo que te mato cada vez que no quiero pensar en ti, porque dicen que si se recuerda no se muere y yo, no solo te condené debajo de ese río, sino que, encima, te sigo borrando.

De pronto, como si realmente Juan hubiese arrastrado otro taburete y se sentase junto al lienzo, lo escuché.

—No fue tu culpa, Matilde. Nunca. Fue un accidente, uno muy caro. Si te hubiera pedido que me acompañases, como otras tardes, quizá el desenlace variase. Quizá si mi empeño por concluir un proyecto no me hubiese cegado. Quizá. Quizá. ¿No te das cuenta, querida amiga? La vida está llena de preguntas sin respuesta. Y así está bien.

—No es justo. Debí esperar al final del verano…

—¿Y quién te asegura que eso evitase que yo esa tarde fuera al río? Nunca he tenido nada que perdonarte, Matilde, fuiste un regalo. Mi única amiga, la única que sabía quién era. No sufras por mí. Vive con esa garra que tienes. Esa que me hacía reír tanto.

Las lágrimas se mezclaron con goterones de pintura. Hablé y descargué en ese cuadro el peso de los años, hasta que sentí que la música subía de volumen y Juan me tendía una mano. Cerré los ojos, elevé los brazos, su perfume fresco me envolvió. Me acuné en su pecho y bailamos.

—No te preocupes, Matilde, sigo a tu lado.

49

Llamadas perdidas

La brisa satinada, que me había refrescado la mente mientras permanecí sentada en el alféizar, me recibió en plena calle con un remolino desde los tobillos al cuello. Me estiré el jersey de punto con rayas rojas y blancas, el abrigo de paño rosa bamboleó sobre mis gemelos. El sol calentaba lo suficiente para caminar con un jersey; no obstante, mis huesos seguían helados. Ansiaban un calor que no entendía de tejidos. Saqué el móvil del bolso, me mordí ligeramente el labio, no podía dilatar más la espera, eran casi las tres de la tarde. Busqué el teléfono de Matilde con cuidado entre esa tela de araña. Llamé dos veces. No descolgó. «Seguro que está ocupada y no lo ha escuchado. Camina sin prisa, come algo y vuelve a intentarlo. Todo se solucionará».

Recurrí a un discurso mental que me ayudase a calmar el repiqueteo interno, la tensión de los hombros y caderas. Con cada exhalación me recordaba aflojarlos, soltar las preocupaciones y confiar en la magia de París. Revisé el mapa, afloró una sonrisa automática. De nuevo, treinta minutos me separaban de mi destino. Giré a la izquierda y me adentré en el Boulevard de Magenta con esa idea del tiempo y el recorrido pululando como mariposas sobre flores frescas. ¿Cuál era la verdadera distancia entre el perdón y el olvido?

La mayoría de los edificios esponjosos y con tejados grisáceos se erguían sobre tintorerías, tiendas de comestibles, inmobiliarias. Todos cerrados. Apenas había transeúntes, el tráfico también se diluyó como la lluvia de la noche anterior, como esa agua sucia que se había tragado el sumidero de la ducha. Capté el olor especiado antes que su imagen. Me senté en una mesa de un bistró con toldo granate, una pequeña pizarra sobre una columna anunciaba que no cerraba la cocina durante todo el día. Las tripas me rugieron ante vapores de tomillo, pimienta y cardamomo. Me acordé de la asturiana, de cómo hubiera disfrutado siendo la dueña de un local así, siempre a punto para que el estómago asentara la cabeza. Ella decía que con hambre es imposible pensar y que, si no se piensa bien, más valía apretarse las carnes porque las consecuencias no tardarían en llamar a la puerta. Era el tercer día de un viaje en el que apenas había probado bocado, quizá la asturiana tuviese razón y me faltaba caldo en las venas. Pedí sopa bullabesa y una copa generosa de vino tinto. Antes de la primera cucharada, llamé de nuevo a Matilde. Tampoco lo cogió.

Intenté desviar mi atención del teléfono, de la punzada que obstaculizaba ese líquido espeso que tragaba por necesidad. Un par de señores leían el periódico junto a un café negro; detrás de ellos, una pareja compartía un trozo de lo que me pareció pastel de manzana. La imagen del pícnic con Pedro se amplió, como si nunca hubiera desaparecido, y con ella la pregunta que había evitado desde que acepté la protección de Adelina de que no nos encontrásemos en la isla. ¿Quería volver a verlo antes de que terminase el viaje?

Mi huida abrupta de aquella bellísima plaza destilaba tintes adolescentes. Me avergonzaba de mi falta de compostura, de que el corazón gritase más fuerte que la cabeza. ¿Qué debía hacer? ¿Aceptaba la derrota? Bebí un sorbo de vino. Hubiera dado lo que fuera por una amiga a la que llamar y que me indicase las directrices correctas. Pensé en Sonsoles, demasiadas explicaciones. ¿Y si charlaba con Paco, aunque fuese del tiempo y de la aceituna que habrían empezado a recoger? Imaginé la conversación; también era un callejón sin salida. Tendría que mentir en cuanto me pidiese que le pasara con Matilde y de mentiras ya iba bien servida. La única opción era hallar el mensaje acertado entre un carrete de recuerdos.

Aparcamos mi viejo Suzuki a un par de calles del hotel en el que cumplimos la promesa de una escapada juntas. La primera y la última. Salimos del coche y nos sentamos en el capó. Puse la mano sobre la suya, cerró los ojos y relajó el cuerpo, la sonrisa. Imité su gesto, me abrí al olor a salitre, a unión, a oportunidad.

—¿Crees que he sido valiente, *mocina*?

—¿Por qué me preguntas eso? ¿No te parece suficiente valentía marcharte sola de Asturias y buscarte la vida en Madrid y después en Tenerife; formar una familia sin más apoyo que el de tu marido? Ni siquiera yo he estado cerca.

—Siempre lo estás. —Seguía con los ojos cerrados, como si la acción de ver y hablar fuese incompatible en un mismo gesto—. Tengo miedo de no haberlo intentado.

—¿El qué?

—Vivir intensamente.

—¿Qué es vivir intensamente, Adelina? Porque yo creo que nos ha sobrado intensidad.

—No sé, más aventuras. Más recuerdos de los que te parten de risa. He trabajado demasiado, sobre todo desde que nació Simón. No quería que le faltase nada y le he faltado yo.

—Eso no es verdad. ¿Te parece poca valentía conseguir encajar tus turnos con los de Andresín para que apenas estuviera solo o con la vecina?

—¿Y para qué? ¿Para que ahora tengamos una casa en propiedad y ahorros en el banco? ¿Y los recuerdos, qué recuerdos le dejo a él?, ¿una madre ausente? —Su exhalación profunda imitó al silbido de las olas. La observé sin que ella inmutase su expresión. Su piel apagada había recuperado cierto rubor y toques dorados con esa luz especial de la isla. Los labios agrietados, la fragilidad de su cuerpo consumido—. Hubo unos años en los que quise imitarte. Montar algo mío, ser dueña de mi tiempo, estar más con mi hijo. Me aterró fracasar, que esa cocina de la que me jacto tanto no fuese suficiente.

—El tiempo es tiempo, Adelina. Tú misma me enseñaste que no es cuánto, sino cómo. Yo no salgo casi; siempre hay alguna factura, habitación o imprevisto que atender. Tampoco todos los meses son igual de prósperos. —Entreabrió los ojos deslumbrada, nos miramos—. No he conocido un muchacho más alegre y dispuesto que Simón, es clavado a ti. Eres un ejemplo de coraje, de fuerza. —Le apreté más la mano, no nos movimos a recoger las lágrimas—. Hiciste lo que tenías que hacer. Mantenerlo a salvo, amarlo profundamente. Eso sí que es valentía, Adelina, entregarlo todo sin saber qué te devolverá la vida.

—Y si pudieses hacer algo valiente ahora mismo, ¿qué sería? —Me acerqué y le susurré al oído—. ¡Ni hablar, *mocina*! —Tosió un par de veces, sus carcajadas sonaron igual que una danza de gaviotas. Nos limpiamos la cara con las manos—. Yo te prometí venir juntas y hartarnos de marisco, como mucho, pisar la orilla. Además, no tengo bañador.

—¿Cuándo un trozo de tela ha sido un problema?

—También es verdad. —Unas arrugas preciosas se le dibujaron alrededor de los ojos a la par que reía y cabeceaba—. Y pensar que cuando te conocí no enseñabas ni las rodillas.

Entrelazamos los dedos y nos acercamos al agua. Noté cómo su pulso se aceleraba. Apenas corría viento ese día, las olas mansas y sin crestas espumosas se mecían con una invitación fría pero clara. Nos desnudamos por completo y volvimos a darnos la mano.

—¡Ahora o nunca! —gritó.

Corrimos los escasos metros que nos separaban de la orilla. La temperatura glacial del océano me cortó la respiración y me endureció los pezones. Hundimos la cabeza unos segundos. Al salir, expulsamos aire con decenas de gotas jaspeadas y un ronquido sordo. Todavía estábamos vivas. Todavía quedaba tiempo para ser valientes.

Mi mente regresó al bistró de París. La piel erizada como si el océano me invadiese de nuevo. La espera nunca la gestioné demasiado bien. Tragué otra cucharada de sopa ya fría. Cogí el teléfono y cambié la táctica. Quizá ser valiente solo significaba zambullirse en el agua con la fe ciega de volver a ver el sol, aunque fuese por última vez.

50

Una pizca de azul

—Nunca pensé que hablar manchase tanto —dije cuando regresé a la primera habitación de la galería. Desconocía cuánto tiempo había pasado pintando. Me parecieron años. Llevaba el cuadro de la mano. Lo elevé unos centímetros—. No sabía si dejarlo en el patio.

—¡Oh, Matilde! —respondió Vicent—. Vamos a esperar que seque correctamente y que la conversación no se estropee.

Le tendí el cuadro y lo apoyó sobre el caballete que había en la entrada de la galería con el tríptico sobre la exposición. Ramón me rellenó el vaso de coñac, me lo bebí al trago. Me dolía tanto la cabeza que temí que explotase y convirtiera aquella hermosa estancia en el túnel del terror de la niña diabólica. Me lancé contra el banco rojo.

—Me imagino que estarás agotada, pero te han llamado varias veces. —Ramón se toqueteó el bigote—. No queríamos interrumpirte, tampoco nos pareció adecuado responder.

—No te preocupes. —Alargué el brazo hasta mi birria de bolso, que había olvidado en ese mismo banco antes de mi conversación con Juan—. O es María o es Paco, que con tanto trajín ni lo he llamado, capaz es de pensar que me he olvidado de él. Yo me creía muy joven para estos trotes, pero, madre del amor hermoso, París termina conmigo.

Desbloqueé el teléfono y respiré aliviada, era María. Iba a llamarla cuando me percaté de que tenía dos *guasas*. Era ella, pero en audio y un mapa.

—Que el señor nos pille confesados. —Me santigüé, me llevé el teléfono al oído y cerré los ojos.

—Hola, Matilde. Gracias por tu nota y, sobre todo, por tu paciencia. No tienes que pasar por ningún castigo ni hacer nada para que te perdone, todo lo contrario, soy yo la que te pide perdón. —Se detuvo unos segundos, escuché un gran suspiro—. Creí que lo peor me lo encontraría al volver al pueblo, pero no imaginé que París me pondría a prueba de esta manera. No te preocupes por el café con Pedro, sé que lo hiciste con buena intención, aunque me pillara de sorpresa. Ayer te grité cosas que no siento, estaba dolida y ni siquiera era contigo. —Suspiró otra vez—. Creo que Nacho es muy inteligente y supo que este viaje sería una revolución para las dos, de ahí que se inventara la lista para que no nos perdiésemos. Ya sé una de mis propuestas. Te espero a las seis en la dirección que te voy a enviar en cuanto acabe el audio. Lo siento, Matilde, lo siento mucho.

Abrí los ojos igual que si viese por primera vez. Los colores de los cuadros eran más intensos y vibrantes. Las conversaciones, más festivas. Cómo cambiaba un viaje con las palabras acertadas y menudo capón le iba a dar a Nacho, pero de alegría. Solo porque gracias a sus diabluras había obrado un milagro, cumpliría hasta la última propuesta de la lista, así me

metiesen entre rejas.

—Sírveme otra copa, Ramón; esta para celebrar que la vida, a pesar de que me tiene molida, me da una tregua. —Rellenó los tres vasos y nos pusimos de pie en un círculo deforme —. Por los amigos que aparecen sin saber que los necesitas, por los que se quedaron a su manera.

Me despedí de ellos con la promesa de Vicent de que me enviaría el cuadro por correo urgente. Se lo ofrecí como regalo, aunque aquello no fuese arte del bueno; se negó, y me aseguró que hay conversaciones que es mejor tener cerca para que no se olviden.

Cuando salí de la galería eran más de las cuatro de la tarde. Entré en la primera panadería que vi y me compré un bocadillo de pollo y queso con el que empapar las copas de coñac y hacer tapón contra los posibles restos de jarabe. Mientras esperaba a que una mozuela rubia envolviese el bocadillo, que había señalado con el dedo, me observé en el reflejo del mostrador y me tronché. «¿Esos bandidos cómo me han dejado salir de la galería con estas pintas? Si tengo manchado hasta el moflete de pintura azul».

A pocos metros de la panadería, me senté en un banco de madera, al que le faltaba una tabla, y me calcé el bocadillo en cinco minutos y una pastilla para el resfriado, de las que me pidió Ramón en la farmacia. El tiempo justo para que me fijara en la tienda de ropa con un enorme cartel en el que anunciaban un cuarenta por ciento de descuento. Las palabras estarían llenitas de falsos amigos, pero los números no engañan y si no que le preguntasen al banco.

Igual que si jugara a los indios, le expliqué a la dependienta que quería colores como los que me habían manchado la ropa, el negro ni mencionarlo. Esa chiquilla, de flequillo trasquilado y labios rojísimos, debía tener una visión láser, acertó de pleno.

Cuando me miré en el espejo con unos pantalones blancos sueltos y un jersey de lana azul, como la pintura del moflete que me limpié con saliva y un pañuelo, estiré los párpados y la boca. Aquella señora parecía otra y no yo. ¡Qué barbaridad lo que hacía una chispa de color! ¡Si estaba hasta guapa!

Me llevé también una chaqueta, a juego con los pantalones, por si refrescaba demasiado al caer la tarde, ya había comprado suficientes papeletas para la pulmonía no necesitaba añadir más a la rifa. Con todo el sentido del mundo, me enseñó un bolso de cuero marrón con la hebilla dorada que era un atraco, pero que me compré.

Por una vez, no sentí ningún remordimiento cuando pasé la tarjeta. Al revés, me metí en el probador, me coloqué mi nueva piel y le pedí, con otro par de gestos a esa chiquilla que vendía tan divinamente, que se deshiciera de la vieja que había cruzado la puerta. Ella, de regalo, me echó un par de *chisquetazos* de un perfume que olía a frambuesas, naranja y jazmín.

Cuando salí a la calle, un fogonazo de aire me revolvió el cabello. Hasta la ciudad había comprendido que el azul no solo alegra el cielo.

Saqué el móvil de mi nuevo bolso y pinché sobre el mapa que me había enviado María. Una flechita, idéntica a las de Nacho, me saludó. Qué alegría más tonta encontrarse con una amiga como ella, que me gritaba, con ese tintineo tan festivo, que estaba lista para conducirme a otra aventura. La coletilla de que sería una travesura de las buenas, como mi cambio de armario, la añadí yo sola.

Hasta entonces supuse que París era igual de plana que una tortilla; aquella flechita me guiaba por unas calles, preciosas pero cada vez más tiesas. Me detuve unos instantes a coger aire, un ligero sudor me corría por la espalda. Los últimos metros apreté el paso para llegar a tiempo. Pensé que la ciudad del amor ya no podía sorprenderme. Cuando salí de una calle estrecha y levanté la vista, entendí lo que dijo María: la belleza también la pone quien mira.

51

La tarde que fuimos niñas

El cielo ya vestía un azul cada vez más oscuro. La luz dorada de las bombillas, a mi espalda, aumentaba conforme desaparecían los retazos naranjas de un cielo sin nubes. Aunque no había una feria cerca, olía a algodón de azúcar y almendras garrapiñadas. Jugueteaba con uno de los mechones de mi melena cuando la vi. ¿Cómo había rejuvenecido en horas mientras que yo me sentía con diez años más? La piel resplandeciente, con un rubor jugoso en los pómulos. Los ojos, un mar sosegado. Aquel color que traspasaba su ropa, alejada de un negro perenne hasta esa tarde de domingo, símbolo de una bandera que, entendí, gritaba libertad. La culpa por lo vertido el día anterior se aligeró con la constatación de que Matilde, en lugar de hundirse, había cogido impulso. Sostuve el aire en los pulmones con sus últimos pasos mientras me mordía el labio inferior por dentro con la esperanza de que esa burbuja no se rompiese.

—Matilde, yo… —balbuceé.

—Déjate de tonterías. —Me abrazó con el brío de los que se reencuentran después de años. Millones de estrellas emergieron alrededor de nosotras, chispas de un fuego que encendía la hoguera correcta—. Ya está todo dicho, no lo marees más.

—Pero, Matilde —respondí al soltarnos—. Me comporté como una cretina, no te merecías ni una palabra de lo que dije.

—Esas no, pero unas muy parecidas me las había ganado a pulso. Ana ya me avisó, a veces querer a tu familia implica echarse a un lado y eso debí hacer.

—No justifica mi reacción.

—¿Ahora nos peleamos por ver quién se ha equivocado y pide perdón más veces? —Su sarcasmo me relajó la opresión del pecho—. Qué más da. Yo te perdono, tú me perdonas y cómo si no hubiera llovido. Si hasta en las mejores familias se cuecen habas y en la nuestra hemos llenado una despensa. —Me guiñó—. Disfrutemos del resto del viaje, ¿de acuerdo? No quiero más penas, ni llantos. No puedo más. Me he equivocado mucho en la vida, María, muchísimo, también he hecho otro tanto de cosas bien y, ¿sabes que he aprendido hoy? —Cabeceé—. Los falsos amigos te pillan en cualquier parte y te descomponen, pero los de verdad te recolocan y cambian el color de los recuerdos.

No sabía de dónde había sacado esa reflexión, era preciosa. Le agarré la mano y le puse una ficha redonda del tamaño de una moneda de dos euros. Arrugó el entrecejo, sonreí y señalé a su espalda. Primero abrió los ojos y la boca, un par de segundos después, aplaudía como una niña en su fiesta de cumpleaños.

—Nacho dijo que nos divirtiéramos e hiciéramos cualquier locura, ¿crees que sería digna de su lista?

—Qué mala influencia somos los Manzano para ti. —Su risa traviesa me contagió—.

¡Me encanta! ¡Vamos antes de que arranque otra vez!

Nos subimos, paralelas, cada una en un caballo blanco con las crines grisáceas. Varios niños, algunos acompañados por sus padres, ocupaban el resto. Matilde le había entregado la cámara, que le regalaron sus nietos, a uno de los que esperaban fuera. Antes de que comenzase el espectáculo, sonreímos al objetivo. Un minuto después, la melodía del carrusel giraba y nosotras con ella.

52

Un toque de gracia

Me bajé de aquel tiovivo tiesa de risa. Como si realmente los caballos volaran, le dije a María que estirásemos los brazos a modo de alas; me recordó tanto a la tarde en el parque de atracciones con mis nietos… Me di cuenta entonces que, aunque me creía muy sabia por estar a mitad del séptimo escalón; esos tres niños que, todavía no habían abandonado el primero, me habían enseñado más a mí que, probablemente, yo a ellos. El asombro y la sensibilidad tan especial de Carlota, cómo miraba y veía más allá de huesos y pellejo. El carácter de Rebeca, que marcaba límites sin callarse una palabra. La imaginación juguetona de Nacho y su preocupación de que cada día fuese especial, que no diéramos nada por sentado. Si mis hijas habían sido un regalo, esos tres chiquillos eran el gordo de la lotería. ¿Qué cualidades verían en mí? ¿Me recordarían como una abuela gruñona, amante del anís y los dulces? «No, Matilde. Esta vez sí que no te vas a quitar mérito ni a despreciarte más. ¿Acaso conoces tú a muchas abuelas en el pueblo que hayan formado el jaleo que has montado tú? Primero arrastrando a la familia entera en busca de María y ahora cumpliendo uno de tus sueños. Esos niños te quieren y tú a ellos, y no sé qué recuerdos les quedarán, pero te aseguro que muchas risas y días buenos».

Recogí la cámara y revisé la foto. Parecíamos dos niñas. ¿Por qué había que dejar de serlo? ¿Por qué mayor significa volverse un sieso? Mientras María compraba una botella de agua en un puesto ambulante, me senté en un banco junto al tiovivo. Saqué la libreta y el pegamento, que arrastré durante todo el viaje para cumplir así con la misión que me encomendaron mis nietos. Había pegado bastantes más de las que recordaba: frente a Notre Dame, con un café olé y espuma en el bigote, en el pícnic de los cuervos, con la Mona Lisa, con Ramón en el bistró, en la galería de Vicent. Aunque Rebeca también me prestó un boli, no se me había ocurrido nada que escribir; esas caras lo decían todo. La del tiovivo me sacudió un calambrazo y, con aquella *letraja* que Dios me había bendecido, apunté: ante la duda, imita a los niños.

—¿Ha salido bien la foto? —Me tendió una botella de agua.

—De maravilla. —Sonreí—. ¿Cómo has descubierto este sitio?

—Me acordé de que en la revista del avión había visto la imagen de un carrusel en París, no recordaba la ubicación; busqué en internet: ¡*et voilà*! ¿Sabes lo más curioso? Que Pedro me había hablado de este lugar, de Montmartre. —Encogió los hombros y apretujó los labios—. Durante el café, me dijo que los atardeceres desde aquí son espectaculares, aunque no hayamos subido hasta lo más alto, ha sido precioso.

—Ya que estamos aquí, no nos vamos a quedar con las ganas. Cuatro peldaños no van a matarnos. —Le acaricié el brazo—. Y, solo si te apetece, cuéntame qué pasó en ese café.

María asintió con una sonrisa que no le traspasó a los ojos. Echamos a andar con la vista puesta en la enorme iglesia blanca con los techos redondos, como bolas de nata. Los primeros

escalones los subí con garbo, al décimo tenía empapado mucho más que el cogote.

—Madre mía, ¡menuda recomendación de Pedrito de mi vida! Yo pensaba que eran cuatro escaleras; parece que les dan cuerda y no tienen fin.

—La iglesia se ve aún más impresionante.

—Bonita es un rato, aunque mi rodilla piensa otra cosa; yo me creo que tengo veinte años y me pongo a andar como si París fuera el pueblo. —Me detuve y coloqué los brazos en jarras unos segundos para recuperar el aliento. Bebí un trago largo—. Esta gente, en vez de vender botellas de agua en cualquier esquina que huele a turista, bien podrían ofrecer bombonas de oxígeno; serían una chispa más efectivas.

—Nos queda el último tramo. Todavía no es demasiado tarde para un café antes de entrar a la iglesia.

—Y un cruasán como mínimo, que con algo habrá que mojarlo.

María se rio y yo me alegré de que mi charlatanería nos devolviera a ese punto en el que el viaje seguía siendo el mismo. Con el pañuelo que guardaba en la cinturilla del pantalón, en eso no cambiaba por mucho que estrenara modelo, me sequé los goterones de sudor que me bajaban por la frente. Un par de tramos de escaleras después, nos sentamos en un murete de espaldas a la iglesia y de cara a la ciudad, tan iluminada que competía con un campo cargado de luciérnagas.

—¡Qué vistas, Matilde! Solo por esto la subida ha merecido la pena.

—El emperramiento por construir las iglesias en todo lo alto debe ser por estar más cerca del cielo, aunque creo que nos deja más próximos al infarto.

Torcí la cabeza a la derecha, entre decenas de enamorados y turistas con mochilas desparramadas contra el murete, distinguí una de las propuestas de la lista, la más fácil y a la que no le habíamos prestado atención.

—Vuelvo en un segundo, no te muevas de aquí.

Cinco o seis minutos después, regresé con las manos a la espalda y una sonrisa igual de guasona que en el tiovivo.

—¿No crees que nos falta un detalle? ¿Un toque de gracia? —María entornó los ojos. Le enseñé las manos—. ¡Tachán! Ahora sí que somos la imagen de unas vivas parisinas y, de paso, eliminamos otra idea de la lista. Eso sí, me he negado a que sean negras, que de negro estoy hasta el copetín.

Nos colocamos las boinas rojas de lado; nos abrazamos muy fuerte, pegamos la cara la una contra la otra y, mientras uno de esos turistas nos sacaba una foto, gritamos como niñas: ¡Qué viva París!

53

Un mensaje a cualquier parte

Retrasamos el café e intentamos acceder a la iglesia de Sagrado Corazón; nos la encontramos cerrada. A pesar de la pizca de decepción por no contemplar su belleza, me conformé con la majestuosidad exterior que nos había guiado hasta lo alto de la colina. Deambulamos por calles empedradas repletas de caricaturistas, pintores y visitantes que, como nosotras, buscaban el mejor recuerdo para aquel viaje a París. Los recuerdos perfectos no se plasman en papel y carboncillo, sino en esa parte tan frágil y voluble como es la memoria.

Los vestigios de cansancio y adrenalina por el reencuentro con Matilde, no solo me pesaban en los ojos. El aire frío de un final de tarde, cada vez más cerrada, nos invitó a acomodarnos en el interior de un restaurante con pequeñas velas y jarroncitos de siempreviva sobre las mesas. Cambiamos el café por el vino y el cruasán por una cena temprana.

—Ayer perdí el control porque no imaginé lo que me confesaría Pedro —dije con el primer sorbo de tinto. Necesitaba que Matilde entendiese mi enajenación, mi falta de respeto—. La noche que lo encontramos, ¿recuerdas que te comenté que nunca me buscó?

Asintió sin despegar los labios, cómo los apretaba al igual que las manos, me relajó una sonrisa al suponer que estaría dominando su ímpetu y no interrumpir mi confesión.

—Sí que lo hizo, tarde, pero lo hizo. Fue poco después de que yo dejara El Médano y me mudase a Garachico; Adelina le contó que me había ido y que no sabía dónde. Intentó localizarme también en Madrid hasta que desistió y regresó aquí.

—Espera, espera. —Abrió las palmas de las manos—. Adelina y tú erais amigas, ¿por qué le mintió?

—Para protegerme. —Exhalé—. Hay otro detalle que no te he contado: la razón de mi cambio del sur al norte de la isla.

Le mostré todas las mentiras y medias verdades que había ocultado en las cartas y al comienzo de nuestro viaje; le hablé de Manuel, de las tardes de dulces, de cómo me humilló. Incluso le confesé mi encuentro parisino con Adelina. No me guardé ni un grano de mi historia; le debía mucho más que un simple perdón. Matilde apenas preguntó. Noté cómo se le encendían las mejillas, el ritmo desacompasado de su respiración, varias sacudidas de hombros. No quedaba vino cuando concluí mi relato.

—Y yo envidiándote todo este tiempo. —Apoyó la cabeza sobre una mano; durante unos segundos, cubrió parte de la boca con los dedos—. Qué fácil vemos la vida de los demás cuando no es nuestra. Lo siento mucho, María, con más razón, ¿no crees que os merecéis otro final? No digo que os convirtáis en amantes, pero dicen que a la tercera va la vencida y, aunque sea un adiós, pues que tenga un regusto más dulce. —Revolvió el bolso y sacó un trazo de papel, adiviné qué era sin leerlo—. Esta vez no voy a darte un empujón; vamos, por no darte no te voy a

dar ni una chispa de aire, pero esto es tuyo y eres tú quien tiene que decir que haces con él.

—¿Y qué le digo? —Cogí el trozo del poemario con su número de teléfono, la suavidad amarillenta del papel disparó los recuerdos de una juventud cargada de promesas y sueños a medias.

—La verdad. Y si no funciona, al menos, no te queda el regomello.

—La verdad… —Tamborileé sobre la mesa.

—¡Ya sé! —Aplaudió con ese gesto infantil—. Hoy he aprendido muchas cosas y las conversaciones importantes se tienen cerca y, digo yo, que se podrán practicar antes para que los nervios no sean muy traicioneros y una no termine por unos cerros que ni quiere pisar y, para colmo, despeinada y con la boca seca...

—Me he perdido, Matilde. —Me aguanté la risa.

—No tardo y, al mismo tiempo, tachamos otra propuesta de la lista. Tanto pensar en las tontunas de Nacho y tenemos pendientes las más fáciles. Si es que nos va la marcha, ¡nos va la marcha!

La esperé durante veinte minutos con la mirada perdida en la ventana de mi izquierda. El dolor de cabeza me taladraba desde la nuca al entrecejo, igual que si una prensa metálica empujara por ambas partes. Resoplé. ¿Las emociones no podían convertirse en simples burbujas que se deshacen una vez liberadas? Quien pierde la memoria, ¿también elimina la viscosidad de esos sentimientos o no hay forma de librarse de sus residuos?

Me olvidé del dolor y la incipiente fiebre cuando Matilde regresó a la mesa con una especie de sobre abultado. Le sentaba de maravilla la boina y el derroche de color.

—¿Y bien? ¿Cuál es el plan? Aunque no te lo creas, han sucedido tantas cosas que solo guardo un vago recuerdo de la lista.

—Para empezar que nos pongan una botella de agua. Vamos a olvidarnos del alcohol lo que queda de noche, por mucho que me pirre una copita con las comidas. Necesitamos estar lúcidas, que no se nos enreden las palabras. —Abrió el sobre y extendió una veintena de postales de París—. Carlota añadió a la lista que enviásemos una postal, o varias, tampoco aclaró la chiquilla cuántas; lo único que especificó es que quería recibir una para ella sola. Dijo que, cuando la leyera, sería como si hubiera estado en ese momento con nosotras. ¿Tú te crees las ideas de la niña con diez años? —Golpeó con los nudillos sobre la mesa, las copas vacías tintinearon—. Esta se nos hace escritora, tiempo al tiempo.

—Me parece un gesto precioso, pero no veo cómo encajan las postales con Pedro.

—Muy fácil. —Rellenó una copa con el agua que nos acababan de servir. Se la bebió del tirón—. Tú le escribes una carta con la verdad y se la envías.

—¿A dónde, Matilde? —Apoyé los antebrazos, volqué el peso hacia delante, como si por estar más cerca, entendiese mejor el plan—. No tengo su dirección.

—¡Chiquilla! ¡A su móvil! Si te lo he dado antes, ¿ya lo has perdido? —Ladeé la cabeza con el entrecejo y los labios fruncidos—. Con lo espabilada que eres... Tú céntrate primero en escribir la verdad y, una vez explicada, le sacas una foto y se la envías por el *guasa*. Lo mismito que hace Nacho con los deberes de matemáticas.

—¡Ahora te entiendo! —Me reí.

—Es cierto que quizá con una postal no te dé para todo lo que tienes que soltar… con dos o tres… —Se tocó el pelo—. ¡Cómo no se me había ocurrido! —Hurgó en el bolso y extrajo la libreta con las fotos del viaje. Arranco un par de hojas—. Toma, si necesitas más me las pides, tampoco está la cosa como para malgastar papel. Mientras tú te explayas, yo escribo las mías. Y, retiro lo dicho, que nos traigan otra botella de vino, aunque sea de las pequeñas, que nos van a

dar las tantas y el agua no me sabe a nada.

Con el regusto de las carcajadas crujiendo en los labios, le pedí un boli al camarero. Miré las postales y supuse que ese bloqueo era el temido miedo a la página en blanco que Pedro mencionó tantas veces después de la publicación de su primer poemario. ¿Por dónde empezaba? ¿Con una disculpa? Mientras jugueteaba con el boli, me fijé en la imagen de una de las postales. Una pareja, entrelazada por el brazo, caminaba bajo un paraguas a los pies de la Torre Eiffel. ¿Cuál era su historia? De esa pregunta brotó una semilla: le explicaría mi verdad como un cuento, una leyenda que había atravesado fronteras.

Antes de plasmar una palabra, pegué esa postal en la esquina izquierda del primer folio. Necesité quince hojas más como resumen de una vida. Cuando escribí la última palabra, Matilde dormitaba contra la ventana y un par de camareros recogían las sillas sobre las mesas. Guardé el contacto en mi móvil, tomé las fotos y, con el aire sujeto entre mis costillas, cerré los ojos y las envié.

54

El penúltimo amanecer en París

Me levanté de un brinco. Era la primera mañana que despertaba con una sonrisa y los nervios sosegados, qué poquitas horas duraría la tranquilidad. Me duché y me arreglé el pelo como pude; la boina roja solucionaría el resto. Me puse los pantalones blancos que había comprado la tarde anterior, y uno de los pocos jerséis coloridos que había echado en la maleta: uno verdoso. Cuando me miré en el espejo, me guiñé presumida; esa sí que era una señora de bien preparada para disfrutar de París.

Durante la cena, mientras María rellenaba hojas sin levantar la vista del papel, llamé, por fin, a Paco y le maquillé nuestra aventura. Nos reímos con las locuras que le contaba, con las descripciones de la ciudad. Antes de colgar, vi cómo un par de goterones resbalaban por las mejillas de María y mojaban parte de las hojas. No sabría decir por qué, pero esa imagen, junto con el pellizco de la conversación de Juan en la galería de Vicent, me hicieron prometerme que yo también le contaría mi verdad a mi marido. No sería ni por teléfono ni a través de las postales, en ellas me limité a decirles que los quería y que, sin su apoyo, ese viaje no hubiera sido posible. París me había enseñado que las conversaciones del alma se hablan a la cara.

Dieron las nueve cuando llamé a la puerta de mi cuñada. Quería exprimir ese penúltimo día de viaje, a las cuatro de la tarde del siguiente regresaríamos a casa; aún quedaba mucha lista.

—¿Ha contestado ya? —dije cuando salimos del hotel, me mordí las ganas por no asaltarla nada más abrir la puerta.

—Todavía no. —Pulsó una tecla, vi cómo se iluminó la pantalla—. No tengo ninguna notificación.

—Es temprano y, anoche, eran las tantas cuando le enviaste el mensaje. Además, había mucha verdad que leer; no sé cómo no te duele la mano, aunque imagino que, por doler, te duele más el corazón… —La enganché por el codo, su perfume a limpio me recordó a cuando bañaba a mis hijas y me agarraban de la manita. No comprendí las conexiones de mi memoria, pero mi objetivo no era entenderme, sino levantar el ánimo hasta que el maldito Pedro pronunciase alguna palabra—. Lo remediamos ahora mismo. ¿Cuál es el mejor plan para los nervios?

—¿No mirar el móvil cada minuto?

—Eso ayuda, aunque mi idea es más práctica y, sobre todo, divertida. Ocupar la cabeza, deslumbrarnos con París. En hora y media tenemos las entradas de la Torre Eiffel y tachamos otra propuesta. —Saqué el móvil del bolso, consulté la flechita que Nacho había preparado para esa jornada. María tamborileaba con la otra mano sobre el vestido de lana violeta. Incluso triste, la pelleja deslumbraba; cuando una tiene porte y elegancia natural, no hay preocupación que la nuble—. Nos ahorramos el paseo hasta allí, que por mucho que me fascine recorrer la ciudad a pie, mi rodilla grita clemencia. ¡Ah!, y como medida extra, te confisco el móvil.

Tras un desayuno calentito y cuarenta minutos de metro, llegamos a la Torre Eiffel. Aunque enmudecí la primera vez, contemplarla junto a mi cuñada fue una experiencia diferente. ¿Por qué había cambiado su aspecto en cuestión de días? Quizá, como dijo Ramón, no existe un único París, sino que se transforma según quién te acompañe. Y, a pesar de todos los tumbos, yo no pude elegir mejor compañera.

—¡Dios bendiga los ascensores! Por un momento, he pensado que nos tocaba subir a pata todas las escaleras y, desde luego, estas son mucho peores que las de ayer. Lastimita los bomberos que había en la entrada. ¿Te has fijado? —Negó con la cabeza—. ¡Uy, con los guapos que estaban con sus trajes y sus cascos, cómo para no verlos! Tampoco había muchísimos, pero por lo que he pillado, por los gestos y toda la cacharrería, van a subir corriendo.

—¿Me das un segundo el móvil?

—Ya siento que te aburra mi discurso, pero no, no hay móvil hasta que nos hartemos de las vistas.

—De acuerdo, mamá.

—Si te portas bien, te compro una piruleta.

El ataque de risa, a mitad de trayecto y rodeadas de turistas con palitos fluorescentes en los que habían encajado el teléfono, fue tan escandaloso que uno de ellos nos grabó a lo somormujo. Por mí como si nos querían colgar en todas las redes sociales con tal de que el resto del viaje rebosara alegría. Justo con esas risotadas me acordé de Ramón, le debía un mensaje en el que le explicase que el reencuentro con María había sido un éxito. «A ver si de aquí a un rato decimos lo mismo de Pedro».

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, subimos el último tramo a pie y nos saludaron esas vistas con las que se me olvidaron las preocupaciones y el dolor de huesos, que había ido apagando con ibuprofenos y copas de vino. Nacho tenía razón, París es inmenso. Me moví de un lado a otro. Me atreví a pisar la pasarela que, incluso con esas mallas metálicas, ofrecía una imagen impresionante. Quizá no construían los edificios e iglesias en los puntos más altos para rozar el cielo, sino para que nos acordemos de vivir con los pies despegados de la tierra, como niños. Y eso hice. Me envalentoné y los imité, como había anotado en la libreta.

Me senté en una esquina de la parte central, junto a un grupo de pequeños cuya profesora les explicaba algo en francés que, con o sin falsos amigos, no entendí. Tampoco lo necesité. Nos vi con la misma sonrisa abierta. Cuando esos chiquillos pensaran en esa excursión, ¿se acordarían de esa señora que se acopló y de lo bien que le caía la boina roja? ¿Cómo serían sus abuelas? ¿Qué historias les contaban? La maraña de preguntas que se enredaba en mi cabeza explotó con un temblor que sacudió los cimientos de la mismísima torre. ¿Y María? ¿Dónde estaba María?

55

Un salto al vacío

Recordé la primera vez que me desnudé ante Pedro. Cruzamos el portal rojizo en el que vivía en el Barrio de las letras intercalando escalones y besos, besos y escalones. Regresábamos de una tarde de cine junto a Adelina y Andresín, una sesión en la que descubrí cómo una mano, en un lugar supuestamente prohibido, despertaba rincones que, hasta entonces, no supe que se encontraban aletargados. Nos desvestimos por turnos, una prenda cada uno. Primero mi blusa y su camisa, después mi falda y sus pantalones. Lo último, la ropa interior. Nos contemplamos desnudos durante unos segundos. Nuestros ojos recorrieron cada centímetro de piel, que poco después andarían los labios, mientras nos deslizábamos en la cama. Si Pedro había atrapado cada fragmento de mi descubrimiento como mujer, ¿cómo podía sentirme tan desnuda, indefensa y aterrada ante su silencio? ¿Qué parte de mi verdad le impedía responder a mi mensaje? ¿Creyó que le profesaría amor eterno?

Los chillidos de Matilde rebotaron sobre los murmullos y el metal de aquella torre que, aunque era increíble, de momento, no me había sobrecogido tanto como la primera mirada a Notre Dame.

—¿Qué ocurre? —Le tendí una mano.

—¡Qué susto! —Una vez de pie, se tocó el pecho, sacudió los hombros y se recolocó la boina—. No te veía por ningún sitio y, con los nervios, no conseguía levantarme. Por un momento he temido convertirme en una ballena a la deriva.

—¿Por eso me has llamado? —dije con un punto de decepción que, esperé, no se notase en la voz.

—Sí y no. El móvil. Es el móvil.

—¿Qué pasa con el móvil? —No paraba quieta, me mareó con los aspavientos de las manos. El estómago se replegó.

—Ha vibrado. Una vez, pero ha vibrado.

—¿Has leído el mensaje? —En un impulso, la sujeté por los hombros; quería zarandearla, que escupiera la información y se dejara de rodeos—. ¿Qué decía?

—No lo sé, no lo he sacado del bolso.

—Dámelo, por favor. —Me entregó la tela de araña en la que se había convertido la pantalla de mi teléfono. Apreté los pulmones y pulsé el botón para desbloquearla, no llegué a hacerlo. Me desinflé. No había ningún mensaje—. Debe de ser el tuyo, sigo sin notificaciones.

—¿Quién me escribe a estas horas? —Rebuscó de nuevo en el bolso hasta dar con su teléfono. Exhaló—. Es Ramón, qué hombre más considerado.

—¿Ramón, el guía?

—Sí, no te lo conté porque estábamos a otras historias; ayer me lo encontré por

casualidad en una cafetería librería, hablamos y me preguntó por ti. —Se le hundieron los hombros, se le entristeció la sonrisa—. Le conté que había metido la pata empujándote a ese café con Pedro. Me pregunta si lo hemos solucionado. Le iba a escribir más tarde; él ha sido más rápido.

—Siento mucho haberte dejado sola.

—Mirémosle el lado positivo, de otra manera, no hubiera hecho un amigo como Ramón. —Arrastramos los pies hasta la apertura que ofrecía mejores vistas del Campo de Marte, un jaleo metálico ascendía por las escaleras—. Entonces, ¿seguimos sin noticias de Pedrito?

—Ni una palabra.

—Escribirá, uno no se queda mudo después de esa confesión. Quizá es que no sabe qué decir y, como encima es poeta, querrá soltar las palabras exactas. Si yo te contara la de películas que he quemado para escuchar una y otra vez la misma frase…

—No te hacía tan romántica.

—Hija, a nadie le amarga un dulce. Si hasta me hubiera hecho ilusión que uno de esos bomberos me cogiera en volandas. Eso sí, de besitos *nanai* de la China, que con los de tu hermano me basta. —Cómo me alegraba su cercanía, que su imaginación chisporroteante me hiciera reír cada pocos segundos—. Hablando de dulces, ¿no te apetece uno? —Entornó los labios, elevó una ceja—. La idea de un capricho, que añadió Paco a la lista, se podría considerar convalidada con el cambio de *luc* de ayer; pero los caprichos saben más sabrosos cuando una los comparte y, aunque los bomberos me deslumbraron un poco, detrás de ellos vi un cartel de unos restaurantes y bares en la torre. ¿Tú crees que las burbujitas del champán crujirán igual aquí arriba?

—No lo sé. —Sonreí—. Podemos averiguarlo.

Eché otro vistazo a la pantalla, me devolvía un eterno silencio. Quizá, después de mi despedida tan deleznable, me merecía ese mutismo aun habiendo pedido perdón durante el relato de mi historia. Quizá pagaba el precio por las mentiras que esparcí cual hojas secas en pleno otoño. Suspiré y, finalmente, me atreví a desbloquear el móvil. Accedí a internet, sin entrar en WhatsApp, y revisé las opciones que mencionó Matilde; había un bar en la cima de la torre en el que se servía champán. Comprobé nuestras entradas y me tragué la risa: Ana, quien había reservado el hotel, el *free tour* y las entradas para el Louvre y la Torre Eiffel, se había adelantado a nosotras y había adquirido la opción de subir hasta la mismísima cima. Nos montamos en el ascensor y nos dejamos llevar. Si las vistas eran preciosas desde la segunda planta, a doscientos setenta y seis metros de altura me resultaron hipnóticas, tanto que mi mente se precipitó a una imagen muy diferente que ocurrió hacía más de cuarenta años.

—¿Puedo abrir ya los ojos?

—Todavía no —me susurró al oído.

El calor de su cuerpo me traspasó la blusa aguamarina. Reacomodó las manos sobre mis párpados, se apretó más contra mi espalda. Notaba cada pliegue y saliente de esas curvas que me sabía de memoria. Apartó mi melena suelta hacia la izquierda y me regaló un reguero de besos por la nuca; su pelo salvaje cosquilleaba el lateral opuesto de mi cuello. Aspiré una bocanada de aire que me quemó el paladar. Mis pechos pequeños se endurecieron, mis caderas se tensaron, suplicantes.

—Espera un poco más —volvió a susurrarme.

Sus manos descendieron de mis ojos a los pómulos, y de ahí, como si dibujara mi silueta, palpó cada centímetro de carne. Incliné la cabeza hacia atrás y me mordí el labio. Una descarga de placer subió de mi bajo vientre hasta la garganta, de la que escapó un leve gemido. En

cualquier momento podían pillarnos.

—Mantenlos cerrados —dijo antes de mordisquearme el lóbulo de la oreja. Exhalé ansiosa.

Aún pegado a mi espalda, desabrochaba cada botón de mi blusa y depositaba un nuevo beso en el fragmento de piel que descubría; una serpiente de saliva se trenzó en mi columna. Las pulsaciones constantes en mi pubis se aceleraban. No podía aguantar más sin tocarlo. Quería cogerle la cara, hundirme en su barba, fundirme en sus labios. Suspiré otra vez. Me desvistió con ese mimo hasta dejarme sin una mísera tela que cubriera mi cuerpo sediento. Cuando me pidió que abriese los ojos, un atardecer cuajado de manchas rosas y naranjas vestía de terciopelo el mirador secreto de las afueras de Madrid al que me había conducido. Mi parte racional había muerto con el primer beso. Me tiré de cabeza a esa espiral al aire libre en la que, resguardados bajo las ramas de un arce, descubrí que existían miles de semillas con las que reinterpretar un bosque; la única premisa era no quedarse con las ganas.

Matilde, con un ligero codazo, me sacó de ese viaje en el tiempo en el que rogué que los gemidos no hubieran traspasado los años ni la memoria. Pedimos dos copas de Moët blanco y nos acomodamos de frente al Sena. Di un primer trago con el que enfriar mucho más que mi sed, mientras ella hurgaba en el bolso. ¿Cuántas cosas escondía ahí dentro? Me sobrevino una carcajada cuando me enseñó una caja con cuatro *macarons*.

—¿Y esto?

—Para acompañar el champán. Cuando he pagado el desayuno, le he señalado a la muchacha la cajita y, me he dicho: por si acaso, no nos vaya a dar otro tabardillo como en el primer encuentro con Pedro.

—No se te escapa una.

—Los años valen para algo más que para acumular arrugas. —Me guiñó y se recostó en el taburete contra el cristal—. Así me había imaginado el viaje, como un par de reinonas que brindan con champán a media mañana.

—No te muevas. —Trasteé en su bolso y saqué la cámara. Sus mejillas sonrosadas en contraste con la boina roja, el pelo rubio, la sonrisa ancha. Era la imagen de la satisfacción. Como si en ese preciso segundo ni un gramo cayera sobre sus hombros, una calma especiada que me contagió hasta el punto de creer que todo saldría bien—. Las vistas de París serán bonitas, pero tú sí que eres extraordinaria.

—Por los viajes que quitan años, por las amigas y las segundas, terceras o cuartas oportunidades.

—Por las locuras. —Chocamos las copas, bebimos con los ojos cerrados. Las burbujas frías me masajearon la garganta—. Matilde, ¿recuerdas que te dije que no sabía si cumpliríamos con toda la lista, que lo veíamos sobre la marcha? —Asintió—. Lo vamos a hacer. No sé qué pasará con Pedro, pero no nos vamos a quedar con la curiosidad a medias.

—¿Incluidas las de Nacho?

—Incluidas las de Nacho.

—¿Y si nos pilla la policía?

—Ya veremos, hasta ahora tampoco nos ha ido muy mal. —Propuse otro brindis—. Por el tiempo que nos queda. Por los saltos al vacío.

56

Todo al rojo

Sin soltar la copa, abracé a María como si la traspasase. Ni una pedida de mano, allí en lo alto de la Torre Eiffel, hubiera sido más especial que nosotras dos; mucho se habla de los amoríos y los fuegos artificiales que estallan en la cama, y qué poquito de lo que es una amiga de verdad. De las que no les importa terminar en comisaría solo por finiquitar la lista que ha propuesto un adolescente con la cabeza endemoniada, con tal de que no quedase ni una experiencia suelta, incluso una sin lógica alguna. Atrevernos por el riesgo, la emoción de lo prohibido, de hacer algo, por una vez, que sabes que está mal. La abracé sin miedo a que se marchara, sin sentirme ridícula. No supe si fue el chute de colores o el viaje en sí, pero veía distinto, como si me hubiera restregado los ojos con un estropajo y, pum, más brillo.

—Qué pena que no me pueda poner la boina en el pueblo… —dije al soltarla—. Da un poderío como el de la Lola.

—¿Qué problema hay con que la uses en Atizas? Es muy bonita y te queda fenomenal con esos ojazos azules.

—Tú estarás muy acostumbrada a vestir a todo color y orgullosa de tus canas, pero la boina es la guinda para que me coloquen el cartel de Matilde la fantástica. ¿Ya no te acuerdas de los cotilleos de que nos largábamos las dos solas a París?

—A veces las palabras que se dicen son los deseos que se esconden. —Jugaba con las puntas del pelo, me observaba con la cabeza ladeada y la mirada entreabierta. ¿Qué tramaría?—. Yo creo que el rojo es tu color y sé cómo solucionarlo.

—¿Vas a hechizar el pueblo?

—Mejor. —Me apretó la muñeca con una sonrisa traviesa—. Además, será mi segunda propuesta a la lista. ¿No hemos dicho que vamos a completarla? No hay tiempo que perder. Confía en mí.

Cuando bajamos de la torre, paseamos cogidas del brazo. El día estaba espléndido. No sabía a dónde íbamos, no era yo quien atendía las indicaciones de una flechita. Una media hora después y, tras callejear hasta el punto de que no supe si estábamos cerca de algunos de los lugares que ya habíamos visitado, nos metimos en una perfumería. María se dirigió a una de las dependientas con un francés tan ligero como si le naciese una fuente por la boca. Seguimos a la muchacha morena de coleta tirante al fondo de la tienda donde nos dejó cierta intimidad, pero vigilándonos desde la otra esquina.

—¿Qué buscamos?

—Una pizca más de rojo. —Cogió un pintalabios del muestrario negro con la palabra Chanel en blanco brillante—. Pruébate estos cinco sobre la palma; son los que pigmentan mejor y, además, los tonos más favorecedores para tu piel.

—¡Chiquilla! Lo mismo vales para montar un hotel que para sacarle a una los colores. —Se rio. Me temblaban los dedos cuando abrí los pintalabios de prueba y me percaté de la intensidad del rojo.

«Señor de mi vida, si en vez de labios voy a tener longanizas colgando de la cara. Si me viera mi madre ya estaría con la matraca: labios rojos, labios rojos, ¿qué eres, un putón verbenero? Qué mujer, siempre de negro, siempre guardando. ¿Y al final para qué? ¡Pues sí! ¿Me oyes? Me los voy a pintar de rojo, así me disfrace como un payaso de circo. Pero bueno, ¿y por qué voy a parecer una mamarracha? Ni una maldita vez me los he pintado, con setenta y cinco años en lo alto ya va siendo hora. Y las vecinas, Matilde, ¿qué dirán las vecinas? Que digan misa. Si me he atrevido a subirme yo sola en el metro con la cabeza un poco *achispá*, ¿no voy a ser capaz de darme un poco de color? ¡Si es un estúpido pintalabios! Bueno, solo eso tampoco es; pero si María luce esa melena rebelde, yo también podré sacar mi puntito. ¿Y Paco? ¿Cómo te verá Paco? Guapísima, cómo me va a ver. Que no soy ningún cardo borriquero y si la boina me sienta de maravilla; que lo que se dice discreta, no lo es, seguro que el pintalabios rojo vampiro me pone marcando el paso. ¡Ale!, píntate y no lo pienses más».

—¿Todo bien?

—Sí, sí, que no me decido por cuál empezar.

Dibujé varias líneas sobre la mano. Pasaba la vista de una a otra, todas gritaban lo mismo: aquí estoy yo.

—Este es mi favorito. —Señaló la tercera marca. Un rojo intenso, pero *elegantón*—. ¿A ver cómo se llama? Que los he ordenado según te has pintado para que no haya confusión.

—¿Los pintalabios tienen nombre? —Elevé tanto las cejas que se me clavaron en la frente.

—¡Claro! La tonalidad. —Giró la carcasa negra en la que se guardaba la barra y leyó—. *Rouge allure velvet extrême 112 ideal.*

—¡Dios mío! Si necesita un DNI para acordarte.

—Tranquila, duran muchísimo. La próxima vez que te compres uno, revisa el nombre aquí. —Indicó el culo de la tapa del pintalabios—. O, más fácil, lo llevas a cualquier perfumería y se lo enseñas. —Acercó y alejó mi mano a la cara un par de veces. Ladeó la cabeza y arrugó los labios—. Sí, te voy a regalar este; cuanto más lo miro, más bonito lo veo. Me compro el mismo y así, cuando te los pintes cada mañana, te acuerdas de nuestra aventura, ¿qué te parece?

—¡Qué me va a parecer! Que ya sé de quién ha heredado Carlota esa vena detallista. Anda, enséñame cómo hay que pintarse para que no termine como una puerta.

Tras pagar los pintalabios, nos convertimos en dos quinceañeras frente al espejo. Cuando me acercaba esa barra rojiza a la boca me quedaba sin respiración, como si en vez de un trozo de color fuese una pistola. Resoplé varias veces hasta que copié los pasos de María. Con el primer toque, noté una sensación pringosa, igual que si me hubiera hartado de churros y tuviese la boca llena de aceite. Unos segundos después, esa impresión había desaparecido. ¿Cómo podía encontrarme rarísima y, al mismo tiempo, una diosa?

—¡Guau! Sabía que el rojo te quedaría muy bien, no imaginé cuánto, ¡estás despampanante!

—No me van a reconocer cuando entre por mi casa. —Me acerqué más al espejo. Me pellizqué por si despertaba. Esa era yo. ¡Era yo! Suspiré y sonreí sin intención de añadir un chiste con el que cambiar el ambiente; por una dichosa vez, no quería que se rompiese. Deseaba congelarme así, radiante. Si alguien me hubiera insinuado antes de subirme al avión que yo, que me había pasado media vida rehuyendo de los espejos, me iba a cuajar delante de uno y que,

encima, me regodearía hasta gustarme, le hubiera contestado que tuviese cuidado porque las mentiras, cuanto más largas, más caída tienen. Sin embargo, allí estaba, sin parecer una payasa o una idiota. Todo lo contrario. Era yo en mi mejor versión. Solo pude decir, sin que se me rompiese la voz: gracias, María. Gracias, de corazón.

57

Un detalle con importancia

La felicidad que me invadió mientras observaba a Matilde frente al espejo restó cierta culpa que mantenía adherida en mis ojos. Había conquistado parte de la premisa de ese sueño: viajar con la complicidad de una amiga. ¿Acaso la amistad no consiste también en traspasar juntas los malos momentos, incluso aquellos que duelen a rabiar? Consulté el móvil con la esperanza de que esa buena conexión penetrase en el resto de ondas y me devolviera un mensaje, el que fuera. Cualquier respuesta era mejor que un silencio gélido.

—¿Sigue sin contestar? —Buscó mis ojos en el espejo. Estiré los labios, intenté abrir el pecho.

—Así es. No sé qué he dicho para que no se pronuncie cuando, en realidad, salvo por las formas con las que me marché, no he hecho nada malo.

—¿Y si no lo ha visto? —Se giró—. Los bohemios no son muy amigos de lo tecnológico. Después de esa despedida, quizá no espera una confesión así y ha dejado el móvil desperdigado en cualquier parte.

—Tu mensaje lo revisó en menos de una hora y, además, se presentó en el *tour* a toda prisa. —Con la mano libre, agarré un perfume con forma de botella azul, lo olí. Su sedosidad floral me acarició primero la nariz, después la bola punzante que había anidado en mi garganta desde que le envié las fotos.

—Eso son suposiciones. Cuando Nacho me enseñó a manejar los mapas y el *guasa*, me explicó que una flechita significa mensaje enviado. Dos flechitas, mensaje recibido. Esas flechitas en azul, mensaje leído. —Se cruzó de brazos, taconeó con el pie derecho—. Deja de mirar solo la pantalla y comprueba de una santa vez en qué estado nos tiene este hombre. Que unas horas de espera, de acuerdo, pero son cerca de las dos de la tarde y yo necesito saber si más nos vale pedirnos una botella de vino para celebrar o para ahogarnos.

—No puedo. —Abandoné el perfume, agaché la cabeza con la vista puesta en esa pantalla rota que frotaba con la yema, como si con esos movimientos circulares limpiase los restos de arenisca de un muro que nos aislaba.

—Claro que puedes y, cuanto antes lo sepamos, antes organizamos la siguiente propuesta de la lista. ¡Que a ver cómo diablos lo hacemos!

Claudiqué ante su insistencia. A pesar de que esa mañana la temperatura había ascendido, igual que el día que aterrizamos, un escalofrío denso escaló desde los dedos de mis pies hasta comunicarse con las manos. Desbloqueé el teléfono. Sostuve los pulmones llenos de un aire viciado por fragancias que, aunque buscaban imitar la naturaleza, nunca reflejarían la fragilidad que supone adentrarse en ella. Con el pulso crepitando, revisé la columna de conversaciones y accedí a la de Pedro.

—No me lo creo… —Silbé.

—Lo ha leído, ¿verdad? —Por el rabillo del ojo percibí cómo Matilde se movía de un lado a otro del pasillo forrado con estanterías—. Será memo, que te lee y no contesta; eso sí que no se hace por mucho poeta que sea. ¡Chiquillo! Que a este paso nos vemos de vuelta en el avión y sin conocimiento de qué leches piensa.

—No es eso, Matilde. —Le tendí el móvil para que ella misma lo comprobase.

—¿Y ese símbolo rojo con una exclamación? Nacho no me dijo ni una palabra de otro detalle que no fueran las flechitas.

—Pulsa encima.

—Tu mensaje no ha sido enviado. Enviar de nuevo o eliminar. —Levantó la vista de la pantalla, la bravura de su mirada me acuchilló—. ¿Cómo que enviar de nuevo? ¿No se ha enviado? ¡La madre que nos parió! —Elevó las manos con tanta fuerza que golpeó uno de los perfumes, lo cacé antes de que se estampara contra el suelo—. ¡Que no se ha enviado! ¡Pues claro! ¡Cómo va a contestar! ¿Es adivino además de poeta? —Siguió girando y moviendo las manos. Le quité el móvil en uno de los aspavientos. Me convertí en piedra frente a la pantalla. No podía creer mi torpeza—. Te explayaste tanto que ni el *guasa* ha resistido semejante intensidad. ¡Y cómo estás tú tan tranquila! A mí me va a dar algo, ¡me va a dar algo! ¡Vamos! ¡Dale otra vez a enviar! —Me zarandeó—. ¡María, reacciona!

¿Y si era una señal? ¿Y si estábamos predestinados a un final cada vez más dramático? La chica, que nos había atendido, se acercó alertada por el jaleo. Le contesté con una media sonrisa que disculpara las molestias, que ya nos marchábamos. Una vez en la calle, y a pesar del cambio de aire, percibía la textura gomosa de mis miedos. Un chicle del que no me desprendía por mucho que lo estirara. Matilde me quitó el móvil, colocó su dedo índice sobre la pantalla. Su mirada se tiñó de súplica. Asentí muda; yo no me atrevía a hacerlo.

58

Una burla sin gracia

Pulsé siete veces el condenado botón, devolvía una respuesta idéntica. Un mareo con decenas de bombillas blancas me nubló la vista. ¿La vida por qué se empeñaba en llevarnos por delante? ¿No tenía a otros de los que burlarse? Sacudí los hombros, me toqueteé el pelo. Poco a poco se me aclararon los ojos. Agarré a María del brazo y tiré de ella hacia la terraza de un bar a unos metros de la perfumería. A pesar de los chillidos de mis tripas, se me agarró un nudo en el estómago con la pájara que se le había pintado a María en la cara. Temí que se me cayera otra vez al suelo, como cuando nos encontramos con Pedrito de mis amores. Pedí dos tilas y unos cruasanes; ya habría tiempo de un menú entero y de una vaca si hacía falta, necesitábamos que el entuerto se solucionara cuanto antes. Bendita la hora en la que se me ocurrió que le contara su verdad a través de las postales, ¿ya no me acordaba de lo mal que le había ido a esta familia con las cartas? Pulsé otras tres veces el maldito botón. Nada. No estampé el teléfono contra la mesa porque no era mío.

—¡Yo no lo entiendo! ¿Por qué no se envía? O tienes un móvil de mierda o el *guasa* no te quiere. ¡Esto es un sin sentido! Si he mandado fotos al grupo de la familia y, pum, al momento las reciben. Esto se soluciona, como me llamo Matilde que se arregla, así tenga que llamar yo misma a Pedro y leerle las cartas.

—¿Qué haces? —dijo mientras yo buscaba en la agenda de mi teléfono. No respondí. Tres pitidos después, contestó. No le di ni las buenas tardes.

—Necesitamos tu ayuda, es de vida o muerte. ¿Has salido del instituto? —Me sujeté la pierna con la otra mano, no conseguía frenar el traqueteo.

—Justo ahora. ¿Qué pasa, abuela? ¿Habéis tenido un accidente?

—Sí, con la maldita tecnología. —Resoplé—. Escúchame y no me interrumpas. María está intentando mandar unas fotos a… a… a un amigo, pero a cada instante nos pone: tu mensaje no se ha podido enviar. Inténtalo de nuevo o eliminar. ¿Al *guasa* se le puede echar mal de ojo y por eso no funciona?

—Abuela, ¿cuántas fotos son?

—Como treinta. ¿Eso influye?

—¡Claro! ¡Es el máximo! —Me lo imaginé aguantándose la risa y pensando que éramos un par de pánfilas anticuadas—. Entre que pesan mucho y puede que la tía no tenga buena conexión, se queda en una especie de bucle hasta que aparece ese mensaje.

—¿Y cómo lo arreglamos?

—Muy fácil. Que envíe las fotos de una a una o agrupadas de tres en tres, pero no todas de golpe. ¿Lo entiendes?

—Sí, sí, te explicas de maravilla. —Miré a María y levanté el pulgar para tranquilizarla

—. Lo probamos y, si no funciona, te llamo otra vez. ¿Qué haríamos sin ti, Nachete? Si te tuviera delante te daba un abrazo y después un capón por no explicarme este detalle antes.

—Encima que os ayudo me cae una colleja. Para la próxima, te digo que no hay solución. —Su risa granuja me suavizó el nudo del estómago—. ¿Cómo va la lista?

—De fábula, con fotos que lo atestiguan. Solo nos quedan tus propuestas, que vaya telita, y una de Rebeca. De aquí a mañana lo bordamos.

—¡Os habéis dejado lo más divertido para el final! No vengáis con excusas de que os ha faltado tiempo, ¡eh!

—Que sí, pesado… Aunque me encanta charlar contigo, tenemos un asunto que resolver. Dale un beso al resto. Mañana nos vemos. ¡Ah! Y dile a tu abuelo que me confirme si se ha hecho hoy la analítica; se lo recordé ayer y en el aeropuerto, pero capaz es de no haber ido.

Colgué y le tiré un pellizco al cruasán. Mucha tregua nos había dado la tecnología en el viaje como para no cobrársela. Cerré los ojos unos segundos mientras masticaba ese placer sagrado que habían inventado los pasteleros. Un susto más y me ganaba un infarto triple.

—¿Y bien?

—Tranquila, lo arreglamos en un minuto. Nacho me ha explicado que no se pueden enviar todas las fotos a lo bruto que, como en la vida, mejor suave y despacio. Mándalas de una a una. Ojito con el orden, que no convirtamos esto en la búsqueda del tesoro de la verdad, se líe y entienda tu mensaje del revés.

—Creo que sabré hacerlo. —Sonrió. Se hundió en la silla y echó los hombros hacia atrás —. No imaginé que hubiese límites en internet.

—Parece que no hay resquicio que se quede sin ellos. También te digo, con lo inteligentes que son los informáticos, en el mismo mensaje de «no se ha enviado» podían especificar el porqué. A no ser que, mientras nos desgañitamos con el maldito teléfono, nos observen por la cámara y se tronchen. —Agarré el móvil y, por si acaso, grité—. No ha tenido ninguna gracia, ¿me oís? ¡Ninguna!

—Menos mal que has insistido, nunca hubiera entrado a la conversación. Me temía certificar que lo había visto y no quería responder.

—Sin que te ofendas, me ha sorprendido lo tiesa que te has puesto. No sé, como que te faltaba arranque.

—Ya… te parecerá una tontería, pero, aunque me aterre algo, antes o después me enfrento a él. Sin embargo, cuando tengo un hombre delante, es como si esa fuerza que me empuja se rompiera. Me siento tan expuesta que no me veo capaz de contraatacar. —Sorbió la tila—. A Sebastián, por ejemplo, jamás me atreví a hablarle directamente, salvo en este reencuentro. Ahí todo el dolor acumulado pudo más que mi miedo. Ojalá no necesitara ovillarme hasta que el sufrimiento es insoportable para dar el siguiente paso.

—Tampoco te fustigues y te abras las carnes, las emociones son muy puñeteras. Y lo que a uno nos parece de risa al otro le da pánico. —Mordisqueé un trocito de cruasán—. Pocas cosas son blanco o negro. Entiendo que, después de todo, te asuste que te hagan daño otra vez. Una es masoca hasta cierto punto.

—Me mentalicé para enfrentarme a Sebastián, no para esto. Mucho menos para descubrir que estuvo en la isla y Adelina le ocultó mi paradero. —Suspiró y bebió otra bocanada—. Lo entiendo, aunque me escueza, pero no quita que, en ciertas ocasiones, como en la perfumería, son tantas sensaciones y pensamientos los que presionan mi cuerpo a la vez que me bloqueo. Demasiado que asimilar en tan poco tiempo. Menos mal que te tengo aquí. —Se inclinó y me acarició la rodilla.

—Tampoco le quites mérito a la tila, con el estómago relajado una se vuelve más lúcida. —Puse mi mano sobre la suya, se la apreté—. Venga, envía esas fotos poquito a poco, voy a ver si me entiendo con el camarero y almorzamos algo más que masa frita, que la tarde va a ser larga. Muy larga.

—Matilde. —Me detuve a medio incorporarme de la silla—. ¿Sabes qué me has recordado? —Negué en silencio—. Que, aunque a veces me abrume, nunca dejo de intentarlo.

59

Cartas al vuelo

Releí en esas fotos mi historia. Algunas frases se entrecortaban con las líneas bruscas del destrozo de la pantalla. Cuando terminé la lectura y comprobé el orden en el que debía mandar esa especie de cartas, las lancé al vuelo. Hubiera sido menos doloroso enumerarlas que mirarme en un cristal plagado de letras, borrones y lágrimas. Gustara o no, era mi verdad. Guardé el móvil en el bolso, me acuné en la silla con los párpados cerrados. El ruido del tráfico junto con el crujido del toldo del bar, que se desperezaba con la brisa, y los pasos desiguales de los que caminaban por allí, acallaron gran parte del eco de mis pensamientos. Me resultó extraño descubrir fragmentos de mí misma en esas cartas, como si al escribir, sin más idea que vaciarme, hubiera arrojado pedazos de mi alma que ni siquiera era consciente de que existían. ¿Las heridas nunca se curaban o no me había esforzado lo suficiente? Si Pedro leía mi mensaje y no contestaba, ¿me daba por vencida o insistía una última vez? ¿Hasta cuándo basta?

Desde que me marché del pueblo nunca renuncié a mi gran sueño: un negocio propio. Invertí cada minuto y billete en el que se convirtió en mi hotel. Hasta alcanzarlo, soporté decenas de sacrificios y vientos del norte que deseaban derribarme. Me mantenía firme, sabía el puerto al que me encaminaba. Sin embargo, en cualquier relación, incluso familiar, el baile es cosa de dos. Sin una pareja que tienda la mano esa música pierde su compás, ¿permanecía entonces en la pista?

Solté las expectativas y confié, al igual que había hecho años atrás, en que la vida era más sabia que yo. Me prometí, como le dije a Matilde, que me esforzaría por superar mis miedos, mis bloqueos, esa parálisis que, en ocasiones, como si fuera el pico de una gallina, me perturbaba. A causa del pasado había rozado la destrucción de mi presente, no digamos del futuro con mi familia. No podía cambiar quién era, tampoco que la bruma me cegara en los momentos álgidos de tormenta; sí respirar y sujetar el timón en la dirección que creía correcta, aunque eso supusiera naufragar. Me pregunté, todavía con los ojos cerrados, que, si ya había cumplido con el objetivo de un negocio propio, ¿cuál era el destino al que me dirigía entonces? ¿Una nueva oportunidad con Pedro? ¿Y si no era así? ¿Y si me habían confundido el viejo amor, los finales abiertos, las dudas de cómo hubiera sido nuestra historia de reencontrarnos en la isla?

«No te das cuenta, ¿verdad? Te has sentido abandonada y sola tantas veces que este dilema con Pedro es otro reflejo más de que alguien abra los brazos y te arrope con la seguridad de que nunca volverás a caer, como sucedió cuando te quedaste huérfana, como ha ocurrido cuando te has entregado sin guardarte un mísero resquicio en el que sujetarte. Esto no funciona así. La única persona que debe sostenerte eres tú, no depender de nadie, cuando lo haces, vives a merced de sus mareas, de sus tiempos. Y no significa que te aísles en esas paredes blancas con olor a limón, que tanto te maravillan, sino que comprendas que el valor de tu vida, tu paz, es

exclusivamente tuya. ¿Por qué no reconoces que desde que has escrito las cartas y has soltado esas palabras, atascadas durante años, te sientes más ligera? ¿Por qué te obligas a regodearte en miedos lejanos? Alzar tu voz es el mejor regalo; pase lo que pase, caiga quien caiga. Si alguien te quiere, que sea por tu verdad, no por lo que tragas con tal de complacer. Aparta los remordimientos, abre los ojos y disfruta de París».

Me enjugué las lágrimas antes de que Matilde apareciera. Esa otra María, que me hablaba desde dentro, acertó: el miedo al rechazo pesaba demasiado. Ese lunes de octubre me negué a que otra reacción ajena marcara mis anhelos, mi itinerario. Saqué el teléfono del bolso y lo silencié. Si Pedro tenía algo que decir, ya lo leería. La consulta constante a esa pantalla rota no cambiaría sus palabras, tampoco el color del final.

—Algo comeremos, no me preguntes el qué ni te pongas muy delicada. —Matilde se sentó con un suspiro sonoro—. Hemos procurado entendernos con el traductor del móvil. Que la tecnología nos pille confesadas, como la líe igual que con las fotos, almorzamos lengua de toro.

—¿Qué te parece si después nos sentamos frente al Sena? —Jugaba con uno de mis mechones, la vista en el bamboleo del toldo.

—¿Y qué vamos a hacer ahí tiradas?

—Descansar, pensar la siguiente propuesta de la lista, admirar la belleza. No sé, saborear la calma.

—¿Y Pedro? —Arrugó la frente—. ¿Ha contestado? ¿Qué te ha dicho?

—No, no hay respuesta. —Omití unos segundos que había acallado cualquier réplica. Me zambullí en el oleaje de su mirada, encendí el faro que guiaría nuestro viaje—. Si he esperado más de cuarenta años, otro par de horas no supondrá ningún cambio. Quiero vivir París desde ambas orillas y, en esta, estamos las dos solas.

60

Quién dijo vergüenza

María me iba a enloquecer. ¿Cómo se quedaba tan pancha sin saber si Pedro respondía a las chorrocientas fotos que le mandó? ¿No le roía ni una chispa? Había aprendido la lección; así que me callé y me adapté a lo que ella quería, y si era no saber, pues no sabríamos, aunque los nervios me abriesen una úlcera de estómago por la que se colase el vino directo a la sangre. A las alturas en las que me encontraba, eso sí que no lo iba a cambiar, aunque supiera que las copitas de anís y vino era mejor guardarlas unos meses, y más con los banquetes que me estaba metiendo en París. En casa no bebía tanto, pero esa ciudad me había sacudido de la alegría a la pena, de ahí otra vez a la alegría, los nervios, la intriga y la madre que trajo a todas las emociones juntas; con ese barrizal no me podía tranquilizar a base de agua y lechuga. Sin embargo, en nuestro penúltimo almuerzo en París, nos ceñimos al líquido transparente e insípido por petición de María; no la contrarié ni en eso, con tal de que no explotase otra bomba entre nosotras.

Cuando nos sentamos en el suelo contra un muro de piedra clara frente al Sena, reconocí que, además de que nunca imaginé que la chaqueta me valdría de cojín con el que evitar que la humedad me acribillara los huesos, estaba exhausta. ¿Cómo habían pasado años sin que sucediese nada, y en apenas un fin de semana había vivido tanto, que era increíble que me mantuviera en pie? Bueno, el truco lo sabía: las copitas y ese pellizco eufórico que se me agarró a las tripas, incluso antes de subirnos al avión.

Allí sentadas, mirando los surcos con el paso de los barcos, me sobrevino un cansancio que temí que nos fastidiase el resto de la lista. Dejar experiencias sin vivir a pocas horas del final del viaje, me aterró. Sabía que era prácticamente imposible que volviera a esa ciudad de las mil caras, quizá por tiempo, sobre todo, por bolsillo. Me costó relajarme, si es que detuve la centrifugadora. Lo mío era el ritmo, el movimiento sin descanso, evitar pensar. Tras veinte minutos en silencio por fuera, por dentro manejaba una orquesta que ni la de la verbena de agosto, me di cuenta de que, por primera vez, miraba un río y no apartaba la vista. La idea de Vicent había funcionado. No entendía cómo los brochazos sin ton ni son mientras charlaba con un vacío que sentí completo por Juan, consiguió que doliera menos, pero lo había hecho. ¿Y si le hablaba a María de él? ¿Y si el siguiente paso para sacarlo de debajo del agua era nombrarlo a viva voz? Ella me había desvelado todas sus cartas, yo permanecía agarrada a mi ironía, con la que evitaba que me vieran, ¿no me dije a mí misma que ese viaje era una purga? ¿Qué quería recuperar a esa chiquilla alegre y amorosa que fui? Si no lo hacía en ese momento, ¿cuándo lo haría?, ¿en mi lecho de muerte?

Me leyó el pensamiento y me dejó unos minutos allí sola, en el suelo, mientras ella compraba un par de chocolates. Me acordé del muchacho que casi se atragantó durante el *tour*

con Ramón, ¿cómo les habría ido a esos chiquillos el resto del viaje? ¿También habrían vivido algún drama o solo un amorío de una noche? ¿Se habrían marchado ya? Era como si hubieran transcurrido siglos de aquella mañana. El tiempo más traicionero y no lo inventan… También recordé que no le había contestado a Ramón, tanto insistir con Pedro y me había olvidado de mi amigo. Me prometí escribirle después de la charla con María. Agarré el vaso de cartón con las dos manos, el calor me ayudó a centrarme.

—Creo que te debo más de una explicación, o quizá no. Sinceramente, no sé si lo que te voy a contar es por ti, por mí o por el único amigo que tuve. Quiero que entiendas por qué soy como soy, por qué odio San Juan, por qué meto la pata cuando intento ayudar. —Solté un soplo de aire. Respiré otro limpio—. Solo te pido que no me juzgues, por favor.

Me recosté sobre el muro, cerré los ojos y destapé la tapa de mi propia Pandora, como hice mes y medio antes con la misteriosa caja verde. No escondí ni un pellejo. Lo saqué todo, incluso lo que no sabía que guardaba dentro. Cuando abrí los ojos, las farolas se habían encendido y apenas un toquecillo naranja pintaba el cielo. El chocolate helado, como mis huesos. Intenté girarme, mi cuerpo se asemejaba a una alcayata roñosa. Un dolor seco me subió de la rabadilla hasta el cuello. Suspiré y me mordí el moflete para aguantar la sacudida. ¿Podría levantarme o habría que llamar a una grúa? María se acercó a mí, me cogió de la mano. Ladeé la cabeza, me encontré con la suya. Sus ojos empapados, los míos, secos.

—No estás sola, Matilde, nunca lo estarás.

61

Para siempre

En la mañana que aterrizamos en París y jugamos a imaginar tesoros en el río, confirmé que Matilde escondía mucho más de lo que mostraba. Las palabras pueden ocultar la verdad, los gestos la destapan. Había observado cómo repetía ciertos movimientos siempre que le atravesaba una emoción que, intuí, no sabía gestionar: la sacudida de hombros, el toque en el pelo, también su afán incansable por hacer, ver y tragar. ¿No había embellecido yo misma mi relato? Hay ojos que, si quieren, traspasan. Y yo quise descubrir la mujer que se vestía con la piel de mi cuñada. La escuché en silencio, con la mirada puesta en la transformación de la luz en oscuridad, en los tintes irisados que derretían los edificios de los que me enamoré. Aunque mi historia no se asemejaba como tal, me reconocí en la suya. Me atravesó su dolor. ¿Qué mujer no lo hubiera sentido? ¿Quién se libraba del miedo, del papel que debía interpretar, del maldito yugo del sexo? Me acerqué a ella cuajada en lágrimas densas, sin hipo, sangre diluida. Verbalizar era otra forma de alzar el vuelo.

—No tienes nada de lo que avergonzarte. Eres humana, como yo, como ellas. —Señalé a tres chicas que paseaban juntas—. Cualquier ser que respire, se equivoca. Los leones fallan ante presas más débiles. ¿No lo íbamos a hacer nosotras?

—¿Te puedo pedir un favor? —Asentí—. No le comentes nada a Paco ni a las niñas. Quiero decírselo yo. Quiero que me vean.

—Me apuesto un crep a que ya lo hacen. Están orgullosos de ti, Matilde. No lo ves porque lo vives desde dentro, pero yo soy testigo de un amor profundo. Date tiempo y, sobre todo, quiérete más. —Le apreté la mano. Antes de que desviara su mirada de la mía, me adelanté para darle espacio a que esas embestidas se asentaran—. Pásame la lista, quiero comprobar que no se nos ha olvidado nada y anotar mis propuestas como prueba de que las cumplimos también.

~~Notre Dame~~ (Conchita)
~~Pícnic en un jardín~~ (Rebeca)
~~Mona Lisa~~ (Matilde)
~~Free tour~~ (Ana)
~~Pasear por el Sena~~ (Paco)
~~Cenar en un barco~~ (Matilde)
~~Pasear sin rumbo~~ (Ana)
~~Boina~~ (Carlota)
~~Enviar unas postales~~ (Carlota)
~~Subir a la Torre Eiffel~~ (Conchita)
~~Un capricho~~ (Paco)
~~Montarse en un tiovivo~~ (María)

~~Pintalabios rojo~~ (María)

—¿Y si nos embarcamos en la última propuesta de Rebeca antes de las de Nacho? —Le devolví la lista que guardó en el bolso, los dobleces del papel estaban tan marcados que temí que se partiera en pedazos.

—¿De dónde lo sacamos? No he visto ninguna tienda dónde comprar algo así. Además, veremos si soy capaz de levantarme o me tienes que traer el nórdico y la almohada del hotel.

Me puse en pie con las piernas entumecidas y la poca clase que me permitió el vestido de lana, que se había humedecido por las horas sobre la piedra. Estiré brazos y espalda y le tendí ambas manos a Matilde que, tras varios intentos haciendo palanca, consiguió incorporarse. Se escuchaba un acordeón a pocos metros. Nos envolvió un ligero vapor acuoso, casi masticaba su sabor a algas dulces.

—La próxima vez que se te ocurra un plan romántico, que, al menos, tenga una sillita; me creo muy joven y lozana, pero la realidad me da cada zarpazo que, un día de estos, me quedo tiesa. —Se frotó los pantalones—. Ale, otro ridículo más para mi propia lista de París.

Caminamos muertas de la risa con nuestros movimientos robóticos. Los exageramos hasta que las carcajadas crearon ondulaciones en el río. Qué fácil era vivir y cómo lo complicábamos. Subimos unas escaleras laterales de uno de los puentes. Mientras continuábamos con un paseo dorado bajo las farolas, revisé si había algún comercio que nos abasteciera más allá de cafés, postales y un sinfín de objetos de recuerdo. Ni rastro.

Unos veinte minutos después, antes de pisar las tablillas del puente de las Artes, un destello fluorescente me iluminó una idea. Llamé a ese chico de chaleco naranja y casco negro. Mis gritos y los gestos abruptos de mis manos detuvieron su marcha. Le expliqué nuestra situación con la voz más melódica que saqué del pecho. Una sonrisa infantil. Su mirada incrédula se tornó en risa, tampoco dudé que se transformara en una anécdota alrededor de una cerveza fría. Quise pagarle, no aceptó. Sería su contribución a nuestra aventura. ¿Por qué, en general, no éramos así de amables? Regresé, con unos tímidos saltitos, a la esquina en la que me esperaba Matilde, apoyada sobre la barandilla del puente. En el último, me convertí en una bailarina y giré con la melena abierta, coqueta.

—¡Solucionado! —Se lo mostré. Una particular piedra preciosa brilló entre mis dedos.

—Tienes más salidas que una autovía. —Me ofreció el bolígrafo que guardaba en el bolso—. Tu letra se lee mejor.

Apreté la punta contra el metal, no pintaba ni una mísera línea. Abordé a otro par de chicos con mochilas e imagen de estudiantes. Me prestaron un rotulador negro, garabateé en cinco segundos. El futuro escribiría el resto. Juntas introdujimos la abertura por un resquicio entre las varillas de metal del puente, pusimos la yema de nuestros dedos sobre el aro gris. Aspiramos mucho más que aire y, con el final de una cuenta de tres, nos unimos para siempre en aquel puente de París.

62

La hora de la verdad

No sé cómo nos las apañamos, no hubo día que no pisáramos Notre Dame, aunque fuese un vistazo a lo lejos. Nos sentamos en el mismo banco que la primera mañana de nuestro viaje. Me sentía distinta a la Matilde que vino de La Alpujarra, no muchísimo más ligera, pero sí lo suficiente para que mis pulmones respiraran sin tanta prisa. Me tomé un ibuprofeno con la lágrima de agua de la botella que guardaba en el bolso, le ofrecí otro a María. El autocontrol de esa mujer, cuando se empeñaba, era envidiable; ni una santa vez miró el móvil desde que le envío las fotos. ¿Intuyó lo que diría Pedro?

Con su pinta de hada del bosque debía tener poderes mágicos, a mí, al menos, me trastocó más allá de un toque de color en los labios. ¡Lo que me favorecía y, chiquillo, lo que tardé en lucirlo! Mientras nos maravillábamos con esa fachada imponente, pensé en que Ana había atinado de pleno: a veces las cosas sí ocurren por algo. Si María no me hubiera sacudido en el barco, quién sabe si hubiera visto de nuevo a Ramón, conocido a Vicent y sus magníficos cuadros y, por supuesto, recuperado a Juan. El tropiezo de una ficha de dominó provocaría menos jaleo. Hubiera agradecido que no doliese, la epidural la inventaron por una razón; a nosotras se nos había olvidado.

Cogí el móvil y le pedí disculpas a Ramón por la tardanza en mi respuesta. Aproveché para que nos aconsejara cómo abordar el siguiente punto de la lista: el menos problemático de los de Nacho. Contestó en dos minutos.

—Está perdido con el tema, aunque su nieto seguro que nos ayuda. Va a preguntarle.

—Estupendo, invítalo a cenar; así lo conozco y le agradezco que te enseñara París en mi ausencia.

—¿Segura? No quiero que te sientas obligada, es nuestra última noche y como antes has dicho lo de estar solas en la orilla…

—Creo que ya podemos añadir compañía.

Me guiñó y volvió a concentrarse en Notre Dame. Imaginé que ella también se vería distinta ante esa fachada. Ninguna supusimos, la mañana de viernes en la que aterrizamos, las sorpresas que nos ofrecería París. Si nos atracaban, completábamos el *pack* del turista novato. Le envié otro mensaje a mi amigo —qué bien sentaba, amigo— y unos minutos después me mandó un mapa con la dirección y su flechita. Cómo echaría de menos esa aventura detectivesca. «Proponle a Nacho ir a Granada y os inventáis nuevas rutas o quizá algún otro viaje, más baratito, eso sí, con el resto de la familia y te conviertes en guía. Cuántas posibilidades, Matilde, cuántas…».

La espié de reojo. Su cara se asemejaba al agua mansa del pantano de Rules, el tamborileo de la mano derecha, la más alejada de mí, era un idioma que me resultó más acorde

con la situación. Conté hasta veinte, respiré otras siete. Su mutismo me acribilló la paciencia. Ella no querría saber, yo sí.

—Sé que ya me he entrometido lo suficiente, pero ¿cuándo vas a revisar el móvil?

—En un rato, quizá después de la cena.

—Se nos acaba el tiempo, María. El avión sale mañana a las cuatro y Ana me dijo que nos había reservado un taxi a la una. Cómo se nota que esta niña ha *zancarreado* antes por aquí, si nos toca arrastrar las maletas y el cansancio por el metro, me quedo atrapada en un vagón y busca otro billete y…

—Tranquila, Matilde. —Me acarició la pierna—. Lo he reflexionado mucho y quiero saber, sin embargo, no condicionará más el viaje. Su respuesta no me bloqueará de nuevo. El ritmo de este final lo marco yo.

—Sí, lo entiendo —mentí—. ¿Pasamos por el hotel antes de la cena? Puedo decirle a Ramón que nos retrasamos una hora o dos.

—No me vendría mal una ducha y echarme un rato; si me tumbo, no me levantaré hasta mañana y tenemos una misión. —Sonrió—. ¿Me acompañas a uno de los puestos que hay en el puente? —Apuntó a la derecha—. He visto unas ilustraciones que les encantarán a los niños. Quiero regalárselas.

—Si no te importa, te espero aquí. Estoy molida. Te cuido el bolso y así no te preocupas de que te lo roben mientras cotilleas.

—Perfecto, cojo la cartera. No tardo.

En cuanto María enfiló el puente de piedra junto a Notre Dame, observé su bolso sobre el banco. Solo. Indefenso. Desprotegido. Escuchaba cómo gritaba que alguien descubriera si había mensaje o no. Me mordí la yema del pulgar. El taconeo sobre la arenilla abrió un surco. Deslicé la mano unos centímetros, casi lo rozaba. Un ardor me subió desde la boca del estómago.

«Matilde, no lo hagas. ¡No lo hagas! Está mal, muy mal. Es allanamiento a su intimidad y confianza. ¿A ti te gustaría que registraran tus miserias? Bueno, bueno, a cualquier cosa llamamos registrar, es una miradita de nada. Una breve comprobación de que no hay otro drama sobre nuestras cabezas. ¿Y si te pilla? Entonces sí que tendrás un papelón del que no sales, así te cubra de oro el Espíritu Santo. Ella no se va a enterar. Una ojeada rápida a la pantalla, sin desbloquearlo. ¿No has aprendido? ¿No te parece suficiente con lo metijona que has sido ya? Que por una *chuminá* te cargas a tu familia. ¿Que ha escrito? Estupendo, ¿que no ha escrito? Fabuloso también porque esto no es asunto tuyo. Me va a dar un ataque de ansiedad con tanta incertidumbre, ¿no lo ves? Lo que veo es que si coges ese móvil continuarás siendo la mujer que no quieres ser».

—He cambiado, he cambiado —rezaba con las manos prietas. El bolso gritó más fuerte —. He cambiado, he cambiado. —Cerré los ojos, me balanceé.

—¿Qué has cambiado?

—¡Qué susto! —Me incorporé de un salto, tropecé y caí sobre María. Cómo aguantó el porrazo, sin terminar en el suelo, siendo tan canija; un misterio más oscuro que el de la caja verde.

—¿Estás bien? —Asentí con la angustia en el cuerpo—. ¿Qué decías que has cambiado?

—¿Qué? —Me recoloqué la boina, estiré el jersey y carraspeé—. Una bobada, he cambiado el color de los pantalones, pero solo de unos. En cuanto vaya al mercadillo me compro un par más, que el negro ya no lo quiero ni en el café. —Miré de soslayo el bolso. Le había ganado el pulso. No aplaudí por no levantar sospechas. Chúpate esa, maldito—. Venga, a por un caldito que nos resucite el cuerpo. En veinte minutos de metro estamos. Ramón te encantará.

63

La última cena

Eran las ocho y diez cuando cruzamos el paso de peatones frente al restaurante. Antes de que Ramón nos viese, me fijé en cómo consultaba su reloj y golpeaba tres veces sobre el cristal. Vestía con el mismo sombrero de fieltro marrón que la mañana que se presentó en el tour. A juego, un traje de chaqueta azul marino con chaleco de cuadros. La pipa, sin humo, le colgaba de la boca. Subió su mirada al par que sus gafas. Su semblante se transformó en cuanto nos enfocó. A pesar del agotamiento, otro fardo de piedras se deslizó desde mis hombros y golpeó el suelo en silencio. La alegría y complicidad de su saludo me reafirmaron que mi ausencia, en ocasiones, era una bendición.

—Qué ganas tenía de conocerte. Matilde me ha hablado mucho de ti. —Me tendió la mano.

—El placer es mío. —Esquivé su gesto, lo abracé. No sé si lo percibió, intenté que mi agradecimiento por paliar mi torpeza traspasase las capas de tela y piel.

Nos sentamos alrededor de una mesa de mármol blanco con patas de hierro al fondo del restaurante, junto a uno de los ventanales. Un hilo de música francesa envolvía las paredes cargadas de fotografías de famosos con el que supuse el dueño. Delegué la elección de la cena en ellos. Me concentré en cada palabra que bailaba en una melodía desconocida, procuré sonreír como respuesta hasta que, poco a poco, el calor y los vapores, que provenían de los platos sobre la mesa, me mecieron en un limbo entre el cansancio y la incertidumbre. ¿Consultaba ya el móvil? ¿Había esperado lo suficiente? Si lo revisaba, ¿tenía yo el control o el pinchazo que me había esforzado en ocultar? Deslicé los ojos hacia mi izquierda, a la silla en la que acomodé el bolso y el abrigo. Percibí el peso de la duda, un amasijo de plomo que hundía el cojín granate del asiento. Un ligero sabor a cobre se contoneó entre la nariz y el estómago. Fui consciente de que había perdido el hilo de la conversación cuando ambos detuvieron la mímica de sus labios.

—Perdón, ¿qué decíais?

—Que no comes nada. —Matilde señaló mi solomillo de ternera con salsa de queso, intacto—. Es por el *guasa*, ¿verdad?

—No, no, repasaba el viaje y no me he percatado de que ya estaba la cena. Disculpad.

—Espero que el regusto de la ciudad sea agradable. —Supuse que Matilde le compartió la historia completa de Pedro, la dejé demasiado tiempo sola como para que cupiera en una única mentira.

—Mi deseo era divertirnos. Ha sido mucho más intenso de lo que esperaba. —Bebí un trago de agua, su fluidez aclaró la quemazón de las cuerdas vocales.

—Los viajes nos ponen a prueba.

—Entonces, ojalá supere el examen. —Mis dedos reconocieron un mapa en las estrías del

mantel, ¿sabría descifrarlo? Sonreí a la par que negaba con la cabeza—. Las recuperaciones no son lo mío.

—No repitas. Empieza de nuevo, como si se tratase de la primera vez.

—¿Y qué haces con los recuerdos, los fracasos?

—Los guardas hasta que sean útiles. ¿Me permites un consejo? —Asentí—. Una puerta solo hace ruido cuando se queda entreabierta.

—Gracias.

—Un brindis —propuso Matilde—. Por la amistad y los sueños que, aunque no se cumplan, la fe en ellos nos mueve hacia delante. —Me sonrió con la mirada.

Un silencio espumoso tintineó en la mesa. La bola, que me oprimía el pecho, extendió sus pétalos. Ese ínfimo instante en el que, si el mundo se apagase, todo rezumaría calma. Una paz que se diluye en cuanto reparas en ella, como si su raíz resistiera en la ignorancia del presente y solo se apreciase en el paladar del recuerdo.

Me relamí con el resto de la cena. Las anécdotas y carcajadas ocuparon un asiento privilegiado hasta que sonó un teléfono. Mis costillas se oprimieron durante los segundos que tardé en recordar que el mío permanecía mudo. Aislado.

—¡Por fin! —dijo Ramón—. Este muchacho se pasa el día con el móvil salvo cuando uno lo necesita.

—¿Y qué dice? ¿Sabe dónde podemos ir?

—Esto es una locura. —Sus carcajadas provocaron que varios comensales repararan en nosotros—. Me ha enviado una dirección, nos espera allí. Eso y que no se lo cuente a su madre, que lo hace por ayudarnos, sino estaría estudiando.

—A saber, qué cuerpo —respondió Matilde con una sacudida de hombros—. ¿Pagamos y nos vamos? A ver dónde nos mete este chiquillo, cómo maneje las ideas de Nacho, miedo me da. ¡Miedo me da! No me entra ni el postre.

—Invito yo. Os veo en la puerta. Necesito pasar primero por el baño.

El pitido de ese mensaje avivó la angustia que había sosegado con respiraciones profundas y el enfoque en detalles sin importancia, como la decoración de aquel restaurante. Me escondí en uno de los cubículos para señoras, cerré la tapa del inodoro y me senté sobre ella. El replique de mis zapatos rebotaba contra los azulejos blancos y formaba un eco que me taladraba la cabeza. Un mordisco inconsciente en el labio me regaló un trofeo sanguinolento. ¿Por qué me comportaba igual que una adolescente y no como una señora curtida a base de limón y sal?

«Aunque te esfuerces en doblegar a las emociones, ellas son más fuertes. No tienen miedo a desaparecer. Nunca lo hacen. María, lo hemos hablado antes, no luches contra ellas, sino a tu favor. ¿Ahora qué necesitas? ¿Saber o no saber? Hace unas horas creías que su respuesta condicionaría el resto del viaje, pero ¿la incertidumbre, a esta hora, no es un límite aún peor?».

Una arcada me obligó a cerrar los ojos y apretar los labios. Tiré del cuello del vestido, la lana me estrangulaba la piel. Resoplé tres veces y rogué que la María adulta liderara la situación. Me recordé que era la intensidad de las emociones revolviéndose, polvo blanco en una bola de nieve. Requerían un suelo dónde posarse y me dejasen ver. Me concentré unos minutos más en la respiración. Abrí los ojos con una serenidad violeta. Saqué el teléfono del bolso sin titubear. Expulsé, al aire viciado de aquel cubículo, los sedimentos de la duda. Apreté el botón derecho, se iluminó la pantalla.

Un mensaje.

Dos palabras.

64

Un círculo de estrellas

¿Todos gesticulamos igual? Intenté descifrar la carita con la que salió María del baño después de veinte minutos en los que no me dejó otra opción que pedir un digestivo. Le pregunté si se le había descompuesto el cuerpo, aunque casi ni hubiera tocado el solomillo. Qué lástima de plato, no pedí un táper porque teníamos un objetivo y el plan no concebía cargar con la merienda. Me dijo que se encontraba bien, un poco cansada, que ya habría tiempo de recuperarse en casa. No sé cómo me lo tragué, encima de hada del bosque, era buena actriz. Un poco más y le plantan un programa de la tele.

Ramón paró un taxi. En el trayecto comprobé, de nuevo, que la vena psicóloga del sector traspasaba fronteras. Una pena, no entendí más que las risotadas de mi amigo. María, por mucho francés que supiera, ni se inmutó. ¿Qué le rondaría la cabeza? Cuando nos apeamos, vi un cartel enorme sobre la puerta de nuestro destino. Era blanco, cada letra del color del arcoíris y, al final de ellas, un círculo de estrellas doradas.

—¿Qué significa Erasmus *party*? —Ramón y María se miraron a la par que se mordían los labios—. No me digas que tu nieto le ha cogido la delantera al mío y se ha inventado una propuesta más absurda.

—Quizá deberíamos preguntárselo a la juventud que habrá dentro. —Sus carcajadas de elefante me preocuparon, al menos, a María se le había alegrado la cara.

—¿A qué antro nos ha traído?

—A uno de estudiantes veinteañeros.

—¡Lógico! —Clamé al cielo—. ¿Cómo va a saber un niño, que está naciendo, dónde leches se divierten los viejos en París? —Coloqué los brazos en jarras. Un ligero calambre me cruzaba la ciática—. Mira, aunque pueda ser la abuela de todos ellos, con el dolor de cuerpo y la dichosa lista, de aquí no me muevo, así salga mañana en los periódicos. Total, no los voy a entender…

—¡Ahí está Miguel! —Me interrumpió y agitó la mano con la que sujetaba la pipa.

—¿Ese Tachenko es tu nieto? ¡Madre del amor hermoso! ¿Cuántos *petisui* le habéis enchufado?

—¡Por fin llegáis! —Dudó entre dos besos, la mano o un abrazo. Se decantó por una mezcla—. Cuando se lo he contado a mis amigos creían que les vacilaba. Les toca pagarnos las entradas, con dos consumiciones incluidas, ¡calidad!

—¿Tienes eso? —Miré a ambos lados.

—Sí, llevo la mercancía aquí. —Señaló una pequeña mochila en su espalda—. Os la paso dentro. Vamos.

No hubo más conversación, ese muchacho ansiaba más que nosotros una fiesta un lunes

por la noche. Cómo se nota que la edad no entiende de días de la semana. Antes de que entrásemos a ese local, que cambiaba el color de las luces con cada canción, me fijé en que María trasteó el móvil y lo guardó con el sigilo de una delincuente. «¿Ha leído el mensaje y la muy pelleja no me dice ni mu? ¡Por eso estaba tan callada en el taxi! ¿Y qué le habrá escrito Pedro? Matilde, recuerda, recuerda, ¿tenía los ojos rojos cuando salió del baño? Mmm, no. Entonces no se ha encerrado a llorar, eso significa que el mensaje es positivo, pero, si es positivo, ¿por qué no salta de alegría y pregona que lo han solucionado? Que habrá un final pacífico. ¡Piensa, piensa! Hija, con la de películas que montas al cabo del día y no se te ocurre ni una mísera opción más para este drama. Haz una cosa. Échate unos bailes, te tomas una copita y sacas el tema como si fuera el parte del tiempo. Con lo discreta que te has vuelto, no se dará cuenta de tu argucia». Con el único detalle que no conté en mi estupendísimo plan es que, en ese bar atestado de chavalería, unos cuatro o cinco años mayores que Nacho, seríamos el centro de atención.

Nos colocamos el *material* en una esquina tras la puerta. Las miradas y risitas nos siguieron a la barra y, de ahí, a la pista de baile. Se formó un círculo, nosotros en medio. La euforia nos sobrecogió en segundos. Esa juventud nos agarraba de las manos y movían las caderas al ritmo de unas canciones que le agradecí a la vida no entender la letra, aunque la mayoría sonara en español, con las palabras sueltas que pillé fue suficiente. Entre el cambio de iluminación continuo, el peso de ese material y que no había girado más ni en la noria, perdí varias veces a María.

Cuando el local se tiñó de rojo, me lo tomé a modo de señal para que me olvidara del mensaje y me centrase en bailar y pegarnos un fiestón disfrazadas —sí, sí, disfrazadas— cómo Nacho escribió, literalmente, en la lista. Llegaron a mis manos copas que no pedí, pero que me tragué. ¿Quién querría drogarme a mi edad? Corearon nuestros nombres, movimientos cada vez más exagerados; la amplitud de cadera que manejaba y yo sin saberlo. Si hasta Ramón imitó los gestos estrambóticos de hombros y brazos de esos muchachos. Seríamos viejos, pero unos con espíritu aventurero, tres coronas de luces, que chisporroteaban como un árbol de Navidad, y capas de bruja. Un cuadro con el que sonreiría de par en par hasta la Mona Lisa.

En una de esas vueltas, enfoqué a María. Se contoneaba con los ojos cerrados. Una serpiente abducida por una flauta. La melena volaba y, por segundos, le cubría el rostro. Como pude, saqué la cámara del bolso y le hice una foto. Una diosa envuelta en llamas que, en vez de quemarla, se elevaba. Los ojos se me humedecieron, los labios con un tembleque infantil; lo estábamos haciendo.

Sacudí los hombros, me toqueteé el pelo. Me acerqué a ella bajo el embrujo de esa música que me vibraba en el pecho; choqué la copa con varias chicas en el minúsculo trayecto. Abrió los ojos pocos segundos después, nos abrazamos y, al despegarnos, un chispazo dibujó una visión: nosotras con veinte años. Con un universo regado de opciones. Con una pista de baile en la que el tiempo no corría a toda prisa.

En un impulso, le agarré de las muñecas y giramos en una nebulosa verde, amarilla, azul. En un cuadro de Vicent que estalló, en revoltijo multicolor, cuando María se detuvo en seco. Me sujeté la corona, miré a la izquierda. Entre estrellas y borrones lo distinguí. Era él. ¡Era él!

65

París se detuvo

Reconocí su fragancia en apenas segundos, esa mezcla de papel viejo, hierba mojada y café penetró más allá de los perfumes artificiales de los jóvenes sedientos que se agolpaban a nuestro alrededor. En cuanto la primera nota me mordisqueó la nariz, detuve la inercia de un viaje en el tiempo. Lo vi sin necesidad de enfoque, su presencia rocosa resaltaba entre colinas en formación.

Dejé de escuchar el sonido estridente de la música, el juego de luces congelado en un naranja que intensificó el dulzor de su sonrisa. Revisé cada fragmento. Del pantalón negro sobresalía un triángulo de la camisa vaquera cuyos últimos botones los había abrochado mal. La melena y la barba recién salidas de la selva. Me fijé en cómo el movimiento de sus hombros descendía, conforme el reloj descontaba minutos, hasta que trasmutó en un ritmo uniforme en el que se le ensanchaba el pecho. Nos miramos. Había aceptado su mensaje. Dos palabras. Una acción. Pudimos dejarlo ahí; desandar y retornar por una puerta que, una vez cerrada, no habría llave que la abriera. ¿Quería ese final?

Me estrujaba mi propia piel. El pelo me crepitaba. Temí despegar los labios y que el enjambre, que había anidado en mi garganta, se esparciera en una primavera tardía. Percibí la duda en sus pies. Los míos actuaron solos. Diez pasos. El borboteo de su saliva al tragar despertó mi letargo. Era Pedro. Pedro. ¡Pedro! Si alzaba la mano, podría tocarlo. ¿Explotaría si mis dedos se enredaban entre sus mechones grises?

—Hola, María. Yo…

—No digas nada.

Las palabras nos habían separado dos veces. Primero en una esquina del Barrio de las letras, la segunda en la plaza de los Vosgos. Sabía que habría una tercera; la forma, el color y la textura la dictaminaría yo. Las palabras no cabían en esa sala. Eran demasiado peligrosas, demasiado ambiguas. Hablaríamos con el cuerpo, con la verdad de la piel y las caricias, con la energía y el calor que aún nos quedaba.

Con la boca entreabierta, le tendí la mano. El contacto con la suya me trasladó a la bienvenida del 71, a nuestra primera nochevieja, a la fiesta en la que, sin el roce de su susurro sobre mi oreja, esta historia no hubiera comenzado. Él, líder de cada huella; yo, emoción contenida. Tornamos esos papeles. Lo atraje hasta a mí y, antes de abrazarlo, giré media vuelta, anclé mi espalda contra su pecho. Los latidos de su corazón palpitaron en mi entrepierna. Saboreé el amarillo, en el que se había envuelto el bar, con el punto meloso de Pedro. Acompañé su mano por el perfil de mi cintura, la cadera. La suavidad de mi vestido y la capa contrastaba con el frío áspero de sus dedos. Cerré los ojos mientras regresaba el ritmo de la música a mis oídos. Me fundí en él. Me olvidé de las miradas ajenas, en aquella pista de baile solo estábamos

nosotros, el pasado, el presente y un futuro que no quería averiguar.

La cadencia aumentó. El aire salado se espesó en mis labios. Tirantes. Duros. Exhaustos. Deshice el giro, lo observé de frente. Una brisa suave avivó los centímetros que nos separaban. Percibí cómo las palabras ansiaban emerger de su boca. Veía las sílabas, las letras, su significado más primario. No quería oírlas, no otra vez. Me encomendé a esa María fuerte y decidida, a esa joven que huyó del hogar familiar en busca del control de su vida, a esa mujer que se forjó a sí misma. Derramé las emociones, que me habían nublado tanto, sobre un plato de azúcar derretida en el que quedaron atrapadas. Ascendí por su cuello con la yema de mis dedos, la rigidez de su cuerpo me incitó a no pausar la marcha. Bordeé los límites de su barba, el vaho de su aliento. Me puse de puntillas y, con el remolino de su nuca entre los dedos, lo besé.

¿Cuánto dura un beso eterno?

Deambulamos el resto de la noche en un baile silencioso entre dos mundos: el real y el inconsciente. Un limbo en el que las almas más antiguas conquistan cierta paz y en el que las heridas no se pierden, sino que, con una pizca de suerte y una gran dosis de voluntad, sanan.

Atisbé la última canción, me negué a escucharla. Saqué a Pedro del bar y del trance en el que habíamos claudicado la cordura. Detuve un taxi, abrí la puerta.

—Sé que tu vida está en París, la mía entre paredes blancas con olor a limón. —Coloqué el índice sobre sus labios—. Shhh. No prometas lo que no puedes cumplir, ya tuvimos ese final, no lo vamos a repetir.

—María, por favor.

—Si alguna vez me has querido, si alguna vez te has arrepentido de dañarme; súbete al taxi y deja que, esta vez, sea yo quien diga adiós.

66

Correr a cualquier otra parte

Cuando escuché los golpes en la puerta creí que un martillo me abría los sesos. «¿Qué demonios bebí y cómo llegué al hotel?». Ese pensamiento provocó que arrancase las sábanas, seguía con la ropa puesta. Suspiré aliviada. Intenté recordar el transcurso de los acontecimientos. Cena, baile y Pedro; había aparecido Pedro. María bailó toda la noche con él, no los vi hablar, pero arrimarse, sí que se arrimaron. ¡Si hasta lo besó! ¿Lo besó o me había pasado de romántica? Sí, sí, lo besó. A partir de ahí, los únicos fogonazos que conseguí despertar eran tan borrosos que ni siquiera supe si eran míos. El ruido sordo resonó por cuarta vez.

«Se acabaron las copitas y las fiestas, como mínimo, hasta Navidad. ¿Qué hora es? ¿Me despedí de Ramón? ¿Y quién tiene tan mal gusto de llamar con semejante insistencia? ¡Mierda! A ver si nos hemos quedado dormidas y son los del servicio de habitaciones. Cómo hayamos perdido el avión, el resto de los Manzano nos degüellan». Trastabillé dos veces al salir de la cama. Una arcada me erizó el vello. Me tapé la boca con la mano izquierda. Cerré los ojos y me concentré en la respiración hasta que me tragué ese revoltijo fétido. Otro par de golpes.

—¡Por Dios, ya voy! —Me apoyé en la pared. El mareo apenas se suavizó. Le rogué a la vida que todavía tuviéramos tiempo de llegar al aeropuerto.

—Buenos días, dormilona. ¿Estás lista? Son las diez y nos queda la última propuesta, ¿recuerdas?

Entró en la habitación, descorrió las cortinas y abrió la ventana. ¿Cómo podía oler tan bien y tener tan buena cara? ¿A qué se había dedicado el resto de la noche, a zambullirse en un spa?

—De lo único que me acuerdo es de que las mezclas nunca son una gran idea. ¿Qué diantres bebe esta juventud? —Revolví el neceser, saqué un paracetamol y dos ibuprofenos. Me los tragué con un vaso de agua del lavabo. Sacudí la cabeza. María me doblaba la ropa y la metía en la maleta—. ¿Quieres parar y contarme qué pasó con Pedro? Por mucho que yo bebiera anoche, os vi.

—Nada.

—Eso no te lo crees ni tú. ¿Está en tu habitación? —Su sonrisa me delató—. ¡Qué preguntas! Si estuviera en la habitación, ibas a estar aquí.

—Coge una muda y date una ducha. O salimos o no nos dará tiempo a terminar la lista y, las buenas historias, nunca se dejan a medias.

—Di que sí, dame largas.

Treinta minutos más tarde y, tras guardar las maletas en una salita junto a la recepción, pisamos la calle. María seguía sin pronunciarse. El dolor amainó lo suficiente para que no me cayera al suelo. Deseaba volver a casa. Me había entregado en exceso y los excesos se pagan.

Nos acomodamos en una cafetería, a unas tres o cuatro calles del hotel, lo justo para que me despejara la cabeza sin sumarle un esfuerzo extra a un cuerpo con la energía en bancarrota. Pidió un banquete que, cuando lo olí, me revolvió el estómago, pero comer, había que comer.

—¿Y bien? —dije antes de beberme un par de vasos de agua y un sorbo de zumo de naranja.

—No hay mucho que contar, Matilde. Le hemos brindado un final más amable a nuestra historia, ya está.

—¿Tú te escuchas? —Elevé el tono—. ¿O me ves cara de tonta? Si no me lo quieres contar, pues, chica, me lo sueltas y listo. Pero no me vengas con la milonga de un final más amable que no tengo el cuerpo para sacártelo con un *chupacharcos*. Estoy harta.

—Matilde, yo… es complicado.

Me crucé de brazos, me hervía la cara; un par de lágrimas absurdas me bajaron por las mejillas. ¿Qué mierda le echaron a las copas? Las limpié de un manotazo. María intentó cogerme la mano, la aparté.

—Te he apoyado durante todo el viaje, he agachado la cabeza y he pedido perdón. Hasta aquí.

—A ver… —Exhaló con los ojos cerrados—. Leí su mensaje durante la cena y, tras meditarlo, le envié la ubicación de la fiesta. Cuando lo hice, me prometí que yo dirigiría el final. Matilde, las dos sabemos que su vida está aquí y, aunque nos hayamos reencontrado, no la abandonará por venirse a la isla.

—¿Eso es lo que te ha dicho?

—No ha hecho falta.

—¡Eres la leche! Después de todo, ¿no le das una última oportunidad?

—Quizá no lo entiendas, ya te lo dije… no quiero más finales trágicos en los que me rompan el corazón. Prefiero quedarme con la miel en los labios y atesorar un bonito recuerdo. Uno mágico.

—¿Y para ti mágico significa vivir con la duda?

—En esa duda sobrevive la esperanza de lo que pudo ser. —Me sonrió. En ese segundo intento, sí le permití que me agarrara la mano—. No te enfades, por favor. Te prometo que te contaré todos los detalles, como dos viejas amigas. Antes, cumplamos con el plan.

—Quieres guardar palique por si terminamos entre rejas, ¿no? —Sacudí los hombros. Le sonreí de vuelta. Qué bien le sentaron los bailes, igualito que a mí.

—Anoche regresamos sanas y salvas.

—Yo no sé ni cómo volví. Tengo más estrellas en la cabeza que las del cartelito de la fiesta. Por cierto, ¿me despedí de Ramón? —Un chorro de carcajadas tentaron la sonoridad de las de mi amigo—. ¿Tan mal me comporté?

—Eres muy graciosa cuando te lo propones y, las despedidas, te enternecen. —Me tapé la cara con las manos, cabeceé—. Tranquila, solo dijiste lo mucho que nos quieres y que había sido el mejor viaje de tu vida. También nos abrazaste y lloraste un poquito. —Lo recalcó con un gesto entre el índice y el pulgar—. Te metí yo en la cama, no te preocupes.

—Qué ejemplo le estoy dando a mis nietos…

Conforme pellizcaba los dulces que había pedido María, la angustia se calmó y el hambre arrambló a sus anchas. Nos reímos con las vivencias de esos días, imitamos los movimientos robóticos y los del baile, charlamos con la voz exhausta a la par que colorida. Si hubiera podido retroceder hasta el minuto en el que se me ocurrió la maravillosa idea de un viaje solas por París, me hubiera palmeado el hombro, junto con un discurso: agárrate los machos, por muy peliculera

que seas, no te vas ni a acercar a las sacudidas y alegrías que os esperan.

—Ha llegado el momento —dijo María con el último bocado.

—¿Ya? ¿Así sin más? ¿Y si aguardamos otros cinco minutos? ¿Y si…? —me interrumpió.

—Yo me encargo.

Se inclinó hacia mí y me susurró las indicaciones. Me planté el bolso sobre el hombro, me levanté, con la poca dignidad que guardaba, y di unos pasos cortos que se alargaron conforme me alejaba de la cafetería. El corazón me palpitó tan fuerte que el resto de los transeúntes pudieron escuchar sus gritos. Dos negocios más allá, me giré con disimulo y la boca seca. No entreví bien el gesto de María sobre la mesa, pero en ese preciso instante, intentando distinguir qué había visto mientras mi cuñada avanzaba a toda prisa, comprendí que, a veces, la incertidumbre te permite completar tus sueños y dirigirte, así, hacia otros nuevos.

Recuperé mi paso. Escuché su taconeo.

—¡Corre, Matilde, corre!

67

Última oportunidad de decir adiós

Entramos en el aeropuerto a las tres menos veinte. Enclaustradas en un tráfico horrible, temí que perdiéramos el vuelo. ¿Sería otra señal del destino? ¿La última oportunidad? Matilde se durmió con el cinturón recién puesto. La adrenalina del simpa junto con el cansancio del viaje y la resaca, demasiados ingredientes para un único plato. Agradecí el silencio del taxista, la sutil música que suavizó un trayecto insípido. ¿Cómo habría despertado Pedro? ¿Qué sabor paladearía de esa noche juntos? Me acaricié los labios, un hormigueo punzante me quemó de nuevo.

Un beso.

Qué beso.

Cerré los ojos y me embriagué con las palpitaciones que recorrieron mi cuerpo mientras bailamos. Antes de su aparición, descargué en esa música histriónica los nervios que me paralizaron, vuelto vulnerable. Visualicé cómo deseaba que transcurriese el encuentro, si es que venía. Actué en consecuencia. Me sentí tan orgullosa... Tan feliz de un cierre con un regusto dulce. Mentiría si no reconociese que, cuando abrí la puerta del taxi, un resquicio de ilusión se prendió en mis entrañas. Los segundos en los que su mirada melosa me escaneó, rogué que despachase al chófer, me agarrase de la cadera y huyéramos a un destino sin postales.

No lo hizo.

Me reconfortaba repasar las luces de esa noche. Era el mejor regalo. Saber que en un imposible hubo un torrente de amor. Nunca imaginé, cuando lo escuché recitar, ese primer poemario que me dedicó, que su irrupción arramblaría con mi entereza. Tampoco lo bien que me sentaría sacudir los fantasmas, desempolvar mi vieja determinación. Había recibido cientos de besos, ninguno con un sabor tan excitante como el que le robé a Pedro esa última noche en París. ¿Me echaría de menos? ¿Qué color tendría su vida a partir de entonces?

Con una caricia de la mano sobre el pómulo, desplacé las dudas hacia la ventanilla. Tomé una decisión en cuanto respondí su mensaje y me convencí de que nuestro final se pintaría esa misma noche. Si permitía que el gusano de la incertidumbre penetrase en mi piel, devoraría esos recuerdos que, con tanto esfuerzo, había embellecido hasta conformarme con un adiós similar al de Cenicienta, pero sin zapato. «Vas a coger ese vuelo, volverás a casa, enmarcarás este viaje y permitirás así que la memoria termine de curarse».

Llegamos al arco de seguridad más que apuradas, en diez minutos arrancaba nuestro embarque. A pesar de mi discurso, esa pequeñísima esperanza provocó que, antes de que depositara mis pertenencias en las cestas de plástico, lo buscase entre cientos de desconocidos.

No había nadie.

—¿Aparecerá? —dijo Matilde, recuperaba el aliento tras la carrera—. Quizá te sorprende.

Una cadena de pitidos acalló nuestra respiración. Era mi móvil. Sin duda. La vibración en el bolsillo de mis vaqueros agujereó la tela. ¿Y si era él? ¿Y si todavía nos quedaba tiempo para la locura definitiva?

Matilde recogió las manos sobre el pecho, escuché su rezo entre susurros. El trajín de viajeros nos arrinconó a la derecha. Mis pulsaciones incrementaron la sensación de ahogo. El sujetador me apretaba el esternón. Si ya me había amoldado a ese final tibio, ¿por qué me ardía la piel y me estrangulaba la ropa? Me mordí el labio, saqué el móvil.

Era él.

Era él.

Era él.

En la pantalla no aparecía ningún texto, solo su nombre y varias imágenes. Accedí a la aplicación con los dedos temblorosos, torpes, húmedos. ¿Qué me había enviado? ¿Qué quería decirme a una hora de alejarnos para siempre? Estudié su foto de perfil, las ondulaciones de su melena, su mirada melosa, su sonrisa canalla. Aspiré todo el aire que pude y lo tragué como un globo con el que impulsar ese futuro a punto de descubrir.

Pulsé en la conversación, una decena de imágenes de cartas. Me había copiado el método de confesión. Ese detalle me dibujó una sonrisa. Leí cada una de esas hojas impregnadas de su letra rápida, pero contundente. Por megafonía anunciaron el cierre de nuestra puerta. Lágrimas densas rompieron viejos muros.

—¿Dónde está? ¿Viene? —Sin despegar la vista de su declaración, respondí.

—No, Matilde, no va a venir.

EPÍLOGO

Ocho meses después

68

Un lugar llamado casa

Abrí la barra, me miré al espejo y me pinté los labios de rojo, como cada mañana después de nuestro viaje. La sonrisa no se me había descolorido desde entonces. Los cuchicheos del resto de los Manzano en la cocina me escoltaron al salón. Esa foto en blanco y negro, que me hizo Juan, tenía la compañía de nuestra conversación transformada en cuadro. Menudo meneo nos sopló esa aventura.

Cuando regresamos, nos recibieron con flores, globos y un cartel que chorreaba purpurina. Entre pasteles, cafés y risas les explicamos lo vivido mientras revisábamos esa libreta llena con mucho más que fotos, incluso María les habló de Pedro y su poemario. Yo no me percaté, y mira que tuvimos Pedrito de mis amores para rato, hasta que Carlota apareció con ese libro que encontró en Madrid. La cara con la que nos quedamos cuando María confirmó que se trataba del mismo sí que fue un poema.

Tres días después, mi cuñada se marchó y yo aproveché la tranquilidad tras la subida de azúcar para confesarle a Paco mi verdad. El único detalle de nuestro viaje que no quise compartir con el resto de la familia hasta que no recibí el cuadro que me envió Vicent. Paco se merecía la exclusiva.

Cuando nos sentamos alrededor del mantel de hule de flores, evité sacar una copita, no quería que nada me anestesiara. Si había sobrevivido a París, lo haría a una conversación con mi marido. En su lugar, puse una jarra de agua con mucho hielo, el cuerpo me ardía. El sonido metálico del reloj de la pared me picoteaba la nuca, ¿por dónde empezaba? ¿Cuál debía ser la primera palabra? Me acordé entonces del consejo de Vicent, un hola siempre es un buen comienzo.

—Hola, Paco. —Le agarré la mano.

—Hola, Matilde —respondió con una sonrisa juguetona en los labios.

—Hay una cosa que quiero contarte desde hace mucho tiempo, bueno… en realidad no era consciente de que necesitaba confesarla, pero la foto con mi padre, los bamboleos del Sena y el vino y los cafés olés y... —Bebí un vaso de agua al trago, se me calaron los dientes.

—Me estás asustando.

—Tranquilo, no me estoy muriendo, te queda Matilde para rato. Es otra cosa. —Resoplé —. ¿Te acuerdas cuando nos conocimos?

—El primer golpe de un huracán es imposible olvidarlo. ¿Por qué lo preguntas? ¿Ha ocurrido algo más en el viaje? Puedes confiar en mí.

—Lo que me aterra es que tú dejes de hacerlo…

Con un nudo en la garganta, me mordí los labios y le besé la mano. Suspiré de nuevo y abrí, por fin, las compuertas de ese río que me había empeñado en ocultar. Paco no me

interrumpió en la casi hora y media que le expliqué mis cargas, mis miedos y la noche que casi huí con Juan.

—Sabes que te quiero. —Asentí—. Ahora te quiero todavía más. Siempre me he enorgullecido de tu fuerza, de cómo has tirado de esta familia. No podemos hacer nada con aquello que pasó, pero sí con la vida que tenemos por delante. Yo estoy contigo, Matilde, para lo que sea. Y quizá sí que tienes razón, es hora de que empecemos a salir más de estas montañas.

La vida me demostró otra vez que, aunque me había equivocado hasta el límite de rozar una nueva tragedia en la familia, acerté con el compañero que elegí. Me levanté con las piernas de una quinceañera y me abalancé sobre él. No sabía que nos depararía el futuro, pero estaríamos bien. Andar con ligereza, sin caretas ni atracones con los que engañarme era el mejor comienzo para el resto del trayecto.

Sonó el móvil, volví de nuevo al salón, a ese momento en el que observaba la foto junto al cuadro. Antes de revisar el mensaje, otro recuerdo acudió a mi cabeza. Los cotilleos de las vecinas no tardaron en asomarse por la puerta en cuanto el color vistió mucho más que mis labios. Hubo de todo, igual que en las buenas familias. Gente como Paqui a la que se le pelaba la lengua de tanta envidia y otras, como Sonsoles, que poco a poco se convirtieron en algo más que vecinas. Quizá ese había sido el problema durante tantos años: vivir a través de una máscara, que nadie me viese de verdad.

El que tampoco se libró de mi transformación fue Sebastián. A Paco y María no les saqué más palabras sobre su reencuentro, pero yo necesitaba el mío. Una tarde, después de limpiar tanto la cocina que chillaba, me planté una capa doble de pintalabios y subí a su casa. No sé si le impactó más el rojo poderío o la tranquilidad que manejaba en el cuerpo, yo creo que ese viaje me quitó incluso arrugas.

—Buenas tardes, Sebastián. —Se apoyó en el marco—. Tranquilo, no tengo ninguna intención de que me invites a café. Solo quería decirte una cosa y eso puedo hacerlo aquí mismo, a oídos del barrio. —Me giré unos centímetros, vi cómo se cerró una cortina en el balcón de la casa de enfrente. Él seguía sin responder—. He aprendido muchas cosas en este viaje. Me fui con las ganas de soplarte un par de cosas bien dichas, pero ¿sabes qué? El tiempo ya habla, solo hay que saber escuchar. Y, por si no te ha quedado claro, óyeme bien. —Tragué saliva, estiré el pecho—. Me parece fabuloso que te quieras enterrar aquí entre tanta mierda, pero no voy a permitir que te lleves por delante al resto. Ya te hemos aguantado suficientes tonterías.

—¿Algo más? —me interrumpió. Entrecerró la puerta.

—Sí, no he terminado. —Apreté la mirada. Introduje un pie—. He comprendido que no tiraste las cartas de María porque te importa tu familia, aunque habría que despellejarte para que lo reconozcas. Solo te lo voy a decir una vez: para que te perdonen, hay que pedir perdón.

Me volví con serenidad. Si existía la paz en vida, debía ser parecida a esa sensación. Obvié sus comentarios. No sé si algún día Sebastián experimentaría esa tranquilidad, sino que se aclarase con Dios, a nosotros, de momento, no nos pidió perdón.

Un segundo mensaje de móvil apartó esa imagen que, en realidad, me apenaba. Cuántas oportunidades perdidas… Leí el *guasa*; era Ramón. La cesta de Matilde que le envié a la casa de su hija, aprovechando su visita en España, le había sabido a gloria. ¡Y cómo no!

Además de desnudarme ante mi familia y lucir a mi verdadera Matilde, llevaba meses con Ana y Conchita, de feria en feria, mostrando las maravillas que se cultivan en La Alpujarra. Salimos en los periódicos, la radio y qué decir de internet. El granuja de Nacho me grabó un vídeo que, según dijo, se hizo viral. Yo no sé si pilló un virus, pero el negocio crecía cada mes y a mi orgullo no le quedaban lorzas en las que estirarse. Y no porque a mis hijas les hubieran

concedido un premio de emprendimiento rural, sino porque yo las miraba y las veía libres, como fuimos María y yo en París, como nos prometimos serlo a partir de entonces. ¿Qué podía pedir más?

Me dirigí al dormitorio, la maleta abierta descansaba encima de la cama. Guardé un bañador naranja, varios pantalones claritos y otro tanto de camisetas coloridas. Ni rastro del negro, lo desterré nada más pisar Atizas y, a ese cretino, no le concedo la absolución. Me senté, abrí el primer cajón de la mesita y revisé la endemoniada lista. ¿Cómo una hoja derrochaba tanto poder? Suspiré con una carcajada entre los dientes, ni el papel de un euromillón premiado hubiese revolucionado tanto a nuestra familia como las cartas de María y esa lista.

La guardé y cerré la maleta con un manojo de nervios rebotando en el estómago. En menos de veinticuatro horas emprendíamos otro viaje, esa vez, todos los Manzano. Quedaba un detalle que necesitaba un cambio de color.

69

En la otra orilla

Preparé varias jarras de limonada con hierbabuena y metí en el horno costillas y mazorcas de maíz. Las guirnaldas y flores ya colgaban de la barandilla de la primera planta del hotel. Me paseé descalza, envuelta en un silencio cítrico que acariciaba las paredes blancas. Mi vestido aguamarina dibujaba olas del mar que todo lo sabe, incluso el secreto más profundo escondido entre corales rojos, naranjas y verdes.

Aspiré esos minutos de soledad, mientras mis invitados se instalaban en las habitaciones preparadas con mimo: pequeñas conchas con un mensaje en su interior, sábanas con olor a lavanda y papas bajo las almohadas con las que averiguarían su suerte cuando despertasen tras saltar las hogueras.

Varias mesas ocupaban el patio. Sobre ellas, café, bizcochos de limón y jarrones rebosantes de alegría. Esa euforia que palpitaba en mi corazón al saborear a toda mi familia bajo el mismo techo, incluso a Sonsoles y esos amigos de Matilde que impulsaron nuestro viaje cuando nos arrastraba la corriente del Sena. Quise devolverle a mi cuñada el regalo que me brindó con esa aventura y qué mejor forma que colorear sus noches de San Juan.

Me detuve en un lateral del patio, junto a la nueva biblioteca. Una cascada de cuadros agrupaba esas cartas que nos enviamos a través de fotografías. Las imprimí a la vuelta, un recordatorio de que, a veces, un final se nutre de la incertidumbre y, otras, de la certeza.

Olí su fragancia antes de que apartase mi melena y la exquisitez de sus besos vistiera mi cuello. Me amoldé a su cuerpo con los ojos cerrados. Me embriagué de la sensación a hogar. En las últimas líneas de esas cartas, me confesó que no se reuniría conmigo en el aeropuerto, me esperaba tres días después en Gijón; el tiempo necesario para despedirse de París y hacer las maletas con la intención de no regresar. Si lo aceptaba, se mudaría a la isla, pero antes, me proponía cumplir la vieja promesa que formulamos con la celebración de su primer libro: recuperar el poema, esas cinco líneas que escondimos, tras un ladrillo suelto, en una calle estrecha cercana a la Iglesia de San Pedro.

Cambié el billete a Tenerife. Cuando me marché de Atizas, tras unos días cuajados de anécdotas, y antes de regresar a la isla, pisé Gijón. Deambulé por esas calles con el temor de que no se presentara, que otra burbuja se quebrase, incluso sin rozarla.

Una brisa salada me arropó durante el paseo. Los recuerdos de esa escapada se apelotonaron en un arco iris brillante. Vi los besos esparcidos en cualquier esquina. Las carcajadas mientras jugábamos con las olas que empaparon mucho más que ropa. El placer en aquella vieja pensión. Unos metros antes de introducirme en la calle de nuestro escondite, me despedí de esas imágenes juveniles en las que las únicas fotografías existentes residían en la memoria. Suspiré y descargué en el aire cálido la angustia, el miedo a que esa locura tornase en

un mero impulso tras nuestro último baile en París.

Giré a la izquierda, elevé la mirada; estaba de espaldas, mis caderas se aflojaron, mi sonrisa se estiró como la primera vez que visitamos esa ciudad. Saboreé esa instantánea durante unos segundos antes de acercarme. Su silueta rocosa, su energía vibrante, cómo cambiaba de mano un pequeño paquete marrón.

Era real, estábamos allí, los dos.

—¿Esperas a alguien? —Se volteó, con un brazo me rodeó la cintura; con el otro, el contorno de mis labios.

—Siempre a ti.

Me besó. Una unión mucho más allá de labios, carne y piel. Un viaje a través de la galaxia de los recuerdos, las oportunidades y la esperanza de que nos quedaba tiempo, aunque fuese un único día, había tiempo.

—Por un instante, temí que no vinieras.

Recolocó uno de mis mechones tras la oreja.

—Solo me he retrasado cinco minutos.

—Me ha parecido una vida entera.

Un nuevo beso, un abrazo con los ojos cerrados y el corazón abierto en el que me rendí ante la idea de que sí merecía un final un poquito más feliz.

Lo elegía.

Pude volver a casa, dejarme mecer por mi familia y amigos, por mi misma, sin embargo, elegía recuperar el cuadro con el que soñé con veinte años. Lo quería todo. Lo quería a él.

Movimos varios ladrillos y localizamos ese papel amarillento de bordes roídos. Lo conseguí abrir a pesar del temblor de mis dedos. Algunas letras se habían emborronado, un pequeño orificio ocupaba el centro. Lo leí varias veces, noté cómo mi María de entonces me abrazaba por la espalda. Nunca había dejado de luchar, incluso sin ese final, mi vida sí había merecido la pena. Había caminado a mi ritmo, con mis colores, forjando mi propia bandera.

Nos dirigimos a la playa. El mar manso, apenas manchado por diminutas ondulaciones plateadas. Nos sentamos en la orilla en un silencio plácido que no me atrevía a romper.

—Nos queda un detalle pendiente. —Arrugué el entrecejo, elevó ese paquete marrón.

Deshice el lazo y despegué con cuidado cada trozo de celo. Apareció una caja rojiza no más grande que mi mano. La destapé curiosa, su interior me crujió en carcajadas.

—Ya que no fuimos juntos a por el postre, lo he traído para ti. Espero que te guste París-Brest.

Mordí esa especie de rosco relleno de praliné y con la boca cubierta de azúcar, reinterpreté la receta. Junto al último mordisco, lancé el poema al agua. La promesa estaba cumplida.

Regresé al hotel, a ese instante en el que, mecida por su ronroneo, reafirmé que la felicidad se viste con distintos tejidos, pero el que más me favorecía era, sin duda, el terciopelo de la familia, propia y elegida.

—¿Preparada para la gran fiesta? —me susurró todavía anclada a su espalda.

—Siempre lo he estado.

Y, con otro beso en el cuello y el murmullo creciente de los que más quería, agradecí en silencio la noche qué abandoné Atizas, mi firmeza ante los caprichos de la vida y, por supuesto, aquel viaje a París.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Loren, el mejor compañero de vida. Sin esos *baños de masas*, apoyo y sostén hoy no tendría este libro entre las manos. Llegar hasta aquí ha sido una ardua travesía, demasiados vientos huracanados, demasiados cañones que buscaban hundirme, pero juntos formamos un equipo indivisible. Qué viaje más increíble es vivir a tu lado.

Gracias a esa parte de mi familia incondicional, la que festeja cada logro, la que me ve tal y como soy y no pretende que cambie. Vuestro apoyo, risas y viajes, aunque sean a la vuelta de la esquina, son esas abejas que me abrazan y me hacen sentir querida.

Gracias a mis cuatro abuelos. Vuestra fuerza y resiliencia me inspiran cada día. Sin vosotros, mis raíces estarían huecas. Qué orgullo ser vuestra nieta.

Gracias a Pepa y Lola por recordarme que pasear y observar cómo habla la naturaleza es fundamental para esta aventura. Las sesiones de trabajo sin vosotras entre mis pies serían demasiado frías.

Gracias a María e Irene por su amor incondicional y esa mano que siempre está, sin importar la distancia. Gracias por celebrar cada paso como propio, por la ilusión y el empuje en lo bueno y en lo malo. Sois mis florecillas favoritas.

Gracias a Conchi y Antonio por vuestro cariño. No hay distancia que impida que estéis en los momentos importantes. Sois los mejores embajadores de esta historia.

Gracias a Ana, Ángela, Isa, Juan y Óscar por vuestro compromiso y entrega durante la lectura cero. Sin vuestros comentarios y sugerencias tan acertados, este libro brillaría un poco menos. Qué suerte la mía.

Gracias a Elena y Vicente por crear ese faro en el que encontré cobijo, amigxs y el recordatorio de que en los libros siempre están las respuestas y los abrazos perdidos.

Gracias a Lydia por su trabajo impecable y sostén en los momentos más oscuros. Me siento muy agradecida de que seas mucho más que la correctora de esta bilogía.

Gracias a Esther por los consejos, la escucha y las sugerencias para que los Manzano vuelen más allá de la Alpujarra.

Gracias a lxs vecinxs de mi pueblo que han mimado e impulsado esta historia. Qué alegría tan grande que sintáis a los Manzano como propios.

Gracias a ti, lector/a, por elegir esta historia entre las miles que hay en el mercado. Gracias por leerla con tanto cariño y apoyar mi trabajo, sin tu tiempo y mimo los libros quedarían huérfanos.

Gracias a todos por dejarme besaros con letras.

Si te ha gustado esta bilogía formada por *El misterio de la caja verde* y *Aquel viaje a París*, ayúdame a que otros lectores disfruten de esta historia compartiendo una foto de los libros en redes sociales, regalándoselos o recomendándoselos a otra/o amante de las letras.

Amor y luz.

B.